

MASCULINIDADES Y TRANSGRESIONES EN LA OBRA DE MAYRA SANTOS FEBRES

by

MARILYN RIVERA

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian
Literatures and Languages in partial fulfillment of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy, The City University of New York

2013

© 2013
Marilyn Rivera
All Rights Reserved

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in
Hispanic and Luso-Brazilian Literatures and Languages in satisfaction of the
dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

Elena Martínez

Date

Chair of the Examining Committee

José del Valle

Date

Executive Officer

Elena Martínez

Óscar Montero

Irma Lloréns

Supervisory Committee

THE CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

Abstract

MASCULINIDADES Y TRANSGRESIONES EN LA OBRA DE MAYRA SANTOS FEBRES

by

Marilyn Rivera

Adviser: Prof. Elena Martínez

In *Masculinidades y transgresiones en la obra de Mayra Santos Febres*, I study how contemporary Puerto Rican writer, Santos Febres, undermines the hegemonic masculinity in her novels, short stories, and poetry. Feminism and gender theories are used to explore this topic as well as major works within Masculinities Studies. I examine the social construction of masculine identity in the context of Puerto Rico taking into consideration ethnicity and social class specifically.

This project consists of five parts: an introduction, three chapters, and a conclusion. In the first chapter, an overview is provided on the concepts of gender, sex, masculinities and hegemonic masculinity. I then focus on the elements of race, power, and colonialism as part of the theoretical frame, as these are connected to the hegemonic stance. At the end of this chapter, I discuss the works of scholars who study masculinity in Puerto Rico and interconnect their ideas with others from different parts of the world (Spain, Australia, Latin America, United States, etc).

The other remaining chapters are reserved for the critical analysis of Santos Febres' books. As part of this analysis, I study certain characters and how they are depicted paying close attention to those who, in one way or another, represent the hegemonic masculinity, and those who undermine the normative by finding new ways to express their masculinities without being

violent or dominant. In chapter two, there is more attention to ethnicity, sexuality and social class and how these aspects are used within the social context to define the norm and marginalize some people. Finally, the third chapter focuses on the acquisition of male identity. Here, I pay attention to institutions and social agencies such as the family and the State to identify how a specific model of masculinity is produced and reinforced by the society.

Through this research, I hope to show that Santos Febres' work represents a transgression to the hegemonic model by portraying other ways to be a man, and by exploring the social construction of gender.

Acknowledgements

El no saber cómo empezar a agradecer me pone nerviosa. Quisiera dejarle saber a cada persona cuánto valoro su tiempo, comprensión, tolerancia y entusiasmo durante estos años de investigación. Primeramente, le agradezco al grupo de distinguidos profesores que colaboró en la génesis de este proyecto por cada una de sus sugerencias; por los comentarios y por compartir su bagaje intelectual conmigo. Ha sido un gran privilegio contar con la profesora Elena Martínez, el profesor Óscar Montero y la profesora Irma Lloréns. Mil gracias por su tiempo y las lecturas exhaustivas. Particularmente, tengo que agradecerle a la directora de mi tesis, la Prof. Martínez, por esos ratitos que le consumía en su oficina, por su habitual disponibilidad y gran apoyo.

Por otro lado, siento más que justo agradecerle al personal de la Biblioteca Mina Rees por su diligencia en facilitarme libros y artículos por medio de su servicio de préstamo Interlibrary. Mi agradecimiento a los de seguridad que en muchas ocasiones me veían como alma en pena esperando que abrieran la biblioteca y, al final del día, tenían que prácticamente expulsarme recordándome que ya era hora de descansar.

Mi gratitud hacia esos/as profesores/as de literatura que me sirvieron de inspiración y guía en mi jornada estudiantil. Mil gracias a la Sra. Millán y a los profesores James Pellicer, Diana Conchado, Xoán González Millán, Carlos Hortas, Lía Schwartz, Isaías Lerner, Ottavio Di Camillo y Susana Reiz.

Mil gracias a la gente del Centro de Estudios Puertorriqueños. En especial al Sr. Xavier Totti, editor del *Centro Journal* por facilitarme algunos artículos publicados por la revista. A Jorge Matos por su asistencia en mis ratitos de investigación en la biblioteca del Centro. A José

Camacho por su insistencia en que terminara este proyecto. A Ramón Bosque Pérez por ser modelo de compromiso y rigurosidad con la investigación, pues me sirvió de guía para la mía.

También tengo que agradecerles infinitamente a mis compañero/as del programa doctoral del Graduate Center por los diálogos estimulantes y fortificadores. Mi gratitud en particular a Vanessa Pintado y a Dina Di Donato. Gracias por darme ánimos para continuar y tener palabras estimulantes para mí. A Arnoldo Morales por ser tan bondadoso y ofrecerme algunos datos sobre las masculinidades.

Mil gracias a mis colegas de Baruch College: Isolina Ballesteros, María Montalvo, Rebecca Salois y Jennifer Tavárez por asistirme de una manera u otra. De igual forma, le agradezco al Prof. José del Valle, Anna Santiago y Yezelit Barreto del Graduate Center por su ayuda y orientación.

Finalmente, quiero reconocer el apoyo de mi familia, sin el cual no hubiera podido llegar hasta aquí. A mi madre, Carmen M. Ayala Dávila, por las largas horas de conversación y por siempre interesarse en lo que yo tuviera que decir. Gracias por estar dispuesta a apoyarme de cualquier manera posible. A Ulises, mi compañero, por su apoyo, su tolerancia, por escucharme, por su confianza y su amor. A mi hermana, Mariana, y mis sobrinos, Lizmarie y Rubén por hacerme reír de vez en cuando, dejarme saber que puedo contar con ellos y por mostrarme su cariño de maneras especiales. A Marcos por las dilatadas pláticas sobre literatura, música, filosofía y también sobre mis frustraciones. Les doy las gracias porque con ustedes pude escucharme a mí misma y poner en perspectiva muchas ideas cuando más lo necesitaba.

Por eso, quiero dedicarle mi esfuerzo y años de lucha a mi familia. En especial a mis dos hijas. A la bebé que está por llegar a mi vida y a la maravillosa Valeria por haber sido mi norte.

Gracias Valeria por tu cariño, tu paciencia y comprensión durante tantos años de largas jornadas, de altas y bajas, de llantos y de alegría, de múltiples emociones que, al fin y al cabo, nos han hecho lo que somos hoy día...

Table of Content

Introducción	1
Capítulo I. Aproximaciones teóricas a las masculinidades	
1.1 El género: una construcción social	15
1.2 Los estudios de las masculinidades	18
1.3 La masculinidad hegemónica	28
1.4 Diseminación de la normativa compulsoria: el estado, sus instituciones y la masculinidad hegemónica	32
1.5 Los estudios de las masculinidades en Latinoamérica y Puerto Rico	36
1.6 “Ser hombre” en Puerto Rico	37
1.7 Cuerpo, masculinidad hegemónica colonizadora y mecanismos de poder	42
1.8 La construcción de lo nacional y la exclusividad de una imagen varonil	47
1.9 El negro, la afrodescendencia y el colonialismo	51
1.10 Invisibilización, imposición identitaria e hipermasculinidad	58
Capítulo II. Masculinidades en perspectiva	
2.1 Configuraciones masculinas en <i>Cualquier miércoles soy tuya</i>	67
2.2 Cruzando el “chalco”: masculinidad e inmigración	85
2.3 Sexualidades abyectas	90
2.4 Sexualidad, violencia y masculinidad	107

Capítulo III. Aprendiendo a ser hombre

3.1 La institucionalización de la masculinidad	119
3.2 La institución familiar y el fenómeno de vigilancia de género	119
3.3 <i>Nuestra Señora de la Noche</i> y el burdel como espacio transgresivo	138
3.4 Otras subjetividades frente a la construcción de la masculinidad: <i>Sirena Selenia vestida de pena</i>	174
3.5 <i>Fe en disfraz</i> , la historia occidental, la esclavitud y la masculinidad	182
3.6 Remedios para una sobredosis de masculinidad	187
Conclusión	192
Bibliografía	198

Introducción

En este trabajo estudio las representaciones de las masculinidades en la obra de Mayra Santos Febres. La pregunta principal que respondo es: ¿Cómo las subjetividades masculinas en su obra deconstruyen las conceptualizaciones de género en una sociedad donde la masculinidad hegemónica se impone y, que a su vez, está marcada fuertemente por el colonialismo, la raza, la clase social y las luchas de poder?

Esta destacada escritora puertorriqueña nace en 1966 y a partir del año 1991 comienza su ascenso literario con la publicación de sus poemarios *Anamú y manigua* (1990) y *El orden escapado* (1991) -el cual gana el premio Evaristo Rivera Chevremont. También obtiene el premio Letras de Oro por la colección de cuentos *Pez de vidrio* (1994) y el Premio Radio Sarandí del Concurso Internacional de Cuentos Juan Rulfo por su cuento “Oso Blanco” de su libro *El cuerpo correcto* (1996). Su primera novela, *Sirena Selena vestida de pena* (2000) queda finalista del Premio Rómulo Gallegos de Novela y *Nuestra Señora de la Noche* (2006), fue finalista del X Premio Primavera. Entre sus libros están el poemario *Boat People* (2005), la novela *Cualquier miércoles soy tuya* (2002) y la compilación de ensayos *Sobre piel y papel* (2005). Sus últimos trabajos son la novela *Fe en disfraz* (2006), el libro con un toque satírico *Tratado de medicina natural para hombres melancólicos* (2011) y el poemario *Abro mi sangre* (2013). Su obra no sólo se enfoca en aspectos, socioculturales, afro-caribeños, sino que ha prestado atención a temas tabúes y personajes comúnmente omitidos o marginados dentro de la tradición canónica literaria, como es el caso del travesti, del inmigrante, de la prostituta o de la lesbiana, entre otros.

A partir de la década del setenta, comienza a darse en Puerto Rico una literatura que asume nuevas posturas y reflexiones frente al discurso patriarcal y a la concepción de nación que prevalecen después de la publicación de *Insularismo* (1934) de Antonio S. Pedreira y los

seguidores de la “Generación del 30”. Luis Rafael Sánchez, Manuel Ramos Otero y Rosario Ferré, para mencionar algunos de los más destacados de esa época, desestabilizan el elemento normativo-homogéneo y unívoco que se impuso al concepto de nación y a la cultura literaria paternalista prevaleciente hasta entonces. Debido a esta ruptura, la literatura actual en Puerto Rico ha incorporado temas tabúes y de problemática social, personajes marginados y otros registros lingüísticos.

Sin embargo, a pesar del tiempo, la sociedad puertorriqueña sigue enfrentándose a problemas de poder fundamentados en las construcciones de género y que a su vez se complican cuando entra en juego el elemento racial. Dentro de los parámetros patriarcales, se ve al hombre como el proveedor y el responsable del espacio público, mientras que la mujer es relegada al espacio privado, donde debe encargarse de los niños, del hogar, y se le convierte en trasmisora de los valores patriarcales. Los grandes intereses económicos y los cambios en el mercado global han modificado esa noción patriarcal al punto de expandir el espacio público dándole cabida a la mujer como obrera. A pesar de ello, dentro de ese espacio público, no dejan de haber jerarquías y posiciones exclusivas que responden a la conceptualización patriarcal.

Los estudios de género han impactado enormemente no sólo por enfocarse en las mujeres, sino por dar paso al análisis crítico de los sujetos masculinos y las masculinidades. A partir de la segunda ola del feminismo, se ha empezado a estudiar las masculinidades. Michael A. Messner afirma que algunos hombres, a raíz de la liberación de las mujeres, comenzaron a cuestionarse la relación entre ellos y el movimiento feminista y crearon grupos de liberación masculina. En los años setenta, se intenta reformar la teoría del rol sexual del varón o como es conocida en inglés “male sex role” lo cual dio paso a repensar las conductas masculinas, las relaciones de poder y los posibles cambios (Connell 2005). La lucha por la equidad y el intento de desmitificar la

atribuida relación intrínseca entre poder y hombre se torna un campo investigativo prolífero. Se identifica la pluralidad de la masculinidad y comienza a abarcarse en diferentes partes del mundo desde los terrenos de la sociología y de la antropología, los estudios discursivos y de etnicidades, entre otros.¹ En el contexto puertorriqueño, Rafael L. Ramírez y Víctor García Toro han trabajado el tema desde el ámbito de la antropología para presentar una taxonomía de las masculinidades desde una perspectiva construccionista.

A partir de los estudios de género y de las mujeres, se ha considerado la feminidad como una construcción social, dando paso a asumir que lo que define el comportamiento masculino en una sociedad es otra construcción social y que los varones también se enfrentan a unas imposiciones culturales que los mantienen subyugados a ciertas conductas exigidas. En la obra de Mayra Santos Febres hay un intento de desactivar la masculinidad hegemónica, la cual es impositiva y disciplinaria. Sus personajes y temáticas obligan al lector a reflexionar sobre juicios de valores colectivos, los cuales la sociedad no examina, pues la cultura forjada en el patriarcado desalienta la inquisición de la autoridad.

En el caso de Puerto Rico, donde todavía se experimenta una realidad colonial, la situación se agrava. Algunos aspectos críticos son: el racismo², la racialización³, los juegos de poder como forma de control, la jerarquización social, la imposición de una sexualidad normativa y la visión de género homogeneizada. Es por ello que en este trabajo enfoco esos elementos que, además de ser abordados por la autora, también forman parte vital en el examen de las masculinidades puertorriqueñas.

¹ Ver Connell 2005; Kimmel 2005; Olavarría 1997.

² Según Idsa Alegría Ortega y Palmira N. Ríos González, el racismo mantiene un orden racial que se establece con la intención de jerarquizar entre las personas partiendo de aspectos como el color de la piel, las diferencias físicas, la cultura y la geografía lo cual constituye “un pilar esencial de la pobreza y funge como motor reproductor de la marginalidad social” (2005, 11).

³ La racialización responde a los procesos ya sean históricos, sociales o estructurales que propician y sustentan la desigualdad. (Alegría Ortega y Ríos González 2005).

La idea de expandir la temática de la creación literaria más allá de lo considerado canónico y válido, propiciada por los escritores de los años setenta, adquiere gran relevancia en la expresión artística contemporánea y en gran magnitud en la obra de Santos Febres. Esta autora no se limita a presentar una perspectiva unívoca. Al contrario, incorpora todo tipo de asuntos impulsada por un fuerte sentido de inclusión y equidad. Su retórica y solidez poética hace deleitable cada descripción. Además, enfoca diferentes maneras de ser hombre, de experimentar la masculinidad y hasta de disfrutarlo. Sin embargo, lo hace fuera de las exigencias de la normatividad y de las posturas exclusivistas que tanto daño han hecho a la humanidad.

Descripción del marco teórico y los capítulos

Mi acercamiento teórico toma como punto de partida las propuestas del antropólogo Rafael L. Ramírez y el sociólogo Víctor García Toro sobre las masculinidades puertorriqueñas. Éstos, en su trabajo, presentan una tipología de las masculinidades las cuales resultan de gran utilidad para comprender que hay una gran variedad de formas para expresar la masculinidad. Ramírez y García identifican como masculinidad hegemónica⁴ a aquella que se presenta socialmente como una manifestación natural y, a su vez, subordina, devalúa y margina a los que no comparten sus delimitaciones. Describen a su vez otras cuatro categorías mayores. La primera es la masculinidad cómplice la cual se le atribuye a aquéllos que no cumplen en gran medida con los postulados de la masculinidad hegemónica, pero la apoyan. La segunda, la hipermasculinidad expresa violencia y agresión, exagera lo considerado masculino y rechaza lo

⁴ Éstos utilizan la definición de masculinidad hegemónica acuñada por Donaldson y que a su vez parte de las ideas del teórico político Antonio Gramsci sobre la hegemonía. En el primer capítulo se detalla el concepto y se expande para incluir otros patrones generales de masculinidades que también son discutidos por Ramírez y García así como por otros estudiosos de las masculinidades.

que parezca femenino. La tercera, la masculinidad subordinada responde a aquellos que son tratados como débiles y afeminados. Y la última clasificación según Ramírez y García es la masculinidad contestataria que se circunscribe a los que retan, rechazan y cuestionan la masculinidad hegemónica. Éstos son capaces de mostrar sus emociones. Se oponen a la violencia. Están libres de homofobia y misoginia y no se rigen por el poder ni por el control.⁵

La labor de estos investigadores se centra en el estudio de las masculinidades en Puerto Rico. Sin embargo, en mi trabajo pretendo incluir esa tipología señalada por Ramírez y Toro, pero complementarla con las teorías del investigador R. W. Connell. Éste, al igual que otros investigadores, arguye sobre la importancia de la incorporación de otros elementos que constantemente interactúan con el género. Aunque existen las categorías de masculinidad hegemónica, masculinidad cómplice, masculinidad subordinada y masculinidad marginada, éstas, no son marcos identitarios consolidados. Por el contrario, sólo ofrecen una visión muy general que en cada caso va a ser modificada por otras estructuras sociales como lo son la clase social, la raza y hasta la nacionalidad vista desde un orden mundial.⁶ Connell alude a la importancia de las instituciones y agencias sociales como paradigmas que fomentan, refuerzan y rediseñan los conceptos de masculinidad. Incluso, señala la masculinidad del Estado la cual me parece imprescindible incorporar por el sentido abarcador y exhaustivo que añade a este estudio.

Siguiendo esa misma línea, también incorporo como fuentes complementarias los estudios de la antología *Nuevas Masculinidades* de los editores Ángel Carabali y Marta Segarra, y *Masculinidades y equidad de género en América Latina* de Teresa Valdés y José Olavarría ya

⁵ Ramírez, Rafael L. y Víctor I. García Toro. "Masculinidad hegemónica, sexualidad y transgresión." *Centro Journal*. 14.1 (2002): 5-25.

⁶ Connell, R.W. "La organización social de la masculinidad." *Masculinidad/es, poder y crisis*. Teresa Valdés y José Olavarría, eds. Santiago, Chile: Isis Internacional y FLASCO, 1997.

que en ambos textos se exploran los temas de imperialismo, etnicidad, violencia y poder dentro del contexto hispanoamericano. Con este amplio lente, presto atención a propuestas partiendo de teorías generales y culminó integrando investigaciones de las masculinidades puertorriqueñas. Estos estudios me permiten concentrarme en elementos claves del imaginario colectivo de la Isla.

Esta tesis consta de tres capítulos y una conclusión. En el primer capítulo, **Aproximaciones teóricas a las masculinidades**, profundizo en las distintas corrientes teóricas de la masculinidad. Los trabajos de R. W. Connell, Harry Brod, Michael Kimmel, Michael A. Messner y Mike Donaldson me ayudan a establecer una visión y una base para hacer un enfoque de perspectivas alternas dentro de los campos de las masculinidades y del género. También, presto atención especial a las investigaciones en Puerto Rico de Rafael L. Ramírez, Víctor García Toro, Félix Jiménez y José Toro Alfonso. Asimismo, abordo la conceptualización general y tradicional acuñada en la sociedad puertorriqueña de lo que significa ser hombre y sus prerrogativas, como por ejemplo ser un individuo sexual, proveedor principal de la familia, fuerte, valiente, respetado, respetuoso y siempre en control de las situaciones, entre otros.⁷

Incorporo el componente racial y su efecto en las construcciones sociales partiendo de trabajos como *Black Skin, White Masks*, *Narciso descubre su trasero: el negro en la cultura puertorriqueña* y *Contrapunto de raza y género en Puerto Rico*⁸. Aunque es sabido que la raza es una construcción social para denominar supremacía, todavía existen el racismo, los prejuicios y la desigualdad basados en el color de la piel⁹. Así mismo, integro las perspectivas del colonizado, la otredad y el poder partiendo de los trabajos clásicos de Albert Memi, Edward Said

⁷ Ramírez, Rafael L. *Dime capitán: Reflexiones sobre la masculinidad*. Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1993, 23-25.

⁸ *Black Skin, White Mask* de Frantz Fanon (1952), *Narciso descubre su trasero: el negro en la cultura puertorriqueña* de Isabelo Zenón Cruz (1974) y *Contrapunto de género y raza en Puerto Rico* editado por Idsa E. Alegría Ortega y Palmira N. Ríos González (2005).

⁹ Idsa E. Alegría Ortega y Palmira N. Ríos González, *Contrapunto de género y raza en Puerto Rico*. 19.

y Michel Foucault. De esta manera completo mi marco teórico en un intento por abarcar esos elementos que constantemente influyen en las diferentes expresiones de las masculinidades.

En el segundo capítulo, **Sujetos masculinos en perspectiva**, analizo los personajes masculinos, el despliegue de sus masculinidades y sus interacciones. Comparo a aquéllos que sustentan y resultan paradigmas de la masculinidad hegemónica. Pongo en perspectiva el concepto de hipermasculinidad y contraste con los que propulsan un comportamiento distinto al que exige la norma. Las teorías sobre etnicidad son fundamentales en esta sección ya que ayudan a ubicar las distintas subjetividades dentro de un contexto caribeño. Por eso, pongo atención en el patrón estandarizado de lo que significa ser hombre en el Caribe y qué cuerpos son acreditados como viriles en este contexto. Asimismo, identifico las manipulaciones de poder a las que se enfrentan estos personajes, la jerarquización social, la discriminación y el silenciamiento.

También, estudio las relaciones homosociales, pues resultan ser espacios necesarios que comprueban el sentido individual de masculinidad. Ese es el caso en la novela *Cualquier miércoles soy tuya*. Julián, el protagonista, es un reportero frustrado que ambiciona hacer investigaciones para el periódico de donde lo despiden y termina trabajando en un motel al ser despedido. Eventualmente Julián reanuda su labor en ese periódico, pero sólo después de haber estado expuesto a otra esfera de la sociedad. Es precisamente en el motel donde conoce un grupo de narcotraficantes y otros personajes que contrastan con él, no sólo en comportamiento sino en varios sentidos: clase social, educación, visión de mundo, color de piel, adquisición económica, etc. Por ello, introduzco el rol del Estado, el delirio por adquirir una posición de poder y las reacciones entre unos sujetos y otros para complementar y a su vez poner en perspectiva todo este andamiaje.

Entre unos y otros se refuerzan sus masculinidades así como sus proyecciones. Tadeo, inmigrante que ayuda a Julián a conseguir el trabajo del motel, es un personaje singular ya que su masculinidad carece de valor social ante los demás por ser inmigrante y negro. Sin embargo, no es un personaje que se feminiza. Más bien, es uno que ayuda a examinar el significado de la pigmentación de la piel al igual que el estrato económico dentro de las configuraciones del contexto cultural. Ante el escenario, resulta forzoso incorporar los personajes del Chino Pereira y Bimbi, distribuidores de droga y miembros de la clase pobre, pues ayudan a ampliar tales implicaciones. Curiosamente, éstos dos últimos intentan construir su masculinidad por medio de otros recursos que son apreciados en una sociedad consumista ya que sienten que de otra forma son desvalorados en su contorno.

En esta sección, expando un poco más el estudio de la temática del inmigrante, utilizo el poemario *Boat People* sigo reforzando los argumentos iniciados en la primera parte de este capítulo. A pesar de que los temas del hambre y la miseria abarcan el libro en gran medida, también hay cabida para explorar el peso de la epidermis y de la importancia que cobran unos cuerpos frente a otros.

La última sección de este capítulo trata sobre la sexualidad como construcción social y su estandarización. En una sociedad heterosexual, donde se busca reforzar el binomio genérico estableciendo una regulación, todo comportamiento íntimo que no se ajuste a la normalización queda rechazado y proyectado como abyecto. He seleccionado unos cuentos que me parecen que van muy a tono con la confrontación de la heteronormatividad y a su vez con la masculinidad hegemónica, pues desestabilizan los conceptos tradicionales y son sustituidos por otras posibilidades sin dejar de haber interacción entre hombres y mujeres a nivel sexual. Los cuentos que incluyo en esta sección son: “Resinas para Aurelia”, “Rosa náutica” y “Oso Blanco”.

El primero trata sobre un joven jardinero que se cría cerca de prostíbulos. Conoce a Aurelia, una joven meretriz, y se enamora de ella. Después de dos encuentros íntimos, pierde contacto con ella. Él se dedica a buscarla y cuando la encuentra, ésta había sido acecinada. El joven rescata el cuerpo y lo preserva con resinas para mantener su relación. El segundo cuento se centra en la relación de una pareja que disfruta de juegos sexuales propiciados por tatuajes en la piel. En el último encuentro, el hombre no puede resistir las sensaciones que se desatan en su cuerpo provocadas por un beso negro que su compañera le proporciona y perece. Al final la mujer es considerada como desquiciada por asumir la responsabilidad de la muerte. La tercera narración, es sobre la relación que desarrolla un presidiario con una mujer que transita todos los días frente a la cárcel. Ella sólo ve la mano que la saluda, pero eventualmente la extremidad puede desligarse del enclaustrado y abrirse paso entre las piernas de ellas. Ambos, a pesar de la distancia, se pierden en un éxtasis hasta que el proceso es interrumpido por el Oso Blanco –la cárcel como personaje.

Las sexualidades presentadas en el libro, *El cuerpo correcto*, son consideradas como aberraciones y desviaciones sociales. La selección que hago de estos relatos me parecen representativa por sus temáticas: la necrofilia, el sexo anal y la pedofilia. De esta manera, me sirven para explorar y comparar la imposición del comportamiento sexual normativo al que se le adjudica naturalidad frente a la demonización de cualquier otra expresión. También, ilumina sobre cómo se recalca la noción de géneros y roles sexuales continuamente. La sistematización de conductas se va reforzando por la misma sociedad la cual rechaza ciertos comportamientos y privilegia otros. Este proceso se da de muchas maneras y aquí se ve cómo se patologizan o criminalizan para añadir presión al proceso disciplinario.

En el tercer capítulo, **Aprendiendo a ser hombre**, discuto la formación y divulgación de las concepciones de las masculinidades en los individuos. Identifico las dinámicas e instituciones que propician la preeminencia de la masculinidad hegemónica tanto a nivel individual como colectivo. Discuto algunos cuentos representativos del libro *Pez de vidrio*, las novelas *Nuestra Señora de la Noche*, *Sirena Selena vestida de pena* y *Fe en disfraz*, y por último, el *Tratado de medicina natural para hombres melancólicos* en ese orden. En éstos, presto atención a las interacciones de personajes, y agencias como forjadoras de la sustentación de la normativa. También, reflexiono sobre cómo unos se imponen y otros intentan esquivar la imposición, junto con sus consecuencias.

El primer cuento que exploro en esta sección es “Hebra rota” el cual trata sobre una chica, Yetsaida, que sueña con alisarse el pelo. Sin embargo, el impulso de ésta de rehacerse tiende a vincularse con un patrón de belleza dominante que excluye las características afrodescendientes. Aquí se examina el rol de la clase social y los medios de comunicación frente al elemento étnico. También se pone en perspectiva el papel de la familia como institución primaria de gestación y propagadora de patrones normativos sin perder de vista la función del simulacro y la necesidad de recrearse.

Los otros tres relatos que trabajo son “La escritora”, “La oreja de Van Gogh” y “Proyector –circo francés”. Éstos tienen en común, nuevamente, la influencia de la familia como celadora. Los protagonistas intentan buscar un espacio para existir fuera de la regulación normativa. En el primero, se presenta una escritora que retoma su vida escribiendo un cuento que la ayuda a ponerse en perspectiva ante sí misma sin ella proponérselo. En el segundo, un bibliotecario trabaja arduamente añorando encontrar datos sobre el paradero de la oreja del famoso pintor, pero a su vez deseando escapar de las exigencias colectivas para no tener que

“jugar a ser otros” (100). En el último, un joven fotógrafo anhela firmar una película. Al conocer a una malabarista, tiene la oportunidad de adquirir una cámara para poner en marcha su proyecto. Por el contrario, su padre quiere que él sea conformista y se dedique a la fotografía, pero el hijo prefiere curiosear nuevas posibilidades.

En la novela *Nuestra Señora de la Noche* continúo identificando las presiones que se ejercen socialmente para imponer un orden. Sin embargo, aquí añado y analizo el prostíbulo como espacio antagónico con relación a las demás instituciones sociales que condicionan a hombres y mujeres a seguir la rigurosidad de la heteronormatividad. Intento exponer cómo las acciones y actitudes de ciertos personajes desestabilizan la masculinidad hegemónica y el discurso patriarcal. Algunos de los que exploro son Demetrio -el maestro de la protagonista, Isabel Luberza-, Fernando Fornarís –padre del único hijo que tuvo Luberza-, Luis Arsenio Fornarís y Roberto Fornarís –hermanastros. La novela, la cual no sigue un orden cronológico ni mantiene un solo punto de vista, narra una posible génesis del prostíbulo más famoso que tuvo Puerto Rico en el siglo XX y la vida de su propietaria, Isabel Luberza.

En *Sirena Selena vestida de pena* exploro los conceptos de familia según son presentados en la obra así como también las diferentes combinaciones que adquieren relevancia para redefinir y expandir el concepto tradicional de masculinidad. El mundo del espectáculo toma un lugar privilegiado en esta novela donde Martha Divine, empresaria y travesti, viaja a Santo Domingo a vender el show de Sirena Selena a un hotel. Una vez hechas las primeras gestiones, uno de los accionistas de la capital, Hugo Graubel, le pide a Sirena que haga una presentación privada, en su propiedad. Sirena Selena, travestí mulato, socava las ideas esencialistas y unilaterales de la identidad masculina hegemónica al asumir el simulacro como parte de su realidad dejando

palpable que su comportamiento, sus ademanes, su rol en la sociedad y su vestimenta son parte de una construcción dirigida por la sociedad.

En esa misma línea se encuentra Leocadio, un alter ego de Sirena en la República Dominicana, que comienza a abrirse paso en el mundo de las discotecas gays y sus presentaciones. Indago en la relación de Leocadio y Migueles, pues en sus diálogos ofrecen posturas divergentes o conflictivas con la prescripción de la masculinidad caribeña. La interacción entre estos dos personajes se va desarrollando paralelamente mientras Sirena hace su presentación e intima con Hugo Graubel, el accionista. Migueles le sirve a Leocadio como modelo de masculinidad. La escritora los utiliza como pretexto para hablar sobre las capacidades o incapacidades de expresar sentimientos entre hombres. Éste orienta a Leocadio, según su criterio, de las responsabilidades correspondientes a los hombres: “Es duro encontrarse solo, ¿verdad? Pero así es que uno se hace hombre... Y usted ya es hombre aunque no tenga edad, porque le tocó valerse por sí mismo. Tan pronto haga dinero, recupera a su madre y se hace cargo de ella” (195). Para él no hay una edad específica para ser hombre, más bien se es uno cuando hay que acarrearse con la tarea de sustentarse y enfrentar la vida.

La novela *Fe en disfraz* y el *Tratado natural para hombres melancólicos* son las últimas dos obras presentadas y estudiadas en este capítulo. Aquí, continúo identificando personajes o situaciones que proponen una postura contestaria a la prescripción disciplinaria institucionalizada. En la primera, Santos Febres problematiza la historia como paladín de la cultura patriarcal y por medio de sus personajes principales, Fe Verdejo -una mujer que investiga sobre las esclavas manumisas- y Martín Tirado -su asistente y amante- pone al descubierto el discurso de preeminencia que se ha implantado dentro de la historiografía. En adición, se da un proceso de aprendizaje que los lleva a ver el cuerpo como instrumento para completar un performance.

En el último libro, un tratado paródico, el amplio catálogo de melancolías junto a sus remedios alude a los efectos que propicia la sociedad patriarcal con las exigencias impuestas a los varones. Hay una correlación entre las situaciones descritas en éste y las que experimentan muchos de los personajes masculinos en otros libros. Al contextualizar y tener en perspectiva cómo influyen las instituciones y agencias socializadoras se hace más evidente y comprensible la depresión varonil.

Es justamente por tal razón que en este capítulo incorporo el análisis de personajes como los de Doña Cristina Rangel en su rol de madre de Arsenio Fornarís y de esposa de Fernando Fornarís¹⁰ y la de los esposos Solange y Hugo Graubel¹¹. Ambas mujeres tratan de cumplir con los roles sociales establecidos y de proteger la imagen patriarcal concebida del hogar que es lo único que les resta ante sus situaciones. También, incluyo personajes como Isabel Lubberza y Minerva que pertenecen al espacio del prostíbulo y que desafían las conceptualizaciones tradicionales de lo que debe ser una dama y una señora. Sirena Selena y Martha Divine, por su parte, incorporan un lenguaje semiótico por el cual comprometen las manifestaciones simbólicas tradicionales de lo que es representativamente femenino desestabilizando la vinculación entre género y sexo.

El propósito de este capítulo es examinar las constantes ligaduras de las subjetividades masculinas y las diferentes maneras de expresar la masculinidad indagando en las relaciones con el estado como institución emblemática de la masculinidad hegemónica. Para esto, trato los temas del género, el cuerpo, el erotismo, la sexualidad y el travesti teniendo en perspectiva la clase social, la etnicidad y el poder dentro del contexto del colonizado. Me interesa analizar todas esas manifestaciones que contrastan con el discurso de la masculinidad hegemónica y la

¹⁰ En *Nuestra Señora de la Noche*.

¹¹ En *Sirena Selena vestida de pena*.

heterosexualidad para así identificar hasta qué punto minan o legitiman tales discursos dominantes y asumidos prescriptivamente como norma.

Por motivos de tiempo, no elaboro un análisis exhaustivo del *Tratado* como pieza satírica; tarea que me gustaría continuar en algún momento futuro. No obstante, no quise pasar por alto incluir el libro sobre melancolía masculina aunque no estaba incluido en mi propuesta y bosquejo inicial de este trabajo. Lo considero relevante dentro de la obra de Santos Febres y de gran importancia para el estudio de las masculinidades dentro de la literatura. De igual manera y a raíz de esta disertación, me surgen otras iniciativas que se proyectan como faenas a profundizar y completar más adelante. Ese es el caso de los temas del travestismo, el simulacro y la colonización. A pesar de que son incorporados aquí, me interesa ahondar en ellos considerando nuevamente los aspectos de etnicidad y estrato social.

Creo que con lo presentado aquí como parte inicial de mi investigación se abren muchas posibilidades de exploración fructíferas. Mi objetivo inmediato es comprobar que en la obra de Mayra Santos Febres sí hay un intento por desactivar la masculinidad hegemónica. Termino esta responsabilidad discutiendo las conclusiones sobre las masculinidades y las concepciones genéricas considerando los juegos de poder, la clase social, la raza, y el colonialismo. Espero que mi esfuerzo continúe estimulando el diálogo y el estudio de las masculinidades y la construcción de género en la literatura desde una postura inclusivista y justa.

I. Aproximaciones teóricas a las masculinidades

1.1 El género: una construcción social

Con los nuevos giros en los estudios de género es importante contextualizar, definir y redefinir los conceptos de masculinidad y feminidad en cualquier estudio crítico sobre las masculinidades, pues estos términos son muy usados en el discurso heterosexual normativo compulsorio que rige esta sociedad. Por su parte, los roles sociales y sexuales están estrechamente vinculados a la clasificación del cuerpo con relación a su anatomía. Los procesos de socialización implementan, fortalecen y delimitan las fronteras entre los papeles sociales basados en la distinción de los órganos biológicos reproductivos. Las categorías asumidas y aceptadas como normales en el sentido anatómico son de hombre y mujer. Para esta categorización, basta aludir a los cromosomas sexuales antes de nacer o a los genitales al momento del alumbramiento. Los cuerpos que no respondan a estos criterios son automáticamente considerados anómalos, como es el caso de los hermafroditas o los pseudohermafroditas¹². No obstante, para la sociedad, el hecho de tener unos genitales o cromosomas específicos no es suficiente. West y Zimmerman proponen que una vez establecido el criterio biológico y cromosómico, está la categoría sexual la cual requiere su exposición social identificadora y finalmente el género que regula la interacción y la conducta apropiada a la categoría sexual¹³.

El cuestionarse los significados de masculinidad y feminidad redundaría en la indagación de nociones como género y sexo. Aurelia Martín Casares, en su libro *Antropología del género: culturas, mitos y estereotipos sexuales*, alude a la aportación de la antropología en este sentido.

¹² Ver Ann Fausto-Streling, "The Five Sexes: Why Male and Female are Not Enough" en *The Gendered Society Reader*.

¹³ West y Zimmerman hablan de una distinción entre sexo, categoría sexual y género. Los conceptos que usan en inglés son: "sex", "sex category" y "gender". Para una amplia discusión de esta terminología ver "Doing Gender" en *The Gendered Society Reader*, 2008.

Explica que la conceptualización de género emerge por “la necesidad de romper con el determinismo biológico implícito en el concepto de sexo” (36). Según ella, el género es un proceso histórico donde se jerarquizan “rasgos y actividades” otorgándole mayor importancia a lo masculino (40). Martín Casares también identifica el surgimiento de “una categoría analítica” que comienza a forjarse con las contribuciones de Simone de Beauvoir y Margaret Mead¹⁴ a favor del feminismo (37). El cuestionamiento de la centralidad exclusiva del varón e invisibilidad de las mujeres se agiliza perspicazmente a partir de mediados del siglo XX. A esta tarea se van sumando posturas que examinan la naturalidad de los comportamientos. La antropóloga Gayle Rubin en su ensayo “The Traffic in Women” (1975) arguye en contra de explicaciones esencialistas intentando definir ampliamente el sistema sexo/género. Ella explora la teoría marxista de opresión de clase¹⁵, las nociones de parentesco y matrimonio, el tabú del incesto y el psicoanálisis en un intento por identificar los mecanismos que producen y mantienen ciertas convenciones sexuales, además de la subordinación de las mujeres y de los homosexuales (113). Concluye que el género es una división de los sexos impuesta socialmente: “La idea de que los hombres y las mujeres son más diferentes entre sí que cada uno de ellos... tiene que provenir de algo distinto de la naturaleza” (114). Rubin, partiendo de Lévi-Strauss, examina el parentesco y apunta que éste es una organización y que esa estructura confiere un poder donde el matrimonio sirve de base. Teoriza que la ordenación social del sexo se basa en el género, la heterosexualidad obligatoria y la construcción de la sexualidad femenina (114). El estudio del

¹⁴ Nótese que Simone de Beauvoir no fue una antropóloga, sino filósofa. Sin embargo, Martín Casares reconoce en su obra, *El segundo sexo*, el inicio crítico de categorizar. Cabe recordar que Beauvoir arguye que no se nace mujer, sino que se llega a serlo. Por otro lado, la antropóloga Margaret Mead, con intención de situar a la mujer como sujeto principal en su investigación, utiliza el sexo como una variable cultural e integra el concepto de “sexo social”. Ver Martín Casares, 2006.

¹⁵ Aunque Engels adjudica la opresión sexual a la herencia del capitalismo, Rubin arguye que una abolición del capitalismo seguido por una sustitución de un sistema socialista no erradica la opresión sexual. Concluye que no es lo mismo explicar la utilidad de las mujeres dentro del capitalismo que adjudicarle a ese sistema económico el origen de la opresión. Rubin señala el fracaso del marxismo clásico con relación a la opresión sexual.

tabú del incesto la lleva a deducir que, si como argumenta Lévi-Strauss, la mujer es el regalo máspreciado, entonces ésta es el objeto de intercambio del cual sólo se beneficia el hombre por relación de parentesco. Recalca Rubin que el psicoanálisis, por su parte, es una teoría que reproduce tal vínculo y expone el impacto de las reglas y las normas heterosexuales en los individuos. Esta práctica clínica “ha creído con frecuencia que su misión consiste en reparar a individuos que de alguna manera han perdido el camino hacia su objetivo ‘biológico’” (118). A partir del año 1984, Rubin sugiere una deconstrucción más amplia de los conceptos de género y sexo dando paso a la distinción entre ambos¹⁶.

Las teorías postestructuralistas y la teoría queer han contribuido a desmitificar los planteamientos esencialistas abriendo brecha a un pensamiento libre de una identidad genérica dualista. Por ejemplo, Judith Butler, en *Gender Trouble*, no sólo hace una marcada distinción entre el género y el sexo, como intentaron exponer algunas teóricas anteriores a Butler, sino que también pretende desnaturalizarlos incluyendo las construcciones de lo femenino y masculino y el deseo. Butler implementa un análisis genealógico y deconstructivista que revela lo compulsorio y excluyente de la imposición heterosexual normativa. Alega que por medio de la reiteración, repetición, y ritualidad se configuran la masculinidad y la feminidad para así determinar el género. La cita frecuente y la historicidad discursiva junto a la coerción insistente actual hacen posible la creación y recreación de identidades genéricas constantemente, pues los discursos con sus antecedentes condicionan el presente. De esta manera, la performatividad que plantea Butler ofrece luz sobre cómo el proceso discursivo constituye y materializa los cuerpos junto a su sexualidad, pero también expone los cuerpos abyectos y menospreciados por estar al margen de las normas heterosexuales (Butler 1993, 2007).

¹⁶ Carole Vance alude al desarrollo conceptual de Rubin y diferencial entre género y sexo en “Social Construction Theory and Sexuality.” *Constructing Masculinities*. Maurice Berger, Brian Wallis y Simon Watson Eds.

1.2 Los estudios de las masculinidades

Estos nuevos giros teóricos que se inician en la década de los ochentas también indagan en el uso de los conceptos de masculinidad y feminidad. Ponen énfasis primordial en el varón, sus privilegios al igual que en los límites de las diversas construcciones sociales que lo definen como tal. Su pauta principal ha sido referirse a múltiples masculinidades considerando contraproducente la homogenización habitual que se impone socialmente, pues asumir que todos los hombres gozan de las mismas prerrogativas, está fuera de la realidad (Ramírez y García Toro, 2002). Se intenta identificar los elementos que coaccionan para mantener relaciones de poder en la sociedad. Además, surgen trabajos teóricos e historiográficos comprometidos a alumbrar cada aspecto relacionado con la mentada “crisis” del varón y la masculinidad¹⁷.

En Estados Unidos, los precursores de los estudios de las masculinidades han emprendido la tarea de definir qué es ser hombre y qué significa la masculinidad valiéndose de múltiples disciplinas. Explica el psicólogo social Joseph H. Pleck¹⁸ que los varones enfrentaban problemas con las exigencias establecidas en sus roles sociales y que era evidente un comportamiento diferente con relación al que precedían. La ausencia del padre en la familia por causa de las guerras de principios de siglo XX, los cambios en la industrialización y los nuevos giros de la economía llevan a la mujer no sólo a hacerse cargo de las tareas asignadas a su género, sino de cumplir como figura paternal y de ser proveedoras. Esto impacta grandemente a la sociedad. Las nuevas generaciones no muestran los mismos atributos masculinos que sus

¹⁷ Ver *Nuevas masculinidades* de Carabí y Segarra.

¹⁸ Ver “The Theory of Male Sex-Role Identity: Its Rise and Fall, 1936 to the Present” en *The Making of Masculinities: The New Men’s Studies*, 1987.

predecesores y esta preocupación da paso al estudio del rol sexual cuestionándose qué hace que los hombres sean menos masculinos¹⁹ y cómo se puede evitar²⁰.

Pleck apunta que, en 1936, Lewis Terman y Catherine Miles son los primeros que utilizan los vocablos de “masculinidad” y “feminidad” en un medio intelectual dando base al estudio de la personalidad y la sexualidad dentro de la psicología estadounidense. Estos conceptos son aceptados al punto que comienzan a crearse pruebas y escalas como instrumentos de evaluación para determinar si un individuo posee las características asignadas a su sexo. Eventualmente, la etapa inicial del estudio da paso a la formulación de la teoría de identidad de rol sexual masculino²¹. La atención que ésta ofrece es, por mucho tiempo, selectiva. Durante su inicio, pone interés a lo femenino con la intención de identificar las propiedades de su comportamiento²². Se desarrollan métodos ideados para identificar conductas y se crean pruebas estandarizadas adjudicándoles confiabilidad en la identificación de roles aparentemente naturales. La consideración de su conjeturada efectividad llega al punto de utilizarse para detectar asumidos patrones homosexuales en los individuos (Pleck 24-25)²³.

En el ámbito europeo, el psicoanálisis se enfoca en el proceso edipal a partir de principios del siglo XX. En el 1945, la teoría psicoanalítica comienza a enfocarse primordialmente en el hombre cuando se acuña el concepto psicodinámico de identidad dentro de los estudios de masculinidad y feminidad. La esencia de la teoría de identidad de rol sexual masculino se establece una vez que se hipotetiza que el problema está en el desarrollo psicológico del hombre

¹⁹ En este periodo, se considera que la masculinidad es algo que se puede medir, identificar y restaurar. Se percibe como una crisis el hecho de que las nuevas generaciones no tengan los atributos adjudicados a la masculinidad de otrora. Por eso se utilizan vocablos como “menos masculinos”.

²⁰ Otros estudiosos que hablan sobre el proceso historiográfico son Michael Kimmel en *The Gendered Society Reader*, 2008 y Harry Brod en *The Making of Masculinities*, 1987.

²¹ Theory of male sex-role identity (MSRI).

²² Nótese que el hombre siempre se ha posicionado como eje y elemento neutro dentro de la humanidad. La mujer por el contrario es el componente enigmático, diferente, que necesita exploración y reflexión.

²³ El artículo que utilizo en esta sección es “The Theory of Male Sex-Role Identity: Its Rise and Fall, 1936 to the Present” que se encuentra en *The Making of Masculinities: The New Men’s Studies*, editado por Harry Brod.

cuando su identificación inicial es con la madre, con lo femenino (Pleck 29). Para Freud, el padre simbolizaba la figura destacada²⁴, sin embargo, a partir de los años cincuenta y sesenta, el padre es la figura que resalta por su ausencia. Si en un momento dado esta conjetura sirvió para explicar el desarrollo de la identidad y de su rol sexual, pierde auge por los nuevos enfoques que surgen²⁵. En los años setenta, la teoría disminuye en popularidad ya que distintos estudios e innovadoras corrientes empiezan a clarificar que la falta del padre en la familia no poseía los efectos que se asumían.

Apunta Connell que en los años cincuenta aparece en Estados Unidos la terminología “male sex role”²⁶ en el terreno de la sociología. Se origina la especulación de que lo masculino y lo femenino son papeles sexuales productos de la socialización y que la diferencia entre éstos responde a funciones específicas dentro del grupo social. Así, emerge la teoría del rol sexual. Los sociólogos entonces deducen que esa internalización del rol sexual puede ser modificada por las agencias de socialización. Al mismo tiempo, se piensa que esa internalización de papeles estabiliza la sociedad: “Internalized sex roles contributed to social stability, mental health and the performance of necessary social functions” (Connell 23).

Explican Carrigan, Connell y Lee²⁷ que la construcción del rol sexual ofrece una proyección abstracta de las diferencias entre los sexos (79). Las definiciones de masculinidad y feminidad parten de una división fisiológica con la intención de delimitar, jerarquizar y controlar ciertos espacios y estatus. Unido a un afán normalizador está el discurso científico para justificar

²⁴ Joseph Pleck menciona la concepción del padre según Freud como “the tower figure” en “The Theory of Male Sex-Role Identity: Its Rise and Fall, 1936 to the Present.”

²⁵ Luis Bonino en su artículo, “Varones, género y salud mental: deconstruyendo la ‘normalidad’ masculina”, explica que dentro de la psicología se ha prestado atención a la subjetividad femenina al punto de haberse feminizado el campo de la salud mental; lo cual es una tendencia vigente en el presente. Recalca que la masculinidad es paradigma de la salud, madurez, autonomía y normatividad mientras que se repiensen los modos de producción de los malestares y psicopatologías de las mujeres.

²⁶ Rol sexual masculine.

²⁷ En *The Making of Masculinities*, editado por Harry Brod.

adjudicadas distinciones entre mujeres y hombres más allá de la diferencia reproductiva. De esta manera, se fomenta una imagen la cual debe coincidir con ciertos comportamientos específicos. Éstos, a su vez, deben limitarse al binomio heteronormativo de femenino y masculino instaurado esencialmente en el reconocimiento de unos órganos sexuales específicos²⁸.

Las voces imperantes de los filósofos desde Aristóteles hasta Hegel, Schopenhauer y Nietzsche, para mencionar algunos, han fomentado o insistido en esa gran dicotomía basada en la mentalidad patriarcal²⁹, la cual sitúa a la mujer en un segundo plano. Los discursos positivistas y decimonónicos recurren a la analogía ‘cultura /hombre’ contrapuesta a la de ‘naturaleza/mujer’ donde el mundo natural es asimilado como salvaje, desconocido y hasta peligroso. Tales discursos sustentan una atribuida inferioridad innata en la mujer y la toma de control por parte del varón implicando la cosificación de ésta y del mundo natural³⁰. Arthur Brittan señala que tanto el darwinismo social del siglo XIX como la teoría económica clásica identificaban a la mujer como pasiva³¹ y dependiente (80). El varón por su parte se ubica imperioso sobre la naturaleza y termina buscando una apología para explicar la atracción que irónicamente es exigida dentro de la construcción heterosexual. El ser que ha definido como inferior, tanto física, mental y moralmente, necesita poseer unas características que realmente respalden su fascinación

²⁸ Para cierto órgano ganar respetabilidad o entrar en una de las dos categorías tiene que estar dentro de los criterios estipulados clínicamente. Nótese que si el tamaño de un pene no sobrepasa cierta medida al nacer, el médico está obligado a sugerir una reconstrucción o reasignación sexual. En el caso del hermafroditismo la intransigencia clínica y el rechazo social son mucho más agudos.

²⁹ Aquí generalizo a sabiendas de que algunos/as investigadores/as aluden a muchos patriarcados, así como muchos feminismos. Por ejemplo, Anne McClintock es una de las que subraya la multiplicidad de patriarcados en “‘No Longer in a Future Heaven’: Gender, Race and Nationalism.”

³⁰ Herbert Spencer pensaba que en las sociedades se iba de lo simple a lo complejo. El matriarcado, por imponérsele una conexión con la naturaleza y el primitivismo, no se considera como organización social aceptable porque según las posturas evolucionistas, sería un retroceso. Entonces, se precian la patrilinealidad y la monogamia como parte de una forma social superior y se equiparan con la cultura. (Martín Casares 2006, 122).

³¹ Martín Casares en *Antropología del género: culturas, mitos, y estereotipos sexuales* explica que a ésta se asociaba con la pasividad porque se asumía que necesitaba mayor cantidad de energía para producir un óvulo. Se tendía a relacionar funciones del cuerpo con comportamientos y buscaban explicaciones dentro de la selección natural para sustentarlos; en el caso del hombre, se relacionaba con la hipersexualidad.

y el enfrascamiento con una sexualidad específica. Curiosamente, Victoria Sau³² al explorar el mito de la belleza femenina, concluye que sólo una hermosura “organizada desde fuera” excusa la seducción y la degradación, en el caso de los varones. Pero, por otro lado, limita a las mujeres al acto de ser miradas, exploradas y tanteadas dentro de la organización patriarcal (30-31). Las justificaciones de este tipo se aceptan dentro de las configuraciones reguladoras que a su vez oscurecen las relaciones de subyugación que conllevan tales concepciones³³.

En los años setenta, gracias al feminismo, germinan los estudios que revisitan múltiples disciplinas y señalan lo opresivo que resulta para las mujeres el rol sexual femenino. A pesar de que a mediados del siglo XX surgen otras corrientes y terminologías como la identidad de género³⁴, rol de género³⁵, los estudios de androginia psicológica, la teoría de los objetos de relación³⁶, es realmente el impacto de la segunda ola del feminismo el que impulsa una confrontación de los patrones tradicionales y los roles sexuales mostrando su incoherencia³⁷. Por medio de trabajos interdisciplinarios con la sociología, la antropología, los estudios culturales y los estudios étnicos se ha expuesto el magno espectro de diversos comportamientos que responden a lo masculino o femenino sin mucha consistencia y similitud entre las culturas, o dentro de ellas mismas (Gilmore, 1990; Martín Casares, 2006). En diferentes partes del mundo, las nociones de homosexualidad y heterosexualidad adquieren otras delimitaciones y valoraciones dejando expuestas sus armazones sociales. Se concluye que los constructos de la

³² En *Nuevas Masculinidades*, 2000.

³³ En las artes, la mujer ha sido tradicionalmente el objeto de deseo.

³⁴ Describe la concientización y satisfacción respecto a su género.

³⁵ Es cuando un individuo tiene los rasgos, actitudes e intereses culturales esperados con relación a su sexo.

³⁶ A finales de la década de los 70, se replantea la masculinidad pero desde la teoría de los objetos de relación. Nancy Chodorow propone la vinculación de los niños con la madre como una neurótica y la de las niñas como exenta de ansiedad.

³⁷ Tim Carrigan, Bob Connell, and John Lee, “Toward a New Sociology of Masculinity” y Joseph Pleck, “The Theory of Male Sex-Role Identity” ambos en *The Making of Masculinities*, editado por Brod (1987).

masculinidad y la feminidad son atributos asignados dentro de un espacio y tiempo histórico específico respondiendo así a múltiples masculinidades y feminidades.

A pesar del aspecto escurridizo del concepto de masculinidad, ha habido intentos por definirlo. En 1976, se comienza a denominar sus baluartes³⁸. El primer, y más importante, atributo es definido por lo que no se debe ser. La masculinidad no puede proyectar, ni poseer nada que esté asociado con lo femenino y la mujer. Es necesario convencer a los demás de que no se guarda ninguna similitud con el comportamiento “débil” o imagen “delicada” del sexo opuesto. Por el contrario, hay que exhibir el poder y la importancia de ser varón. Entre esas cualidades figuran las de ser proveedor y competitivo. Esta última se emplea con intención de suscitar admiración. Así, se insiste en la intrepidez y capacidad requerida para el reconocimiento colectivo. El ser duro como un roble, no expresar sus sentimientos ni emociones, hacer uso de la agresión y la audacia para poder protegerse, no dar razones de sus actos y enfrentar retos con violencia de ser necesario, componen el resto de las exigencias para demostrar la masculinidad (Boscán Leal 2008, Frank 1987, Valdés y Olavarría 1998, Ramírez y García Toro 2002, Connell 2005).

Curiosamente, ha habido una tendencia común a asociar la agresión con “la naturaleza masculina”³⁹ y las hormonas, justificando así patrones hostiles y violentos como intrínsecos en los varones. Hay algunos constructivistas que aluden a un nexo entre la diferencia biológica y el constructo social. Por ejemplo, Perry Treadwell en “Biologic Influences on Masculinity”⁴⁰ señala la necesidad de suplementar la construcción social con el aspecto biológico y hace

³⁸ Ver Luis Bonino en *Nuevas masculinidades* donde declara que Robert Brannon y Deborah David, con su libro *The Forty-nine Percent Majority* (1976), son los científicos sociales precursores de las denominaciones: “No Sissy Stuff”, “Be a Big Wheel”, “Be a Sturdy Oak” y “Give 'em Hell”. También ver Connell 70, 2005.

³⁹ Nótese que en ciertos momentos se tiende a justificar unos comportamientos masculinos al definirlos convenientemente como biológicos.

⁴⁰ Ed. Harry Brod, 1987.

hincapié en que se debe considerar que la testosterona está vinculada con la agresión, que los hombres tienen un amplio margen de niveles determinados de esta hormona y que esto puede ser intensificado por el ámbito social o, por el contrario, aminorado (286). Al igual que Treadwell, se encuentran muchos otros⁴¹ que argumentan a favor de tal conexión.

Robert Sapolsky, por el contrario, enfatiza en su artículo “Testosterone Rules”⁴² que los altos niveles de testosterona no son los responsables de la agresividad y la violencia en los varones, desmitificando así la vinculación con la agresión. Declara que este producto glandular acrecienta y exagera la agresividad ya existente. Distingue la región del cerebro denominada amígdala, la cual está cerca del hipotálamo, como probablemente la parte que tiene más que ver con la agresión y concluye que la violencia es mucho más compleja que una hormona (30). Precisamente, la agresión ha sido uno de los métodos más utilizados para controlar al subalterno. Aunque dentro de los parámetros de la masculinidad hegemónica⁴³ se auspicia el auto control⁴⁴, conectar la agresividad con la biología es una estrategia más para autorizar y naturalizar conductas.

Deconstruir las nociones de masculinidad y feminidad no sólo lleva a definirlos como un engranaje social, sino a recontextualizar y redefinir otras concepciones como el género, la sexualidad y el deseo. Bajo la preconcepción de una necesidad reproductiva, el sistema social ejerce presión e implementa la regulación de la sexualidad. De esta manera, fomenta y preserva la heterosexualidad asegurando el control de la reproducción y la producción. Dichos componentes son de gran peso a la hora de definir el sistema de ‘sexo/género’⁴⁵. Las

⁴¹ Ver Gilmore 1990.

⁴² Eds. Kimmel and Aronson, 2004.

⁴³ Más adelante explico con detalles la masculinidad hegemónica.

⁴⁴ Ver “*What is hegemonic Masculinity?*” de Donaldson.

⁴⁵ Ver Carrigan, Tom, Bob Connell, y John Lee en “The Theory of Male Sex-Role Identity” en *The Making of Masculinities: The New Men’s Studies*, 1987. Ver también Brittan, *Masculinity and Power*, 1989; Fuller en

regulaciones se implementan por diferentes agencias de poder en la sociedad. Se nutren y apoyan unas a las otras. Utilizan, entre otros, el discurso médico y científico para criminalizar y estigmatizar toda desviación a la norma heterosexual compulsiva. Una vez se adjudica un supuesto razonamiento científicista, se ejerce, como diría Connell, el poder de la razón, sustentando la aparente representación del interés de toda una sociedad. Esa diseminación de la normativa toma lugar por medio de instituciones como son la familia, la escuela, la iglesia, entre otros. Las personas, conforme a su anatomía, van constituyendo gradualmente una identidad la cual está en reafirmación constante e interactuando con diferentes agentes, espacios y discursos en un momento histórico específico (Connell 2005). Todo comienza desde que el médico anuncia su sexo y a partir de ese momento la institución familiar inicia su función estableciendo parámetros en las acciones, usos y costumbres, que como varón o hembra, ese sujeto no debe ejercer. Los padres velan atentamente que los mandatos sociales dominantes tomen lugar en el proceso de aculturación de este nuevo miembro con la intención de que pertenezca a una comunidad genérica (Viveros 43-44; Martín Casares, 2006).

Al llegar a la institución escolar, los sujetos, específicamente en el caso de los varones, se enfrentan con la obligación de desarrollar su individualidad, sus capacidades de liderazgo y competencia. Este es el perímetro donde también se marcan las diferencias de clase social y donde se le exigirá más que nunca la prueba de su identidad genérica una y otra vez. Una disociación marcada es necesaria para no caer en lo considerado como abyecto, o sea, el referente opuesto al modelo masculino establecido (Fuller 57).

Los estudios de las masculinidades, impactados por la efervescencia del feminismo, han tomado un auge prometedor. En Estados Unidos comienzan pequeños grupos de hombres a

Masculinidades y equidad de género en América Latina, 1998 y Morgan en *Handbook of Studies on Men and Masculinities*, 2005.

exponer la sujeción entrañada en el papel social masculino y su repercusión en los varones. (Connell 22-24, 2005). Sus interrogantes se suman a estudios académicos sobre el género desde una palestra crítica e interdisciplinaria, las cuales han ido incrementando paulatinamente. Por ejemplo, el “Social Feminist Men” es el movimiento de mayor peso y auge a mitad de los años 70. Se organiza por el descontento de algunos con el movimiento radical de hombres feministas⁴⁶ y con los conceptos y estrategias marxistas. Debido a esta corriente, se ha implementado un currículo académico de estudios sobre hombres y masculinidades y se busca establecer un balance entre el análisis de los privilegios que provee el patriarcado a todos los hombres y la manera en que la desigualdad de clase social beneficia a algunos a costa no sólo de las mujeres, sino de otros hombres también (Messner 56). Hoy día, estos estudios distinguen entre sexo y género, además de advertir de la existencia de múltiples masculinidades⁴⁷. También, hacen hincapié en la elasticidad y continua permutación de la creación social. (Brittan 1989; Carabí 2000; Crawley et. al., 2008; Connell 2005; Kimmel 2005, 2008). En fin, se recalca la importancia de pluralizar, afirmar la convivencia y evitar una restricción tildada de universalista.

Los estudios de las masculinidades no se instituyen sin percances. Aparecen varios grupos⁴⁸; unos reafirman una postura esencialista, otros reaccionan a la movilización feminista y

⁴⁶ El movimiento radical feminista de hombres se manifiestan en total oposición al discurso reaccionario y a la mentalidad esencialista que prevalece en otros movimientos. Según explica Messner, pierde expansión por la carencia de un caparazón analítico para discutir emociones personales y análisis social crítico.

⁴⁷ Ángel Carabí, en *Nuevas Masculinidades*, alude a David Gilmore con su libro *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity* (1990). Ambos alegan que la masculinidad es variable y plural según las culturas. Por otro lado, Brittan en *Masculinity and Power* explica la distinción entre masculinismo y masculinidad donde el primero es la ideología dirigida a controlar y dominar las situaciones y relaciones sociales y el segundo es la construcción social que es impactada por la historia. Brittan por su parte, no sólo alude a múltiples masculinidades, sino que distingue entre el masculinismo, la ideología dirigida a controlar y dominar en las situaciones y relaciones sociales, y la masculinidad, la construcción social que es impactada por la historia. Ver *Masculinity and Power* (1989).

⁴⁸ Messner en su libro *Politics of Masculinities* registra los siguientes grupos: 1) el mitopoético que se inspira en poemas y mitos de los hermanos alemanes Grimm buscando reconectarse con la “esencia” de lo que es ser hombre, 2) el “Promise Keepers” con base fundamentalista busca remasculinizar la iglesia y la imagen de Jesús, 3) el “Men’s Right Movement” comienza auspiciando el feminismo, pero termina resentido y reivindicando sus derechos y prerrogativas, y 4) el colectivo de liberación que se destaca por imponer sus perspectivas de blancos de clase media, educados y heterosexuales como la visión normalizadora. (Nótese que tales descripciones son las que

finalmente otros son identificados por Messner como contradictorios (Messner 1997). Entre las agrupaciones que muestran discrepancia se encuentran los movimientos de hombres de color y los de los homosexuales. Resalta el sociólogo que el primero⁴⁹ se organiza en busca de justicia social y de reivindicación dentro de la sociedad. Sin embargo, el hecho de que ofrezca prioridad a los aspectos de raza y clase sobre el de igualdad de género es conflictivo ya que limita el intento de socavar al patriarcado y, por ende, la misma equidad⁵⁰.

Por otro lado, está el movimiento de liberación homosexual. En la conmovición de su formación, se asume como la estrategia mordaz para carcomer la estructura dominante demostrando el montaje social avasallador. Michael Messner arguye que: “[T]hey were in a unique position to illuminate the fact that masculinity is a social construction...” (82). Con la rebelión en Stonewall⁵¹, en el 1969, el movimiento toma un giro formal. Ya en el 1970 Carl Wittman escribe el *Gay Manifesto* y en 1973 surge *The Effeminate Manifesto*. Éste último se establece con la intención de alzar una voz de protesta ante la marginación suscitada internamente ya que hay una propensión a reinstaurar la masculinidad hegemónica, además de repudiar al que manifestase alguna conducta femenina (Messner 1997).

Hoy día, los estudios de las masculinidades siguen abriéndose paso desde una postura tolerante a la diversidad, y a su vez, inclusiva. Se reconoce el género como construcción social y se intenta señalar los juegos de poder, no sólo entre mujeres y hombres, sino entre los mismos

destacan en la masculinidad hegemónica, discutida más adelante.) Estos grupos de hombres se aferran al espacio homosocial y a la remasculinización de esa aparente imagen perdida. Se oponen a la liberación de la mujer y ostentan de su posición privilegiada.

⁴⁹ La máxima expresión del movimiento de hombres de color se da en 1995 con *The Million Man March*. Evento al que convocan organizaciones de derechos civiles para responder a las situaciones económicas y sociales que le aquejan a la comunidad afroamericana. Llamam la atención de los políticos promulgando el registro de votantes.

⁵⁰ Explica bell hooks que esta marcha promulgó normas sexistas y que su retórica recordaba el reporte de Daniel Patrick Moynihan de 1965 cuyo título es “The Negro Family: The Case for National Action”. Ver *We Real Cool: Black Men and Masculinity*, 2004.

⁵¹ En “Repensar el modelo nacional”, Linda Hutcheon menciona la teoría de Gregory Woods de la liberación gay; según él, hubo un periodo entre el descubrimiento de los antibióticos y el síndrome de inmunodeficiencia adquirida en que la sexualidad era segura lo cual da paso a la liberación (253).

varones. Comprometidos con una sociedad justa, muchos investigadores se han dado a la tarea de identificar críticamente ciertos comportamientos masculinos que anulan los esfuerzos de acceder a una sociedad equitativa.

1.3 La masculinidad hegemónica

La postura crítica en los estudios de las masculinidades frente a los discursos esencialistas reafirma la pluralidad y las inconmensurables maneras de experimentar la masculinidad. En su afán por comprender las relaciones entre hombres, se han enfocado en estudiar más a fondo lo que denominan como la masculinidad hegemónica; modelo que prevalece como norma para definir la hombría. En general, responde a la necesidad de adoptar los atributos que se precian como imprescindibles y fundamentales para convenir con la concepción identitaria regulatoria. Los parámetros que la definen responden a ideologías como el patriarcado⁵², el heterosexismo homofóbico, la noción individualista de la modernidad y la idea de exclusión y subordinación de la otredad (Bonino 13). En Estados Unidos, se ha identificado el modelo que responde al ciudadano blanco, de clase media y heterosexual como la típica encarnación (Frank 161). Aunque no se ejerce violentamente, no está exenta de un discurso imponente o, en caso de ameritarlo, del uso de la fuerza. Su cualidad contestatable la mantiene en una reestructuración frecuente, pues, al igual que cualquier otra construcción social, ésta se modifica y reelabora constantemente (Boscán 2008, Connell 2005, Frank 1987, Messner 1997, Ramírez y Toro 2002).

Explica Donaldson que la persuasión y la organización de instituciones sociales permiten que este andamiaje parezca “‘natural’, ‘ordinario’ [y] ‘normal’” (644-645). Al aludir a un “bienestar” común, se impone de inmediato una especie de presión colectiva que rige más allá de lo personal. Toda y cada una de las agencias recalcan asiduamente la obligación individual para

⁵² Aunque el patriarcado ha perdido legitimidad como sistema administrativo, su estructura aún se mantiene.

con el Estado lo cual inhibe antagonismos masivos. Ramírez y García, siguiendo las definiciones de Foucault, estipulan que las desigualdades en las relaciones humanas proporcionan estructuras escalonadas y que los dominados son entes activos de producción y reproducción (2002, 10). La masculinidad hegemónica se funda en el poder como base primordial. Incluye la división laboral, las relaciones disímiles y por último criminaliza la homosexualidad (Carrigan, Connell, Lee 94, 1990; Frank 162). Los desfases entre masculinidades, más allá de verse como resultados de la implantación de un sistema jerarquizado basado en la ventaja que posee un grupo específico, tienden a asimilarse como parte de un desarrollo natural que surge a raíz de un esfuerzo competitivo individual.

Se ha apuntado anteriormente que dentro de la constante demostración de la masculinidad requerida, se estima la competencia como valor. El beneficio que provee la rivalidad es ratificar una superioridad ante el contrincante. Al mismo tiempo, las destrezas y habilidades que entran en juego tienden a estar favorecidas por el mismo privilegio asignado socialmente. También, hasta cierto punto, es un elemento que mantiene al subalterno proscrito dejándolo experimentar su “incompetencia”. Por otro lado, incita a la clasificación selectiva. Comúnmente se observa que la masculinidad hegemónica niega y menosprecia otras formas engrandeciéndose por medio de la comparación y del patrocinio del sexismo.

La desvalorización de otras masculinidades hace que lo hegemónico se enfrente al subordinado. En estas confluencias sobresale la imposición, el control y una obstinación por vencer. Sin embargo, esta coacción requiere del consentimiento y la complicidad de gran parte de la población la cual se instaure habitualmente por medios de mitos y dogmas (Kimmel 207-217)⁵³. Esta manera particular de configurar la subjetividad es problemática. Pues, encarna lo sexista, homofóbico, racista, entre otros. Una vez que los individuos son posicionados en una

⁵³ Eds. Valdés y Olavarría, 1998.

escala jerárquica, la necesidad imperante es mantener ese escalonamiento por medio de la producción ideológica para reafirmarse.

Un aspecto señalado por varios investigadores es la denominación de la masculinidad como oculta ya que no necesita de identificación para existir pues se legitima automáticamente por medio de la tipificación y descalificación del otro:

[L]a masculinidad como construcción enclavada en las relaciones de poder es a menudo invisible para los hombres... [E]l orden de género es más visible para quienes no gozan de sus privilegios que para los que disfrutan de las prerrogativas que implica. (Kimmel, 208)

Lo que se asume como universal, genérico y normal no precisa nombrarse, pues está sobreentendido. Dentro de este sistema, el respeto a la diversidad no tiene valor ni reconocimiento. Por el contrario, si existe alguno, es con la intención de compararse para regular y autorregularse, delimitar esferas y minimizar al Otro.

En las configuraciones de la masculinidad hegemónica, los comportamientos asumidos como feminizados en un hombre son los que se señalan⁵⁴. Se recalcan con el fin de fijar inmediatamente en ese instante cómo no debe ser un hombre; definiendo y estableciendo así las pautas de lo aceptado social y culturalmente. Este mecanismo funciona de la misma manera con relación a las féminas, pues la reprobación colectiva se encarga de hacer patente sus comportamientos masculinizados con la intención de reinstalarlas dentro de sus límites genéricos.

Para algunos estudiosos, la homosexualidad resulta una contra-hegemonía. Para Connell, una comunidad homosexual en sí no produce una oposición política de masculinidad. Sin embargo, ofrece la alternativa de desavenir con el modelo heterosexual, lo cual para él, sí

⁵⁴ La tendencia de definir la masculinidad por lo que carece comienza a vislumbrarse a partir de los patrones inquisitivos de los psicólogos y sociólogos de comienzos de siglo XX. A partir de la indagación de la diferencia en la masculinidad proyectada por las nuevas generaciones, se empieza a generar un marco teórico partiendo de la identificación de las características que no debe poseer un hombre.

establece una “reconfiguración de las políticas de masculinidad por completo”⁵⁵ (Connell 219, 2005). Donaldson y Boscán Leal argumentan que no necesariamente establece un contra discurso ya que puede seguir fomentando patrones jerárquicos, atropelladores y competitivos donde se sigan calcando patrones genéricos que respondan a las relaciones de poder que se dan dentro del sistema heterosexual. La asociación de los individuos con los papeles sociales tradicionalmente atribuidos al binario femenino/masculino, mujer/hombre y penetrada/penetrador no cuestiona la subordinación de aquellos relegados como diferentes, o la imposición de la heterosexualidad y mucho menos el sexismo. Para socavar la tendencia reguladora de estos pares se requiere comprender el mecanismo e impacto de las ventajas de unos empero a la subordinación de otras personas.

Las subjetividades que no encajan idóneamente en las categorías genéricas normativas de la sociedad no necesariamente están llamadas a suscitar reflexión o redefinir nociones acuñadas. Explorar nuevos significados no compete a un grupo determinado. Para socavar la rigidez de las definiciones identitarias binarias se requiere cavilaciones de muchas agrupaciones y posturas críticas que realmente busquen desentrañar y señalar los juegos de poder involucrados; no simples redefiniciones que disfracen y ramifiquen las desigualdades.

En la identificación de estructuras normativas y jerárquicas, no sólo ha sido importante denunciar la masculinidad hegemónica, sino ofrecer iniciativas que desvirtúen su mecanismo afín de aspirar a una sociedad más equitativa. Entre las alternativas desestabilizadoras se vislumbra una mayor integración por parte de los varones en la crianza de sus hijos (Donaldson 652). Se entiende que este tipo de relación los ayudará a ser más susceptibles dando rienda a una mayor emotividad. Por su parte, Bonino problematiza la sugerencia de ser más afectivos aludiendo a la estrechez de esta propuesta. Por el contrario, opina que no es suficiente disminuir

⁵⁵ Traducción mía.

la violencia, la desigualdad o simplemente deslegitimar, sino que “es preciso trabajar en deshacer las múltiples estructuraciones sociales e individuales (del cuerpo, carácter, identificaciones y hábitos) que la MH⁵⁶, en su calidad de organizador, normativa, guía y modelo, produce en las instituciones y sujetos masculinos” (32).

En fin, Bonino demanda una reivindicación del estado y sus agencias, ya que la política pública gratifica, vanagloria y perpetúa la masculinidad hegemónica. Asimismo, Boscán presenta unas propuestas inmediatas de otras formas de vivir la masculinidad y alude a la eliminación de los ritos sociales para celebrar la masculinidad, la competitividad y la rivalidad. Para él, estas alternativas sugeridas son baluartes que conducen a la construcción de una sociedad más tolerante y respetuosa (99) y, a su vez, concuerdan con las alternativas sugeridas por otros investigadores e investigadoras fuera del ámbito de los estudios de las masculinidades.

1.4 Diseminación de la normativa compulsoria: el estado, sus instituciones y la masculinidad hegemónica

Los estudios de las masculinidades comienzan a contextualizar ciertos patrones masculinos entendiéndolos como fabricaciones que no responden a lo individual, sino a la figuración y representación masculina a nivel institucional. Más allá de hacer el señalamiento de un sistema patriarcal, se intenta identificar cómo se sustenta una normatividad que, en muchos casos, se define como represiva⁵⁷ a pesar de la multiplicidad de experiencias masculinas.

Dentro de estos estudios, se le ha dado gran importancia al concepto hegemónico partiendo de las propuestas del italiano Antonio Gramsci (Connell 2005 y Donaldson 1993). Más allá de su relación etimológica con el griego, el cual se define como “conducir” o “ser jefe”, el vocablo

⁵⁶ Mantengo la abreviación que utiliza Bonino para expresar masculinidad hegemónica.

⁵⁷ Muchos de los estudiosos de las masculinidades aluden al aspecto represivo de la masculinidad hegemónica ya que se sienten reprimidos por los estándares establecidos criterios para definir la hombría. Ver por ejemplo a Luis Bonino en *Nuevas masculinidades*, editado por Carabí, Connell 2005, Donaldson 1993, Messner 1997, Rafael Ramírez 1993.

adquiere relevancia por prestarse para señalar la relación existente entre las instituciones sociales y la instauración de unas superestructuras que parten de una dialéctica económica y de factores socioculturales. Gramsci denomina como “poderes capilares” a la maquinaria que disemina el poder de las clases dominantes sobre las clases sometidas. Sin embargo, asumir que el control es establecido por un grupo político, resulta ingenuo para Gramsci, pues de ser así lo que resta es erradicarlo o simplemente eliminar los mecanismos opresivos, pero este no es el caso. Por sus observaciones, se inclina a pensar que la complejidad de tal escenario es justamente la participación de una infraestructura real vinculada con una ideología (la supraestructura): [I]t is transmitted organically through various ‘social infusoria’, such as schools, street layout and names, architecture, the family, workplace, or church” (Morton 93, 2007). Esta construcción industriosa y constante hace que se enfrente una gesta contestataria impulsada por las luchas de clase, lo cual Gramsci denomina como: ‘counter hegemonic initiatives’ (Morton 78, 2007).

A partir de estas ideas, la masculinidad hegemónica se estudia y se señala poniendo atención a las agencias e instituciones sociales. Considérense como modelos las corporaciones, el ejército, el estado y los medios de comunicación que se encargan de propagar y de reforzar una imagen regulada. Estas instituciones proyectan representaciones, actitudes y posturas, pues son administradas por individuos y colectividades que discriminan, así como controlan. Apunta Donaldson que la competitividad, la cual es una característica intrínseca de la masculinidad hegemónica, ha sido institucionalizada en los negocios (655). Con nuevas estructuras económicas y nuevos giros en la globalización, nuevos dispositivos de opresión se desatan con la intención de satisfacer los preceptos básicos que acompañan constantemente esa imagen de la masculinidad (Boscán 94).

Connell identifica dos vertientes en las formas de masculinidad organizada: las que imponen un mando inmediato y las que están basadas en el conocimiento tecnológico⁵⁸. Ambas coexisten e interactúan. También se busca la manera de correlacionar la razón para adquirir la aceptación de esta maquinaria fundamentada en juegos de poder que se auto-sustentan.

Cabe recordar que la racionalización de la cultura, la cual se le atribuye al varón, se relaciona con el capitalismo y con la historia moderna. Si la globalización, por un lado, ha logrado establecer transformaciones para el orden de género, por otro ha instaurado coaliciones entre hombres poderosos creando nuevos patrones hegemónicos, como los que señala Boscán, donde los beneficiarios son mayormente “los hombres de países metropolitanos” (Connell 2005, 198).

Los portadores de la masculinidad hegemónica no necesariamente son siempre las personas más poderosas. Para que haya una propagación y una sustentación de una normativa debe existir la noción de naturalidad dentro de tal construcción y, sobretodo, la aceptación de tal fenómeno⁵⁹. El “Modelo-Imagen” difundido socialmente, para utilizar el concepto de Josep-Vicent Marqués⁶⁰, alude al colectivo varonil partiendo de una mentalidad patriarcal. Éste subraya el prestigio que conlleva ser hombre y la exigencia de demostrarlo. La preconcepción de superioridad frente a la mujer y su vinculación con figuras masculinas representativas de la cultura occidental, particulariza Marqués, lo ubican en la necesidad de mantener esa reputación haciendo un esfuerzo por “proteger, alimentar y orientar a una mujer y a los hijos” (22-25).

Precisamente, una de las instituciones de más peso y responsable de la diseminación de la masculinidad hegemónica es la familia. Ésta se califica como núcleo y base en la mayoría de los países. Los padres y las madres, con ánimos protectores, quieren asegurar una transición

⁵⁸ Alude al conocimiento tecnológico como la ciencia y las carreras profesionales con posiciones militares o empresariales que ejercen dominio directo (Connell 165, 2005).

⁵⁹ Entre los críticos que destacan esta concepción están Kimmel, Marqués y Connell. Ver *Masculinida/es: Poder y crisis* editado por Teresa Valdés y José Olavarría.

⁶⁰ *Ibíd.*

admisible del hogar a la escuela, y, eventualmente, a la sociedad. Para esto, preparan a sus hijos e hijas para encarnar un rol genérico impartíéndolo como preceptiva. Arthur Brittan arguye que los padres se proyectan como fuerzas de poder impulsando a los niños y las niñas a adquirir una identidad en la sociedad: “[T]he child is literally forced to acquire the appropriate gender because he or she has no defence against the superior power of parents” (24). Esa identidad sexualizada que reciben en el hogar continúa reforzándose por la disciplina y reiteración de modelos en el ámbito escolar. La escuela es otra institución de gran relieve dentro de la propagación normalizadora. La tarea de identificar e identificarse con su género se imparte constantemente por medio de canciones, lecturas, imágenes, juegos y repetición oral.

Cuando se alude al Estado como masculino, explica Connell⁶¹ que realmente se sugiere que “las prácticas... están estructuradas en relación al escenario reproductivo” (36). La amalgama de relaciones que interactúan entre instituciones, agencias y grupos favorece y provee la ramificación y el calco de patrones que son utilizados como criterios distintivos de un sistema heteronormativo y jerarquizado. Su contumacia se facilita por las figuras heroicas, mitológicas, cinematográficas, televisivas y comerciales que se suman a la insistencia y continuidad de modelos que personifiquen la tipología que responde o apelen a la normativa. Según arguye Connell, Donaldson también admite que no hay que pensar sólo en hombres con poder social cuando se alude a la “cara pública de la masculinidad hegemónica”. Sin embargo, para Donaldson ese poder se sostiene por los beneficios que la masculinidad hegemónica provee no solamente a varones poderosos, sino a aquéllos que son cómplices (Donaldson 646).

⁶¹ *Ibíd.*

1.5 Los estudios de las masculinidades en Latinoamérica y Puerto Rico

En el caso de Latinoamérica emergen los estudios sobre las masculinidades a raíz de un movimiento práctico por entender y combatir el SIDA, (Gutmann and Viveros Vigoya, 114)⁶². Esto da paso a grupos de investigación que se cuestionan el género abriendo los foros de examen, exploración y diálogo desde posturas deconstructivas teniendo a Michel Foucault y el feminismo como brújulas y puntos de referencias.

Los esfuerzos de abrir una esfera y continuar la conversación se reafirma con la Conferencia Regional “La Equidad de Género en Latinoamérica y el Caribe: desafíos desde las identidades masculinas” en 1998. Comenta Connell que los estudios de las masculinidades han logrado globalizarse favoreciendo el escrutinio de la posición privilegiada de los hombres⁶³ en la sociedad. Así mismo, el editor José Olavarría y Teresa Valdés han copilado trabajos de México, Perú, Chile, Colombia, Uruguay, España y Puerto Rico, entre otros, ampliando dichos foros de exploración dentro de los estudios de las masculinidades desde ámbitos como la antropología y la sociología.

En Puerto Rico, Rafael Ramírez y Víctor García Toro⁶⁴, siguiendo los estudios de Kimmel, Connell, Foucault y especialmente Donaldson, también han abierto paso al análisis de las masculinidades especialmente desde las áreas de la antropología y la sociología, respectivamente, uniéndose al diálogo y análisis colectivo e internacional. Una de las primeras tareas de Ramírez fue acercarse al concepto de machismo que tanto atañe y se vincula con los países de habla hispana. Afirma que usualmente se generaliza y se reproduce el término desligado de un sentido analítico. Ser “un macho” para los puertorriqueños admite conductas tanto atropelladoras como

⁶² “Masculinities in Latin America,” *Handbook of Studies on Men & Masculinities*.

⁶³ Reconozco la marcada existencia de una jerarquía dentro del mismo grupo de hombres. Por eso dejo el tema para un desarrollo minucioso más adelante.

⁶⁴ Señala José Toro Alfonso (2008) que Ramírez junto a sus colegas Víctor García Toro y Luis Solano Castillo han contribuido enormemente a los estudios de las masculinidades en Puerto Rico.

por el contrario, de respetuosidad, compromiso y responsabilidad. Las limitaciones de su uso llevan a una reducción de la conceptualización del hombre no sólo puertorriqueño sino latinoamericano al proyectarlos como homogéneos. Cabe recordar que uno de los avances dentro de los estudios generales de las masculinidades es el reconocimiento de la pluralidad en la experiencia varonil. Justamente, Ramírez recalca y alude a esa diversidad advirtiendo del uso indiscriminado de la terminología. Éste señala que uno de los problemas que enfrenta el estudio en Puerto Rico es que se descuidan los discursos por medio de los cuales se justifica y se respalda una postura hegemónica (Ramírez 1993). Advierte que las ideologías masculinas son construcciones cognoscitivas y discursivas, pero que al prestar sólo atención al comportamiento de los individuos se pierde la oportunidad de estudiar “los elementos constitutivos de nuestra masculinidad en toda su heterogeneidad” (Ramírez 1993, 35).

1.6 “Ser hombre” en Puerto Rico

La masculinidad, como la feminidad, es una construcción que está en constante producción. A su vez, está fundamentada en las relaciones de poder y la interacción social (García Toro et al. 2007; Ramírez 1993; Toro Alfonso 2008). Las experiencias de los hombres dentro de una colectividad varían. Son percibidas de diferentes maneras. Por ejemplo, dentro de una sociedad clasista se actúa en referencia a una jerarquía y ciertos privilegios (Ramírez 1993, 26). Partiendo de esta noción, cuando se consideran las masculinidades puertorriqueñas es imprescindible considerar tal complejidad sin perder de perspectiva los impactos y las dinámicas políticas, sociales y económicas. Para algunos es importante reconocer la emigración, el impacto de los que regresan a la isla, el militarismo, el urbanismo, la industrialización, los movimientos feministas y la integración de la mujer a la fuerza laborar, además de la existencia de unas instituciones sociales que participan activamente en la construcción de la masculinidad

puertorriqueña junto a la estratificación y la definición urbana de la población (García Toro et al 2007; Jiménez 2004; Ramírez 1993). José Toro Alfonso señala muchos de estos elementos y recalca incluir la trascendencia de “la historia, la geografía, la clase social, la raza y las experiencias de la vida” como elementos que nos ayudan a hacernos personas. Éste enfatiza la diversidad constructiva y representativa de las masculinidades que forjan los propios participantes (Toro Alfonso 2008, 16).

Partiendo de nociones básicas y elementos compartidos, Ramírez hace un escrutinio de la ideología masculina comenzando por su conexión con la sexualidad y explica que el hombre puertorriqueño es un “ser esencialmente sexual” o por lo menos debe aparentarlo y hacer alarde de ello. Su sexualidad está orientada a la penetración. Mientras que las mujeres, dentro de este binarismo impuesto por la misma ideología, son concebidas para ser conquistadas y penetradas (Ramírez 1993, 60).

La idolatría puertorriqueña de la sexualidad termina siendo materializada en los genitales. Los órganos reproductores masculinos adquieren una valoración simbólica para denotar poder, superioridad y vitalidad. Los penes erectos representan poder, así como los testículos y el acto de orinar. Por el contrario, los órganos femeninos, los glúteos y el ano se devalúan. De esta misma forma, el sexo anal se desvaloriza por no pertenecer al ámbito de la heteronormatividad y es considerado “contra natura y pecado nefando” (García Toro *et al* 2007, 183).

En un ambiente donde hay que afirmar la masculinidad constantemente es importante mostrar que se tiene coraje para llevar a cabo las tareas asignadas al género. Hay que demostrar que se tienen “cojones” o que se es “el más que mea” y esto requiere entrar en una constante competencia, pues no sólo es hacerse hombre, sino ser reconocido como tal (Ramírez 1993).

Como dice Butler, el género se hace con otro y para otro. Las representaciones de las masculinidades tienen que aceptarse socialmente y validarse (Solano, 23)⁶⁵.

En el imaginario puertorriqueño, las distinciones entre campeones y perdedores causan ansiedad en los hombres, pues están forzados a entrar en una de las dos categorías, donde la de los fracasados los desvaloriza como hombres. Menciona Ramírez que en el argot puertorriqueño se utiliza el verbo “clavar” para aludir a una penetración o a un acto de conquista:

El clavar se convierte en una reafirmación de la propia masculinidad, a la vez que se le quita masculinidad al otro, lo rebaja, lo devalúa...⁶⁶ y lo ubica en la esfera de lo femenino, al hacerlo equivalente a la mujer penetrada (Ramírez, 65).

El simbolismo fálico y su relación con el poder redundan en una alta estimación de órganos sexuales masculinos grandes. En una sociedad donde se le adjudica un valor especial a los genitales, no es anómalo que desde muy temprana edad se comience la veneración y el entrenamiento a reconocer tal importancia. Desde niños, surge la competencia y la idolatría por los tamaños magnos así como por la producción de acciones que certifiquen los atributos. De esta manera, se sustenta un ámbito competitivo donde sólo subsisten y se reiteran las categorías de ganadores y perdedores. Habría que resaltar que, dentro de este mundo regido por la heteronormatividad, los binomios son los que se imponen forzando a las subjetividades a pertenecer a uno de los dos bandos sin ofrecer otras alternativas o quizás la posibilidad de desertar de la categorización.

Advierte Ramírez que existen diferentes maneras de demostrar la masculinidad y que estas variaciones dependen de la clase social, la religión, la edad y la condición física y mental de los grupos de referencia (Ramírez 1993, 83). El principio básico de socialización masculina puertorriqueña es que “los hombres no lloran” (García Toro, et al. 13). La ideología dominante

⁶⁵“El cuerpo” en *Los hombres no lloran: ensayos sobre las masculinidades*.

⁶⁶ Elimino de la cita la palabra denigrar. Nótese que se ha entroncado con lo negro como calificativo despectivo, y por antonomasia a las personas no blancas.

en la Isla, al igual que en Estados Unidos y otras partes del mundo, establece que un hombre tiene que ser proveedor, fuerte, valiente, estar en control y ser hombre de respeto. De esta manera se demuestra que se poseen los atributos requeridos. Sin embargo, esto no es suficiente, pues hay que presumir de ser el mejor ante los demás. Esto, según Ramírez, los lleva a experimentar angustia, impotencia y ansiedad cuando no pueden cumplir con los parámetros establecidos socialmente. En caso de carecer de uno de esos atributos exigidos, usualmente se tiende a exagerar los demás para hacer pasar desapercibida la inopia. Así, el hacer ostentación sobre su sexualidad los ayuda en este proceso de camuflaje (Ramírez 1993,74). En otros casos, se acude al uso de la violencia⁶⁷ como una estrategia para compensar esa supuesta insuficiencia. Desde muy temprana edad, se les adoctrina y recalca que la debilidad no debe formar parte de su carácter, que deben demostrar entereza, fuerza y conquista. Al no cumplir con las responsabilidades que atañen a la representación masculina, los individuos están expuestos a sanciones, atropellos y devaluación por parte de la sociedad (Solano 23-24).

En un contorno donde se viola el derecho a la “plena ciudadanía y libertad”⁶⁸, emergen los abusos, las agresiones, la violencia y la marginalización. La ideología masculina tradicional presenta al homosexual como feminizado y desvalorizado porque ha renunciado a la supremacía que le ofrece su órgano sexual (Toro Alfonso 2008, 37). La presión de la demanda cultural impulsa, en gran medida, al desarrollo de diversas formas de relacionarse con otros hombres y de concepciones sexuales. Así, en algunos casos, se autoimponen conductas sexuales que dentro de

⁶⁷ La violencia es definida como una “conducta, acto o situación que cause daño físico o emocional a otros seres humanos con intención de castigar y destruir (García Toro et al. 2007, 133).

⁶⁸ Conceptos usados por Toro Alfonso, 2008.

su propio criterio no violan el principio básico, pero resultan contradictorias con la sexualidad normativa⁶⁹ por su expresión homoerótica.

Para los varones es preciso hacer la distinción entre “penetrado” y “penetrador” sobretodo en un contexto donde los genitales adquieren una valorización simbólica imperante, puesto que aluden constantemente al dominio del otro. Dentro de la corriente hegemónica, el hombre es el “activo”, el que penetra, y jamás es el “pasivo”. Para algunos que establecen relaciones íntimas con otros varones resulta amenazante una posible identificación con el que es “clavado”. La marginación que sufren los que se desligan de la heterosexualidad normativa provoca en muchos casos la desvinculación y el rechazo hacia los que son penetrados. Por ello, intentan asegurarse de que sus funciones, en el acto sexual, se limiten estrictamente a la penetración. De esta manera, su noción de hombría no infringe la concepción de la ideología masculina y cumplen con la idea básica de imposición y conquista requerida por los patrones hegemónicos.

Cuando emergen estándares como éstos, se puede poner en perspectiva la extensión y el arraigo del modelo normativo en Puerto Rico. En muchos casos, las identidades tradicionales prevalecen a pesar del deseo homoerótico y es debido a la coerción autoimpuesta⁷⁰. Esa autoexigencia los lleva a posicionarse como guardianes del requerimiento heterosexual y a perpetuarlo como alternativa soluble frente al dictamen preceptivo. Comenta Toro Alfonso que “los roles sexuales se mantienen intactos en muchas relaciones entre hombres, sin embargo desafía a la sociedad para convertirse en una búsqueda del placer” (67). La tensión entre el deseo y las exigencias sociales es un tanto conflictiva. Por un lado, se busca la satisfacción del homoerotismo, pero por otro se es participe de la misma ideología que restringe ese deseo sin

⁶⁹ Habría que ver los estudios de Rafael Ramírez, Solano Castillo, Toro Alfonso, entre otros, donde participan hombres que se autodenominan heterosexuales a pesar de mantener relaciones sexuales con otros hombres.

⁷⁰ Ver Toro Alfonso, 2008.

cuestionarse el porqué de tales preceptos y mucho menos de intentar destronarlos a nivel personal.

1.7 Cuerpo, masculinidad hegemónica colonizadora y mecanismos de poder

Entre los elementos que operan en este imaginario constituido y sustentado por una sociedad y su organización hay que tener presente el cuerpo, su manejo y presentación. Esa masa corporal que interactúa constantemente en su medio social es el vehículo que encarna comportamientos, deseos e ideologías. Se viste y se reviste con el propósito de cumplir con las regulaciones asignadas al género. Es como un texto que se prepara para ser leído por otros⁷¹. En Puerto Rico, Luis Solano⁷² estudia el significado del cuerpo dentro de la construcción de la masculinidad y hace hincapié en el aspecto influyente de las instituciones sociales y los discursos sobre su proyección. También apunta a la interacción desencadenada entre un sentido corporal individual y la presencia de otros cuerpos, pues “al existir varias masculinidades, el cuerpo comienza a aparecer en la definición de lo masculino en conformidad con los esquemas disciplinados que la sociedad esquematiza” (59). Estas acciones se complementan, sustentan y terminan siendo parte importante de la regulación de los sujetos.

La población integra un ciclo de creación, implantación, redefinición de esquemas, regulación de comportamientos y, sobre todo, administración del cuerpo. Los medios de comunicación no están desvinculados de este engranaje, pues adquieren “un papel importante en la institucionalización de los sentidos de masculinidad que los sujetos manejan en la vida cotidiana” (Solano 26). La regulación del cuerpo y su conexión con los medios de comunicación sugieren la exploración de la propia nación como cuerpo penetrado y colonizado. ¿Hasta qué

⁷¹ Toro Alfonso recalca en el aspecto metafórico del cuerpo y lo define como “símbolo personal y social de la identidad” (51). Por otro lado, Solano habla del cuerpo como texto y discurso que necesita hacerse entender propiamente para lograr la aceptación y evitar el rechazo (21).

⁷² Su trabajo aparece en la antología *Los hombres no lloran* de García Toro et al.

punto un varón puede crearse para ser leído por otros? ¿Dentro de qué contexto político se establecen las masculinidades puertorriqueñas? Explica Edward Said que el imperialismo no sólo alude al militarismo, la invasión y los cañones, sino que incluye ideas sobre formas e imágenes (Said 1994, 7). La intrusión de estos dogmas y pensamientos se imponen con sutil agresión. En el caso de Puerto Rico, en 1898, se pasa de ser una colonia española para convertirse en una estadounidense. Entre los cambios constituidos por el nuevo régimen administrativo se implanta un modelo viril y militar, además de fabricarse patologías “como estrategias de transfiguración” (Jiménez 2004, 26). Los medios de comunicación de la época apelaban a esta alternativa como única solución ante una guerra contra la muerte por la situación económica devastadora que enfrentaba la mayoría de la población.

A principio del siglo XX, las revistas puertorriqueñas estaban colmadas de anuncios donde sobresalía el cuerpo masculino venido a menos y aludían a la recuperación de la hombría por medio de la “militarización higiénica” extranjera (32). La posibilidad de salir de la miseria, junto a la idea de conseguir un nuevo cuerpo, seducía enormemente a ese puertorriqueño venido a menos en las descripciones pictóricas que circulaban. Una de las tareas iniciales del colonizador es reconfigurar inmediatamente el nuevo espacio geopolítico. Y justamente eso es lo que evidencia la propaganda de imágenes empleada en este momento histórico.

Fanon⁷³ asegura que el colonialismo, además de imponer su dominio, deforma y hasta aniquila el pasado del oprimido. La pre-conceptualización del Otro, denominado como “ellos” y diferenciándolo del “nosotros”, busca desemejarse para justificar su dominio, sujeción y regulación⁷⁴ ante la pretendida ineptitud acuñada maliciosamente por el opresor. La mentalidad

⁷³ Ver “La cultura nacional” en *Naciones Literarias* editado por Dolores Romero López (2006).

⁷⁴ Edward Said, en *Orientalismo*, alude a la constante disociación entre “ellos” y “nosotros” donde el oriental pasa a ser el irracional, depravado, infantil y diferente mientras que el europeo se auto representa como el racional, virtuoso, maduro, pero sobre todo normal (69).

masculina hegemónica colonizadora no sólo valida la rivalidad entre potencias militares, sino que esa competencia se trasmuta a las relaciones entre habitantes y colonizadores. Se autoconfieren magnificencia y se alude a una caracterización del Otro que apela a la ignorancia, atraso e ingenuidad en el mejor de los casos. Tal armazón resulta en la desvalorización moral y física donde las relaciones de poder se asientan fácilmente propiciadas no sólo por desventajas económicas, sino porque parte de un referente diferente que trata de regular.

Albert Memmi⁷⁵ arguye que la deshumanización del sometido sigue una motivación que responde al privilegio de capital. A pesar de existir una motivación de lucro, también se parte de la prerrogativa de pertenecer a un orden social distinguido. La implantación de una visión de mundo que se asume como única posibilidad civilizadora frente al salvajismo adjudicado al Otro se proyecta como natural y benéfica simultáneamente. Este etnocentrismo tiene una múltiple manifestación y repercusión. En una isla que había sido “dos veces masculinizada”⁷⁶ y penetrada, los orificios corporales y su descontrol son asociados a un pasado desordenado, bárbaro y enfermizo. Tal denominación asegura justificar la presencia estadounidense sin que se articule directa y abiertamente la superioridad del cuerpo y de la ideología conquistadora. Todo queda solapado e insinuado de forma simbólica.

La nueva masculinidad impuesta en la Isla es “afectada, militarizada, enjabonada, vigorizada”⁷⁷, pero sobre todo incompatible con los flujos masculinos del puertorriqueño. La propaganda de higiene, limpieza, y esterilización busca remodelar a este “Otro” sin la mínima intención de que llegue a ser un “nosotros”:

Los flujos, la calvicie, el semen estaban implicados en la concepción del hombre puertorriqueño que a través de las publicaciones se construía como un hombre venido a menos, agobiado y doliente, lleno de debilidades e insaciabilidades –*le malade imaginaire*. (Jiménez 35, 2004)

⁷⁵ Ver *The Colonizer and the Colonized*.

⁷⁶ Ver Jiménez pág. 42.

⁷⁷ *Ibíd.*

Los medios de comunicación en el Puerto Rico de principios de siglo XX, con su producción prescriptiva promulgan la concepción de una nueva masculinidad normativa. El cuestionar e imponer la duda sobre la masculinidad que antecede facilita el posicionamiento del nuevo régimen como modelo constituyente a seguir y como única opción plausible. Esto no sólo funciona a nivel político, sino que asigna una imagen que responde a sus estándares. Esa apariencia urge de la repetición constante para adquirir un consentimiento colectivo e incorporarse en el imaginario social hasta llegar al punto de comprenderse como fenómeno natural.

La representación de la nueva masculinidad llegaba con la fuerza de la inductación que destilaban los anuncios publicitarios...con sus reiteraciones compulsivas y la inserción constante de la duda que había quedado en tierra cuando partieron los españoles. (Jiménez 2004, 43)

La oscilación inyectada promueve una bifurcación calificativa enmascarada de una especie de obligación identitaria casi existencial. La internalización y aceptación individual se implementa por medio de la reiteración de las agencias sociales que proyectan y validan ciertas características como la ineludible identificación universal de los varones. El rechazo a esta prescripción masculina colectiva introducida como única norma, incurre en una fuerte infracción que va más allá del aislamiento. Para estos hombres, su “esencia” varonil peligra ante la duda, pues consideran indispensable el reconocimiento de su masculinidad por parte de los que están a su alrededor, y parte de ese espectador es el mismo colonizador.

La finalidad de higienizar en medio del caos posterior al coloniaje español no es únicamente característica del colonizador estadounidense ni distintivo de ese periodo histórico específicamente. Proviene de la mentalidad eurocéntrica junto con el *modo operandi*. En *La historia de la sexualidad*, Foucault señala que a partir de la importancia adjudicada al sexo y su

saber, la burguesía trató sobre el cuerpo, el vigor, la longevidad y la descendencia de las clases dominantes. Se intentaba aislar al cuerpo para conservar un valor diferencial. La sexualidad y su administración configuran ese ingreso venerado redundando en el discurso de la higiene corporal. Al proletariado lo hacen partícipe de la higienización sólo cuando la amenaza de contaminación frente a epidemias fuerza a la burguesía a incluirlo dentro de su agenda de salubridad. Los mecanismos de poder se dirigen al cuerpo, la vida, a lo que refuerza la especie, al vigor, a lo que hace proliferar y a la capacidad de dominio (Foucault 1990).

En el caso del hombre puertorriqueño, el cuerpo y su higienización son un vehículo más dentro de estos juegos de poder. Se yergue una distinción y se recurre a la generalización indiscriminada como parte de la construcción del sujeto colonial para justificar su administración, e incluso su instrucción. La agrupación de multiplicidad de creencias con la finalidad de simplificar repercute en el estereotipo lo cual es problemático, pues se invalida el reconocimiento a la divergencia. La imagen totalizadora del hombre puertorriqueño se presenta como signo de inferioridad y degeneración sentenciándolo a una incapacidad de autogobierno. Se impone y recalca la jerarquización donde la administración urge estar en manos de la figura viril extranjera por la aludida ineptitud. Aunque la propaganda presentada ostenta de conferir virilidad por medio de la higienización, tal propuesta intenta prolongar la discrepancia entre unos hombres y otros. Si bien se personifica el deseo y se intenta adhesión a las estipulaciones que la masculinidad hegemónica colonizadora promulga, no se logra ser parte de ellos ya que la producción de complejas estrategias de regulaciones y disciplinas aseguran sólo la función de un mimetismo que sólo le provee la ilusión de pertenencia al sujeto colonizado (Bhabha 2002).

1.8 La construcción de lo nacional y la exclusividad de una imagen varonil

En los círculos intelectuales, como síntoma de reacción ante la invasión estadounidense, se comienza a idolatrar la estampa generada por los escritores del siglo XIX. Explica Félix Jiménez que estas descripciones del hombre puertorriqueño no se pueden considerar como “contradiscursos” en su momento de confección bajo el dominio español, sino como “dicciones del deseo” (49). La única estrategia que tenían en aquel entonces era “pensar, repensar y describir al hombre como personaje” y no como parte de la realidad (48). Las representaciones masculinas, como las formuladas en “El álbum puertorriqueño” de Manuel Alonso, son las propuestas que se intentan recapturar a principios del siglo XX para instaurarlas como modelo contestatario ante la masculinidad militar importada (Jiménez 2004). Se busca el significado por medio del cuerpo donde la mirada del neocolonizador esté ausente.

Esa imagen engendrada a partir de la mitad del siglo anterior se venera y no se interroga. Parte de una “ficción taxonómica” que se intenta imponer como modelo dominante. El desfase de la realidad y el despegue por parte del escritor del siglo XIX hacia el hombre común provocan una configuración distintivamente desde la idealización. La figura que se había forjado carece de atrevimiento y riesgo. Para Jiménez, los escritores decimonónicos sólo pueden “producir copias de hombres imaginados” produciendo así la eternizada imagen del “fiel y buen puertorriqueño” (Jiménez 2004).

Explica Fanon que la tarea del intelectual nativo es luchar por la “cultura nacional” como herramienta para enfrentar la desvalorización colonial. Advierte que esto no debe considerarse como folclore ni populismo, sino, como el esfuerzo de un grupo que se re-crea a sí mismo y se mantiene vivo (2006, 60-61). Si bien los conceptos de nación y nacionalismos pueden usarse como mecanismos de resistencia ante la colonización, la historiografía junto a la noción de pureza pueden ser elementos tóxicos dentro de este andamiaje. La problemática del proceso

recae en el sentido teleológico por el cual se intenta legitimar y naturalizar una cultura nacional dentro de la agenda nacionalista. Para Linda Hutcheon, las naciones son “construidas y mantenidas por consentimiento común” (246) y la identidad de un grupo se establece siendo inclusivos, pero también exclusivos, lo cual ella define como justamente una complicación bastante problemática (249). Tradicionalmente se ha relacionado la lengua y la cultura con la nación, lo cual hace fácil, como declara Udo Schöning, la conexión de la literatura con la construcción nacional. Impulsar una literatura nacional dentro de esa agenda de desarrollo cultural, como sugiere Fanon, puede tener méritos sólo si se presta a un diálogo con otras aportando a lo que Schöning denomina “transferencia” para ser internacional, sin caer en la trampa de la pureza cultural o posicionamiento ponderado.

El dilema reside justamente en la exclusividad generada por un grupo para reconfigurar, definir y limitar. George Yúdice⁷⁸ arguye que los grupos subalternos no sólo son excluidos de la distribución de recursos, sino que no participan en la representación cultural nacional. Si por un lado se quiere reaccionar a la imposición política extranjera, por otro se utilizan mecanismos tan dominadores como los utilizados por el colonizador. Al contrario de Fanon, Anne McClintock afirma que todos los nacionalismos son peligrosos y que están circunscritos al género (“All nationalism are gendered”) pues constituyen una conexión con tecnologías de violencia y poder político (89).

Dentro de la estructura político-nacional, la mujer queda relegada de toda acción directa y limitada a una mera imagen simbólica la cual McClintock denomina como metafórica (90). Aunque dentro de estas construcciones, el argumento de McClintock es sostenible, también habría que considerar que en la ideología heterosexual hegemónica supremacista no todos los varones son considerados iguales. La raza y la clase, además del género, también tienen que

⁷⁸ Ver “We Are Not the World” p. 208.

considerarse ya que no todos los varones gozan de los mismos privilegios o acceso a ellos. Si la mujer es objeto mediador y simbólico, la representación metonímica con la que McClintock identifica al varón no necesariamente alude a cualquier hombre. La imagen del afrodescendiente, por ejemplo, siempre ha quedado excluida de visibilidad dentro de los discursos nacionalistas puertorriqueños.

En la literatura canónica⁷⁹ el negro es proyectado como inferior. Este trato es distinto al que se le ofrece al indígena o al jíbaro. En el caso del indígena, se alude a los atributos de valentía y rebeldía dentro de una construcción mitológica⁸⁰ por parte de una elite criolla separatista. Por el contrario, la glorificación del cimarrón como ente de ese imaginario épico nacional está ausente. El posicionamiento equitativo de los hombres dentro de la literatura fundacional, así como de las subsiguientes generaciones hasta llegar a la generación del setenta, no puede existir en una sociedad donde no hay una conciencia de valoración y reconocimiento hacia el/la Otro/a .

Desde del siglo XVIII, y a partir de la gran difusión de las ideas de la Revolución Francesa, comienza a propagarse la noción de nacionalismo. En Puerto Rico, como pasó en otras partes del mundo, los doctos, con motivo de la misma situación colonial, se autoimponen la tarea de iluminar, rememorar y construir una historia nacional en busca de una defensa de la identidad y de “rescatar” un alegado pasado glorioso. El ensayo adquiere un papel primordial para esta faena. Se hace uso de simbolismos totalizadores pretendiendo homogenizar. La familia, la figura del padre, lo telúrico y la casa alcanzan gran resonancia por su manejo figurativo dentro del discurso nacional. La estructura patriarcal y la representación del microcosmo domestico proveen esa simpleza necesaria para disponer de modelos factibles que provean consolidación. La afirmación de la familia tradicional como institución monolítica equivale a fortificar la nación

⁷⁹ Parto del trabajo de Zenón Cruz, *Narciso descubre su trasero*, donde demuestra la exclusión del negro de la puertorriqueñidad y su proyección primitiva como tendencia general.

⁸⁰ Esto es parte de las construcciones impulsadas por el Romanticismo y entre ellas está el mito del buen salvaje.

y viceversa, engendrando un proceso autosustentable. El peso alegórico que recae en la autoridad del estado con relación a los habitantes y el establecimiento de un cuerpo militar calca la potestad y figura disciplinaria del padre (Fanon 2008, 122). Estas representaciones licencian e incitan a la jerarquización y centralización del poder. La nación representa el hogar y los ciudadanos son parte de una gran familia que hay que dirigir y encaminar. McClintock identifica el tropo de la familia como significativo en el discurso nacional de dos maneras específicas: 1) “[I]t offers a ‘natural’ figure for sanctioning national *hierarchy* within a putative organic *unity* of interest” y 2) “[I]t offers a ‘natural’ trope for figuring national time” (91). El proyecto de la nación valida el poder político, su posicionamiento y autoridad al reproducir la administración familiar y domestica donde el padre representa el control incuestionable.

El escritor puertorriqueño, en su empeño por efectuar su labor como guía y mentor partiendo de la organización patriarcal para definir y acercarse al mundo, asume un conocimiento totalizador que impone la tarea de orientar y moldear ese domicilio que es de todos, pero al mismo tiempo, bastante exclusivo. María Elena Rodríguez Castro examina dos variantes de la metáfora de la casa en un par de ensayos considerados canónicos dentro de la literatura puertorriqueña: *Insularismo* de Antonio S. Pedreira y *El país de cuatro pisos* de José Luis González. Para Rodríguez Castro, ambos ensayos responden al delirio de imaginar a la sociedad como “orgánica, susceptible a diagnosis y recuperación” además de adjudicar un solo “lugar de identidad nacional” y “una sola versión legítima que lo representa” (38). Cada uno establece su propio canon, historia y punto de origen⁸¹. Ellos intentan reivindicar y rescatar un principio incierto, pero sobre todo se posicionan como la voz magisterial autorizada y autorizable (52). Así, enfrentamos un fenómeno exclusivista impuesto por el criterio de un individuo o de un

⁸¹ Linda Hutcheon subraya que “[l]as versiones de los relatos del pasado contados por el presente han estado siempre asociados a cuestiones de autoridad cultural y... política” (234).

pequeño grupo selecto respaldado por el conocimiento y la epistemología; lo cual es muy representativo de un sistema escalonado.

La conflictividad entre discursos identitarios y definitorios sobre la nación y quiénes la componen o la representan está seriamente vinculada con el patriarcado y por ende, con la masculinidad hegemónica sustentándose en la distinción y la jerarquización. En este contexto, se parte de la exaltación de la heteronormatividad como base y única alternativa. La mujer se toma en consideración sólo para recalcar la importancia de la edificación del estado y la reafirmación del *estatus quo*. Aunque su aportación se precie como labor magistral, su asistencia no la posiciona como parte del “Nosotros”. De igual manera sucede con varones no blancos o clases sociales inferiores dentro de la concepción de lo puertorriqueño. Arguye Alegría Ortega que el hecho de ser hombre no asegura poder ni privilegios de igual manera para todos ya que ambos están sumamente ligados con la clase social, la raza y la orientación sexual (23). Sólo al prestarle minuciosa atención a las dinámicas entre varones, se comprueba la exclusividad y la discrepancia que existen entre unas masculinidades y otras; así como también la distinción de una plena ciudadanía frente a una de segunda y hasta tercera clase dentro de la *nación*⁸² (Zenón Cruz 1974).

1.9 El negro, la afrodescendencia y el colonialismo

La designación del “Otro” como primitivo o salvaje no fue excepcional en los estadounidenses. Es y siempre ha sido parte de toda orquestación colonizadora. La conjetura de que el Otro, al ser diferente, debe ser gobernado por el mundo occidental proviene del antropocentrismo y el eurocentrismo. Dentro de las concepciones supremacistas metropolitanas, las personas no blancas, además de bárbaras, se catalogan como lascivas, degeneradas,

⁸² El énfasis es mío.

hipersexuales, traidoras, sádicas, infantiles, tontas, deshonestas, impuras, feas, animalizadas, iletradas, entre otras más⁸³. En ámbitos donde impera la intolerancia, la prepotencia y la presunción de superioridad, la desvalorización sirve como vehículo de ataque permanente. Los apelativos desdeñosos aplicados buscan devaluar, pero también justificar la posesión y manipulación del mundo no blanco (Said 1994, 2007; Zenón Cruz 1974; Bhabha 2002).

La oposición binaria discursiva, donde todos los grupos se encajonan bajo el denominador 'Ellos', además de erigir al "yo", sirve para originar imágenes, percepciones y nombrar al Otro. También, configura una patología cuya finalidad incurre en la racionalización, que se define como los procesos históricos, sociales y estructurales que producen y reproducen desigualdades basadas en el criterio racial (Alegría Ortega 2005, 21).

Estereotipar según Bhabha no es aludir a una imagen falsa, es "un texto más ambivalente de proyección e introyección" (107); es "una forma de conocimiento e identificación que vacila entre lo que siempre está 'en su lugar', ya conocido, y algo que debe ser repetido ansiosamente..." (91) y que "inscribe una forma de gobernabilidad que es conformada por una escisión productiva en su constitución de saber y ejercicio de poder" (108). Por su parte, bell hooks alude al estereotipo como una forma de representación, pero como sustitución: "They are an invention, a pretense that one knows when the steps that would make real knowing possible cannot be taken or are not allowed" (170). Las consideraciones de ambos implican designaciones que se generan y que son repetidas constantemente para generalizar y denominar al Otro. La exigencia de fijar y definir diferencias entre grupos partiendo de deformaciones o calificaciones metonímicas son significantes inapropiados de nominación por su sentido

⁸³ Este listado se crea teniendo en consideración los adjetivos y sustantivos que advierten Edward Said, Frantz Fanon, bell hooks, Albert Memmi y Zenón Cruz, entre otros.

fragmentario y deshumanizador que ayudan a configurar la reproducción de relaciones sociales disimiles.

Kelvin Santiago Valles⁸⁴ en su artículo “Colonialidad, trabajo sexualmente racializado y nuevos circuitos migratorios” explica que la diferenciación entre seres ubica las poblaciones en diversas clases y grupos donde se producen asimetrías que sirven, sustentan y reproducen la “base de todas las relaciones de poder específicas al capitalismo histórico y su modernidad” (187). También, señala que tanto la raza como el género son estructuras históricas en la sociedad responsables por “la degradación socio-económica y espacio institucional de las poblaciones trabajadoras” (188). El racismo es y ha sido un mecanismo utilizado para subyugar y garantizar la hegemonía de un sector privilegiado. Al sostener un orden racial y sustentar una auto-adjudicación de supremacía frente a una asumida inferioridad congénita o “natural” en el Otro se logra encubrir las relaciones de explotación y dominación (Alegría Ortega 20-21, 2005). El estereotipo, el mito y el prejuicio facilitan unas conductas excluyentes sin obligación a enfrentar ningún tipo de repercusión. Por medio de la repetición y generalización, tal dispositivo discursivo, toma control a nivel institucional, cultural y personal simplificando la complejidad identitaria de todos esos Otros.

Los mulatos y los negros han sufrido a largo plazo los estragos de este orden social supremacista donde impera el borramiento del otro. Se habla por ellos, no son consultados, en fin, se asume que ‘ellos’ no son tan humanos como ‘nosotros’ (Said 2007). Es imperante, como dice Rivera Lassén⁸⁵, concientizarse de “la existencia de las diversas formas de discrimen no sólo para entenderlas, sino verlas” (280). El racismo es un artificio que ha propulsado la explotación física y mental con la intención de propiciar un estatus económico, político y social.

⁸⁴ En *Contrapunto de raza y género en Puerto Rico*.

⁸⁵ *Ibíd.*

La intención de catalogar la especie humana utilizando fenotipos, que es la expresión del genotipo en función de un ambiente, fue una estrategia utilizada por antropólogos con la intención de organizar sus observaciones (Parrillo 2002). El énfasis de las diferencias como signos de inferioridad frente a la norma europea, o la norteamericana anglosajona, ubica inmediatamente al no blanco como el contraste negativo. La piel revela esa “distorsión” racial y, como dice Bhabha, es el fetiche más visible, pues el reconocimiento inmediato ofrece esa soldadura apremiante y gratificante de ratificar una incompatibilidad racial y cultural (Bhabha 2002).

El “criterio científico”, en un periodo donde se comienza a venerar el cientificismo como única llave al conocimiento, sirvió de herramienta para distinguir, pero sobre todo para “establecer jerarquías... a partir de diferencias: genéticas, geográficas y culturales” (Alegría Ortega 20). Los mitos unificadores y totalizantes, las estrategias estereotípicas donde se metaforiza y hace uso de metonimias deshumanizadoras y el pseudo-cientificismo intentan construir al colonizado por medio del desplazamiento, la segmentación y la deformación atribuyéndole un apócrifo aspecto orgánico y universal.

A partir de la expansión europea al África en el siglo XVI, se propaga el prejuicio racial hacia el negro⁸⁶. Entre los siglos XVI y XVIII se originó e impulsó la conjetura de que el mundo se dividía en hombres superiores, que ejercían el mando, y otros inferiores, que se limitaban a ser esclavos, lo cual se usaba para especificar la “naturaleza” del negro desligándolo básicamente de humanidad. El africano fue juzgado en Europa dentro de la cosmología cristiana. Se calificó su religión e idolatría como pagana, incivilizada y bárbara. A pesar de que en algunas ocasiones se aludía al Viejo y Nuevo Testamento para vincular a todos los seres humanos a una sola

⁸⁶ Ver *Theories of Race and Racism: Reader* y la introducción de *Contrapunto de Raza y género en Puerto Rico*.

procedencia, en otras se actuó contrariamente. Winthrop D. Jordan⁸⁷ advierte que en Inglaterra, por ejemplo, la cristiandad gestionó para que se considerara el negro como un igual, pero también como alguien completamente disímil además de polemizarse y teorizarse la razón de su pigmentación (37-41).

La cantidad de melanina en el cuerpo se ha utilizado como criterio marcador. El color negro se designó como maligno y su efecto ha alcanzado ramificarse más allá de la piel y de la época donde se infundió tal patraña. Se ha entroncado con características físicas, culturales, mentales y/o emocionales haciendo sostenible y hasta verosímil, dentro de la construcción social supremacista, la conexión inmediata entre éstas y los negros. De igual manera resultan las referencias a la magia negra, al alma negra, a estados de ánimos contradictorios o nefastos y de impuridad. La negritud fue sinónimo de expiación y castigo divino⁸⁸ así como de hombre esclavo. La propagación de suposiciones genéticas y pseudocientíficas con intereses políticos y económicos junto con el conocimiento común garantizaron el privilegio de unos frente al demérito de otros (Zenón Cruz 1974; Franco Ortiz y Quiñones Hernández⁸⁹ 2005).

En Puerto Rico, los sucesos históricos a partir de la colonización española propiciaron encuentros entre diferentes etnias. Las dicotomías impuestas entre éstas responden a ese sistema de dominación que busca la explotación de mano de obra barata o gratuita. La colonización como régimen de usufructo cosifica al Otro. El conglomerado de adjetivos para demarcar a unos y a otros se valida junto al estigma que engendra el sistema esclavista. En Puerto Rico, este régimen no sólo se sirvió de africanos/as como medio de producción y reproducción, sino que

⁸⁷ *Ibíd*, 33-50.

⁸⁸ Entre las explicaciones que recopila Michael Banton sobre el racismo llaman la atención la alusión a la genealogía que aparece en el *Viejo Testamento* por el cual se intentó explicar, entre varias alternativas, la inferioridad del negro aludiendo a una maldición divina sobre los descendientes de Cam. Ver Michael Banton en *Theories of Race and Racism: Reader*, 51-63.

⁸⁹ En *Contrapunto de Raza y género en Puerto Rico*.

instauró todo un engranaje de desvalorización en contra de éstos/as como medida de sujeción. Las asunciones de supremacía del colonizador español y de los criollos/as delimitan a los hombres negros y a los afrodescendientes. El régimen lucrativo que disfruta el colono sólo valora la cosificación del cuerpo como mecanismo de rendimiento. La piel oscura fue equiparada con la servidumbre y la animalidad. La bestialidad atribuida denotaba inhabilidad, por un lado, mientras que por otro, las destrezas manuales para el trabajo fuerte era el motivo de celebración ante una capacidad productiva prolífera (Zenón 1974). Esto se advierte con la invisibilidad impuesta a los/as afrodescendientes criollos/as como a los/as negros/as libres de la Isla. La revolución haitiana de 1791, la migración de otros negros/as del caribe a Puerto Rico, las posturas abolicionistas y el otorgamiento de una ciudadanía fueron fenómenos que suponían un desplazamiento más allá del poder político (Zenón 1974). La subyugación política y física dentro del sistema esclavista proporcionaba un lucro económico ostentador. La exclusión de concesiones conferidas a criollos/as imposibilitaba una emancipación financiera y moral. Los negros en Puerto Rico también se tildaron de brutos, infantilizados y pasivos. Con esta habitual descripción, a partir del siglo XVI, lo que se buscaba era justificar su tutela y, como consecuencia, la denegación de cualquier tipo de reconocimiento civil. Tal afirmación afectaría a la producción y mantenimiento de las plantaciones en la Isla (Zenón 1974).

Los afrodescendientes, a partir del siglo XVI, enfrentan la objeción colonial y criolla de ser definidos como puertorriqueños y de ser vistos y tratados con dignidad. Aparte de sobrellevar toda la estigmatización estereotípica de la era, enfrentaban ser ninguneados, aún siendo negros libres. Afirma Zenón que se les negó la ciudadanía española (25) y se les prohibió participar en la vida pública, de cargos administrativos y políticos (26). Con estos actos se intentaba evitar

una sublevación política como la acaecida en Haití, así como evitar una representación masiva de diputados en la metrópolis⁹⁰ (27).

Pensar en puertorriqueños negros libres o en una clase media negra no deja de parecer ficticio justamente por el factor borroso que operó sistemáticamente en los confines historiográficos. Los puertorriqueños negros no fueron considerados como lo suficientemente importantes para conferirles una buena porción de la historia oficial; mucho menos su propia historia. El acercamiento y giro que siempre se le ha ofrecido al tema parte de las plantaciones y del sistema esclavista desvinculándolos de humanidad y remitiéndolos a la cosificación (Alegría Ortega 10). La emergente clase media negra, compuesta especialmente de artesanos, según afirma Joseana Arroyo en “Tecnologías de raza y género en la escritura masónica de Arthur A. Schomburg”⁹¹, fue desmantelada bajo un plan español “para controlar el poder social y adquisitivo de esta clase social” (98). El impacto de todo este entramado despreciativo caló hondamente en la circunscripción de la puertorriqueñidad y lo nacional no sólo en esa época, sino que se ha extendido en cierta medida hasta hoy día.

En una isla donde impera la afrodescendencia, irónicamente la mayoría de la población se considera blanca⁹² y, en muchos casos, de origen europeo. De cierta manera, se continúa con esa inclinación europeizante de aludir a la “pureza” de la sangre y la continua necesidad de desligarse de cualquier herencia africana por la connotación despectiva que se ha generado a lo largo de muchos años. El arraigue del sistema esclavista junto con la depreciación física y moral asignada al negro han logrado sustentar un discurso racista y de auto negación en el

⁹⁰ El temor de un gran número de diputados asechaba por la palpable cantidad de negros esclavos y libres en la Isla. Ver Zenón, 1974.

⁹¹ En *Contrapunto de Raza y género en Puerto Rico*.

⁹² En documentos que datan del siglo XX sobresale este detalle. En los periódicos de principio de siglos se encuentran anuncios de productos que aseguran blanquear la piel. Ver... Por otro lado, Zenón en los años 70 y Santos Febres a principio de siglo XXI entre otros/as, aluden a la actitud reflejada en los censos de la Isla de asumirse como blancos.

puertorriqueño. Si en ocasiones se acepta alguna conexión es sólo por vía cultural y como un acontecimiento histórico lejano. Como parte de la reacción ante este entramado, suscita un afán de blanquearse y de alejarse de todo nexo posible; sobre todo, de la pasividad atribuida al negro esclavo. En gran medida, prevalece un esfuerzo máximo por emparentarse primeramente con los nativos y hasta de crear una épica que reivindique la “historia” puertorriqueña, pero nunca considerando el aspecto negroide (Zenón 1974).

1.10 Invisibilización, imposición identitaria e hipermasculinidad

La exploración del aspecto étnico-racial junto al de género sirve para poner de relieve las relaciones de explotación y dominación en la población puertorriqueña. Los criterios de la jerarquización y la negación, o desvaloración de ciertos hombres, apuntan a juegos de poder en un espacio racializado donde la complicidad de las instituciones y la cultura se oscurecen como parte de la funcionalidad del mismo mecanismo opresor. La generalización como dispositivo de simplificación, en la nominación del Otro, busca estabilizar la disparidad identitaria, así como delimitarla y normalizarla dentro de unos parámetros.

A pesar de los argumentos que aluden a la prerrogativa que confiere ser hombre dentro de un sistema masculinizado y esculpido por una estructura administradora patriarcal, no todos los varones experimentan los privilegios de forma equitativa (Ramírez y García Toro, 2002). La clase social y la orientación sexual adheridas a la singularidad fatua de pertenecer a la “raza” predilecta procuran facilitar tal acceso y hacer de esta complejidad un sistema que produce sujeción. Con relación al poder, explica Foucault que no proviene de un solo lugar, sino que es ubicuo y se genera en todas partes. Para él es importante identificar los esquemas dentro de los juegos de poder en vez de determinar quién posee o carece de éste (Foucault 1990). Las relaciones sociales son afectadas por estas dinámicas y es imperativo ver la doble estructura de la

raza, la sexualidad y el género especialmente en sociedades coloniales y jerarquizadas (Bhabha 298).

El estudio de las masculinidades no debe limitarse a tipificar exclusivamente comportamientos y definir la masculinidad hegemónica o la marginada. Es conveniente profundizar en los dispositivos que coaccionan en este complejo entramado. Partiendo de la consideración de las relaciones de poder, hay que señalar el patriarcado como eje de un sistema basado en el género y propulsor de relaciones homosociales donde se privilegia a los hombres. Sin embargo, no todos son percibidos de igual manera. Si el género, como argumenta Connell, es “una practica social que constantemente se refiere a los cuerpos y a lo que los cuerpos hacen” (Connell 2003, 36) aunque no se reduce solamente a esto, entonces esa practica genérica-social invisibiliza, y visibiliza ciertos cuerpos con la intención de establecer unos parámetros normativos excluyentes.

La performatividad butleriana y la importancia adjudicadas únicamente a ciertos cuerpos de una manera u otra ayudan a identificar discrepancias no sólo a nivel genérico y sexual como la teórica ha apuntado, sino en un sentido racial. Explica Butler al referirse a la sexualidad, el género y el deseo que la materialización de la norma se da por medio de una continua repetición ritualizada y reiterativa, y alude a la necesidad discursiva de reconocimiento que construye al sujeto en su intento por hacer un acercamiento genealógico y deconstructivista: “Paradójicamente, la condición discursiva de reconocimiento social *precede y condiciona* la formación del sujeto...” (Butler 2002). La volatilidad de la construcción social se maneja estratégicamente para conferir valor o no partiendo de lo designado como estándar. Con relación al género, y como bien expone Butler, el binomio genérico provee humanidad a los cuerpos que

se circunscriben a las definiciones heterosexuales eclipsando a aquéllos que pueden definirse según otros parámetros.

A pesar de ser el falo el elemento significativo dentro de tales construcciones genéricas, al ubicarse la práctica de la masculinidad en diferentes estructuras de relación, se perciben grandes disparidades que van más allá de un comportamiento sexual o genérico afectando también el componente racial. Connell apunta que: “En un contexto de supremacía blanca, las masculinidades negras juegan roles simbólicos para la construcción blanca de género” (15). En esferas donde se venera la cultura occidental como fuente primordial de civilización, las posturas ajenas sólo actúan periféricamente para interactuar como impetuosos contrastes. Por ejemplo, la simbología masculina de virilidad en los negros se distorsiona al punto de incurrir en una erotización desproporcionada. Se les cataloga como promiscuos, procreadores excesivos y de bestial sexualidad (Fanon 2008). Por otro lado, la imposibilidad para ofrecerle protección y sustento a su familia los desliga de los confines exigidos como pautas básicas de la masculinidad.

Arguye bell hooks que desde las políticas de género del sistema esclavista, a los varones negros se les ha negado conducirse como un “hombre”, según los criterios definitorios y normalizadores blancos (hooks 2004, 3). Las masculinidades de los negros se han generalizado y simplificado como parte de la técnica hegemónica y racista que aún hoy día prevalece.

En Puerto Rico, predomina una imagen de los puertorriqueños negros como agresivos e hipersexuales (Alegría Ortega y Ríos González, 2005). Se tildan de hipermasculinos retroalimentando la noción de una bestialidad y un primitivismo desmesurado. Son proyectados como descontrolados, mientras que los blancos son relacionados con la razón y el autocontrol (hooks 2004, Zenón 1974).

La hipermasculinidad, según Ramírez y García Toro, es una exageración de lo masculino con respecto al cuerpo y al comportamiento fusionándolo con la rudeza, la hostilidad y la agresión⁹³. Los hombres negros son rebajados y deshumanizados al ceñirlos metonímicamente a un pene exuberante. Su masculinidad, al ser confinada a la barbarie como parte de la codificación cultural, exige alusión a un órgano sexual hiperbólico, el cual es representativo de un proceder y poder sexual que trasciende a lo mitológico, pero sobre todo encarna lo descomedido. Comenta Sabrina Brancato⁹⁴ que designar al Otro, como ocurre con la construcción que se hace de los colonizados por parte de los colonizadores, es muchas veces un acto político y que a nivel cultural “sirve, por oposición, para la construcción de la masculinidad europea (si el *otro* es salvaje, el *yo* es civilizado; si el *otro* es un violador, el *yo* es un caballero...)” (105).

Los conceptos eurocéntricos de raza, linaje⁹⁵ y pureza de sangre heredados por el coloniaje han salido del imaginario colectivo dominante y de las percepciones de superioridad por pigmentación, lugar de origen u organización del conocimiento. A raíz de la colonización y del sistema esclavista, los afrodescendientes han confrontado unos estándares que no han sido establecidos por ellos. Al contrario, para obtener la sensación de integración, muchos han incurrido en la complicidad de la invisibilización sin advertir el alcance y efecto negativo que genera sobre los hombres no blancos. La presión ejercida mediante las agencias sociales se impone por medio de la masculinidad hegemónica. Las instituciones se han encargado de regularizar la distorsión e instaurar la prescripción de una normatividad específica lo cual se

⁹³ Ver *Masculinidad hegemónica, sexualidad y transgresión*, pág. 9.

⁹⁴ Consultar “Masculinidad y etnicidad: Las representaciones racistas y el mito del violador negro” en *Nuevas masculinidades*; editado por Ángel Carabí y Marta Segarra.

⁹⁵ Explica Isabelo Zenón Cruz, en *Narciso descubre su trasero: el negro en la cultura puertorriqueña*, que en caso de referirse a blancos se utilizaba el sustantivo “linaje”, mientras que cuando se aludía a un negro o indígena o se aplicaba la palabra “raza” peyorativamente (79).

retroalimenta con la implementación y reproducción impartida por la propia sociedad a nivel masivo.

Los puertorriqueños negros, apunta Zenón, han enfrentado una alienación sistemática (24). Él comienza señalando el gentilicio como muestra sintomática de una agudizada y constante discriminación hacia el sector no blanco en Puerto Rico. La designación de “puertorriqueño⁹⁶” sirve como paradigma paradójico pues la integración y la invisibilidad dentro de tal noción son muy exclusivistas. Así lo identifica Zenón aludiendo al constante uso de la palabra para identificar a todos menos a los de piel oscura utilizándose para éstos la palabra como adjetivo: “un negro puertorriqueño”. El afrodescendiente en Puerto Rico, asegura él, “ha tenido que luchar para que la puertorriqueñidad le sea esencial” (24). El blanco se proyecta como representante de la normatividad y sinónimo de lo “puertorriqueño”. Por el contrario, el afrodescendiente no se incorpora dentro de esta representación unitaria (Zenón, 253).

Dentro de tal escenario hay una arraigada desvalorización y un eludido reconocimiento de humanidad hacia el Otro. A casi cuarenta años de las declaraciones de Zenón sobre la exclusión de los afrodescendientes en la sociedad y cultura puertorriqueña habría que recalcar la continua invisibilidad y exclusión de los patrones normativos, pero también la participación activa o solapada de los propios relegados con el auspicio y soporte de las instituciones sociales.

Para Fanon, el racismo colonial no es diferente de cualquier otro (Fanon 2008, 69). El individuo se desprecia a sí mismo cuando ha internalizado la identidad creada como sujeto colonial e impuesta desde los andamiajes de las agencias socializadoras. Participar dentro de las configuraciones que desde su niñez aluden a un mundo diseñado por y para un grupo específico dentro del cual su negritud es representativa de lo nocivo y salvaje es un reto despiadado. No es

⁹⁶ Habría que considerar también que se tiende a utilizar los sustantivos masculinos como paradigmas generalizadores descartando la representación y participación del sexo femenino como parte de la población.

extraño entonces que desde muy temprana edad pretenda rechazarse y sea participe del racismo ignorando su aporte a la perpetuación de tales patrones. Mientras menos oscura sea la piel, más alejado se está de la desvaloración que ésta implica dentro de los valores atribuidos e impuestos como norma. La diferencia morfológica y de pigmentación corporal desafortunadamente se utiliza para aludir a “habilidades, aptitudes, inteligencia, temperamento y hasta la moral de las personas o grupos” (Alegría Ortega y Ríos González 2005, 20). El color de la piel ha servido como criterio para escalar genética, geográfica y culturalmente. La construcción social que define al Otro se propaga masivamente por los medios de comunicación, así como en instituciones de iniciación social tales como la escuela⁹⁷. Esto explica el rechazo a la propia negrura con la intención de alcanzar un mejor nivel económico y adquirir una cultura o una historia las cuales no han sido diseñadas teniéndolos en consideración y mucho menos partiendo desde posturas inclusivistas (hooks 1992, 19).

Al hablar del proceso de invisibilización, hay que considerar que éste no se da por sí solo, o que se impone únicamente por parte de un grupo específico. El problema se hace más complejo cuando las dinámicas de jerarquización se asumen como parte de un orden natural y no como la imposición hegemónica de una visión particular de una pequeña colectividad. La infraestructura social de las agencias e instituciones propician una ilusión de naturalidad. A esto se le suma la complicidad social y la aceptación y reproducción de tal sistema por parte de muchos de los que son oprimidos.

La designación generalizada de la hipermasculinidad está sujeta al engranaje discriminatorio existente. No obstante, su reproducción responde a la propia iniciativa de autodefinirse como ‘hombre’ dentro de unos parámetros limitados y ceñidos al paradigma hegemónico. La desproporción de los recursos en la sociedad, no sólo genera diferentes estrategias para obtener

⁹⁷ Ver *Nuevas masculinidades* (2000) editado por Carabí y Segarra.

el respeto exigido como hombre, sino que impulsa la violencia, además de conspirar con el sexismo y la homofobia. Muchos, en un vano intento por ganar respeto social adquieren posturas violentas sin percatarse de que tal actitud los enclaustra dentro de lo definido como salvaje y primitivo validando el argumento discriminatorio que se intenta imponer. La agresividad pasa a ser cotizada como característica varonil imprescindible para aquéllos que carecen de privilegios y que a su vez buscan revindicar la castración simbólica impuesta por la presión hegemónica. bell hooks explica que: “The image of emasculated and castrated black males are so embedded in cultural imagination that many parents feel it is crucial to train boys to be ‘tough’” (86, 2004). La intención primordial es cumplir con los preceptos que se aceptan como moldes esenciales para ejercer la masculinidad agresiva. Tal dinamismo confiere, en gran medida, un abrupto reclamo de respeto y, al mismo tiempo, busca alejarse de la debilidad por estar asociada con la mujer y lo femenino.

García Toro, Rafael Ramírez y Luis Solano examinan minuciosamente la violencia en su artículo “Masculinidad y violencia”⁹⁸. Definen este comportamiento como “cualquier conducta, acto o situación que cause daño físico o emocional a otros seres humanos con intención de castigar y destruir” (133). Sin embargo, el aspecto más importante que señalan es que la violación “evidencia la expresión de las creencias y los valores dominantes provenientes de las propias bases estructurales y culturales de la sociedad” (133). Sólo ubicando en perspectiva el impacto institucional se puede vislumbrar la complejidad y la magnitud que ésta posee.

Hay varios componentes que están sobre el tablero con respecto a la masculinidad y la otredad en Puerto Rico. Las masculinidades a pesar de su volatilidad y continua redefinición, dada la situación y el espacio histórico, como argumentan Connell, Brittan, Ramírez y muchos/as otros/as, parte de un referente conciliador -la masculinidad hegemónica, la cual se propaga y

⁹⁸ Ver *Los hombres no lloran: ensayos sobre las masculinidades*, 2007.

reafirma por medio de las agencias socializadoras y el Estado. Sin embargo, el respeto a la diversidad y la experimentación de las diferentes formas de ser hombre está fuertemente limitado por concepciones vinculadas a la etnicidad y la clase social, además del género. El desprecio e invisibilidad de ciertos grupos suscita una deliberada identificación con lo femenino y con lo primitivo. Sus diferencias, dentro de las confecciones estandarizadas, aluden a parámetros desconocidos y vistos como desafiantes por no conferir con el patrón tradicional pautado. De esta manera, las consideraciones de qué es y cómo debe ser un hombre no sólo varían de cultura en cultura, sino que parten de prejuicios y estereotipos específicos.

Los hombres puertorriqueños afrodescendientes se enfrentan a la exigencia de confirmar constantemente su masculinidad sin realmente entender el porqué de dicha acción. Adquieren la costumbre de definir la identidad genérica y la recalcan en todo momento, pues su construcción social así lo requiere para hacerla visible. La devaluación por carecer de los recursos que son exaltados como necesarios para ser individuos exitosos –según las configuraciones espaciales- los lleva a la exaltación abrupta de aquéllos que reconocen en sí. La intención es hacer estas características patentes o tangibles. El cuerpo se incorpora como espacio semántico. También, se adopta un proceder que enfatice esos rasgos confinados a lo establecido como aceptado y esperado.

Si bien se comprende la conexión, coyuntura y función de la masculinidad hegemónica como motor del sistema patriarcal, se puede establecer que la denominación del varón minoritario como hipermasculino responde, en gran medida, a una categorización y ubicación habitual limitada. Las alternativas de acceder a privilegios son muy restringidas para los afrodescendientes, especialmente para aquellos de piel oscura. Franco Ortiz y Quiñones Hernández enfatizan que “[a]sumir la concepción de raza como tradicionalmente se ha planteado,

implicaría asumir toda una serie de determinaciones etnocentristas y racistas que tienden a legitimar estas mismas estructuras opresivas” (225). Son justamente esas estructuras a las que ellos aluden las que se han estado legitimando insaciablemente gracias a la confabulación de la ideología cultural y que a su vez concuerda con premisas difundidas por la masculinidad hegemónica a nivel institucional.

II. Masculinidades en perspectiva

2.1 Configuraciones masculinas en *Cualquier miércoles soy tuya*

Los estudios de las masculinidades procuran ofrecer luz sobre el entramado de conductas y actitudes de los varones en la sociedad occidental. Parten de la exploración de la construcción social y la identificación de un factor común en la mayoría de los grupos sociales que redonda en el modelo normativo y prescriptivo. Beneficia la alusión a las múltiples maneras de representar la masculinidad. Por eso, a pesar de encontrar unas clasificaciones como la masculinidad hegemónica, la masculinidad cómplice, la masculinidad subordinada, etc., éstas sólo intentan organizar someramente ciertos comportamientos, pero no con la intención de encajonar las experiencias y conductas de los varones en unas fijas e inmutables.

Por el contrario, los investigadores sostienen que existe una multiplicidad de formas que permiten construir y representar la masculinidad. Por lo tanto, procuran referirse a ‘masculinidades’ en vez de ‘masculinidad’. Incluso, para muchos resulta muy problemático definir la masculinidad como universal, o argumentar que no es afectada por una época o espacio determinado. Se denomina como dinámica y se refiere al hecho de experimentar ser varón dentro de una sociedad generizada⁹⁹ específica (Boscán Leal 2008, Brittan 1989, Connell 2005, Ramírez 1993, Toro Alfonso 2008).

La masculinidad hegemónica, en particular, se ha identificado como modelo de coerción que tiende a reestructurarse para cumplir con una función reguladora no sólo en el individuo, sino a nivel institucional. Este señalamiento incentiva a un análisis meticuloso que se inicia dentro de los estudios de las masculinidades poniendo énfasis en sus manifestaciones y criterios. Se pretende contextualizarla con miras a su desestabilización, pues se entiende que por medio de

⁹⁹ Aquí utilizo este concepto partiendo de la nominación “gendered” que se utiliza en inglés.

su examen se accede a un amplio panorama de cómo se entrelazan los juegos de poder y quién o quiénes son los beneficiarios de ciertas estructuras normalizadoras.

La exploración e inquisición de este aspecto se une a diferentes áreas investigativas más allá de los estudios de las masculinidades. Diferentes propuestas creativas se suman al examen y análisis dentro de campos discursivos tan amplios y punzantes como es la literatura. En la obra de Mayra Santos Febres existe una intención por desestimar las posturas genéricas tradicionales y las concepciones de lo que significa ser hombre en el contexto caribeño. Sus personajes presentan una singularidad que amerita una exploración detenida y minuciosa con vías a comprender su arma de desestabilización de la masculinidad hegemónica.

En *Cualquier miércoles soy tuya*, el personaje principal, Julián Castrodad es un editor que vive frustrado porque quiere ser escritor. Esa misma contrariedad lo lleva al ámbito creativo y a la reflexión. Éste, a su vez, es el narrador y explica que pasó por un periodo de inestabilidad y cambios en su vida. Al ser despedido de su trabajo, termina trabajando temporalmente en un motel.

Julián se encarga de interpolar los escritos de la Dama Solitaria, la cual conoce durante ese periodo. Ambas narraciones, a su vez, se prestan como canales para alojar un mosaico de otras experiencias en la pieza final. En ese sentido, el estilo narrativo abre espacios a otras voces que se insertan dentro de la ficción ubicando la novela, de cierta manera, en la tradición del relato enmarcado. Todos y todas tiene algo que contar y que aportar para descifrar los eventos misteriosos que tienen lugar en la ciudad.

Los puntos de vista narrativos intentan ávidamente ofrecer un mapa coherente de la complicación que se va presentando paulatinamente como parte de un proceso detectivesco que se va incrementando paralelamente. La certeza como fuerza del discurso privilegiado parece no

tener importancia para Santos Febres y su personaje principal. La verdad como discurso supremo termina siendo despojada de adoración absoluta en esta novela donde el narrador homodiegético nos confiesa que siempre vivió “enamorado de la mentira, del poder revelador que ella encierra al disfrazarse de verdad” (81). En más de una ocasión, Julián manifiesta sentirse seducido por la mentira. También, le pide a M., la Dama Solitaria, que le mienta porque dice que “suena más seductora que la verdad” (95). Realmente, no se sabe hasta qué punto el relato se desplaza por los terrenos de la verdad, pues Julián se ha encargado de recordarnos constantemente que sólo sabe mentir (81). Se termina proponiendo la ficción dentro de la ficción como vehículo forjador de un espacio creativo válido y representativo de la realidad.

El motel Tulán le ofrece a Castrodad la oportunidad de entablar amistad con hombres socialmente marginados, de diferentes procedencias y con otras configuraciones de masculinidad. De seguir trabajando como editor en el periódico La Noticia, él no hubiera podido intimar ni relacionarse de la manera que lo hizo con individuos como Tadeo, el Chino Pereira y Bimbi. Es en el espacio abierto del motel donde se familiariza con ellos y con una realidad diferente a la que él estaba acostumbrado. Estos tres personajes en particular son marcos referenciales dentro de la constante observación que incorpora Julián en su proceso de escritura. También le incita a contemplar y explorar la propia ficción obligando a todo/a lector/a a recapacitar sobre ésta:

Pulo mi oficio y de noche... me empleo en mi relato, ese que comparte con las noticias del día el extraño palpitar de lo ficticio, pero que, quizá por lo incorrecto de sus palabras, por lo atropelladamente sincero de sus errores y sus búsquedas, espero exhiba otro peso que el de esa cosa que el mundo intenta pasar como ‘verdad’ (238).

El tema de la ficcionalidad se expande más allá del género literario cuestionando los propios roles sociales, la ritualidad y la “verdad”. En ciertos momentos, Julián se refiere al uso de libretos lo cual redundante en la concepción directa de un aspecto teatral dentro de su rol masculino.

Por ejemplo, cuando está a punto de hacer una compra de droga junto a su compañero Daniel en el estacionamiento del periódico, Julián explica que salían de sus oficinas como personificando a figuras de acción: “Salimos rumbo al vestíbulo del periódico... entrando en nuestros personajes de chicos de acción a los que el peligro no les espanta” (24). La misma insinuación se da en uno de los encuentros amorosos entre él y la Dama Solitaria: “...no me quedaba duda alguna de que la rutina de hombre sensible no funcionaría con aquella mujer. El problema era que el otro libreto, el del fornicador desalmado y distante, tampoco me sentaba bien, por más que quisiera” (99). Este narrador entra en una constante evaluación de su masculinidad, pero al mismo tiempo presenta una conciencia de la pretensión envuelta en su manejo.

Julián se autoproclama como hombre liberado, sin embargo, comprende el peso que ejerce la interpretación que hacen de él como ser humano los demás. Precisamente, Judith Butler explica que el sujeto comienza a construirse a partir del reconocimiento de los demás; de un precedente que se instaura dentro de una comprobación discursiva (Butler 2002). Él busca situarse como sujeto y entiende la magnitud de la verificación que requiere por parte de los que están a su alrededor. Esto explica, por ejemplo, su intento por evitar que se plasme en su rostro cualquier señal de miedo ante el intento de Tadeo por medir su pavor: “Y yo, simple y sencillamente por la fuerza primigenia de mi testosterona, no iba a morder. No mostraría mi miedo” (41). El personaje enlaza la hombría con la testosterona para eventualmente indicar por medio de su acción que este andamiaje es parte de otra puesta en escena más de las que está obligado a cumplir ante los demás. Sólo pasando por el cedazo de la evaluación de otro, u otros, se logra obtener el mérito. Julián requiere de la aprobación de Tadeo para comprobar que posee uno de los criterios que lo identifica como un hombre. Este tipo de escrutinio valorativo se

convierte en una constante dentro de la performatividad social, así como la necesidad de ser valorado.

Un problema legítimo que aparece en el texto es la posición social de algunos individuos que, sin importar el reconocimiento requerido para figurar como hombre, tienden a mantenerse invisibilizados. Julián, a pesar de no encajar en el modelo tradicional de hombre exitoso, en comparación con Tadeo, no experimenta tal desplazamiento, ni como hombre ni como trabajador. La clase media a la que pertenece lo aleja de las repercusiones a las que, por el contrario, está sometido Tadeo. Las guardarrayas de las clasificaciones sociales parecen ser más flexibles para unos que para otros. En el caso de Julián, un somero examen por parte de los demás es lo necesario para poder incursionar en un estrato social más periférico y aprender a manejarse dentro de éste. Por el contrario, a Tadeo no se le ha hecho nada fácil escalar esos peldaños. Su establecimiento en el extranjero ha sido una tarea peligrosa y deplorable que está obligado a enfrentar para asegurar el sustento de su familia. Su estado migratorio y el matiz oscuro de su piel lo ponen en desventaja automáticamente en una isla donde el discurso de blanqueamiento se sustenta constantemente por medio de las agencias estatales y las instituciones socializadoras.

Él no es el inmigrante dominicano que usualmente se recibe en Puerto Rico, sino es un haitiano. La invisibilidad está más propensa a intensificarse por la escasez económica, así como por la carencia de esos requisitos básicos que exige la masculinidad hegemónica¹⁰⁰. Su negrura lo hace invisible no porque haya una correlación entre éstas, sino porque la construcción social patriarcal supremacista, para utilizar la terminología de bell hooks, las ha vinculado.

Dentro de esta marginalización, Tadeo ha logrado desarrollar destrezas de subsistencia. Quizás esa lucha es la que lo haya llevado a compartir sus estrategias y sabiduría “callejera” con

¹⁰⁰ Según Connell, la masculinidad hegemónica se caracteriza por representar al hombre blanco exitoso de clase media.

Julián. Una de las primeras pericias que aprende Julián al llegar al motel Tulán es precisamente dominar el hacerse imperceptible como parte de su nuevo rol de servicio. A pesar de su vasta educación, viajes de intercambio estudiantil y años de labor en un periódico, Julián no posee ni la malicia para lidiar con este nuevo ámbito que le ofrece el motel. Precisa de un guía. Esas prácticas que para Tadeo son un requisito básico, para Julián acontecen más como una aventura extraña: "...esto que yo le he tenido que explicar lo sabe cualquier pelagatos de mi país" (17). Tadeo no consta con muchas alternativas. Le resta aceptar el papel de servilismo e invisibilidad mientras que para Julián ésta es una etapa transitoria.

El motel resulta ser un lugar propicio para dar paso al despliegue de masculinidades y concepciones de ellas, así como para comparar la opacidad entre ellas con relación a otras. Tadeo ha aceptado ese desplazamiento para sacar partido del sentido de servidumbre: "...el truco está en hacerse desaparecer del panorama" (17). Mientras hace de esto una herramienta, por otro lado, toma decisiones arriesgadas con la finalidad de generar la verificación que lo valida como hombre ante otros. Su manera de redimirse dentro de las exigencias apremiantes, o tan siquiera de balancear la invisibilidad impuesta, exige que mantenga su palabra "de hombre". Él le había prometido a su madre hacer una casita para que no pasara trabajo y no tuviera que "escarbar la tierra" (152). Reafirmarse en sus promesas es una de las pocas opciones que tiene para proyectarse como un varón de bien según las definiciones culturales las cuales van sumadas al ritual del reconocimiento. En su desespero por autenticarse como "hombre de palabra" y capturar un sitio dentro de una sociedad que gira alrededor de un binomio genérico, Tadeo lucha con las limitaciones que lo marginan y consigo mismo. Después de haber experimentado ser inmigrante en la República Dominicana y radicarse legalmente en Puerto Rico tras uno que otro intento fallido, todavía no lograba conseguir su objetivo principal: terminar de construir una casa

para su madre. Asume que un último riesgo es ineludible para salir del agobio que lo tortura: “Es lo que tengo que hacer si no quiero pudrirme aquí de vergüenza, si algún día quiero regresar a Baní” (151).

Tadeo acepta transportar un cargamento de droga para el Chino Pereira y termina en la cárcel. Aunque Julián intenta persuadirlo, termina comprendiendo lo imperativo del acto porque, de cierta manera, él había experimentado ese desasosiego que abrumba a su compañero:

Esa sensación de que debías haber sido otro, que no eras suficiente ni para cumplir con lo mínimo que debe cumplir un hombre, proveer para sus mujeres, probarse ante sus semejantes o, por lo menos, estar satisfecho ante los ojos propios que del otro lado del espejo ven y miden.
(152)

La paciencia y la fe no habían llevado a Tadeo a ningún lado. Al contrario, sucumbía ante cada nuevo intento como si estuviera predestinado al fracaso. Los factores que intervenían en la masculinidad de Tadeo se diferenciaban a los de Julián. Este último no tenía que ser fuerte como un roble. Por el contrario, su delicadeza corpórea es excusada por su melena rubia, manos delicadas, educación y estatus social: “larguirucho y pálido, hijo de mamá y papá, blanquito venido a menos” (170). El aspecto étnico tiene un gran peso dentro de esta aparente “predestinación”. Si como explica Zenón Cruz en *Narciso descubre su trasero*¹⁰¹ la puertorriqueñidad se les niega a los no blancos en un intento por invisibilizarlos, entonces ¿qué derivaciones suscitarían para Tadeo en un contexto donde se reniega la descendencia afropuertorriqueña?

Históricamente, en occidente, la intención primordial ha sido relevar de todo tipo de presencia a aquéllos y aquéllas que no figuren dentro de las características normativas. La aceptación de la imagen no blanca se ha admitido sólo por la equiparación de ésta con lo primitivo. La intención de reforzar la supremacía blanca como único paradigma de la

¹⁰¹ Ver *Narciso descubre su trasero: el negro en la cultura puertorriqueña* (1974).

civilización y la belleza subyace constantemente. La desestabilización de esta maquinaria no depende meramente de la identificación de este andamiaje por parte del sujeto, sino de denunciar los juegos de poder que confabulan continuamente para generar todo este aparato que se sustenta desde diferentes agencias e instituciones.

La invisibilidad impuesta socialmente a cierto estrato social significa una confrontación para un individuo como el Chino Pereira. Hay una lucha que se desata en silencio y con artificio por parte de individuos como él y Bimbi. Ambos personajes pertenecen a sectores marginados. El primero es uno de los jeques del negocio ilícito de la droga que proviene del sector Paralelo 37. El otro es un joven del residencial público Los Lirios que trabaja en el punto. La descripción de Tadeo no se compara al enfoque que Julián le da a la figura de Pereira. Apenas se dibuja la imagen del inmigrante. Por el contrario, la del jeque se plasma con minuciosidad. Esta estampa procura destacar una fisonomía que se refuerza con accesorios para hacer de su presencia una imponente.

La creación de una ilusión de virilidad es adoptada socialmente en el intento de salir del anonimato donde el sistema de valoración regido por la estandarización tiende a ubicar a los sujetos. Por ello, buscan hacer uso de un lenguaje visual que pueda proyectar lo que de otra manera se les niega. Para esto, precisan de una coreografía corporal y elementos que permita validarlos dentro del barómetro social impositivo. Una breve mirada basta para comprender que Pereira y Bimbi intentan instaurarse dentro de lo que se considera socialmente “exitoso” pues su percepción de virilidad está ligada a objetos que revelen un estatus económico aventajado. Aplicar la concepción de virilidad y de proyectarse como exitosos los lleva a concebirse como parte del grupo dominante sin considerar la clasificación que de antemano impone este último sobre ellos.

Explica bell hooks que el sistema social promueve la subyugación y el dominio. Muchos negros, según su análisis, piensan que al rechazar su afropuertorriqueñidad se alejan de la imagen fabricada por el prejuicio. La reiteración para definirlos como inútiles y desvalorados cala al punto de la desesperación en el varón no blanco y marginado: "...[I]t is no wonder that we fall prey to nihilistic despair or forms of addiction that provide momentary escape, illusions of grandeur, and temporary freedom from the pain of facing reality" (hooks 19, 1992). Tanto el Chino Pereira como el Bimbi son presas de esos escapes efímeros que señala hooks. Su orgullo como hombres entra en juego ante los demás. Les urge ser reconocidos, no solo como varones, sino como hombres triunfantes porque ese es uno de los requisitos exigidos culturalmente que define la hombría. Ganar mucho dinero en un trabajo los aleja de sentirse disminuidos, silenciados o invisibilizados.

En la novela, se presenta la percepción de los personajes con relación al trabajo. Socialmente, el hacedor de esta actividad se distingue como un ganador. El hombre que no pueda sustentar una familia, según las concepciones tradicionales, se desprecia y su virilidad queda en entredicho. El hecho de no poder cumplir como proveedor fue la causa que llevó al padre de Sambuca -y posible abuelo de Pereira- al alcoholismo y la perdición. Terminó alcoholizado y destruido en su invalidado intento de reinscribirse como hombre productivo. La definición de masculinidad para esa generación de hombres exigía de la administración de unos recursos económicos notables. Irónicamente, ni el sistema económico ni la prescriptiva de virilidad estaban diseñados para el padre de Sambuca, pero tampoco eventualmente para Pereira o Bimbi. De antemano, se descalifican como posibles arquetipos de éxito dentro de la sociedad patriarcal. Por el contrario, son vistos sólo como entes de producción necesarios para sustentar las agendas económicas y ganancias reales de aquellos que tienen una fuerza representativa

dentro de la sociedad¹⁰². Sin embargo, ninguno de ellos, independientemente de la época a la que pertenezcan, se percata de la complejidad del sistema.

Bimbi y Pereira piensan que por medio de la venta ilegal de sustancias controladas pueden lograr la legitimidad que supone un trabajo regular. Tal vez no estuvieran tan erróneos de no existir la regulación del Estado y la implementación del cuerpo policiaco como reforzadores del discurso hegemónico. En este caso, el Estado estipula qué tipo de sustancia es aceptable y quién puede lucrarse con ella. Bajo unas medidas restrictivas, pero sobre todo exclusivas, estos individuos están sujetos al imperante fracaso que los avasalla y los limita a ciertos renglones de servidumbre y meros objetos de producción.

Irónicamente, la remuneración, hasta cierto punto desmesurada, a la que aparentan tener acceso les ofrece la sensación de pertenencia. La gratificación inmediata les permite la proyección de un apócrifo escalonamiento social y, por consiguiente, la accesibilidad a la virilidad. En el afán por representar, se complementan con vestimenta y accesorios para hacer casi tangible la lectura que quieren lucirles a los demás. En el caso de Pereira, la visibilidad de ciertos accesorios subraya la masculinidad que quiere proyectar, así como la queja de imperceptibilidad a la que las instituciones sociales se empeñan en limitarlo.

Su Rolex de oro, su perfume, sus zapatos de charol, sus automóviles y su celular junto con su ostentación lo certifican como varón que maneja capital. Aunque esta práctica se da por medio de un tráfico ilícito, en su caso, no tiene otras posibilidades para generar una gran suma de dinero. Su idolatría a la masculinidad hegemónica, lo pone en desventaja como etnia y como clase social minoritaria. Su interés por emular los hombres de negocios de la clase dominante como Efraín Soreno, abogado sindicalista y esposo de la Dama Solitaria, lo llevan a enfrentar un

¹⁰² Aquí habría que recordar también el sector que identifican los investigadores, entre ellos Frank y Connell, como representativo de la masculinidad hegemónica y que menciono en el capítulo anterior: blanco, heterosexual y de clase media .

callejón sin salidas. Las opciones que tienen los no blancos o los marginados, en su mayoría, son riesgosas y auto-dañinas. Estos hombres van dirigidos por el impulso de verse como parte de esa definición prescriptiva de la hombría y que tiende a definirse como lo que no se es. Kimmel¹⁰³ plantea que la vida de los varones se va en demostrar que no se tienen las características de la madre, de la feminidad y que la violencia se maneja como recurso que evidencia esa hombría. Hay una gran tendencia a la reiteración como a la demostración de lo que se entiende se debe ser por cualquier medio necesario. Tanto Bimbi como Pereira están conscientes del riesgo en el que incurren como narcotraficantes. No obstante, la propaganda abrumadora y exclusivista de la masculinidad hegemónica tiende a opacar otras tendencias viables para experimentar ser varón, desligadas de violencia, competitividad y discriminación racial o de clase.

Dentro del ámbito homosocial se dan dinámicas de rivalidades con la intención de probarse delante de otros varones (García, Ramírez y Solano 2007). Uno de los instantes de mayor relevancia que narra Julián es cuando están empaquetando la mercancía y donde ve a Pereira por primera vez. Más que la proyección de su poder como traficante y como figura de mando entre los demás varones, llama la atención el homoerotismo de la escena precisamente por desarrollarse sólo entre varones.

A pesar de Julián denominarse como un hombre liberal, que no tiene problemas con admitir la belleza de otro hombre, su encuentro con el Chino Pereira va un poco más allá de las limitaciones impuestas por la heteronormatividad dentro de los espacios homosociales. En ese momento, Julián se pierde en la idea de imaginar el sabor de la saliva de Pereira:

Yo le sostuve la mirada, un poco sorprendido por su intensidad y tratando de ocultar los pensamientos que rondan por mi cabeza. ¿Qué hacía yo pensando en el sabor de la saliva del Chino Pereira?

¹⁰³ Ver el artículo “Masculinity as Homophobia: Fear, Shame and Silence in the Construction of Gender Identity” en *Theorizing Masculinities* (Harry Brod y Michael Kaufman, Eds.)

Julián parece estar atraído por Pereira. No es su detalle descriptivo el que lo revela, sino su propio proceso dialéctico. Julián se enfrenta consigo mismo al caer cautivado por un deseo homoerótico en una zona que, según los postulados de la cultura normativa, está circunscrita a la corroboración de la hombría. En este sentido, Julián se rebela en contra del uso asignado de la conglomeración masculina para abrirse a un nuevo diálogo aunque sea consigo mismo.

La interacción que sostiene Bimbi y sus compañeros en el motel contrasta drásticamente con la de Julián y Pereira. Éstos, por el contrario, se ciñen a indisponerse entre ellos mismos lo cual es parte de ese ritual competitivo que predomina en el modelo hegemónico. Aclara Boscán Leal que la masculinidad predominante se caracteriza por ser sexista y homofóbica. Precisamente, eso es lo que resalta en esta escena. Unos denuncian aspectos femeninos en sus contrincantes: “¿Y quién te dio ese consejito de belleza, tu maquilladora particular?” (88). Otros, simplemente, inventan un acto ficcional considerado como deshonra dentro de los criterios heteronormativos y reguladores donde mencionan a la madre o la hermana del opositor: “Le voy a pasar el consejo a tu madre, cuando la vaya a ver esta noche” (88). La intención final es evidenciar públicamente la superioridad propia frente a la debilidad o poca intrepidez del contrincante frente a vituperios asumidos como sumamente hirientes.

La prescripción masculina difundida en la cultura exige ser jefe del hogar, proveedor, ser fuerte, no rebajarse, no tener miedo y no expresar las emociones, además de ser responsable y autónomo¹⁰⁴. Para poder cumplir con éstas, o la mayoría de ellas, el varón tiene que reclamar el espacio de la calle y del trabajo como sus áreas de dominio. De igual forma, debe estar dispuesto a defenderse de agresiones verbales, sobretodo, si éstas apuntan a su sexualidad y a la

¹⁰⁴ Ver Antonio Boscán Leal en “Las nuevas masculinidades positivas” (2008).

desvalorización de las mujeres cercanas a éste. Sostener que se es sexualmente “activo”¹⁰⁵ y que se disfruta de la heterosexualidad es parte de la herramienta para definirse como varón avasallador. Se espera que se haga ostentación de acciones sexuales donde se vanaglorie como penetrador lo cual redundaría en la cosificación de la mujer o, incluso, de otros varones que tienden a ser percibidos como afeminados.

Bimbi con sus 17 años “mal llevados” codicia integrarse entre los denominados como adultos. Este es otro paso más al que se expone un varón en la sociedad. Tiene que acreditarse como hombre y demostrar que está listo para ejercer esos comportamientos prescriptivos que lo identifican. El criterio evaluativo primordial es justamente la sexualidad. Por medio de la constante actividad sexual se presume de dominio y control, además de confirmarse la virilidad. Se logra ser suficiente “machito” y se goza de autoridad cuando esa sexualidad se utiliza para penetrar según postula la normativa heterosexual.

Bimbi, en su afán por adentrarse en el círculo de los adultos insiste en enamorar a las chicas para así crear una imagen que lo defina como un seductor para los demás. Anhela ser situado dentro del bando de los consagrados para evitar ser el centro de ataque de los chicos de la pandilla de Los Lirios, pues él, al ser el más joven, tiende a sufrir más ataques por novato. Esto motiva las ofensivas de otro compañero que no cesa su embestida, ante lo cual Bimbi se excusa frente a otros para evitar que lleguen a otras conjeturas más perjudiciales para su imagen: “Me tiene cogido de punto... Si no fuera tan gordo, le caía arriba dándole puños...” (82).

Bimbi quiere presumir de una sexualidad activa. Una sola novia no le da el título de conquistador que se exige. Tampoco el que lo sepa una sola persona. Siente que tiene que

¹⁰⁵ Arguye Boscán que el término activo y pasivo alude a la dominación y subordinación en el espacio sexual donde tradicionalmente se vincula el activo como el dominante y como el varón. Lo ve como un concepto exclusivo de los varones machistas por la actitud impositiva prefiriendo utilizar el término “operante” con la intención de no caer en esa confrontación.

aludir constantemente a las chicas, en plural, para poder elaborar ese teatro que está forzado a presentar: “Las gatas, pana, que no dejan a uno tranquilo... Es que desde que estoy con el Chino, negro, me llueven las ofertas” (159).

Bimbi y el Chino Pereira, buscan estrategias para posicionarse como exitosos y viriles según los criterios que parten de la masculinidad hegemónica. No son capaces de aceptar que sienten miedo o que están abrumados por lo que los rodea. Al contrario, es cuando más luchan para que no se perciban sus emociones. Bimbi decide salir a fumar como excusa para alejarse por un rato del grupo de compañeros que lo hostigan acusándolo de homosexual. Por otro lado, Pereira lleva un semblante taciturno cuando sale del toque de batá¹⁰⁶ y se entera que la muerte lo asedia: “Ikú anda detrás de tu hombro” (184). Por más penar que tengan, ambos luchan por mantener la compostura pues es una prueba más de las tantas a las que están sujetas sus masculinidades.

De estos cuatro personajes sólo Julián se detiene a meditar sobre su hombría ante un posible lector o lectora. En ese sentido, desafía los preceptos tradicionales de la masculinidad hegemónica por varias razones. Primeramente, se abre emocionalmente sin reparos. Indaga abiertamente su experiencia homoerótica con el Chino Pereira sin caer en la desvalorización. Y hasta cuestiona la propia construcción social que lo inhibe de disfrutar la erotización que le produce otro hombre:

Es difícil admitir que otro hombre toca, sacude o erotiza, sobre todo cuando se vive como yo entre una manada de machos preocupados por ocultar esa corriente misteriosa que hace admirar la fuerza del otro. El terrible miedo a ser mujer, es decir, a ser un ente vulnerable, delicado y abierto a la dureza del otro, provoca toda la parafernalia de chistes y de violencia que constantemente intentan doblegar al hombre próximo hasta verlo piedra débil donde instalar la tan asediada virilidad. (89-90)

¹⁰⁶ Dentro de la Santería, se toca los tambores y se baila para que los orishas bajen y traigan su bendición. Explica Katherine J. Hagedorn que se requiere del tambor “batá” que es considerado sagrado y que esta ceremonia es contemplada como la más importante dentro de la religión (75).

En más de una ocasión Julián entra en estas divagaciones, planteándose la necesidad de generar todo un performance por la necesidad de no convertirse en carnada de los demás hombres. Percibe su propia masculinidad como una puesta en escena, pero no se conforma con eso. Cuando tiene la oportunidad, medita sobre la normatividad. Por ejemplo, después de un encuentro con la dama Solitaria, Julián se preguntaba sobre cuál de las hombrías habría triunfado; si la de él o la de ella. Esto demuestra que está dispuesto a desasociar la hombría del cuerpo sexuado. En esta inquisición subyace una desestabilización de comportamientos presentados e inculcados socialmente como fenómenos naturales que responden a una fisiología específica.

Julián no es un personaje completamente radical frente a la masculinidad hegemónica. Todavía presenta algunas características que responden a este modelo. La constante competencia y la intención de no demostrar su miedo ante los demás la mayor parte del tiempo demarcan una prevalencia. Sin embargo, puede valorar la belleza de otro hombre sin miedo a ser catalogado como afeminado por un posible lector o lectora de sus notas. Tal vez, es una de las pericias que pone en acción para librarse del peso costoso de la masculinidad hegemónica.

Este personaje narra más que una fase breve en su vida. Por el contrario, me inclino a pensar que se refiere a un periodo de crecimiento donde el caso detectivesco ha sido el pretexto para poner su propio ser en perspectiva, pues la real pesquisa se da cuando finalmente se encuentra a sí mismo. Al final de la novela, Julián termina como escritor. Se siente realizado como sujeto no por su trabajo en el periódico, sino por haber encontrado el arma idónea para dejar fluir esa otra verdad que al final no es tampoco “tan inocente” según él indica (238). Julián culmina aferrándose a la oscilación de la estabilidad y al prisma de las diferentes perspectivas partiendo de la fragilidad que circunda la verdad. De igual manera, se ha dado la oportunidad de

explorar y hasta cuestionar las construcciones como roles sociales fijados por la misma inseguridad colectiva que exige proyectarse de cierta manera.

Por su parte, el Chino Pereira y Bimbi se mantienen como sustentadores de un régimen que reinscribe la masculinidad hegemónica y al mismo tiempo los excluye. Pertenecer a una escala social marginada no los exenta de entrar a los juegos de poder. Al contrario, como indica Foucault, el poder no está ubicado en un solo lugar, sino que viene de todas partes. Ambos, con su afán por evitar la marginación de clase o el desplazamiento de su masculinidad, buscan incorporarse en ciertas posiciones de poder.

Dentro del mundo del narcotráfico se reproduce una escala jerárquica que brinda esa ilusión de control y respetabilidad. Este contorno ofrece la palestra idónea para probarse como “machos”, según los criterios impulsados por la masculinidad hegemónica. Se enfrentan riesgos ante la ley, pero también por reclamar el sitio que intenta imponerse sobre el poder del Estado. En su ofuscación por demostrar quién es más hombre, se les dificulta prever cómo unas actividades específicas al catalogarse ilícitas se vinculan con lo malo mientras que otras gozan de renombre por considerarse decentes u honradas cuando en realidad ambas calificaciones responden a intereses determinados. Esto redundaría en la criminalización de un sector específico de la sociedad que utiliza esta vía como medio de remuneración para cumplir con la exigencia de poder. Ejerciendo dichas acciones, estos varones terminan anulados por la estructura institucional que se impone mucho más estratégica e imperceptible.

Los actos ilegales solapados que puedan cometer el gobierno y sus agencias no quedan ni siquiera impunes, sino que por lo regular se desconocen. En el caso de ser actos consumados por sujetos pertenecientes a estratos periféricos, como el Chino Pereira y Bimbi, el manejo de la acción tiende a tomar otro giro. La relación del gobierno y las personas de posiciones

privilegiadas en la sociedad con estos grupos periféricos se organiza como “chivo expiatorio”. Por ejemplo, Julián menciona la conexión del periódico, La Noticia, con la red de Pereira y Sambuca. Sin embargo, la postura que pretende demostrar el medio de comunicación masivo desvirtúa el código de ética al que deben estar sujetos. Los detalles minuciosos a los que alude Julián a lo largo de la obra corroboran tal entramado y la constante manipulación de la información.

Al final, lo que realmente queda plasmado es la fuerza con la cual ciertos focos de poder utilizan su ubicación para eclipsar sus propias maniobras y a los marginados. El cuerpo del abogado sindicalista aparece carbonizado en un automóvil, pero realmente quienes terminan pagando por la osadía de ser más poderosos que el Estado y la Ley son los Tadeos, los Bimbis y hasta los mismos Pereiras. Salir de esa emboscada que se le ofrece como alternativa para subrayar su masculinidad es un acto malintencionado.

Connell en su libro *Masculinities*, se refiere a la representación de la masculinidad hegemónica la cual se basa en subrayar los binomios representativos de la sexualidad heterosexual. Dentro de estas configuraciones, a las mujeres tiende a asignárseles el espacio cerrado, el de la casa, reduciéndolas a la pasividad, la cosificación y el silencio. Sus movimientos y tareas deben estar circunscritas, o por lo menos, girar en torno al hogar. En cambio, el hombre se asocia con la calle, el mundo, la libertad y el trabajo.

Los personajes de Pereira, Bimbi y Tadeo se manejan en la calle. Son personajes que transitan en la ciudad y se desplazan a lugares abiertos como el punto. Buscan en la calle la valoración enfrentando las dificultades. Sin embargo, además de solicitar esa estimación como varones, también intentan posicionarse como proveedores o exitosos¹⁰⁷. Su intento por lograr

¹⁰⁷ Nótese que dentro de la construcción hegemónica se valora el éxito, el cual es definido por dinero y posiciones de poder en la sociedad.

cumplir con esos requisitos exigidos culturalmente les causa ansiedad. En el caso de ellos, esa búsqueda puede llegar a convertirse en angustia y frustración ya que enfrentan un sistema estratégico que intenta encerrarlos y confinarlos a los espacios cerrados y aislados como lo son la barriada,¹⁰⁸ el residencial público y la cárcel.

En su desespero y fidelidad hacia ese binomio normativo y heterosexual que define la identidad de los sujetos entre femenino y masculino, entienden que asumiendo el papel de “muy machos” se redimen. Por eso, los tres saben que al llegar a la cárcel, no hay alternativa sino probarse: “Si te atrapan, cuidado con lo que hablas y saca pecho a lo macho... [A]sí es como aquí se miden los machos de verdad” (227). Para “dar la liga”, según Bimbi le explica a Julián, hay que hacerse “macho”, y “la nevera” o la cárcel es la gran prueba por antonomasia.

El término “macho” es muy significativo dentro de este contexto. Parece instaurar un nuevo renglón dentro de la conceptualización de la masculinidad. No se sale de la reclusión como hombre, sino como algo más; como uno que ha estado sujeto a las inclemencias de un infierno y ha logrado dominarlo airoosamente. En ese sentido, se estima como la gran epopeya. Tal hazaña los convierte en protagonistas de sus propias gestas. Si la cultura los ha desprovisto de participación y de protagonismo épico, ellos se las ingenian para no pasar desapercibidos. Quieren originar un aspecto legendario dentro de las exigencias de competitividad y el dominio.

En una confinación, las pretensiones de masculinidad no son un lujo, más bien una necesidad para esa gran mayoría de varones que compiten asiduamente por hacerse parte de la definición cultural genérica que la sociedad asigna (García, Ramírez y Solano 2007). El solo hecho de estar reclusos los indisponen ante su limitación. El Estado, por medio del sistema judicial, los procesa y los castiga eliminándoles su libertad. El enclaustramiento los sentencia al

¹⁰⁸ Las barriadas son áreas desproporcionadas y cerradas a lo que se define como progreso y exclusividad. Precisamente, dentro de las metrópolis o ciudades, se limitan ciertas áreas para ubicar estrictamente estas comunidades.

supuesto espacio de la mujer. Dentro de estos contextos, entonces, no deben extrañar conductas como la hiper-masculina, pues se presta para suplantar un sentido de impotencia y frustración. Desposeer el poder autoritativo que propicia la masculinidad hegemónica no exime de responsabilidad a aquellos que presentan un comportamiento violento. Sin embargo, ofrece luz sobre cómo se sustentan tales patrones en ciertos espacios.

Ante todo este entramado, Tadeo, desde el lugar que ocupa en la periferia, puede divisar el manejo de ciertos mecanismos que intentan fatuamente utilizar algunos para empoderarse. Se centra en ver más allá del vestuario y la coreografía. Su definición de hombre y su manera de experimentar su masculinidad difiere de la de Pereira. Si hay alguna razón legítima para Tadeo que lo enlace con el mundo criminal es la de subsistir y cumplir con lo básico de la exigencia hegemónica, ser proveedor:

Deme un buen recorte y póngame un Rolex en la muñeca o deje de afeitarse al Chino y quítele los trapos de marca, y ¿qué encuentra? A dos seres de la misma calaña. Uno bueno y otro malo, uno con suerte y otro sin ella. (80)

Ambos personajes se suman a la multiplicidad de experiencias que conlleva el ser hombre en una sociedad y dentro de un periodo de tiempo específico. Estas experiencias se ven impactadas por la norma, pero a su vez por unas realidades socio-económicas y políticas.

2.2 Cruzando el “chalco”: masculinidad e inmigración

Los intereses políticos y económicos en un mundo globalizado responden a un orden patriarcal donde las tácticas de manipulación y ordenamiento se acogen a un pseudo razonamiento que intenta naturalizar la heteronormatividad y la jerarquización. Este escalonamiento implica que no todos ni todas son iguales. En este sistema patriarcal de supremacía, la impercepción de los enlaces de poder depende de la estandarización. Declara Connell que tanto la ciencia

occidental como la tecnología están culturalmente masculinizadas. De la misma manera, afirma que el Estado, las corporaciones y el nuevo orden de negocios transnacionales también responden a un orden genérico (Connell 2005).

Ante un escenario tan restrictivo, donde unos son los que tienen control de los medios de producción y donde se venera el trabajo como sinónimo de respetabilidad y hombría, tipos como el de Tadeo y Julián hacen lo imposible por demostrar su masculinidad. Sin embargo, el proceso no los exenta de frustraciones por asumir incompleta su hombría. Precisamente, considerables estudios¹⁰⁹ especifican un gran descontento y frustración de parte de numerosos hombres por pensar que no han cumplido con sus roles.

Santos Febres vuelve sobre la temática del inmigrante y la expande en su poemario *Boat People*. Aquí destaca con fuertes imágenes las inclemencias a las que están sujetos los que, en un ingenuo y desesperado intento, se lanzan a una travesía que se paga con la vida la mayoría del tiempo. El libro consta de unos veinte poemas relativamente cortos que reiteran la muerte, el hambre y el vacío. Su tono elegíaco y fúnebre se complementa con uno de indignación. A pesar de los destellos de las lucecitas brillantes, los azules del mar o del verdor que de vez en cuando se filtra en espejismos terrenales, el enfoque a la opacidad campea de principio a fin.

Este bote sin retorno va lleno de cuerpos que desembocan en la nada, en la concavidad de un sueño. El mar se equipara con un abismo que a su vez sirve de fosa común donde todos perecen ahogados por su hambre y una quimera. Se juega constantemente con la inmensidad o profundidad del océano para equipararla a la precariedad que enfrentan estos sujetos. El pavor que pudieran suscitar esas aguas turbulentas e insondables se desvanece ante la angustia más

¹⁰⁹ Entre los que mencionan la frustración que padecen los hombres en sus intentos por cumplir con las exigencias sociales figuran Kimmer, Messner, García Toro y Connell, entre otros. Esta ansiedad que se genera en los varones ha comenzado a ser documentada y estudiada, así también como la violencia.

insufrible de todas: el hambre. Al final, sólo queda sobre el tintero una denuncia impetuosa, “el hambre no es para costar tanto” (v. 34)¹¹⁰.

Santos Febres añade relieve al texto al incorporar un sinnúmero de imágenes sensoriales. En repetidas ocasiones, las empuña como estrategias para darle fluidez y contextualizar una realidad angustiosa. De manera diestra, dibuja una caída abismal y esparce más allá de las páginas el olor a salitre y a peligro que se desborda desde el primer poema. La ubicación orquestada de algunas palabras dentro de la estructura da relieve a los versos logrando una representación visual, y en muchos casos hasta auditiva.

El poema que inicia esta inquietante navegación por marejadas inhóspitas da título al libro. Su verso inaugural, “carnes trituradas”, plantea la fuerza con la que se maneja el poemario y nos prepara para el primer azote. Sugiere que antes de comenzar, ya todo ha terminado y que nos enfrentamos a un colosal desierto marítimo. La mutilación corporal reafirma el tono y contextualiza la indignancia.

En segundo plano, surgen varias comparaciones. Una de ellas es con un “tiburón de ónix” (v.2). Este pez, de capacidades adaptativas, dedica su vida a sobrevivir. En ese sentido, se puede asumir que esos cuerpos desmenuzados, en otrora, también se consagraban a la subsistencia. Un detalle peculiar es el tipo de tiburón que se presenta. No es uno tradicional, sino de un material poroso y absorbente como la ágata oscura. Según algunas tribus africanas, la piedra ónix, es considerada como un sepulcro sagrado, ubicado en el centro de la Tierra. Se pensaba que cuando alguien moría era transportado a un inmenso ónix. También se relaciona con la sabiduría y se asume que funciona como especie de imán que atrae fuerzas para absorberlas, y en el caso de las negativas, para desintegrarlas en un abismo¹¹¹. Se podría asumir que este

¹¹⁰ Ver poema #15, “sin documentos”.

¹¹¹ Ver <http://www.esquinamagica.com/articulos.php?idar=135&id1=4>.

individuo que se mantiene en constante búsqueda, capaz de instalarse en nuevos espacios con el objetivo básico y primario de alimentarse, termina perdido en su propio precipicio. Devorado por sí mismo, por su propia hambre.

Análogamente se presentan el tercer y cuarto verso: “pelicano en su salsa/ en su volantín de alas y cristal”. Según los bestiarios medievales, estas aves alimentaban a sus crías de su propia sangre. Sin embargo, el sacrificio tiende a anularse. El paralelo inevitablemente insinúa al desenlace atroz de cocinarse en su salsa. En medio de una determinación imperante de entregarse con el designio de proveer a otros, no le permite percatarse de la fragilidad y limitación de sí mismo.

En este primer poema también se pone atención a la vegetación. Ésta remite a la tierra y al destino añorado. Sin embargo, el “cactus bebido” (v. 5) evoca el desierto, la ausencia, el vacío. Ante tal imagen, se suma la carencia del elemento vital como es el agua. También, se une al énfasis de tragedia que inviste en el primer verso. De igual forma el “muérdago de espina” (v. 6) se añade al juego antitético entre vegetación y desolación. Esta planta que vive sobre troncos y ramas se fusiona con espinas lo cual resulta difícil de allegársele. Todo este follaje y promesa terrenal se torna traicionera. Sugiere que al acercársele inflingirá dolor y que no tiene sentido intentarlo porque no se va a encontrar lo que se busca.

La unidad interna del poema se establece en el verso séptimo al aludir nuevamente a los cuerpos. Sin embargo, ya no están triturados. Se llega al clímax con la presencia de los “cuerpos hinchados como moluscos” (v. 7). El mar se equipara con el cielo por su sentido infinito y abismal. Y se complementa con el juego figurativo que representa “el cielo/ de la boca” (vv. 9-10).

Los próximos cuerpos anónimos que seguirán desfilando por el poemario seguirán cayendo en un hoyo profundo que, en el mejor de los casos, es más conveniente ante la miseria que aguarda al otro lado del mar. Este es el caso del poema “el aire falta”:

si arriba falta todo lo demás
lo demás para el caldero y para el pecho
lo de para los bolsillos y los ojos
fríos y callosos de tanto andar (vv. 8-11)

Bajo las condiciones pésimas a las que se enfrentan estos sujetos, la vida es una tortura, un acto violento. El hambre se torna un suplicio que condena al cuerpo a espejismos y a seguir una trayectoria fatídica: “los guardianes del cementerio tienen chalecos contra balas/ y tú nada” (vv. 14-15)¹¹². Todos parecen estar preparados para la batalla que convida el fenómeno de estar vivo con la excepción de aquellos que vienen huyendo del estado más impetuoso e intransigente que implica ser el hambre.

En este poemario se plasma una necesidad que no adquiere las mismas dimensiones para todos los varones. Guiados de la ilusión de que podrán dormir y comer bien, cruzan esas líneas fronterizas imaginarias sin estimar las consecuencias. Santos Febres identifica tanto la travesía como el lograr su ejecución como problemáticas. Esas vidas que abandonaron lo poco que tenían, enfrentan una fosa tan profunda y umbría como la perdición oceánica de la nueva ciudad: “pero díselos tú/ a ellos /en patuá, en tigre, en congo, o en caribe” (vv.11-13)¹¹³. El extranjero los encadena a la obligación de mantenerse muertos en vida durante ese intento con la promesa de retornar y de cumplir con la manutención de los de allá.

Un sistema donde unos sacrifiquen hasta la vida por alimentarse es evidentemente sinónimo de desproporción e inequidad. Estos individuos pasan a ser objetos cosificados por un

¹¹² Ver poema número 12, “tinta para este poema sobre dejar una isla”.

¹¹³ Ver poema número 15, “sin documentos”.

valor laboral en el mejor de los casos. En *Sobre piel y papel*, Santos Febres sostiene que: “En el escalón más bajo han colocado al cuerpo racial femenino” (49). De igual manera, subyace un escalonamiento no verbalizado y hasta recóndito entre varones que es sustentado por la masculinidad hegemónica. No es extraño que la queja de frustración comience a explorarse asiduamente dentro de los estudios de los hombres. La sensación de no dar el nivel de masculinidad exigida se agrava en algunos casos por reconocer la inaccesibilidad a ciertos ámbitos. Esta frustración no tiene arraigo en todos los hombres. Hay unos pocos que experimentan su masculinidad sin tomar muy en serio las exigencias hegemónicas. No obstante, esto los sitúa dentro de ese perímetro desterrado de validez ante la prescripción normativa.

2.3 Sexualidades abyectas

En su libro de cuentos, *El cuerpo correcto*, Santos Febres presenta un ángulo temático muy interesante. Enfoca ciertos comportamientos sexuales marginados y descartados por considerarse aberraciones. En la sociedad occidental, la estigmatización y la vigilancia colectiva instituyen demarcaciones que intentan asignar los binomios de malo y bueno con la intención solapada de fijar sólo algunos comportamientos sexuales como aceptables. Infringir la prescripción sitúa a los individuos en un exilio penalizado y desvestido de humanidad. Las proyecciones usuales tienden a ser deformes, monstruosas, incitando a una custodia entre los mismos sujetos. Un gran sentido de culpa se suma a toda esta parafernalia sobreponiéndose al panóptico como estrategia y estableciendo la táctica más efectiva, la autovigilancia. La sexualidad y el género tienden a entrelazarse creando la ilusión de una armonía orgánica entre ambas. Aquel o aquella que no se comporte de acuerdo a lo que se espera de su anatomía, ya sea en el plano íntimo o en el público, termina prácticamente exento o exenta de reconocimiento

humano, por ende, de civilización. El varón que desafíe tales pautas queda registrado como abyecto y culpabilizado de infringir la ley. Santos Febres, con una dosis intencional adecuada transgrede esa sexualidad aceptada como natural para enfocar en su construcción y dejar sobre el tintero la posibilidad de experimentar el cuerpo, la sexualidad y el deseo desde un plano más amplio e inclusivo.

Entre los relatos se encuentra “Resinas para Aurelia” el cual trata sobre Lucas, un emigrado de Nevis¹¹⁴. Este joven se cría en un pueblo del este de Puerto Rico junto a su abuela, Nana Poubart. Ella le enseña el oficio de jardinería lo cual le da acceso eventualmente a trabajar en el municipio. Una de las primeras discrepancias que enfrenta el personaje con la masculinidad hegemónica se despliega frente a los estándares que exige un oficio. En su caso, su labor no es vista como una de gran remuneración o masculinidad. No entra en la clasificación de “ganador”. Sin embargo, ese detalle no parece ser de gran importancia para Lucas. Por el contrario, su faena lo apasionaba: “Lo más que disfrutaba era sacar resinas de los árboles, hacerlos sangrar ámbares profundos y gomosos” (65). Para él, esta sustancia viscosa servía para todo, hasta para hacer respirar un cuerpo. También cultivaba vegetales y flores que ornamentaban la plaza del pueblo. Su satisfacción recaía en el goce de su trabajo aunque no tuviese el reconocimiento merecido.

La depreciación colectiva de su tarea se advierte en el trato por la sociedad: “Casi nadie le sostenía la mirada, casi nadie se daba cuenta de sus facciones...” (67). Las excepciones eran su abuela y las prostitutas de localidades adyacentes a su hogar. Su presencia se mantiene como sombra ante el pueblo. Quizás su estatus de extranjero o el “profundo colorizo caobo de su piel” sean suficientes para mantenerlo distante e invisible.

¹¹⁴ Esta es una isleta parte de las Antillas Menores ubicada cerca de Antigua.

Esta desconexión del mundo hacia él no representa un factor humillante. Ni tan siquiera intenta reclamar un espacio dentro de los parámetros prescriptivos de la masculinidad como en los casos del Chino Pereira y Bimbi de *Cualquier miércoles soy tuya*. Lucas no requiere la exigencia de hacerse sentir por medio de artefactos o de ser reconocido por los demás. Por el contrario, no parece interesarle el distinguir su propio atractivo: “Ni él mismo se percataba de lo bello que era, porque como todos los demás, su atención estaba fija en la precisión de sus manos” (68). Aunque se podría argüir que el ignorar su presencia representa el silenciamiento e invisibilidad impuesta socialmente, especulo que Santos Febres va más allá. Me inclino a pensar que Lucas rompe radicalmente con la masculinidad hegemónica al desvincularse de la incesante necesidad de definirse por medio de un oficio que lo posicione como poderoso y de una sexualidad alterna. La remuneración y la posición jerárquica que dispone cierta profesión parecen no tener sentido identitario para él. En su caso, no queda atrapado por esta tradicional obsesión masculina. Su responsabilidad con su oficio no parte de la pretensión o intención de definirse ante los demás.

A Lucas se le pide buscar víctimas en el río, fenecidas a causa de la copiosa lluvia que provocó inundaciones. Antes de aceptar, entabla un acuerdo estableciendo sus condiciones y haciendo uso adecuado de los juegos de poder desde su postura periférica. En este instante, el personaje logra agenciarse sin recurrir a un comportamiento ostentoso, desmedido o violento. En su caso, está ausente todo tipo de hipermasculinidad o de vestigios hegemónicos.

Dentro de las exigencias prioritarias de la masculinidad prescriptiva reina la virilidad y la heterosexualidad. Aunque Lucas mantiene un comportamiento heterosexual, no se impone o conquista. Por el contrario, disfruta su sexualidad con Aurelia, una joven prostituta, desde su propio deseo y sentido estético. Tanto Lucas como Aurelia son ubicados dentro de categorías

racializadas por una sociedad que tenazmente bifurca entre los Unos y los Otros. Esta supuesta incompatibilidad pretende desposeerlos de agencia y validez, no solamente por la cantidad de melanina en su piel, pero también por cómo manejan su cuerpo y su sexualidad.

Lucas, a partir de un encuentro íntimo con Aurelia, queda cautivado. En su búsqueda se entera de que Aurelia está huyendo de su padre y cuando menos lo espera, encuentra su cuerpo flotando en el río. Ante la adversidad, lustra y calienta su cadáver con una resina especial: “su putita ahogada había recobrado algo de color, y emanaba olores vegetales por los poros que expulsaban lo anegado” (83). El amor que había desarrollado por Aurelia a partir de un solo encuentro no terminó con su muerte. Lucas decidió preservar su cuerpo y seguir su relación íntima con Aurelia: “...[L]e gritó al oído que la amaba. Que la quería como era y para siempre. Se quedó dormido sobre el cadáver y soñó que la niña le daba besitos de amor” (85). La sociedad no identificaría esta acción como un acto de amor, más bien como una parafilia. La necrofilia, definida primordialmente como una desviación, queda desprovista de toda legitimación por considerarse una perversión sexual.

Ante la deshumanización de ciertos cuerpos y prácticas, hay que comprender cómo se fomentan las designaciones y la categorización. Para Judith Butler, los procesos normativos se fijan por medio de lo que Foucault denomina “ideal regulador”. Esto a su vez materializa el “sexo” por medio de la práctica sistematizada y reiterada. La performatividad le da vida a eso que se nombra logrando su materialización. Para lograr este andamiaje se necesita cimentar paralelamente lo abyecto como punto de contraste o referencia denotando una constante diferencia entre prácticas y hasta sujetos (Butler 1993). De igual manera, los comportamientos sexuales tienden a imponerse por medio de esa reiteración y uso de contrastes para designar los límites de lo aceptado y lo patológico.

Dentro de la complejidad jerárquica del sistema patriarcal, el género, asignado al nacer, establece la diferencia entre lo masculino y femenino donde este último es considerado de menor valor. De igual manera, la moral institucionaliza comportamientos y sanciona aquello dispuesto como divergente. Partiendo del análisis de ética en la sociedad, Graciela Hierro explica que se despliega una consciencia moral cuando se experimenta una valoración hacia los demás. Ese valor lo denomina como dignidad (198). No obstante, también señala que dentro de sociedades de tradición judeo-cristianas hay una moralidad sexual fundacional que se constriñe a la heterosexualidad y la actividad sexual meramente dentro del matrimonio. Sin embargo, existe una doble moralidad sexual que a su vez pone la norma en cuestionamiento. Su doble estandarización les exige a las mujeres abstinencia, mientras que los varones disfrutan de unos cánones más flexibles. Las niñas se preparan para ejecutar la tarea de procreadoras. Al vincular a la mujer con la maternidad como único objetivo existencial, se naturaliza este doble estándar que comprende al hombre como un ser sexuado originariamente y, por ende, incontrolable con respecto a su sexualidad. Indica Hierro que se habitúan unas conductas justificadas en las funciones de cada anatomía: “Society morally accepts that men exercises their sexuality in order to obtain pleasure, but does not do so in the case of women” (201).

Si el valor más significativo de la moralidad sexual masculina es demostrar su virilidad y no su amor, según arguye Hierro, entonces Lucas se ha desvinculado de esa inclinación masculina tradicional. Por su parte, además de haberse dedicado a su ocupación de jardinero y enamorado de una prostituta, también disfruta su sexualidad con un cadáver. Al final del cuento, no persigue la consolidación matrimonial con vías al establecimiento de una familia. Aurelia no gozaba de respeto social y el concepto de hogar de Lucas no se rige por estándares sociales

“normales”. No obstante, el erotismo como función estética y el deseo como acto revolucionario son los que realmente han prevalecido en el cuento.

Kamala Kempadoo redefine la sexualidad y la prostitución en su investigación basada en el Caribe. Puntualiza que la sexualidad hay que verla como un sincretismo. Los componentes culturales que la inventan logran una especie de mosaico que ha surgido de una variedad de prácticas sexuales y convenios (2). Para ella es indispensable poner en perspectiva cómo ésta se organiza social, política y legalmente, pues así se puede percibir la relación de poder que impera desde el ámbito heterosexual y a su vez patriarcal. La conexión entre éstos, lo cual ella denomina como “heteropatriarchy”, deja entrever cómo los sujetos generizados son marginados, pero también criminalizados (7-9).

Las designaciones tales como obsesivos sexuales, libinidosos, lujuriosos, pervertidos, etc., han sido parte de la costumbre de nombrar y definir al Otro para denotar una falta de civilización y compostura. De esta manera, se limita su subjetividad y complejidad para propiciar su cosificación. En el Caribe, el sistema esclavista recurrió al fenotipo para justificarse y hasta normalizarse como vehículo honesto de lucro económico. Kempadoo apunta que, “...[S]ex was central to colonial constructions of Otherness and for locating and defining inferiority” (29-30). Sostiene que la consolidación de una sexualidad racializada como fuente de poder y dominación se instala en el Caribe con la esclavitud de los africanos y africanas, y la fuerza laboral. El grupo racializado además de ser “aterrorizado y violado” (33), se clasifica como anómalo y sus prácticas sexuales sirven de justificación dentro de ese desacertado argumento.

Un buen señalamiento que hace Kempadoo es el paralelismo entre el discurso esclavista y el abolicionista con relación al manejo del imaginario sexual. Ambos aluden a un instinto natural que se inclina a lo licencioso (31). La asumida inmoralidad se juzga como patológica. A

pesar de que en el periodo esclavista, los negros y las negras eran vistos como aparatos de reproducción, sus cuerpos siguieron siendo descritos como exóticos y lascivos mucho después de la emancipación. Todavía, hoy día se impulsan esas denominaciones debido al sustrato que se extendió con vertiginosidad a partir del periodo esclavista.

La sexualidad de Lucas se desliga de la prescriptiva en el sentido de que parte de sus propios deseos sin intentar representar una identidad masculina específica. No está regido por prescripciones ni intenta demostrar su hombría. Tampoco siente la obligación de competir. Esas conductas son ajenas a él. Su manera de percibir el mundo y la vida lo coloca en el margen de lo abyecto y lo perverso.

Según la sociedad, un varón debe estar dispuesto a conquistar mujeres, a hacer alarde de su sexualidad. La imposición patriarcal, logra deslegitimar otras sexualidades y maneras de explorar el cuerpo. Por su parte, la prostitución tiene un trato complejo en el Caribe, pues se desplaza como un mal necesario que en conclusión su finalidad es insistir en la diferencia entre los varones y las mujeres. Esta representación responde al doble estándar que señala Hierro. Desde la época colonial, las relaciones extramatrimoniales o transacciones sexuales se justificaban en la naturaleza masculina. Irónicamente, se sugiere la debilidad por la carne femenina, pero, por otro lado, también se insiste en la fogosidad del cuerpo del Otro o la Otra. Kempadoo asevera que las esclavas tenían que prostituirse como táctica de supervivencia (53). La capitalización del deseo blanco, en algunos casos, generó una retribución suficiente como para comprar la libertad o sustentarse a partir de la emancipación (57). A pesar de ello, la investigadora observa que el trabajo sexual posee varias extensiones y contradicciones (84).

Precisamente, en un contexto donde fluctúa una multiplicidad de relaciones de poder, ¿cómo distinguir en la agencialidad de un sujeto en medio de la conflictividad discursiva? En

Sobre piel y papel, Santos Febres examina el erotismo en el Caribe partiendo y alejándose, a su vez, de Bataille. Se cuestiona el tabú que se rompe en espacios donde la sexualidad resulta ser sinónimo de trabajo y explotación.

Al interpretar a Bataille, ella asevera que: "...[L]a experiencia de lo sensual y de lo erótico es un enfrentamiento con la vida, con las capacidades de la imaginación, inclusive con la muerte como deseo de aniquilación de lo discontinuo" (82). La prostitución que encarna Aurelia parece estar marcada por la cimentación de la violencia engendrada por el sistema esclavista. El padre de ella la asedia y la trata como un objeto exento de autonomía. Su proceder autoritario presenta la convergencia estólida entre el patriarcado y la sujeción. Él la había violado y ahora aparecía para llevársela. Por medio del personaje de Aurelia, se plasman las relaciones de poder que son asumidas por vínculos sanguíneos, además de la carencia de agencialidad al que está sumada una mujer negra dentro de tal marco. Haberse escapado de su "dueño" no la liberaba dentro de un sistema en el que la postura del padre sigue privilegiándose.

Bajo tales condiciones de opresión y desposesión de autonomía Aurelia no iba a poder transgredir con su meretricio. Un detalle curioso en el relato es que las mujeres prostitutas llevan una cadenita en uno de los pies. La narración comienza denotando una costumbre que se impuso súbitamente: "Nadie sabe cómo llegó la moda aquella, pero en menos de tres meses todas las putas de Patagonia tenían *esclavas*¹¹⁵ en los tobillos" (59). La alusión a la sujeción es una de las primeras demandas que se perfila en este cuento. Estas mujeres están sumidas a lo que Santos Febres denomina como la cárcel del cuerpo. Aurelia y las demás perecieron sin poder lograr hacer alguna ruptura al sistema patriarcal. Lucas, por su parte, criado por una mujer que "no oía razones sobre malas lenguas, ni sobre bochinches infundados en falsas modestias" (61), se distancia del asfixiante mundo de las apariencias y de las prescripciones hegemónicas. Esa

¹¹⁵ El subrayado es mío.

desconexión, que en su caso por ser hombre se hace factible, le ofrece espacio como para reivindicar los cuerpos de las mujeres halladas en el río. Las humaniza ante la sociedad con tan solo eliminarles la esclava del tobillo. Es irónico que una simple alhaja como esa tuviera una gran carga simbólica que redundaba en no reconocerlas como sujetos.

Los cuerpos al ser invisibilizados pueden:

...escondese en laboratorios, en campos de concentración o de refugiados, en guettos, en las trastiendas y cuartos de servicio de las casas grandes, en los arrabales de la pobreza. Su propia "oscuridad" los camuflagea de la "esfera pública"... (Santos Febres 2005, 49)

Precisamente, este tipo de exclusión es el que experimentan las prostitutas, los inmigrantes, los disidentes de la norma, en fin, lo abyecto. En "Resinas para Aurelia", las prostitutas están siendo asesinadas. La voz narrativa explica que seguían apareciendo a pesar de haber rescatado a todos aquellos cuerpos que pudieron perecer en la funesta inundación. "Las risitas" de los policías que le informaban a Lucas de cuerpos varados en el río sugiere una culpabilidad o por lo menos una complicidad por parte de la autoridad.

Esta escena ejemplifica los juegos de poder de la clase dirigente y de la masculinización dentro de las instituciones del Estado. Se permiten las operaciones de los prostíbulos como el Conde Rojo, y al mismo tiempo se dispone de ellos. La operación de éstos se da a partir de la doble estandarización de la moral sexual que destaca Hierro. Al adjudicarle naturalidad al deseo masculino, se autoriza la prostitución como un establecimiento necesario al servicio maleable de una supuesta virilidad insaciable.

No deja de ser estratégico que haya sido un varón desligado de los preceptos de la masculinidad hegemónica el que les haya devuelto a estos cuerpos un sitio fuera del anonimato y del desprecio social. Lucas disiente del comportamiento avasallador con respecto a las mujeres y difiere de las definiciones tradicionales que encajonan las experiencias masculinas resultando en su empoderamiento como subjetividad. Esto evidencia la vulnerabilidad de la

institucionalización de la masculinidad, pero también la posibilidad de desligarse de estos patrones. Lucas ha socavado los preceptos que idolatran el matrimonio, ha mantenido una sexualidad que no encaja dentro de la normativa y ha decidido mantenerse a distancia de las presiones normalizadoras. En consecuencia, deja planteada la posibilidad de experimentar ser hombre desde otras perspectivas que a su vez no entran en contradicción consigo mismo o con otras subjetividades.

El distanciarse de convencionalismos sexuales normativos se reproduce acérrimamente en *El cuerpo correcto*. Esta divergencia irradia potencialmente dentro del cuento “Rosa náutica” donde la sexualidad se redefine desde un ángulo más amplio. Si Lucas termina aferrado al cadáver de una prostituta en “Resinas para Aurelia”, en este otro relato, el goce de la sexualidad lleva a uno de sus personajes principales a la muerte. Curiosamente, en ambas narraciones se toca ese tema¹¹⁶ sin caer en el lamento existencial o de impotencia. A pesar de lo trágico, el erotismo y el deseo prevalecen como fuentes de energía más allá del cuerpo como cárcel.

En este cuento, se vuelve a trabajar el aspecto estético dentro de espacios íntimos y vedados. La tinta junto con lo artístico se ofrece como marco referencial para citar el placer corporal. Se da rienda suelta a la exploración y a la lectura del cuerpo masculino como libro o como lienzo, sin frenos. Luis Solano Castillo, en su ensayo “El cuerpo”¹¹⁷, explora el tema dentro de las coordenadas de lo que significa ser hombre y explica que esta masa corpórea adquiere un significado importante en la construcción de la masculinidad. Alude al modelo capitalista como el responsable de asentar una nueva forma de concebir la interacción social ya

¹¹⁶ Me inclino a pensar que Santos Febres se acerca al tema de la muerte desde el sentido de continuidad que presenta Bataille en *El erotismo*. Incluso, en su ensayo “Los usos de eros en el Caribe”, Santos alude al intelectual francés insistiendo en un acercamiento a sus postulados sobre la violencia y la dominación para mencionar el uso del erotismo en el Caribe. De igual manera, asume que es debido alejarse de éste para nombrar otras trayectorias del deseo. Ver *Sobre piel y papel* página 85.

¹¹⁷ Ver *Los hombres no lloran: ensayos sobre las masculinidades* editado por García del Toro et al.

que se implanta toda una estructura sociocultural y política destinada a definir y fijar patrones por medio de tecnologías (20-21). Las diferentes partes del cuerpo se trabajan y corrigen con la intención de encajar dentro de lo asignado; figuras esbeltas, senos protuberantes, penes alargados, erecciones prolongadas, etc.

Solano afirma que el sentido de lo masculino con relación al cuerpo es individual, sin embargo la construcción social permanece como referente estableciendo una ordenación. De esta manera, el cuerpo sirve como discurso y proyecta su apariencia personal adecuadamente. Esta representación exige una codificación, implantación e interpretación que redundan en el “¿quién soy yo?” (22). Por eso, Solano ve el cuerpo como elemento esencial en el proyecto social, pero al mismo tiempo como institución. La regulación, sumada al imaginario colectivo, fija lo aceptado y exige un trato corporal que está sometido a una constante observación:

Existe una disciplina personal... Es decir, guías y órdenes que se deben considerar para mantener un cuerpo acorde con los sentidos que el mismo sujeto maneja para construir su personalidad (56).

El cuerpo, comprendido como institución sistematizada en la sociedad, se debe someter a la supervisión y regulación de otras instituciones (23). Sin embargo, la sustentación de tal estructura se basa primordialmente en la aceptación por parte de los individuos que a su vez funcionan como “policías de género”¹¹⁸ en la sociedad. Por ello, Solano concluye que el cuerpo “no sólo emerge de discursos e instituciones sociales, sino también de la presencia de otros cuerpos en la sociedad, los que ya se encuentran movilizándose y compartiendo el espacio de lo cotidiano” (25).

En “Rosa náutica”, al igual que en todos los cuentos de este libro, el cuerpo se presenta como medio de conocimiento. La institucionalización del cuerpo como unidad monolítica dentro

¹¹⁸ Judith Butler utiliza el término en *Gender Trouble* para denotar el resguardo de la heterosexualidad.

del sistema heteronormativo se socava para proveer una exploración epistémica. Esta indagación corporal da paso a una reinscripción del sujeto dentro del sentido individual de lo masculino. Los personajes se deleitan por medio de un juego erótico que les provee la oportunidad de vislumbrar y tantear la maleabilidad del cuerpo, así como las imposiciones externas. En el relato, el hombre llegaba de su taller con una nueva inscripción en su cuerpo y la mujer se dedicaba a encontrar la tinta fresca sobre la piel de su compañero. Es, precisamente, en uno de estos encuentros donde el hombre fenece por no poder soportar el delirio del goce sexual: “El iba a decir -no aguanto, no hay cuerpo que resista-. Pero al abrir la boca, sintió un mar de tinta que lo anegaba, no le dio tiempo a decir nada, no le dio tiempo ni a creer que se moría...” (14).

Consagrarse al tema del cuerpo es ineludible para la autora, pues, según ella, éste permite adentrarse en espacios donde se valora y se reclama una libertad. Ese acto transformador al que apunta insiste en una reinscripción del lenguaje y de la vida misma: “El cuerpo se convierte entonces en el reverso del lenguaje, en su enemigo más voraz, creando una serie de signos difíciles de domesticar por la palabra (Santos Febres 2005, 88-89). Además de acercarse a ese abismo al que alude Bataille, y de enfrentarse a la vertiginosa realidad del ser por medio del conocimiento interno, también se impone el análisis del poder social sobre un cuerpo. En este sentido, Santos Febres se desplaza de lo íntimo a lo público para enfocar en la invalidez asignada a ciertos deseos y placeres gracias a la heteronormatividad y a la definición de intimidad que imposibilitan su profusa indagación fuera de unos patrones disciplinados.

La necesidad del reconocimiento de un individuo por parte de los demás para consagrarse como subjetividad tiende a presentarse en este cuento de manera interesante. Por un lado, está la autoridad y por otro la mujer. Ambos juegan roles significativos con relación al hombre. La mujer está llamada a confirmar la heterosexualidad de éste dentro de la práctica normativa. La

autoridad del estado, por su parte, debe servir de paradigma como cuerpo disciplinado y representativo de la masculinidad.

No se concibe la explicación de la muerte del hombre por parte de la mujer y se busca establecer una conclusión lógica a pesar de ella culpabilizarse diciendo que: “lo había matado chupándole la tinta del alma” (15). Según la versión oficial sustentada por la autopsia, el motivo fue una septicemia. Ni la autoridad ni la institución médica admiten otra posibilidad ante la agresión que representa la versión de la mujer. Esta declaración no sólo arremete contra la masculinidad o la sexualidad, sino contra la propia imposición social e institucional ya que deja entrever su fisura.

La versión oficial es producida y avalada por un discurso científicista. En un ámbito donde lo que se venera es el acceso al conocimiento por medio de un discurso monolítico, otras posturas tienden a deslegitimarse automáticamente. Usualmente, la carencia de metodología y rigurosidad sirven como argumentos desestabilizadores de otras perspectivas. Sin embargo, lo que ejerce presión es una postura que parte de un etnocentrismo y de la pretensión de superioridad.

Un mecanismo que se reconstruye y se modifica constantemente con la intención de perpetuar su dominio desplazándose del plano público para interferir en el espacio más íntimo de las subjetividades debe enfrentar oposición precisamente por su propiedad volátil. Sin embargo, también es cierto que no resulta muy claro desde que ángulos se logra un verdadero enfrentamiento ante tal envergadura. En muchas ocasiones se termina sustentando la masculinidad hegemónica, la racialización, el sexismo y la homofobia a pesar de no tener una intención exclusivamente destinada a ello. Se hace bajo la enajenación de no saber cómo se reproducen y funcionan los discursos.

Me inclino a pensar que la estructura jerarquizada que endiosa el patriarcado juega un papel fundamental el cual propicia la reproducción de inequidad. Por ejemplo, la organización del conocimiento y de su acceso se constituye por medio del procedimiento científico. El posicionarse como único recurso válido para obtener un saber desvirtúa automáticamente cualquier otro. El acceso a este tipo de nivel sólo lo proporciona una institución educativa reconocida por el Estado. El énfasis en la importancia de la escuela y la universidad como fuente encargada de la diseminación del conocimiento y como único medio destinado a ello comienza a reconocerse desde muy temprano en cada individuo. Entonces, no es casualidad que este proceso epistemológico tienda a considerarse como uno de autoridad indiscutible frente a otros saberes.

El inconveniente real de este entramado se bifurca en dos ejes problemáticos. Por un lado, la desestimación de otros modelos y otras maneras de entender el mundo frente al paradigma occidental. Por otro, la aceptación y diseminación de la idea por parte de las subjetividades periféricas.

En este relato, no se encuentra este caso en particular pues los personajes se destacan por despegarse de patrones estándares. Sin embargo, la confrontación del sistema no refleja un panorama muy esperanzador al final del cuento. La versión de la mujer pierde pujanza desde mucho antes de ser verbalizada justamente porque es emitida por un ente que no tiene reconocimiento dentro de la institución médica. El léxico especializado resiste la argumentación de la mujer. Se rechaza su versión por aludir al juego y al placer. Las autoridades la despachan no sin antes denominarla como una persona incoherente:

Lloró mares de rimel negro, declarándose al final de su confesión, culpable... La dejaron ir refiriéndola a un psiquiatra y sin formularle cargos. Loca. Quién le iba a creer historia semejante (15).

Para ellos, su explicación carece de la austeridad que debe acompañar una elucidación científica y seria. No obstante, ella declara la succión de la tinta como la causante de la muerte, pues según ella, ese compuesto se encontraba en el alma del hombre.

La mujer, junto a su compañero sexual, logra acceder a otro tipo de saber por medio del cuerpo que es innumerable e inaccesible por otra vía. Para Santos Febres es, el cuerpo, precisamente el que abre esa amalgama de polivalencias donde la lógica discursiva queda indispueta, “atacada en su propio seno, abriendo el lenguaje, virándolo al revés para dejar ver sus costuras” (89). Aunque las instituciones sociales excluyan y menosprecien su conocimiento y adquisición, la pareja queda potenciada al entablar una nueva codificación para reinscribir sus deseos y sus cuerpos. Ambos se han abierto al cuerpo dando rumbo a nuevas emociones y sensaciones apartándose de la sexualidad normativa que los restringe y enajena de sí mismos.

La pareja no necesitó de la verificación institucional para hacer uso de su deseo corporal o de disfrutar su cuerpo. Precisamente, esta es una de sus transgresiones y socavaciones frente a la prescripción compulsoria que asienta la heterosexualidad como norma hegemónica. Por el contrario, se tenían uno al otro para erigirse como subjetividades y como cuerpos deseantes. El compartir su auto-reconocimiento los reubica dentro de configuraciones desligadas de preceptos imperativos para interactuar o ser admitidos por los demás. Sólo al final del cuento, se presenta el conflicto de los discursos autorizados y autorizables que intentan regular indiscriminadamente al punto de opacar la confirmación. La fuerza con la que se acallan las voces del Otro es lo que concluye el relato dejando así muy palpable la problemática impositiva dentro de la sociedad. Lo íntimo entra en un conflicto con el espacio externo por carecer de aceptación dejando entrever los juegos de poder -su empleo y establecimiento.

Se podría argumentar que las autoridades no tenían la competencia lingüística adecuada para poder comprender el lenguaje del cuerpo y entender la relación de la pareja, además de las disquisiciones de la mujer. No obstante, su inclinación a menospreciar y desestimarla como demente se despegaba de toda ingenuidad posible para enmarcarlo dentro de una postura centralizada y hegemónica que busca imponer la heterosexualidad normativa como única alternativa posible. Su posición jerárquica privilegiada es precisamente la que sustenta la rigurosidad y desprecio.

El hombre se apartó de las convenciones masculinas que sirven como referentes: "...dejó que ella lo lamiera, le chupara la rosa de los mares que él se había hecho tatuar en su carne más rosada..." (13-14). La voz narrativa alude al reconocimiento de la similitud que había entre él y su compañera. Su manera de definirse como varón no lo exenta de reconocer una igualdad con la mujer, o con un posible Otro: "él sabía que lo igualaba a aquella carne rosa de la otra boca con que ella le sacaba colorcitos a su cal, desde los huesos para afuera..." (14). Por el contrario, esa concepción de igualdad no se vislumbra en la esfera pública por parte de la sociedad. Su escalonamiento, le da el poder de nombrar y descalificar. Ante esta agresión, la preocupación que subsiste es la continua tipificación por parte de la disertación científica y su armazón. Su presión y reconocimiento social puede forzar lo suficiente como para obligarla eventualmente a cuestionarse su propio testimonio y sanidad mental culminando en el aniquilamiento argumentativo y desestimación por parte de ella misma.

En el poema número 18 de *El orden escapado*, Santos Febres sugiere que "las voces no son huecas" sino más bien "el orgullo del eco", pero también pueden olvidarse a sí mismas a pesar de considerarlas compactas y robustas. La voz de la mujer en este cuento no puede ser cóncava, pues dentro del imaginario febresiano todos y todas conspiran para "agarrar hasta las

madres/ la fruta prohibida” (“Esta palabra que me vuelve”, vv. 19-20). La palabra se forja a pesar del embate en un intento por dar coherencia y visibilizarse en espacios que se empecinan en lo opuesto. Para ello, se utiliza la inscripción por medio de la palabra, del cuerpo, de la tinta, de ese proceso fálico que se derrama sobre el papel níveo, pero, sobre todo, en la piel.

Empero del peso o de la descalificación que pueda experimentar una voz periférica en público, para Santos Febres ésta nunca podrá ser insustancial, pues eso sería consentir con la invisibilidad y excluir a los Otros y las Otras de humanidad. Las configuraciones sociales siguen prestas desdeñando voces, silencios, palabras y actos conspiradores que ponen en evidencia su autoritarismo, jerarquización y conducta hegemónica.

Los tatuajes del hombre nunca fueron inscritos o leídos con la intención de proyectar su masculinidad. Tampoco hubo una corrección de su cuerpo como parte de la tecnología que incita a la reconstrucción para reproducir los patrones genéricos asignados. Estos grabados se pueden interpretar como armas que ofrecieron la posibilidad de alejarse de lo prescrito y de aceptar la corporeidad como materia correcta en sí, como territorio desligado de confines, y como espacio consignado a la subversión. La pareja ha hecho una reclamación contundente de sus subjetividades y su sexualidad. El cuerpo masculino, a pesar de un asumido sustrato cultural y disciplinado, afirma la disolución de las formas constituidas. Esta disposición es la que Bataille detalla en *El erotismo* como la que lleva a la indistinción, la confusión y finalmente a la eternidad por medio de la muerte (2011). Ellos, regidos por esa rosa náutica, navegaron en la profundidad del deseo y exploraron rincones corporales auscultando un conocimiento que los sitúa en la vertiginosidad imperiosa del único mar que debería ahogarlos en su exploración; la libertad del cuerpo.

2.4 Sexualidad, violencia y masculinidad

La sexualidad no debería estar sujeta a prohibiciones. Tales restricciones redundan en la condenación de coitos que se utilizan para marcar las diferencias entre Unos y Otros. Por consiguiente, se establecen jerarquías y opacidad deshumanizando y tergiversando el sentido individual de las subjetividades y de la propia masculinidad. La sociedad termina concibiendo y asociando una serie de actos específicos asignados a cierta anatomía sin ofrecer ninguna otra opción como alternativa.

Dentro de tal régimen, el varón está designado a la penetración. Cualquier comportamiento discrepante lo transpone fuera de su género. La alteración de esa asociación compulsiva entre los genitales y el rol sexual queda proyectada como un acto de deformación atroz en sí ante la colectividad. La importancia dentro del marco social, jerárquico y masculino resulta desautorizada como castigo de mayor trascendencia ante el agravio de no cumplir con las pautas genéricas. Esto redundan en un impacto para aquel que se concibe dentro de la definición hegemónica de la masculinidad enfrentando la repulsión colectiva.

Para muchos hombres mantenerse dentro de los parámetros de los binomios prescriptivos es tan imprescindible como la vida misma. Asumen la urgencia vitalicia que exige definirse y corroborarse ante el riesgo de ser desprovistos de valor dentro de una sociedad sexuada. Aceptar lo contrario sería humillante para ellos. Prefieren asumir tales roles sin detenerse a pensar en cómo son partícipes de una práctica que promueve intolerancia precisamente por las consecuencias que conlleva este acto. Tampoco meditan sobre la legitimidad de sus propios deseos o comportamientos. Resulta más llevadero seguir una costumbre con tal de alejarse del desprestigio social.

En zonas donde se consagra la ostentación del comportamiento masculino, se reinscribe la violencia, aunque en diferentes grados, como único lenguaje que comunica identidad genérica. La agresividad toma control y se justifica como parte de la adjudicada naturalidad que define al sujeto. Mientras más presunción de masculinidad ambicione demostrar el varón en este ámbito homosocial, más se desliga de la feminidad y de la comparación con la mujer. Los binomios de hombre y mujer vinculados a los de fuerte y débil se trasponen a los conceptos de penetrado y penetrada colmándolos de una carga semántica que adquiere peso significativo dentro de las configuraciones de la heteronormatividad y por consiguiente de la masculinidad hegemónica. El que penetra se considera como el poderoso y esto es concebido como sinónimo de varón y hombría dentro de la estructura prescriptiva.

Uno de los espacios homosociales donde se exige demostrar la masculinidad se da en la prisión. Aquí, urge no querer asimilarse con lo femenino y en consecuencia no perder el privilegio que otorga ser el activo en la relación sexual. El claustro punitivo es representante del discurso heteronormativo. Por consecuencia, es donde más se sustenta la sexualidad como una necesidad biológica partiendo del criterio de dominio y la noción de penetración como su máxima. El adjudicado instinto masculino sirve como premisa y guía para establecer nuevas reglas de control y dominación dentro de este espacio homosocial. Los cuerpos sexuados dentro de esta normativa hacen uso de la violencia y la agresión con varios motivos que a su vez redundan en el objetivo primordial de exponer la masculinidad (García, Ramírez y Solano 2007).

No se puede hablar de violencia sin considerar el rol de la institución carcelaria. Precisamente, desde este aspecto hago una lectura del cuento "Oso Blanco". Santos Febres divide el relato en tres partes que enfocan varias perspectivas relatadas por diferentes voces. En la primera, el narrador omnisciente presenta a una mujer que en su rutina diaria transita frente al

presidio para llegar a su trabajo y se da cuenta de que hay una mano que la espera para saludarla diariamente. A partir de esto, se genera una serie de contactos físicos entre ella y el brazo anónimo que a primera instancia parece ser imaginado: “Su carro verde monte adentro, y dentro de la casa, la habitación, y dentro de la habitación, la cama a soñar de nuevo con su brazo amado” (34). No es hasta más adelante en el cuento que se confirma el contacto entre ambas extremidades cuando las otras voces narrativas aluden al suceso.

En la primera parte, la institución carcelaria es descrita como el lugar en donde se encierran aquellos que representan una amenaza para la sociedad: “Él estaba allí, metido en una de esas cajitas para que no le hiciera daño a nadie más” (24-25). La edificación de la institución penal se compara con un “oso pesado y blanco... parado en las dos patas traseras como hacen los osos de circo”. Está en el medio de todo, muy visible como “un oso payaso parado en la cuerda de un expreso” (27). De entrada, se denuncia y se hace hincapié en el aspecto espectacular del sistema penal.

Hay un interés peculiar en presentar su fachada como parte de un espectáculo. Tal vez sea por el supuesto compromiso del organismo con la seguridad civil y la implementación del orden frente a lo que esto implica en términos reales. La reiteración de la ubicación de la cárcel en el cuento parece señalar la necesidad que tiene este sistema en particular de hacerse notar y de demostrar su masculinidad institucional. La consistente alusión a la localidad también subraya la jerarquización e implementación de poder que genera el Estado por medio de unidades como la prisión. Prepondera inmediatamente la connotación fálica en su proyección lo cual subraya la virilidad de la entidad posesionándola como autoridad y a su vez demarca su espacio de dominio.

En la sociedad, la cárcel, ceñida a un discurso de bienestar común, logra erigirse y ser sustentada por la colectividad como medida disciplinaria ante las violaciones de la ley. Entre las expectativas y demandas que se exigen están:

...proteger a la sociedad de aquellos hombres y mujeres considerados violentos y peligrosos; protegerlos a ellos y a ellas de la violencia y la agresión individual y colectiva de las víctimas de sus crímenes; establecer límites a la acción criminal; disuadir a no cometer crímenes; conseguir que las personas se intimiden por el encierro y lo que implican las estructuras opresoras y violentas de la vida en prisión. Igualmente, intentar ofrecerle a esa población internada... procesos de tratamiento social con una orientación general hacia la modificación de conducta... (García Toro et al. 2007, 135)

El compromiso que se alega tiende a girar en torno a la percepción de una sociedad patriarcal. Lo que se asume que debe ser el orden social se reitera por medio del castigo y la vigilancia¹¹⁹. Para que sea aceptado e implementado se emplea la fuerza como parte de la estrategia con la intención de desestabilizar y desanimar enfrentamientos. Tal iniciativa se suma a la costumbre de denominar lo abyecto para contraponerlo con la norma, pero también para justificar la sanción y sus estrategias.

Se espera que el sistema correctivo o penitenciario sirva de amenaza. Entre las disposiciones que se usan como argumentos para sustentar este sistema de monitoreo, se alude al compromiso de producir un cambio de comportamiento dentro de la institución penal. Sin embargo, hay una incongruencia cuando el propio sistema produce y reproduce ámbitos de competencia y de validación a través de la devaluación de los demás. En consecuencia, lo que realmente se generan son unas dinámicas hostiles y reaccionarias donde no se ofrece ninguna ayuda a los presos. Los ciudadanos y las ciudadanas se infantilizan y se proyectan como seres necesitados de dirección y carentes de autocontrol. De esta manera, la supremacía patriarcal es

¹¹⁹ Ver Foucault.

la única estructura que queda implementada. El Estado se autoposiciona como la figura del padre represor que busca dirigir, pero al mismo tiempo ser la voz absoluta.

De este modo, el personaje preso en “Oso Blanco” queda identificado como una amenaza social. Por esto, se le vigila para evitar que reincida en atentar contra la sociedad. Su delito había sido explorar los cuerpos de niñas estudiantes de primaria: “Cuidado tenían las manazas de no hacer daño, ni marcas dejar en los tiernos huequitos deseados. Con solo oler bastaba, con solo sentir el calor y la carne humedecida. Por eso fue tan difícil atraparlas” (54). El maestro, además de haberlas adiestrado para leer y escribir, les había enseñado que existían otras sensaciones en el cuerpo. Su imprudencia había sido atentar contra la sexualidad normativa la cual no reconoce sexualidad en los menores.

El oso lo describe como “un santo y un ángel y un demonio inocente, es un niño grande que no sabe que pasó, por qué lo castigan...” (54). La intención del sistema de reprender al maestro y a los otros presidiarios se da dentro de una complejidad de dinámicas que se sobreponen. El sistema pretende imponer su virilidad y autoridad. Pero, también intenta preservar el orden social concebido desde la heteronormatividad y privilegios que otorgan la masculinidad hegemónica. Los internados, igualmente, procuran establecer su hombría. Es precisamente esta interacción conflictiva la coyuntura clave. No se le reconoce valor al Otro, se somete a la estratificación social, se promueve la competencia y, al mismo tiempo, se le exige demostrar su masculinidad. De esta manera, se perpetúa la violencia y se entra en un círculo vicioso difícil de desarticular.

El oso mañoso, que simboliza el presidio, constantemente menciona que devora cuerpos. Las connotaciones que resaltan son las de un canibalismo premeditado dirigido a devastar paulatinamente a las presas que tiene subyugadas: “Hasta me estremecí de haber encontrado

aquella fruta entre mis tripas. Lo guardé para después y empecé a engullirlo despacito” (55). El maestro no fue la única víctima. El oso menciona a otros, pero también su intento de comerse a la mujer que saluda desde su automóvil cada día. Su posición de poder institucional le otorga esos privilegios. Los presos, por su parte, redefinen las estructuras de control y dominio entre ellos mismos, pero también intentan desestimar la coerción de la propia institución con el propósito de ser reconocidos como hombres.

Los “alambres de navajas” que rodean el edificio complementan la descripción que anuncia la hostilidad rampante y la desproporción de heridas que se generan tanto dentro como fuera de la institución. Son propiciadas por las maniobras de custodia que ejerce el propio sistema: “Yo soy el oso mañoso que como cuerpos de presidio. Yo soy la estrella del circo, yo me convierto en ventanas, me convierto en barrotes, saco las tripas a veces, y soy un oso muy mago... (49). El proteger a la sociedad de estos individuos violentos por medio del encierro intenta producir una ratificación inmediata a las regulaciones de la heteronormatividad.

Las sexualidades del maestro, de su brazo y de los presidiarios “jugando a los perritos” son reconocidas como una demonización que atenta contra la moral establecida. En casos como estos no puede haber una “rehabilitación” sin la propia reivindicación de la imposición autoritativa de la heterosexualidad. Aparte de ello, en ningún momento la representación del presidio alude a algún intento de reivindicación. Por el contrario, se mantiene recalando que destruye a los que entran allí.

Curiosamente, en el artículo “Mano dura contra la mano dura”, Fernando Picó apunta que los folcloristas e historiadores han borrado el pasado violento de Puerto Rico. Discursos como el de “la gran familia de todos” distorsionan los acontecimientos abusivos y de desposesión “endulzando” las violaciones a los derechos fundamentales como el mismo “recuerdo de la

esclavitud”. Como alternativa, menciona él, se han culpabilizado elementos foráneos con la intención de evadir la verdadera raíz del problema. Para Picó uno de los problemas graves que existen es que se fomenta la violencia constantemente en diferentes ámbitos y se avala a los que la encarnan porque es señal de hombría. La inconsistencia es otro punto que señala. Mientras ciertos crímenes quedan impunes, otros no.

De igual forma, denuncia la incongruencia que genera el propio sistema: “El estado pretende que se le dé trabajo a los ex confinados pero con sus propias leyes se inhibe él mismo de proporcionar ese empleo. No enseñamos a buscar soluciones sin violencia”¹²⁰. Por el contrario, se sigue confinando la población marginada y considerada como no productiva en el sentido económico. Estima Picó que en un periodo de siete años¹²¹ se ha doblado el ingreso a las cárceles y tales estrategias de represión no han minimizado la violencia. Opuesto a lo esperado, se ha recrudecido y la lucha en su contra ha sido la responsable de su propagación (Picó 2012).

La prosopopeya en el cuento apela a la exhibición con la que hay que cumplir como institución frente a la sociedad. Esto mantiene la inconsistencia a la que señala Picó. La representación se da en una zona estratégica con la que se busca establecer una especie de memento que evoque la institucionalización del escarmiento y la vigilancia, como explica Foucault. No obstante, la propia colectividad es parte de este resabio:

Virgen santa –dirán ustedes, pero qué oso farfullero y cobarde, qué oso monstruoso y voraz. Como si no lo fueran ustedes gozando de mi espectáculo, comiéndose mis palabras, imaginándose presos que son perritos y brazos trapeceistas y sudor. Como si no se escondieran ustedes detrás de sus grandes espejuelos a intentar devorarme. Admítanlo ustedes son como yo. (55-56)

¹²⁰ <http://www.80grados.net/mano-dura-contra-la-mano-dura/>

¹²¹ Picó se refiere a la era del gobernador Pedro Roselló específicamente quien difundió la estrategia de “mano dura contra el crimen”. El periodo en donde se multiplicó de sobremana la encarcelación es del 1980 al 1993. Por otro lado, García Toro, Ramírez y Solano explican en “Masculinidad y violencia: que la encarcelación se inserta dentro de la estructura económica proveyendo ganancias para las empresas que administran estas prisiones. Pero desde el aspecto político, la institución carcelaria sirve para evitar la aglomeración de estos individuos en el desempleo pues en su mayoría no son productivos dentro de los parámetros establecidos por la sociedad (135-136).

El animal termina la narración responsabilizando a todos y todas por la complicidad y la similitud con él en principio. De cierta manera, con este argumento se busca problematizar las estructuras. La primera que se desestabiliza es la textual al estimular un proceso dialógico directo entre los lectores y lectoras. El emplazamiento directo busca producir reacciones, lecturas y hasta autoanálisis. La rienda suelta a la imaginación puede producir resultados productivos, pero también funestos en otros casos. Por ejemplo, la desproporción de sentido de humanidad en ciertos grupos proporciona violencia y opresión (García Toro et al. 2007). Y en ese aspecto, fácilmente se puede llegar a ser partícipes de sistemas sociales que fomentan la crueldad y la hostilidad.

García Toro, Ramírez y Solano definen “las grandes desigualdades sociales y la pobreza” como violencia estructural “porque impiden el acceso a bienes y servicios y el desarrollo pleno de potencial humano” (133). Precisamente, esa estratificación desproporcionada de viabilidad para un conglomerado específico es una de las críticas que se hacen en el cuento cuando la mujer menciona la encarcelación del hijo de su amiga. El joven había sido encarcelado por drogas. En una sociedad donde los recursos para sustentarse no dan a bastos, muchos marginados recurren al tráfico de sustancias controladas para posicionarse dentro de las exigencias masculinas de poder:

Los desempleados no tienen oportunidades reales de trabajo, los desertores escolares no tienen alternativas educativas. La publicidad se encarga de crear necesidades que la mayoría no puede satisfacer, y ¿se espera entonces que la violencia no aumente en el país? (Fernando Picó 2012)

No obstante, el impacto del encierro tiene repercusiones más allá de los confines de la celda. Los familiares también son arrojados por las consecuencias. En el caso de la madre del chico, ella termina enloqueciendo: “olvidaba todo a medio decir, se le morían las memorias a mitad de lengua” (25).

Por su parte, la protagonista parece quedar en una situación traumática posiblemente similar a la de su compañera. Al final del cuento, la hostilidad del presidio termina devorando al hombre evitando que el “brazo trapequista” pueda escapársele del enclaustro. Y ella, ante la ausencia de esa extremidad que le regaló un escape de sí misma, se encontró varada en medio del expreso provocando “el tapón más inmenso de toda la historia mundial de tapones en esta área del Caribe” (55). El oso farfullero quiso consumirla y digerirla a ella también como solía hacer con los prisioneros: “Había un brazo succulento y otro afuera que lo saludaba e intenté comerme a los dos” (49). Los resultados propiciados por la institución se ramifican e impactan negativamente la vida social haciendo de la violencia un comportamiento de gran extensión.

Ese “mole blanco” que abarrota el expreso es a su vez la representación de la vida enclaustrada de la propia mujer. Su existencia está limitada a un automatismo diario que, irónicamente, resulta interrumpido por el brazo de un confinado: “Esperar, esperar en el tapón, la celda se despierta, sale el brazo, que salga el brazo y reconozca el carro verdemonte, viejo destartelado, que reconozca el carro verdemonte destartelado y sonría...” (29). Su monotonía queda simbolizada por la constante reproducción de una concatenación de infinitivos como tareas obligatorias que abarrotan la primera sección del relato: “Levantarse, ir al baño, lavar cara, boca, desayunar, peinarse, vestirse corriendo, salir salir salir, prender, llave... llegar tarde, siempre llegar tarde...” (25). Su costumbre queda interrumpida por el saludo de la mano presidiaria. Este hecho singular innova sus días proveyéndoles una nueva dimensión que aunque fantasiosa converge con la propia fantasía del encarcelado según se desarrolla en la segunda parte del relato.

Ese intervalo de tiempo que pasa frente a la prisión ha ayudado a esta mujer a concebirse y a repensar su placer desde otros contornos eróticos. También, le ha ofrecido la oportunidad de

acercarse a la única experiencia que la ha investido de subjetividad dentro de la rutina como un calabozo. Los verbos que describían su práctica diaria se alteran ante las maniobras relacionadas con el brazo y su deleite sexual: “Ella suda y no sabe si es el brazo que suda también... Ella para a tiempo, pero luego se deja ir... Ella echa su cabeza hacia atrás, la recuesta de la almohadilla del asiento conductor y se va en contracciones, en espumas de humedad... (33). Las acciones pierden el automatismo que inflingen los infinitivos en las enumeraciones de la rutina. Por el contrario, muestran un relieve paralelo a la detonación que experimenta ella. Se percibe un cambio en su voluntad. Ahora su brazo se engalana con prendas que brillan con el sol.

También, ha recordado otro brazo que la introdujo a conocer otras sensaciones en su piel: “Ella era chiquita, más pequeña que cuando las niñas empiezan a saber. Quizás, una vez ella soñó de niña que hubo un brazo que la hizo sentir como ahora...” (32). La experiencia la ha rejuvenecido. Ha vuelto a soñar y a renovar el bosque de ansias que se había negado y que había descubierto desde muy temprana edad.

El automóvil igualmente termina siendo una proyección de sí. El vehículo es viejo, color verdemonte y está destartado, pero esa condición se debe al destierro que se auto-inflingió. Ella reconoce que nada de lo que había experimentado antes la hizo sentir como ahora se sentía. Por consecuencia, fue enclaustrando sus deseos y sensaciones. Sin embargo, éstos se mantuvieron recónditos en algún lugar de su memoria los cuales fueron creciendo espesos y frondosos como el monte verde de su carro. La vejez se equipara al tiempo que los mantuvo confinados y ausentes de su cotidianidad.

En presidio, el hombre lleva tiempo entrenando sus células para redefinir sus sentidos y apreciar nuevas sensaciones por medio de diferentes partes del cuerpo. Su tarea primordial se centra en desestabilizar el discurso oficial científico que impone al cerebro como único órgano

responsable de reflexión: “Fue difícil al principio, porque primero tuve que convencer al cerebro de que todo esto, en realidad, era idea suya” (37). Él comienza por desestimar las ideas infundidas y acepta que debe convencerse a sí mismo de nuevas posibilidades de experimentar su masculinidad y su sexualidad. En una condición donde el cerebro ha perdido sus “facultades terciarias”, el hombre intenta reinventarse y buscar la funcionalidad mediante otros órganos.

Identifica una autoconciencia de parte de su brazo:

Ni siquiera necesitaban sentir algo para poderlo imaginar abstractamente, desmenuzarlo en sus componentes y articular de manera no lingüística sino eléctrica (por llamar a los estímulos nerviosos de alguna manera), conversaciones inteligentes e inteligibles con el resto del conglomerado que me conforma. (38)

En el encierro, sus facultades decaen, mientras que su brazo se hace más activo e independiente. Precisamente, en los momentos en que se masturbaba era cuando más vivos se sentían los demás órganos del cuerpo sin embargo los describe sólo como reflejos: “No había introspección, sino gula, no abstracción, sino sensaciones” (41). En ese sentido, instaura unas nuevas coordenadas que ratifican las sensaciones dejando a un lado la tradición de reflexionar. Para lograr la desconexión del brazo y el resto del cuerpo tuvo que reprogramarse y hacer que su cerebro identificara un sentido lógico en ese nuevo devenir.

La soledad del confinamiento está descrita como un hoyo profundo que lo sepulta sin la oportunidad de volcar para afuera parte de la autoconciencia que ha generado durante su encarcelación. Para su brazo, el suplicio más tajante era no poder tan siquiera encontrar otros que estuvieran experimentando su misma situación. Al percibir el otro brazo varado en la congestión de automóviles en la carretera, aspira a acercársele a pesar de la distancia. La necesidad de compartir la pesada carga existencial lo mantiene esperanzado. Ha encontrado

finalmente compañía ante el abismo existencial: “Nos mantuvimos así por largo tiempo, acariciándonos a través del aire, hasta que desapareció en la distancia” (43).

La ausencia de contacto físico como castigo asignado por la institución penitenciaria es desafiada por los personajes. A pesar de la privación impuesta, éstos manejan otros medios y burlan la restricción. El goce se da entre dos seres que se unen seguidos de un interés por romper con la atropelladora incomunicación de la piel y los sentidos. Es así como pueden desligarse de las celdas que los aprisionan y de los estándares. Sus respectivas extremidades ayudan a desatar intensas emociones que están prescritas de la norma. Se han deshecho del discurso fálico y han dado cabida a explorar nuevos rincones habitables sobre la piel.

Los personajes principales encuentran la opción de claudicar de la sexualidad normativa. No se vislumbra una defensa de la masculinidad hegemónica por parte de ellos. Al mismo tiempo, se distingue la presión que ejerce la institución. La estructura social y la reproducción del discurso patriarcal buscan posicionarse como autoridad por medio de la desvaloración del Otro. A pesar de ello y de la constante afirmación o reestructuración de la hegemonía en la sociedad y en sus agencias, siempre habrá espacios para disentir y reclamar nuevas subjetividades.

III. Aprendiendo a ser hombre

3.1 La institucionalización de la masculinidad

En una sociedad donde la heterosexualidad es la norma, la masculinidad tiende a diseminarse por medio de ciertas instituciones específicas las cuales, a su vez, velan¹²² por su implementación. Una de las organizaciones básicas en este proceso es la familia. Explica Kimmel que ésta no sólo reproduce la diferencia genérica, sino la estratificación. En el caso de los niños, lo que escuchan y ven lo asimilan rápidamente partiendo de los criterios que los padres establecen como aceptable. Así, los chicos aprenden a copiar la conducta que se espera de ellos como varones y futuros hombres. Como adultos, reproducen e implementan esos comportamientos aprendidos. Sin embargo, el hogar no actúa aislado, también figuran la escuela, los medios de comunicación y el espacio laboral como forjadores de una prescripción generalmente cíclica. La interacción con otros/as, advierte el sociólogo, es la herramienta ideal para implementar las “expectativas genéricas” (Kimmel 2004). En este segmento, presto atención a algunos relatos y novelas que presentan a los personajes en interacción con algunas de estas instituciones sociales.

3.2 La institución familiar y el fenómeno de vigilancia de género

En esta sección me limito a discutir los cuentos “Hebra rota”, “La escritora”, “La oreja de Van Gogh” y “Proyector –circo francés” de la colección *Pez de vidrio*. Éstos, a pesar de que son de temáticas distintas, ofrecen ejemplos de cómo la influencia del núcleo familiar heterosexual interviene y presiona para sustentar la masculinidad hegemónica como único paradigma. En estas narraciones breves, se presenta la regulación auto-impuesta como vínculo directo con la

¹²² Es decir que las instituciones se encargan de controlar, regular, etc., las diversas manifestaciones de la masculinidad.

institución hogareña, pero también el cuestionamiento de la norma que se da abiertamente en la mayoría de los casos¹²³.

En “Hebra rota” se trata el tema de la belleza tradicional con un enfoque especial en el pelo. Éste ha sido y continúa siendo un aspecto de gran peso en Puerto Rico. Se parte de la noción de que la estética es exclusiva de un cuerpo blanco, esbelto, de pelo rubio y lacio. Cuando la premisa es que éste es el estándar, se desprecian otros tipos físicos. Este criterio los señala como abyectos. Toda la atención que esto genera cala de una manera peculiar en un espacio donde la mayoría de la población no responde a estos esquemas. Además del elemento estético, y como afirman Idsa Alegría y Palmira Ríos, en Puerto Rico hay una tendencia a definir lo nacional partiendo de “una perspectiva hegemónica blanca” (2005). Esta imposición implica que hay una fuerte propensión a blanquearse con la intención de caer dentro de los parámetros aceptados, pues también incluye el sentido de pertenecer a un grupo dominante. La internalización del proceso se fija en la conciencia colectiva y se sigue la norma eurocentrista que sostiene la exclusión de la mayoría de la gente puertorriqueña.

En “Hebra rota”, la pequeña Yetsaida se hace su primer alisado profesional en el salón de belleza de Doña Kety. Con este proceso la joven de apenas trece años se inscribe en un proceso de auto-negación avalado por todos/as en su comunidad. Con este paso, entra en un patrón repetitivo que enfrentan las mujeres en su barrio. Acostumbradas al proceso de modificación como finalidad de belleza intentan hacer de sus cabellos un material agradable al tacto. Se les ha hecho pensar que los suyos son repugnantes y rebeldes. El uso del epíteto “pasas” es peyorativo. Ésta es una palabra con gran carga semántica. Desde una temprana edad en la casa, en la escuela,

¹²³ Nótese que la violencia del hombre hacia la mujer se da por medio de patrones racistas también. Esto es visto en “Hebra rota”.

en la calle y prácticamente en todos lados se impone la idea de que el cabello rizo es indeseable. De este modo, se muestra cómo se propagan y se establecen los estándares de belleza.

En la narración, se integra la idea de la repetición de conductas. Deja entrever la continuidad y la reestructuración cuyo objetivo final es la perpetuación de los modelos dominantes. Ese paradigma se presenta específicamente cuando la voz narrativa describe la tarde en que por fin Yetsaida se hace su alisado en el local de doña Kety: “El sol va chorreando por las paredes de Trastalleres y una nena greñúa corre bicicleta por la calle” (62). A pesar de que se anuncia la culminación de un día con esta imagen, la infancia retozando por la barriada reafirma un encadenamiento perpetuo, pues es un sector con un sentido discriminatorio profuso e infundido hasta la saciedad. Las adolescentes se suman al protocolo del salón de belleza, según lo hicieron sus madres. Mientras esto ocurre, la idea de que hay otras más pequeñas esperando su momento se revela con la niña jugando en la calle.

Aquí las menores tienen una postura que responde a la estandarización de la belleza y a su adaptabilidad al sistema patriarcal:

Ah, primaveras renacentistas, ninfitas de caserío que a los cuatro saben ya de tufos y pujos y condones secos en la esquina de las aceras y quieren alisarse el pelo para no ser tan prietas y tan feas y tan cafres. (58)

Sin embargo, Doña Kety desiste con el tiempo de aceptar clientas tan tiernas como éstas. Las quemaduras que se infligió lidiando con niñas pequeñas lograron estampar cicatrices en su antebrazo por lo que resuelve no continuar esta práctica. No obstante, el conocimiento popular de las párvulas con relación a los roles de género las predispone antes de llegar al plantel escolar donde se refuerzan esas nociones básicas. De antemano, en sus hogares, ellas se han reconocido como parte de lo abyecto y se rehúsan a aceptarse. Las han condicionado a pensarse diferentes, a discriminar contra su propia tez y a buscar soluciones para caer dentro de los parámetros aceptados aunque sea de manera ilusoria.

En el caso de Yetsaida, sus progenitores son los primeros en rechazar su afrodescendencia. Sus características físicas son síntomas de incomodidad para ambos. Su padre le muestra repugnancia y rechazo. La mamá constantemente la maltrata cuando tiene que cepillarle el cabello. Todos los incidentes apuntan a un ambiente hostil en el que la chica experimenta la exclusión por parte de sus padres: “El padre no le toca las pasas del asco... [y la madre la peina] entre gritos con la peinilla mellá –toma- con cuyo lomo le entra a coscorriones...” (60). ¿Cómo se le puede exigir a una pequeña a que se sienta cómoda con su cuerpo, su pelo, su piel, si éstos son el motivo del desafecto de sus procreadores?

Me inclino a pensar que Yetsaida desde muy temprana edad sólo busca aceptación por parte de los demás. Lo demuestra con su entusiasmo en la tarea que tiene que entregar. Se propone sacar una buena nota porque ésa es la condición para que la lleven al salón de Doña Kety donde le cortarán las puntas y le estirarán un poco el pelo. La satisfacción que esto le proporciona proviene de sus ansias por pertenecer a la norma que la sociedad le impone. Aunque no es un alisado profesional lo que espera en esta ocasión, se siente mucho más cerca de su objetivo.

Un detalle que se suma a todo este panorama es la propia asignación que pretende preparar. Con ello se aprecia el discurso oficial de la institución educativa aunque no se mencione. Yetsaida tiene que pintar un mapa y ya existen unos colores denominados para cada continente. Sólo se les presta atención a los colores violeta y amarillo. El primero es para identificar a África y el segundo a Asia. El mensaje pictórico se acomoda muy bien con el familiar complementándolo y robusteciéndolo. Sólo hay que fijarse en cómo fantasea la niña y cuáles son sus referentes. Managua -aunque no es un continente- y Asia solamente son los únicos recordados por ella en los letargos que experimenta periódicamente. El primero

representa el salón de Doña Kety, el segundo cobra importancia únicamente por su color áureo: "...[A] Managua en su beauty volador de pájaros y a Asia de amarillo pollito como ella quiere tener el pelo. Y lacio, lacio, lacio" (60). Esta es su manera de distanciarse de la realidad y extasiarse, pero ese escape no puede ser exitoso, pues sucumbe en nociones frívolas que la enajenan más de sí.

El despliegue visual del ocaso en frecuentes ocasiones tiende a conectarse con la peinilla al rojo vivo de la esteticista, con la quemazón que requiere la hebra de pelo para domarla, pero, más aún, con la sangre. El único periodo del día que se menciona en la narración es precisamente el atardecer donde se manifiestan unas tonalidades rojizas e intensas del sol. Las clientas de doña Kety suelen ir durante este tiempo para alisarse el cabello. Santos Febres asocia ese espectáculo natural del astro con una especie de herida que experimenta el cabello de Yetsaida al igual que el de otras mujeres: "Pasa la peinilla embadurnada de crema... hebra por hebra enhebrando un sueño a las pasas que sangran a su manera" (62-63).

Cuando por fin Yetsaida va donde la especialista a hacerse un verdadero alisado, ya ésta no usa la peinilla caliente. Curiosamente, la adolescente anhelaba tantear el candente calor del peine -como lo hizo Doña Kety con su propia cabellera- para sentirse completamente recreada:

Sobre hierros ardiendo quiere ella llegar a esa paz experta, suave, lacia y sin peróxido, sobre la sensación y el olor de que muere algo, una hebra que grita, para convertirse en otra cosa ondeando en la brisa y sin temerle al sereno. (63)

Su inclinación a pasar por el proceso arcaico parece satisfacer sus ansias de transformación. Aspira a una metamorfosis por medio de un proceso impresionante y de gran impacto como si hubiera alguna correlación entre la quemadura de hierro y una verdadera renovación en su caso. Para este momento, los sueños de Yetzaida se han metamorfoseado. Al llegar a los trece años sus aspiraciones se expanden; ya no se conforma con permutar su cabellera. Ahora quiere

inscribirse en una academia para hacerse profesional de belleza y eventualmente trasladarse a Miami para ingresar en la “Sky Academy for Looks and Beauty”.

Yetsaida de muy pequeña, al igual que otras muchachitas de la barriada, identifica ciertas características físicas propias como conflictivas. Antes de llegar a la adolescencia, desarrolla una opinión con respecto a sí misma, a cómo se ve y a cómo el mundo debería verla. Siente que tiene que reconstruirse a sí misma y asumir el culto a la hermosura. Sólo así piensa que podrá encontrarse dentro de las clasificaciones que nombran el mundo, y que la identifican como una más dentro de la colectividad. Por eso, se entrega a soñar con el proceso con gran excitación: “...espera la peinilla al rojo vivo, espera el rito del carimbo que devolverá el sueño de que se es bella, de que la naturaleza toda se ha fijado en una...” (60). Al final, lamenta no haber podido disfrutar de ese gusto que brindaba el método antiguo de la estilista. Ella piensa que sería un deleite similar al que experimentaría alguien al caminar sobre el carbón ardiente y verse victorioso al concluir. El elemento sensacionalista de los medios de comunicación, y del cual ella también es producto, muestra la influencia en su tendencia. Esos “gringos locos New Age” del programa televisivo “Ocurrió Así”, que recuerda en medio de su fantasía, le sirven de referencia como le sirvieron Asia y su crayón ambarino o Doña Kety y “su mata de pelo lacio y pintado de color chavito que le cae por los hombros” (59).

El hierro candente se recontextualiza e implica un auto-sometimiento a ese espacio que Yetsaida asume que es el único que existe porque así se lo han hecho creer. La propaganda de la hermosura femenina que ella enfrenta tiene varias funciones: inactivarla políticamente, despreciarla, hacerla partícipe de su propia subyugación y posicionar la figura masculina como la merecedora del disfrute de las anteriores. Por una parte, las mujeres quedan reducidas a mero objeto estético lo cual las priva del espacio público como entidades activas y autónomas.

También hay una desvalorización de la población a la que ella pertenece. Irónicamente, Yetsaida, y otras mujeres de Trastalleres se hacen colaboradoras de toda esta manipulación casi involuntariamente al propiciarla y venerarla como único propósito en sus vidas. Ella delira con renovarse como si existiera algo impúdico en sí. De igual manera, fantasea con incorporar un inglés perfecto a su transformación: “I was a small girl with a dream, a dream of beauty that has come true” (64). Esto insinúa que pretende eliminar todo vínculo con su herencia y que lo considera como elementos que debe rechazar y transfigurar.

Las motivaciones de la chica están influenciadas por anuncios, promociones y procesos de colonización. De igual forma, la afectan el rechazo de su padre y el hastío de su madre. Ella aspira a “convertirse en otra cosa ondeando en la brisa y sin temerle al sereno” (63). Busca que nada la opaque o que la invisibilice, pero su estrategia no es la adecuada. Ella le adjudica gran importancia a una melena que ondee con el aire y a un color de cabello rojizo que simbolice la destrucción y el resurgimiento de una Yetsaida nueva.

En su corta edad, la chica se ha dedicado a improvisar remedios para su pelo, pero también ha soñado en el momento en que pueda considerarse mujer. Para ella, tal consideración se circunscribe a una definición de identidad específica en una sociedad que cataloga basándose en un binomio genérico. Las incomodidades y dolores a los que se somete cuando se encomienda a las manos de Doña Kety los percibe como deleitosos. Sabe que la señora sólo pretende “dejarla bella y radiante para que el céfiro juegue con su cabello ¿Mirta? Y la haga mujer” (62).

Yetsaida se cría en un sector donde las mujeres son maltratadas físicamente. Su padre alcoholizado le pega hasta lastimarla. Sin embargo, esta situación no es aleatoria. En esta localidad, el común denominador es tener la nariz rota a causa del abuso masculino. Ni Yetsaida,

ni su madre, ni Doña Kety son la excepción. La violencia es parte de la cotidianidad. La agresión física es un detalle que incorpora un nuevo aspecto dentro de toda esta temática de la belleza y la mujer como objeto. El padre, que a su vez es figura representativa, instituye su poder por la vía de la fuerza. En su desespero por validarse dentro de la prescripción masculina se acoge a una conducta hipermasculina. La masculinidad hegemónica lo excluye y no lo reconoce como parte de la norma. Aunque como personaje sólo se menciona para aludir a la nariz rota de Yetsaida y a la repulsión que siente por el pelo de su hija, tiene un rol importante. Su escasa mención le ofrece una centralización especial y deja entrever el peso del sistema patriarcal al que tanto él como otros hombres y mujeres son sometidos/as. Sólo está presente para castigar y reprimir mostrando un problema social recurrente.

En este cuento no se necesita de una presencia activa de personajes masculinos para vislumbrar el alcance de las construcciones patriarcales y cómo éstos las impulsan. También se muestra cómo los padres impactan al defender la norma y venerar el atributo de hermosura como característica y rol exclusivo de la mujer distrayéndolas de otros roles activos. En el texto se expone cómo el proceso de rehacerse puede tener raíces en el patriarcado, pero también cómo un sector enfrenta los efectos de la norma. Las alternativas que tienen ciertas mujeres con relación al maltrato físico y la negación de espacio y reconocimiento las limita enormemente. Muchas de ellas escogen la opción de reconstruirse y olvidar tanto atropello lo cual se plantea también en el cuento. El personaje representativo es el de Doña Kety. La voz narrativa asevera que ella se sabe negra y que se diferencia de las demás mujeres: “Doña Kety, tan elegante, es prieta, sí” (59). Su elegancia no la restringe de aceptar su negrura. El corto relato comienza sugiriendo que hay veces que hay que ser parte de un simulacro. Hay que saber recomponerse en un espacio que se

empeña en invisibilizar a una. Esto apunta a la ideal de “performance”, pues las identidades tienen carácter performativo:

Hay días en que una tiene que salir hacia a la calle para olvidar, entacá a la calle con uñas de acrílico y bondo en la cara como un carro con pintura fresca. Con lija, hay que rehacerse a veces y la peinilla en la hornilla esperando la horquetilla, la hebra rota, para recomponerla al rojo vivo. (58)

Pero ¿cómo hacerlo sin perderse a sí misma? Santos Febres es una escritora que acostumbra a exponer un punto desde muchos ángulos. Se inclina por explorar las tradiciones, los valores y las coordenadas feministas que considera importantes indagar. Así ofrece una amplia perspectiva con relación a aspectos complejos, o excluyentes en ciertos casos.

Es por esto que termina siendo válido considerar la cosificación de la mujer en el ámbito de la belleza, pero también incluir cómo otras mujeres y hombres que no corresponden a las características normativas quedan rezagados y desarraigados de representación política. Por consiguiente, sus acciones se van a percibir como discordantes. Sin embargo, es significativo evaluar las motivaciones de tales actos, del porqué esto sucede y del resultado que genera. Yetsaida y doña Kety insisten en abrirse paso, de sentirse que existen y que son reconocidas. El recurso que tienen estos dos personajes es reinventarse en medio de un ambiente hostil. Asumir ciertos modelos femeninos como fachada y no como una imposición para autodefinirse las hace jugar con la feminidad proyectándola como algo maleable. Así, la narración propone concebir la identidad como un libreto. Las combinaciones de comportamiento junto con las presentaciones del cuerpo terminan siendo un disfraz. Esto obliga a los lectores a cuestionarse el porqué de la estandarización e imposición de unos modelos sobre los otros.

Santos Febres define el proceso como un arma en “Confesiones de una mujer lucía”¹²⁴. Entiende que el cuerpo, además de ser cosificado por el sistema patriarcal, también es un

¹²⁴ Ver su libro de ensayos *Sobre piel y papel* (2005).

mecanismo de ataque, que puede agredir. El desplazarse dentro y fuera de los márgenes de lo establecido como norma es “un ensayo que nos prepara y tonifica los músculos del atrevimiento” (13). Esa disposición, explica ella, es necesaria para concebir un mundo diferente. Si lo cosmético es usado como parte del sistema disciplinado, también puede funcionar como elemento desestabilizador. Lo cual muestra la construcción social y al mismo tiempo la exclusividad de unos sobre otros.

Explorar por medio de la narrativa tales situaciones no sólo requiere incorporar la problemática sexista, sino también el aspecto racial y los roles sociales que se les imponen a las mujeres. Todos estos elementos tienen gran peso dentro de un núcleo familiar como el de Yetsaida. La problemática de la norma cobra varias dimensiones en este cuento y se refleja en el rol del padre. Hasta el varón es rezagado de la norma. Esto provoca que él asuma representar su masculinidad por medio de la violencia, lo cual no es justificable.

En “La escritora”, la voz narrativa describe el proceso de composición literaria de una mujer que a su vez narra otra historia. En el relato, las letras en bastardilla identifican la reflexión de la autora principal ficcional la cual intercede esporádicamente y avisa de su existencia. Ésta intenta establecer un distanciamiento de su personaje femenino permitiéndose teorizar y cuestionarse la necesidad sobre la creación cuentística. En su devenir ficcional, el relato da vida a una señora divorciada, con dos hijos, que trabaja en una oficina, termina una maestría e intenta redactar el final de un cuento sobre el momento crucial de ruptura de una pareja joven. Además del nivel introspectivo que desarrolla, abre una brecha a la metaficción al intercalar y presentarse como la creadora de la otra cuentista. En cierto momento, ésta rompe la separación de niveles que se establece al comienzo para encontrarse con su escritora ficcional en un espacio onírico. Se despliega la fragmentación característica del subconsciente intensificando

ciertas imágenes y sensaciones eróticas posiblemente en un intento por descubrir un saber que ausculta dentro del mismo cuento según ella misma apunta a principio del relato.

La segunda narradora intenta terminar un cuento que le ha tomado mucho tiempo concluir. El proceso de redacción que se representa tiene lugar por un periodo de casi veinticuatro horas. Este corto lapso le sirve como anagnórisis de su propia culpa con relación al manejo de su vida. La dinámica entre la mujer divorciada y su cuento sobre los amantes Marina y Abnel es la que enfoco aquí. Este último es un relato sobre la ruptura entre estos dos jóvenes. La chica queda embarazada y decide abortar para continuar con su vida alejada de su pareja. Esta despedida iniciada súbitamente por la chica le resulta desestabilizadora a él. Abnel interpreta la iniciativa de ella como una humillación a su masculinidad. Piensa que era él el llamado a abandonarla y no lo contrario. Su reacción de perplejidad es lo que desea captar la segunda narradora porque eso era lo que ella quería atestiguar en su propia existencia: "...[N]o es que los haya visto así, sino que recuerda, o más bien desea, o mejor que así recuerda haber deseado ver a los hombres abriéndose en dos ante una complicación" (68).

De cierta manera, la escritora en el relato se siente realizada por medio de Marina al darle paso a proceder como ella no lo hizo en su debido momento. La pseudo autora principal pretende plasmar la cotidianidad de su personaje y su enfrentamiento a las prerrogativas masculinas. Mientras la mujer estuvo casada no tenía ni espacio ni tiempo para sí. No podía contar con su pareja, pues él ponía muchas excusa y ella terminaba acorralada por los quehaceres y en su rol de esposa abnegada: "Hoy es viernes social y los muchachos me esperan" (70). Dentro del hogar, ella se había condicionado a seguir el rol que se le exige a las esposas dentro del modelo tradicional. Además, él había logrado moldearla a su antojo:

[L]a imposibilitó para que no protestara, pero que a veces se le iba del arnés. Mansa mano de planchar y transcribir recetas de cocina. Mano mansa de posar en la inquieta espalda del

marido en celo. Mansa mano de peinar cabezas infantiles. Mansa mano de oficina y papeleo. Mano que mansa poco a poco quiso ir desahuciando a la otra, a la mano rebelde... (70)

La estructuración social y la configuración de masculinidad que encarna este esposo mantienen a su cónyuge imposibilitada y enclaustrada en el espacio privado. No obstante, el detalle de que tiene un trabajo le ofrece la posibilidad de liberarse por lo menos de la relación aunque le toque continuar enfrentando una organización social basada en el varón.

Eventualmente, se independiza y la ausencia de un marido le facilita desenvolverse mejor. Sin embargo, eso no elimina ciertas responsabilidades que se les asignan a las mujeres divorciadas como la patria potestad. En su caso, hubiera preferido entregarle la encomienda de crianza al progenitor de los niños. No porque no amara a sus niños, sino porque era apropiado dentro de la situación en que se encontraba:

Pero yo los quiero querer los fines de semana, los martes por la tarde, en la graduación, cuando se vayan de la casa y me visiten y se lo dije, le dije al ex que no quería la patria potestad, que había sido suficiente ya con parirlos... (86)

Esto es una especie de reivindicación que ella desearía adjudicarse. Por el contrario, la tradición les exige a las mujeres la responsabilidad primordial de los infantes como parte del enclaustramiento que conlleva su vínculo con la casa. Los padres pueden utilizar su tiempo como les parezca porque no están obligados socialmente a estar presentes en el hogar. El esposo, siguiendo la tradición, le entrega esta tarea a la mujer mientras que él disfruta de su libertad.

La seudo autora se asegura de exponer el bloqueo mental que experimenta la mujer antes de finalizar el cuento sobre Marina y los elementos que influyen. La protagonista tiene que lidiar con los niños, prepararles la comida, ponerlos a hacer las asignaciones y fregar los platos. A la media noche, se sienta y prepara una lista para identificar “su tranque”. Después de mencionar todo, se incluye a sí misma. Finalmente, reconoce que la imposibilidad de tener un presente

independiente y exento del enclaustramiento a la morada había sido confeccionada por sí misma.

Ella contribuyó a este entramado de limitaciones y restricciones:

...[P]reñá, de 21 años, PRE-ÑA-DA como Marina y cuando los viejos se enteraron, me organizaron una boda automática, ultrapomposa y yo me dejé llevar al matadero, la rebelde yo, la cuentera yo, la pelúa yo, pero Marina no, Marina se lo va a sacar al muchachito; ella sabe que lo hacer por mí, por mi sueño. (86)

Sin embargo, la escritura le sirve como ejercicio exploratorio para evaluar las prerrogativas masculinas y comparar su propia vida con la de su joven personaje. Mariana estudia literatura y no quiere que su madre se entere de su embarazo. Sostiene sus posturas con madurez, pero sobre todo con valentía. Está muy segura de lo que quiere para sí y no está dispuesta a dejar que nadie decida por ella. En el caso de la mujer escritora esto no sucedió así. Se dejó llevar por las influencias de su familia y les permitió que decidieran aspectos de gran importancia en su vida. No obstante, logra identificar que ha tenido un papel protagónico al consentir con la voluntad de ellos.

Mientras la mujer intenta configurar el personaje de Mariana, se sorprende así misma dándole relieve al de Abnel. De cierta forma, esto la ayuda a observar las posturas avasalladoras de los varones aunque no se lo haya propuesto. Abnel, al igual que su ex-esposo, ajustados a la norma, buscan imponerse y sacar lucro de cualquier situación. En el caso de Abnel, la resolución definitiva de Marina de alejarse de él y rehacer su vida como si nada hubiera pasado lo hace sentirse despojado de su masculinidad. La costumbre de concebir a las mujeres como seres frágiles y predisuestas a ser conquistadas no les confiere capacidad de autopotenciarse. Y lo toma de sorpresa cuando esto ocurre, como lo hizo Marina. Él, por su parte, buscaba complacerse y saciar los antojos demandados por la masculinidad hegemónica. Planificaba abandonarla, “la dejaría sola hasta de sí” (74), y se despediría para siempre, pero le salió mal su

propósito. Marina no le facilita esto. Por el contrario, le arrebató esa satisfacción que buscaba y que había ido construyendo paulatinamente:

Sus sueños de macho cabrío pero no abusador se esfumaban en el aire en el aire. Tanto que había trabajado para ser un hombre libre, no un muchachito asustado... Tanto que trabajó para abandonarse a un placer temporero y descansar de las demandas de aquella hombría que nunca supo bien dónde la tuvo, ni de dónde salía cuando la requería. (77)

Abnel, en medio de su desespero, también siente el cansancio de llevar a cabo constantemente la tarea de actuar como un hombre según la norma. Le perturba sentir su inestabilidad ante los preceptos que le exige la sociedad por el mero hecho de ser varón. La aventura con Marina significaba prestigio para sí; además lo relevaba un poco de la carga de tener que probarse ante los demás.

El esposo, por su parte, se esfuerza por recrear los patrones de control en el espacio privado. El hecho de que ella no pueda seguir trabajando en sus proyectos porque tiene que cuidar a los hijos mientras el esposo se va con sus amigos a disfrutar del fin de semana muestra la concepción de responsabilidad que recae en cada uno. De igual forma, expone la aceptación de roles por parte de ambos. Él, cada vez que reniega de su obligación de cuidar a los niños para encontrarse con sus amigos, reafirma los preceptos básicos de la masculinidad hegemónica.

Todo va llevando poco a poco a la mujer a reconocer su desventaja ante su marido. El cuento sobre Marina la ayuda a expurgarse de sus propios monstruos, reconocer su yerro y concebir la idea de reivindicar su vida. Ambos escenarios, presentan la influencia del núcleo familiar y cómo éste ejerce presión para imponer el sometimiento de la mujer ante los padres y del propio marido. De igual manera, se presta para ilustrar la presión que impera en unos varones más que otros. Por ejemplo, en el caso de Abnel, se expone la masculinidad como una obligación y no como un disfrute. Si el esposo se complace con su estilo de vida, el joven amante por el contrario está más consciente del peso que representa ser varón. Esa carga no lo

justifica de su intención de abandonar a Marina, pero refleja la importancia que cobra para los hombres tales demandas.

A pesar de la presión que exista a su alrededor, hay unos varones que descartan las definiciones y costumbres tradicionales para experimentar una manera diferente de existir dentro de un mundo que se empeña en dictarles cuál debe ser su comportamiento. Éste es el caso de los protagonistas de “La oreja de Van Gogh” y de “Proyector –circo francés”. Ambos son forzados por sus respectivos padres a optar por un estilo de vida del que ellos disienten. Ellos disfrutan lo que hacen con sus vidas sin caer dentro de la rigurosidad a la que los progenitores quieren llevarlos.

En el primer cuento, el joven se cuestiona el porqué no lo dejan dedicarse a lo que le apasiona que es estar en “el depósito de libros raros de la Universidad” (96). Su intención es buscar el paradero de la oreja del famoso pintor. Piensa que hay una posibilidad de encontrar algún dato en una biblioteca del Caribe, pues sería el mejor lugar para esconder algún tesoro: “Hacer de entrada una biblioteca inservible para la búsqueda del conocimiento y dejarla ahí, como un mausoleo, guardando cadáveres exquisitos” (99).

Él anhela poder localizar alguna pista que lo ubique en una mejor posición económica. Piensa que eso significaría un cambio rotundo de su vida. Podría dedicarse a la pintura, pues tendría dinero para comprar materiales. Sus padres lo acompañarían a museos y desistirían de agobiarlo con el dominó. Pero su realidad es otra. Vive en una comunidad con control de acceso donde se vanagloria la competencia. Desde el juego hasta el consumo están dirigidos a mostrar un sentido de autoridad. Se compran artículos para dejarle saber a los demás el poder adquisitivo con el que se cuenta. El dominó, además de propiciarles una contienda y ser una especie de “batalla... en el tablero, transformada en mito épico” (95), también les sirve como motivo para

reunirse y exhibir sus bienes: “Beepers que vibren, cadenas de finísimos metales en eslabones gordos como un dedo. Y los dedos aprisionados en aros de pedrería, en uñas de seda...” (94).

Ninguna de estas actividades le llama la atención al joven. Al contrario, se cuestiona la importancia que los de su “clan”le adjudican a estas puerilidades. Se pregunta por qué no se pueden preocupar, por ejemplo, por la luz y el efecto de ésta sobre las cosas. Se le hace más razonable indagar detalles como éste que tener que estar sentado “reconociendo supremacías” entre unos y otros. La idea de vencer a un contrincante lo desanima. Recuerda la relación del famoso pintor holandés y su hermano la cual siempre se basó en el afecto a pesar de sus inconvenientes: “Ellos que hablaban del padre y se amaban amantísimos como hermanos que eran; uno no más fuerte que el otro, uno no más coronado por la tecnología de sus padres...” (97). El joven añoraba una relación como ésta, exenta de antagonismo, de imposición y dominio, pero los que tiene a su alrededor se empeñan en cuestionarle su estilo de vida. De esta manera se encargan de servir de policías de la norma. El que no se interese por el dominó y que no tenga una novia despierta dudas sobre su masculinidad. Así la sociedad ejerce presión y garantiza la sustentación de los modelos hegemónicos.

No sólo la familia se encarga de ejercer este papel, sino que las vecinas también asumen una jurisdicción indagatoria con poco respeto a su privacidad. Según él explica, ellas pretenden averiguar lo que él hace en la biblioteca. También quieren saber por qué está delgado, o no habla de política, o no va a la iglesia, pero más que todo, porqué no tiene novia. El hecho de no estar comprometido lo pone en tela de juicio, pues levanta una sospecha casi inmediata que atenta contra la heteronormatividad. Se cuestiona su masculinidad. Los padres, en un esfuerzo por evitar una inspección a nivel público, pretenden realizarla en el hogar e insistir en el condicionamiento del joven de acuerdo a los patrones acostumbrados de la familia:

Que juegue dominó, que yo juegue dominó, que me siente en la sala de los noticieros a enterarme de matanzas, mientras los dedos corren a encontrar marfil y conchas, plástico imitando coordenadas del vacío en un rectángulo; yo, que me consiga una novia para llevar a reuniones familiares a inmolarse. Que ella juegue también al dominó... juntos todos y alegremente convocados en la sala de la casa. (94)

Aquí, el juego de dominó sirve para sustentar ciertos criterios de la masculinidad. La idea de medir fuerzas entre unos y otros se hace por medio del ingenio que se le atribuye a la actividad. Sin embargo, el personaje principal no tiene interés alguno en esto. No le interesa demostrar su virilidad y mucho menos perder el tiempo con esta práctica. Esto se refuerza en el cuento con la noción de azar que le atribuye la voz narrativa al pasatiempo. La creencia utilizada por la familia para proyectar virilidad se desmantela y queda anulada en la narración.

En el último cuento que comento aquí, su protagonista añora dedicarse a la cinematografía, pero su padre prefiere que siga con su trabajo de fotógrafo. En un viaje de trabajo conoce a Luis, un poeta que se ofrece para escribir el guión de la película “Amor tropical”. Éste termina siendo el proyecto de ambos, pero el inconveniente es que la cámara necesaria no se consigue en la isla. El progenitor se queja de los sueños del hijo y le atribuye ser un desagradecido por no desistir de ellos y dedicarse al negocio familiar de fotografía.

Casualmente, su entusiasmo por grabar la película coincide con la adquisición de una cámara al despedirse de la malabarista de un circo francés que estuvo por un mes y medio en la Isla. Para el joven, la importancia de esta obtención estriba en que él ya se sentía listo para tomar las riendas de su vida e invertir en sus propios ideales:

...[É]l ya era todo un hombre y no necesitaba mayor pasatiempo que el de soñar sus propios sueños. Sabía que había más posibilidades en la vida que la de asegurarse sustento y procedencia. (118)

El padre se lamenta por no haberlo disciplinado más de niño, mientras que el joven se cuestiona el comportamiento que se le trata de imponer como norma con relación a su futuro. Él ambiciona descubrir el mundo que está más allá de las costas por otros medios y desde otras

posturas. En su afán, tropieza con el poeta que le sirve de apoyo. Ambos ven múltiples posibilidades y sobre todo la viabilidad de proponer “la exploración de la convivencia entre mundos distintos” (116). El largometraje sería tan sólo un pretexto para dar paso a examinar espacios más inclusivos enfocando la mezcla étnica.

La tensión que impone el padre representa el patriarcado reaccionando a nuevas propuestas de igualdad entre los géneros. Éste intenta mantener inalterado el terreno privado, en el espacio del hogar, lo cual podría impactar eventualmente la esfera pública. El despliegue de tales temas por los medios de difusión, significaría nuevas consideraciones e interés colectivo. Esto ocasionaría un enfrentamiento a ese mundo aristócrata y señorial de los hacendados. El padre no sólo se beneficia de esta orden, sino que lo respeta como parte de una tradición naturalizada. Esto explica el cuestionamiento y disputa con un hijo, que según, él no se ciñe a las condiciones que ya existen:

...[G]ruñidos y acusaciones de lo mismo, por ser tan veleta, por no atenerse a lo que traía el barco, por querer estirar los pies más allá de la sábana. ¡Qué de malo tenía la fotografía, hacerles retratos a los señores de la aristocracia cañera, a sus buenas familias en bodas, bautizos, presentaciones en sociedad... ¿Cuándo iba a sentar cabeza el loco de su hijo? (117)

El desquicio del joven se le atribuye por reaccionar contra la organización social jerarquizada que todos asumen como necesaria se consideran parte instrumental de su firmeza. El padre no puede ver nada de inconsecuente dentro de la estructuración social, pues se siente cómodo dentro de su rol o tal vez no se lo ha preguntado como en el caso de su hijo. Además, tales movidas se advierten como una osadía a la norma. De esta manera, “[s]e fija la imagen que se desea para asegurar su existencia y venerarla, no para interrogarla” (Jiménez 2004, 53).

Aparte de la actitud reaccionaria del progenitor, otro dispositivo que sobresale es la industria fílmica local descrita como una con falta de visión. Ésta sólo se encarga de traer estadounidenses a hacer películas y desde unas posturas limitadas. Esas circunstancias aluden al

proceso de enajenación que el propio sujeto colonial sustenta: “No es que no haya cámara ni proyector, es que no hay cámara ni proyector, ni manera de conseguirlos” (118). Esto concuerda con la noción del joven con respecto a su región la cual distingue sin vida y apta como para dejarlo en desolación “sacando fotos de animales disecados, familias disecadas, árboles y fincas disecadas en la disecada ciudad señorial donde se le disecan los cojones a cualquiera” (118).

A pesar de la lucha con su padre, al final del relato el joven ha obtenido una cámara con proyector y se infiere la posibilidad de grabar la añorada película, pues el guión ya estaba casi listo. El desafío que conlleva viabilizar el largometraje en un espacio tan tradicional como éste ofrece la expectativa de unas nuevas configuraciones que impacten e integren una visión más amplia con respecto a la manera de experimentar la masculinidad, pero también la identidad antillana.

Estos cuatro cuentos muestran las dinámicas que se suscitan en los núcleos familiares, así como la presión que ejerce la constante repetición de la norma. Terminan los sujetos desarraigados de sus propios ejes siendo forzados a interactuar o a mantenerse en la periferia. A pesar de la coacción y de la hostilidad, hay varones que no se conciben dentro de los parámetros hegemónicos y recurren a desligarse y recrear nuevos espacios, mientras otros sucumben a la violencia, como en el caso de “Hebra rota”.

3.3 *Nuestra Señora de la Noche* y el burdel como espacio transgresivo¹²⁵

En la obra de Santos Febres es notable el uso recurrente de la multiplicidad de voces, espacios y personajes. En la novela *Nuestra Señora de la Noche* se construye una posible versión de la génesis del Elizabeth's Dancing Place en Ponce, Puerto Rico¹²⁶. Se ficcionaliza a su propietaria, Isabel Luberza Oppenheimer, una mujer legendaria¹²⁷ que logra posicionarse entre las figuras más poderosas del sur de la Isla. En el relato de Santos Febres, el personaje de Isabel Luberza se contextualiza y se presenta el mundo en el que se desata su vida trágica, así como los juegos de poder que la circundan.

La narración no sigue un orden cronológico. Comienza describiendo un baile que es significativo para el final de la obra, pero también sirve como punto referencial en el devenir retrospectivo. Luberza se coloca en la esfera pública cuando es invitada a una actividad donde solo asiste un distintivo y pequeño círculo social. Hay una repetida alusión a la selectividad de la entrada de la localidad. Esto insinúa el ingreso a un nuevo ámbito de vastas dimensiones. Sin embargo, su intención de adentrarse a este terreno genera conmoción y menosprecio.

Muchos de los personajes presentados de antemano tienen alguna relación con la protagonista. Algunos son desarrollados paulatinamente, otros quedan expuestos sin entrar en muchos detalles y sin seguir un orden temporal específico. La trama se complica por lo que significa la figura de Luberza en el plano social y económico de esa sociedad. Ambos puntos se

¹²⁵ El prostíbulo como lugar de transgresiones, de inversiones de valores hegemónicos y otros temas afines ha sido común en las literaturas hispánicas. Esto se manifiesta notablemente entre los escritores del boom. Por ejemplo: *El lugar sin límites* de Donoso, *La casa verde* de Vargas Llosa, *Colibrí* de Sarduy y en varios textos de García Márquez.

¹²⁶ El nombre real del burdel era Elizabeth's Dancing Club y estuvo localizado en Ponce, un pueblo del sur de la isla.

¹²⁷ Los primeros que integran a Isabel La Negra como personaje en la literatura puertorriqueña lo fueron Rosario Ferré y Manuel Ramos Otero con sus cuentos "Cuando las mujeres quieren a los hombres" y "La última plena que bailó Luberza", respectivamente. Ambos fueron publicados en la revista literaria *Zona de carga y descarga*.

interceptan y generan el desenlace. La particularización de su vida junto a la regulación social como fuerza dominante motivan el acontecimiento cumbre y postrimero de la novela: su muerte.

El casino, como espacio inaugural de la obra, evoca un mundo de afluencias que se ve amenazado por la presencia de ella, aparentemente indigna: “Espantados vieron como el licenciado Canggiano le brindaba el brazo y la convidaba a pasar *por la puerta ancha* del casino¹²⁸” (9). El estar invitada a tal localidad y poder adentrarse vestida de seda y brillantes es un acto que ella se facilita, pero que, eventualmente, se le arrebató. Su osadía de retar -y de desestimar en gran medida- las regulaciones patriarcales e instituciones sociales culmina en tragedia. El doble estándar que rige, y que explica en gran magnitud el conflicto en varias dimensiones, queda expuesto de antemano.

La obra cierra con su asesinato y su entierro. En el pueblo, se conjetura que pudo haber sido una equivocación, o que los dos que dispararon eran traficantes de drogas que ella no quería en su negocio. No obstante, el hijo del licenciado Fornarís, Luis Arsenio, sospecha de alguien muy influyente, pues Luberza conocía muchos secretos: “Habrá querido negociar con uno demasiado grande. Y ya tú sabes, le limpiaron el pico” (357). Luis Arsenio sabe que las relaciones entre las personas se erosionan con el tiempo por la ambición. Su viejo amigo, Esteban Ferráns, se lo había demostrado de la peor manera. De jóvenes, ambos desarrollaron intereses y comportamientos disímiles que marcaron el punto angular que ejemplifica ese distanciamiento.

En la casa de los Fornarís, aunque son dueños de terrenos y tienen un bufete, no se hace alusión a la expansión, la inversión o el lucro como en la de los Ferráns. En la casa de Esteban, por el contrario, la vida está dispuesta desde y para los negocios. En una conversación le expresa a su amigo su principio básico: “Hay que ser frío, Luis Arsenio” (329). Esto expone la

¹²⁸ El énfasis es añadido.

indiferencia, pero también el deseo de ganancia que rige como baluarte primordial en los negocios de los Ferráns.

Los Fornarís culminan perdiendo propiedades debido a una transacción que hacen los Ferráns deliberadamente. No pudieron entrever la casi usurpación de que fueron víctimas. Pasado el tiempo, Luis Arsenio le pregunta a su padre: “¿Ninguno te invitó a participar, en vez de arrancarte las tierras de las manos?” (330). Aunque ambos se lamentan de lo acaecido, no se consideran como personas capaces de emprender este tipo de acto: “Así no se juega este juego y yo nunca tuve la sangre fría para jugarlo” (330).

El modelo que reafirma el licenciado Fernando Fornarís frente a su hijo, está ausente en el hogar de su amigo. Esteban tiene una formación hogareña distinta. La primera institución social que lo condiciona es precisamente su familia planeando estrategias malintencionadas para lucrarse de otros por medio de los negocios y la política. Una simple bienvenida a un tío proveniente de Cataluña se presta como motivo de cátedra para el muchacho. Él escucha afanosamente lo que discuten los mayores. Está ávido por conocer los pormenores y aprender las pericias que estos adultos experimentados conciben como definitorios de la hombría y que, en su momento, lo llevarán de principiante a ser reconocido como un varón diestro y completo.

El ser como uno de los Ferráns le exige a Ernesto un proceso de aprendizaje para luego ponerlo en práctica. Por eso, mientras todos están reunidos en la biblioteca junto al tío recién llegado, él se dedica a escuchar con atención. Es precisamente en un momento como éste que se vislumbra la diferencia entre los dos jóvenes amigos. Para uno la charla resulta banal, o por lo menos ajena y para el otro representa un adoctrinamiento ineludible:

Arsenio le leía en la cara a Esteban que no quería perderse lo que hablaban los mayores. Ésta era claramente una conversación entre hombres, una escuela en proceso que iniciaba a su amigo en los trámites y costumbre de su estirpe. (81)

Los mecanismos reproductores de la masculinidad hegemónica tienden a ser variados y complejos. Sin embargo, la réplica de actitudes asociadas con la noción de ganador siempre está muy presente sin importar a quien se tenga que pisotear. La adquisición de los terrenos de los Fornarís por los Ferráns fue en su cabalidad un acto generado desde la concepción de conquista. La exhibición de la victoria como fenómeno adquisitivo ofrece el placer de poseer lo anhelado, pero también le permite al operante ser identificado como un triunfador ante los demás.

El estilo de negociación que emplea eventualmente el aprendiz con relación a los terrenos de Luberza se vincula directamente con esta plática en la biblioteca de los Ferráns junto a sus tíos y su padre. Es ahí donde el arquetipo a emular comienza a desplegarse como parte de los valores y hábitos necesarios a seguir. Se genera un proceso de adquisición de conducta dirigido principalmente por la imitación. El joven conscientemente se inclina a repetir los modelos familiares y en especial el prototipo viril que se despliega en ese ambiente.

En la conversación, pasan de los temas internacionales a los locales. Se enfocan en las luchas socialistas, las huelgas y las fuerzas políticas izquierdistas. Concluyen que el mundo es una locura. Para ellos, las reclamaciones de estos grupos marginados no tienen sentido. Son descartados por querer imitar las uniones estadounidenses y exigir igualdad de derechos. Esto da motivo suficiente para denominarlos como “desharrapados” y “malagradecidos” partiendo de una prepotencia insufrible que “bordeaba en el asco” (83).

Ésta era la primera vez que el tío Jaume estaba en tierras americanas. Empero a ello, ya venía con un prejuicio incrustado. Ni tan siquiera había interactuado con algún habitante, cuando ya los ubicaba a todos bajo la misma categoría. Ante el desahogo despectivo que se genera en la alcoba, se escuchan comentarios como: “Los pájaros tirándole [sic] a las escopetas” (83). Luis Arsenio entra en reflexión preguntándose si realmente aquellos huelguistas y

trabajadores desposeídos tienen algo que agradecerles a “los antiguos amos” (83). En su meditación, busca en su memoria y encuentra recuerdos donde se repiten las ideas de la cultura española como cuna de la civilización de la Isla. Se topa con el de los curas de su colegio y el de su madre. Por todas partes, encuentra la misma pretensión: “...recalcaban la incuestionable herencia” (83).

De manera oblicua e involuntaria, Arsenio desafía los valores de eso tan irrefutable para cierto estrato social. El solo hecho de recapacitar sobre la postura eurocéntrica es en sí un acto de sublevación que se concretiza casi al final de la obra cuando Luis Arsenio regresa a la isla y establece una relación de asociación con el hijo de Luberza y su padre, Roberto Fornarís. Con esta cavilación no sólo desafía lo indisputable sin proponérselo, sino que deja entrever cómo, por medio de la repetición, diferentes agencias sociales y entes de peso –como el de la madre– diseminan y robustecen un escalonamiento valorativo:

Eso había visto a su madre defender todas las veces que salvaba a la Virgen de la cagarruta de los lagartijos. Eso había visto en las cenas y en las bodas y en las decoraciones de las casas y en los vestidos de las señoras. (83)

De igual forma, se percibe cómo se sostiene la noción de naturalidad dentro de este orden haciendo de la cotidianidad un arma de sujeción. Se establece un criterio que posibilita la continuidad de la norma en el núcleo familiar sin desactivar la organización selectiva que impera colectivamente al apelar a la tradición.

En repetidas ocasiones, se alude al parecido de las casas de los dos amigos, así como a las del resto de las otras familias del mismo nivel económico. Esto los identifica inmediatamente con una clase burguesa. La semejanza se proyecta como parte de lo esperado dentro del contexto urbano y civilizado del que son parte. Tal vez por eso es que Arsenio, a pesar de estar en otro hogar, no se siente extraño en la biblioteca cuando llega el tío Jaume:

Por un segundo se imaginó la casa de su amigo Esteban, idéntica a la suya. Cada cosa en su lugar, observando las buenas costumbres, el gusto el rigor castizo. La porcelana encima de las estanterías de caoba, los manteles de mundillo blanco... (28)

Todo esto invita a observar la manera colectiva de organización que se suma al recurso discursivo. Por medio de este fenómeno tan banal, que es la decoración de los domicilios, se refuerza también la expresión de una identidad normativa construida a raíz de la sistematización. Las costumbres y los hábitos moldean la realidad a la que estas personas están sumidas. Así, Arsenio puede reconocer todo aquello que está presente en casa de su amigo sin hacérsele ajeno, pues ambos hogares comparten cierto patrón estético.

No obstante, un nuevo criterio lo ayuda a repensar y redelinear esos circuitos tan afines y semejantes. Arsenio había estado en el prostíbulo de Luberza y allí “bullían” dinámicas diferentes. Éste comenzaba a reconfigurar todo desde un plano distinto y hasta un tanto inclusivo. Aunque todavía no puede nombrar eso que se experimentaba en el burdel, comprende que se maneja desde otro eje y que eso impacta su realidad. El tiempo, el espacio, los colores, las costumbres, las degustaciones y los otros elementos que se comparten en el Elizabeth’s Dancing Place redundan en saberes diversos y complejos para Luis Arsenio: “...[O]tro era el son al que se movían los cuerpos, y otras las leyes que regían las costumbres” (84). El interactuar con Minerva y experimentar su propio cuerpo fuera de las exigencias de la masculinidad hegemónica le facilita advertir otras sensaciones. Comienza a conocer sus espacios más recónditos y a afirmarse como subjetividad.

El burdel se erige como antítesis de esa ordenación que rodea las residencias de los privilegiados y de la pequeña burguesía. Es una expresión concentrada de lo marginado que lucha por reposicionarse y redefinirse a pesar del etiquetamiento prescriptivo normativo. Las imágenes de los espacios van presentándose cinematográficamente. Así, se exhiben realidades

que interactúan a pesar del asiduo intento clasista de ciertos personajes por descartarlas, concebirlas como inexistentes o insignificantes. Estos contrastes a los que tienen acceso los lectores logran precisar un ángulo para distinguir más allá de lo visible y comprender las dinámicas que se desplazan solapadamente.

Tales descripciones parecen ser una herramienta que utiliza la escritora para mostrar que la carencia de unos explica la opulencia de otros. Las dinámicas entre un grupo y otro parten de la exclusión y la subyugación. Sin embargo, es dentro del Elizabeth's Dancing Place que la piel se despoja de significantes para comunicarse desde la descentralización que circunda el mundo exterior. Es también el lugar que reclama un punto medio entre la exuberancia y la escasez para recontextualizar la realidad en un nuevo espacio semántico, multidimensional. En el burdel se descartan los estigmas de la piel y se legitima la autonomía de la mujer. La gravitación de una realidad alterna a la impuesta socialmente por la clase dirigente se abre paso de manera asidua para contrarrestar y reinventarse. Se busca escapar de la precariedad e insuficiencia en la que está sumergido un sector social específico:

La mayoría lo componían bohíos de tablonés y pencas de palma, levantados sobre palos para que no se metieran las alimañas. Algunos tenían paredes retachadas en cartón y techos de zinc. Cada casa ostentaba su batey, con su fogoncito de leña y sus anafres donde rezumaban calderos con la comida del día. (47-48)

La suntuosidad que describe el mínimo detalle dentro de las colosales viviendas se contrapone a las de los/as otro/as. La lucha por demoler esa polaridad entre estos dos espacios se ha dado por medio de diferentes frentes. Uno de ellos es el que Luberza adopta.

Ella utiliza estratégicamente el doble estándar que se exige como parte de los baluartes de la masculinidad hegemónica. Donde, la sexualidad del hombre se mide por medio de su interacción heteronormativa. Al mismo tiempo, se establece que debe extenderse más allá de la institución matrimonial. El varón prueba su virilidad por medio de la actividad sexual. Además,

no basta con una simple muestra, sino que requiere de una constante reiteración. Termina esto siendo un ritual confeccionado para advertir la capacidad de erección y ostentarla entre otros varones.

La representación del matrimonio ilustra el poder del varón y de la actividad heterosexual. Sirve como instrumento para mostrar la capacidad de ser jefe. Además, es un desafío el mantener relaciones múltiples sin ser descubierto por la cónyuge es un desafío a la institución del matrimonio. Los amigos, cuya opinión representa un juicio valorativo ante la masculinidad del ejecutante, son los únicos cómplices enterados del asunto. De esta manera, se suma un nuevo reto dentro de la prescripción varonil: conquistar más allá del constructo matrimonial como parte del rol y de la remuneración que ello conlleva sin ser descubiertos.

En la obra, los varones evitan constantemente ser identificados como clientes del prostíbulo ante sus familias. Es en el baile del casino y al comienzo de la obra donde los lectores se percatan del disimulo que se procura en el plano público por parte de estos varones. La mayoría de ellos frecuentan el Elizabeth's Dancing Place y sostienen relaciones sexuales con las prostitutas. En esta escena, se evidencia el recelo de éstos intentando eludir alguna conexión con el burdel. Prácticamente, el único caso disímil es el de Fornarís, pues todos saben que Fernando nunca ha estado allí.

El licenciado nunca sintió la necesidad de reclamar públicamente su masculinidad como los otros hombres. No obstante, fue el único que tuvo un amorío con Luberza antes de casarse. Excluía todo trato de superioridad ante ella; ésta fue una relación desligada de la jerarquización. Ella nunca tuvo que bajar la mirada ni pedirle disculpas. Don Armando, su padre, lo amonestaba asegurándole que los varones tenían derecho a “salirse del redil de vez en cuando” (335). Pero, tales argumentos no tenían sentido para él. Aunque poseer hijos “realengos” era requerido en la

doctrina que el viejo profesaba, él no lo veía como parte de su rol varonil. Fernando no busca valorarse sexualmente. Se limita a mantenerse retraído y tranquilo; aspectos que no son estimados como características de hombría dentro de la masculinidad hegemónica.

En una sociedad regida por la pigmentocracia -como argumenta Santos Febres¹²⁹- y la conquista como característica primordial de la virilidad, no hay cabida para una relación sentimental como la del licenciado con Luberza. No fue hasta su vejez que pudo confesar que amó a Isabel. Le declara a Luis Arsenio: “Yo no sé por qué la quise, pero la quise, debe ser. Las quise a las dos y se me partió la vida” (335). Fernando tuvo que casarse con Cristina como parte de lo que se espera de su casta. Nunca fue feliz en su matrimonio; no pudo serlo. La complejidad del entorno social no le permitió a la familia entera ser venturosa.

Su esposa se llena de ira por dentro al saber que Luberza tuvo un hijo con el licenciado. Termina desquiciada cuestionando toda una vida de sacrificio por “el Amado” y el hogar. Arsenio, resiente la lejanía de su padre, y Fernando, no puede decir abiertamente cómo se siente con respecto a Luberza o a Robertito. Desde muy joven, Luis Arsenio se da cuenta de que esa situación doméstica no cambiaría jamás, pero no tenía idea de la magnitud del porqué:

Su padre, intentaría abandonar la casa pero terminaría volviendo abatido por el terror de dar un paso en falso, fuera del redil prescrito y aceptado que le otorgaba el nombre que tenía y el puesto que le tocaba. (127)

El licenciado no procede como el viejo don Arsenio que acepta la procreación y desvinculación para con los hijos como parte de las prerrogativas de ser hombre. Él, por el contrario, se responsabiliza de su familia y también del único niño que tuvo con Luberza. Aunque ese compromiso tiene sus límites y particularidades, reconoce a su hijo y mantiene un vínculo con él en una época donde existe un gran menosprecio por la afrodescendencia y la

¹²⁹ La escritora explica en *Sobre piel y papel* (2005) que pigmentocracia es un “término que explica la jerarquía social que beneficia a los más claros en detrimento de los más oscuros” (67).

hibridez. Ser padre de un mulato no es visto socialmente como problemático, pues se asume como parte de las ramificaciones de la masculinidad estandarizada. Es por esto que el viejo Fornarís presume de su virilidad como detalle digno de vociferar y compartir: “Hijos realengos debo tener yo tres o cuatro y aparte de pasarles unos centavos, la cara no me la ven, ni el doblez del apellido” (335). Realmente, los inconvenientes en el ámbito colectivo surgen cuando los infantes procreados fuera del matrimonio son reconocidos y registrados formalmente ante el Estado, especialmente si ese niño es mestizo.

En el caso de Don Armando, éste no siente arrepentimiento ni compasión por las criaturas que deja por cada lado ya que las conceptúa como seres de menos valor. Ese desprecio impulsado por la normatividad masculina imperante provoca que se establezca un criterio de exclusión y desvaloración con respecto a cierta gente en sentido colectivo. El reconocimiento de un/a hijo/a afrodescendiente inscrito legalmente según las ordenanzas institucionales originaría un repudio masivo hacia el licenciado Fornarís independientemente de su profesión o distinción. Aparte de tener un hijo híbrido, se sumaría el hecho de que fue engendrado fuera de la institución del matrimonio. Él no tiene coraje suficiente como para dar a conocer a Roberto Fornarís como su hijo legítimo en la esfera pública.

Se puede argumentar que el licenciado no responde a la interiorización de ese discrimen característico del grupo hegemónico. Él quiere a su niño: “Le limpió las manos al Nene con el ceño fruncido. Se limpió las manos él también. Volvió a aparecer el cariño en el semblante, pero la distancia entre los dos nunca desapareció” (70). Sin embargo, a pesar de que lo visita regularmente y se relaciona paternalmente con él, lo mantiene en el anonimato. Esto sólo advierte las condiciones y tratos discriminatorios a que está sujeto el Nene por la hibridez que lleva en su piel. También ejemplifica la codificación social que ejerce presión sobre el

licenciado con la intención de disciplinarlo y limitarlo a un comportamiento específico. El ordenamiento valorativo social partiendo de la piel como criterio es más poderoso que las concepciones que pueda asumir el licenciado. La proliferación e instauración mediante las instituciones y agencias sociales lo arrinconan y lo hacen sentirse impotente. De esta manera se explica el sigilo de Fernando con relación a su hijo mestizo. Pero, también se demuestra la carencia emocional a la que están sujetos los varones como parte de las costumbres masculinas.

Muy pocas personas saben de la existencia de Robertito y su vínculo con el licenciado. El hecho de residir en pueblos diferentes facilita el secreto. Los encuentros entre ambos no se extienden por largos periodos. Fernando se limita a proveerles dinero a Eulalia y a Pura por el cuidado del pequeño -el cual realmente es atendido por Maria Candelaria- y a pasar sólo un rato con él:

El Nene mira para lejos y la vieja sabe lo que le va a preguntar: ¿Cuándo viene mi papá? Ella no sabrá qué responderle. ¿Por qué no vive con nosotros? ¿Por qué viene en un carro grande... y con el mismo carro se va? ¿Por qué yo tengo los ojos verdes, como él, pero el pelo crespo como el tuyo? (19)

A pesar de infringir las regulaciones masculinas de su estirpe al ofrecerle su apellido al chico y relacionarse con él, la transgresión no tiene un impacto inmediato o masivo en la institucionalización de la masculinidad hegemónica. La interacción limitada con el niño lo enajena de la carencia a la que está expuesto el menor junto con doña Montse, como le llamaban a la señora. Las dos mujeres que le habían prometido custodiarle al hijo se quedan con la mesada y mantienen al nene y a la vieja en la miseria y el hambre. Este detalle constata el desfase social. Unos/as son desprovistos/as de autonomía y recursos económicos y expuestos a condiciones infrahumanas a las que quedan sujetos/as por el beneficio de otros/as.

El dinero y el poder se erigen aquí como motivadores básicos para preciar o desestimar a cierta gente. No hay una conciencia por parte de las hermanas. Ellas se adjudican criar al niño,

pero en realidad no se encargan de él. Candelaria es la que lo atiende especialmente cuando está enfermo: "...yo soy la que me levanto al amanecer, enciendo los anafres y le cuelo el guarapillo de naranjo, el de guanábano para los gases, la yerbabruja cuando por poco se le pudren los oídos" (17). Ellas sólo se limitan a lucrarse de la intención del licenciado de vincularse con su hijo y proveerle lo necesario para su bienestar.

De igual manera, se valen de la mujer negra para subsidiar una ganancia mensual. Robertito y María Candelaria duermen en una casita de madera de un solo cuarto lejos de la casa principal. La mayoría del tiempo, ella tiene que ingeniárselas para ofrecerle de comer al chico lo cual la frustra. Ella no quiere que él pase hambre, y sólo imaginarlo la desespera: "Hay que comer, el Nene tiene que comer y su hambre sí que no" (21). Su consuelo es prenderle velas a la Virgen de la gruta y exigirle que la asista.

En ocasiones, vuelca su cólera hacia el ícono y hacia ella misma. Candelaria quisiera poder desestimar las órdenes que las señoras le dan y enfrentarlas para reclamar lo que le pertenece a ella y al niño. Por el contrario, está muy ceñida a seguir la disciplina del mandato al que se le ha condicionado desde muy joven:

Virgen Negra con niño blanco en el regazo, devuélveme la capacidad para poder decir otra cosa, no más mande... Otra cosa es lo que tengo que decir, denme lo que es mío, lo que es del Nene. No me puedo morir sin que se me salga. (20)

La sistematización de la conducta servicial en detrimento de su propia conveniencia la lleva a la locura. Queda atrapada en la sinfonía de voces que sólo ella puede escuchar como un vivo ejemplo simbólico del aislamiento al que se le condena. Nadie más las oye. Su voz y la multiplicidad de necesidades que tiene son desestimadas por una sociedad que la utiliza con el propósito de recibir un beneficio laboral, productivo y hasta carnal sin importar las consecuencias. Tanto para el viejo don Armando como para las hermanas, Candelaria siempre fue vista como un objeto para ofrecer servicios y nunca se le concedió la dignidad debida:

...[L]a besaba con hambre, con prisa, mira que esas dos me tienen preso en la casa, no me dejan ni respirar. Don Armando el viejo fue quien la trajo hasta esta loma. Le puso una casita, tú serás mi enfermera... (16)

Ella se sumerge en su esquizofrenia como única salida posible a su situación, pues la exclusión a que la han moldeado la enclaustra.

El licenciado, contrario a su padre y a la mayoría de su clase, es un hombre que se inclina hacia vertientes inclusivas y de respeto. No busca pisotear a los que tiene a su alrededor para favorecerse. Al enterarse por Robertito que no reciben nada de lo que él les deja mensualmente y que “duermen entre sacos” (68), gestiona inmediatamente los títulos de propiedad del terreno donde se criaba el chico y los pone a nombre de María Candelaria. No había una razón de peso dentro de las exigencias sociales que le exigiera a él obrar de esa manera. No había ningún tipo de lazo sanguíneo con esta mujer. Pero, para él, el hecho de que era la única responsable del chico, según el mismo niño le aseguraba, la hacía suficientemente meritoria del lote de tierra. Con ello, Fernando, da indicios de estar conciente de las necesidades de los/as Otro/as y de valorarlos como personas meritorias de lo básico, pero también de dignidad. Se desliga de la discriminación racial y de la competitividad para dar paso a un nuevo modelo de masculinidad. Al experimentar su sexualidad y su interacción social alejado de la estructura hegemónica patriarcal, da paso a redefinirse como subjetividad y se proyecta como marco referencial inmediato para Luis Arsenio Fornarís. Así, este último puede asumir su masculinidad desde otras coordenadas más enriquecedoras y hasta emancipadoras.

El licenciado había dedicado su vida a redactar contratos de negocios y a asegurarse de que éstos cumplieran con lo establecido por el Estado. De igual manera, intenta conducir su vida íntima llevado de lo que considera justo con excepción de su relación con Cristina. Se responsabiliza de servir como proveedor sin someterse a la competencia masculina prescriptiva. Se aleja de esquemas impositivos y dominantes. Precisamente eso es lo que ven los Ferráns en él:

conocimiento, destrezas y discreción. Por eso se aprovechan de su supuesta debilidad para lucrarse. La manera que tiene el licenciado Fornarís de proceder en el plano personal y en el financiero lo ubica ante ellos como una persona temerosa: “Si ese hombre nunca tuvo carácter. Si se lo dejó quitar todo de las manos” (145). Esteban lo desprecia porque según sus criterios, Fernando carece de esa “sangre fría” que define a la estirpe de los Ferráns. Para él, esa supuesta deficiencia lo descalifica inmediatamente como un hombre completo y lo ubica como vulnerable al engaño.

No es hasta pasado los años que Luis Arsenio pone todo en perspectiva y comprende como su padre fue manipulado y despreciado por los Ferráns. Desde mucho antes de Esteban responsabilizarse de los asuntos financieros de su familia, los tíos ya venían orquestando sus maniobras para expandir sus riquezas. Los Ferráns querían ser los suplidores exclusivos de piedra del nuevo proyecto gubernamental de los nuevos administradores de la colonia, los estadounidenses. Éstos últimos pretendían levantar la economía de la Isla por medio de la construcción: “Se usará el Fondo Federal para sufragar contratos, levantar puentes, represas, carreteras...” (85). Una oportunidad como ésta era imprescindible no sólo para demostrar la competitividad de los Ferráns, pero para posicionarse económicamente en un plano visible y respetado por el círculo social. Establecen unas fuertes alianzas con los dos partidos políticos principales y también consiguen un experto que redacte sus acuerdos y les facilite “atajos legales” (86). Su plan se basa en la artimaña y el manejo de influencias políticas y legales. Mientras Fernando se dedica a revisar la legalidad de los procesos, los hermanos se dividen sus tareas para activarse en el Partido Republicano y en el Unionista con la intención de poner en marcha su plan sin que nadie lo sospeche –ni el mismo licenciado. Se sentían muy seguros con Fernando Fornarís pues según ellos era: “[d]úctil como el barro y mudo como una tumba” (86).

El abogado, a pesar de ser un hombre de legalidades, termina siendo sólo una pieza más dentro del maquiavélico artificio que van cuajando paulatina y tácticamente los Ferráns.

Las primeras pericias de éstos comenzaron a gestarse en la biblioteca cuando apenas Luis Arsenio y Esteban eran adolescentes. En aquel entonces, los varones cesaron el tema tan pronto se percataron de que Luis Arsenio había escuchado parte sustancial del entramado. Esteban, forzado por la mirada de su padre se lo lleva a la cocina y le dice a su amigo que lo único dicho allí era que su padre sabía realizar magníficamente su trabajo. No obstante, el joven queda meditabundo. Él distinguía un comportamiento dudoso en su padre que aún no descifraba, o tal vez no tenía la madurez adecuada para comprenderlo: "...algo había en Fernando Fornarís que no se erguía derecho" (87); y él sabía que otros también lo notaban. No pudo evitar contrastar a su progenitor con esos hombres "hechos de hierro forjado, recios hasta la sospecha" (87) y que se sometían a la rigurosidad que exige la organización patriarcal. Solo el tiempo pudo organizar todas y cada una de las piezas para darle una amplia perspectiva al joven de lo que acaecía a su alrededor.

Luis Arsenio sabía que varones como los Ferráns regían la orbe: "...dispuestos a sacarle ventaja a lo que fuera y a decir barbaridades en voz alta como si se supieran los dueños del mundo" (87). También identificaba a su padre como la contraposición de éstos; silencioso y dominado siempre por lo lícito. A Luis Arsenio no parece incomodarle la mudez de su padre, pero sí el hecho de ser instrumento que facilita la posición señorial de este grupo despótico e impertinente pues:

...busca la forma más legal de hacer valer la voluntad de esos otros hombres; los que les venden las entrañas de la tierra y las de los hombres que habitan sobre ella sin pensárselo dos veces. (87-88)

Aquí se presentan las posiciones masculinas jerarquizadas. El ahínco e insensibilidad para escalar hasta ubicarse en un estado de poder se hace indispensable para éstos. Se adjudican las

prerrogativas de ser hombres y emprenden su asedio con intención conquistadora como única opción aceptable lo cual para Luis Arsenio no tiene sentido.

Existen hombres que rechazan todo tipo de escalafón y no están interesados en asumir un rol dominante. No obstante, en algunos casos, éstos terminan siendo tan ofensivos como los pendencieros por su capacidad de complicidad al facilitar relaciones de subordinación y desvaloración. Recaen en una participación involuntaria, pero sobre todo desconocida por sí mismos. Por lo general, no se reconocen dentro del gran componente social para entender cómo ellos colaboran en la elaboración de dinámicas subyugantes a nivel masivo. Al ignorar tal dimensión e impacto, no tienen mínima idea de cómo favorecen el sistema para seguir sustentando el discurso de la masculinidad hegemónica. Asumen que sólo el aspecto privado y personal es el que cuenta y se circunscriben a vivir una vida carente de segregación y violencia. En repetidas ocasiones, el licenciado termina encarnando este rol contraproducente para la equidad.

Fernando Fornarís, a pesar de desligarse de trueques turbios sirve de trampolín en un entramado que constantemente refuerza la masculinidad hegemónica en individuos como los Ferráns. No se percata que personas como él ayudan a generar y movilizar este poder independientemente de sus convicciones y posturas pacifistas. En el Estado, la postura patriarcal se valida por medio del escalonamiento y de la competencia, y se vigoriza denominando actos como legales o ilegales. La voluntad de los Otros queda atropellada, pero también justificada ante unas instituciones que auspician la competitividad por medio de reglamentos y medidas de coerción. Terminan unos auto-designándose para dirigir y otros, siendo sometidos a seguir órdenes. El que no se ajuste al dictamen enfrenta la reprensión tan pronto es detectado.

El desplazamiento territorial es parte de los artificios adoptados por los Ferráns para maximizar su capital. A toda costa, pretenden ser parte del desarrollo económico al que se avecina el país bajo el régimen estadounidense recién instaurado. Una vez ideadas todas las estrategias dentro de la ley para ejercer su plan, proceden a embaucar a los demás con habilidad.

Es por esto que se puede inferir que la muerte de Luberza está vinculada directamente con las aspiraciones de Esteban y su familia. Tanto él como el nuevo obispo de la ciudad tienen motivaciones suficientes como para verla fuera de sus agendas. A ambos les incomoda y molesta su presencia, así como lo que ésta significa para sus intereses, pues amenaza la producción y el éxito añorado por éstos. Ella es la pieza que puede echar a perder el último proyecto de los Ferráns: la canalización del río. Pero, en términos adquisitivos, también resulta una gran molestia para la agenda del religioso.

Esteban sabe que puede utilizar al religioso para eliminar a Luberza como obstáculo. Por eso, busca manejar la autoridad del obispo a su favor al igual que había hecho con otros hombres de poder. Su enfado lo lleva a forjar un plan complejo y meticuloso del cual ella no pueda reponerse. El lidiar con una empresaria lo llena de ira. Asume que el hecho de ella ser mujer lo desvirtúa, pues siente que gran parte de su masculinidad se derrumba a nivel público. Para un hombre de su posición social, el ámbito de los negocios se hace representativo de su virilidad. El competir y destronar a otros varones refuerza en gran medida esa noción. Su desespero estriba precisamente, en asegurar ese control que debe poseer un varón exitoso como él y no ser arrebatado por una fémina.

Al igual que Esteban, el obispo, tiene una reputación que guardar ante la sociedad. Su figura representa la del padre reprensor y como tal siente que debe actuar. Justamente en esto consiste su masculinidad. Las descripciones del obispo anuncian de antemano su actitud

disciplinaria. Era “[r]ojo, como la ira de Dios” (312). La intensidad cromática yuxtapuesta con la fuerza emocional que generaría la cólera de un todopoderoso advierte y sustenta la reprensión que lo caracteriza como representante carnal de la autoridad divina: “Tronó tan pronto puso pies en la archidiócesis” (312). El acto de aleccionar descrito metafóricamente como un fenómeno natural brinda luz sobre la institución eclesiástica y su configuración patriarcal. Con la aceptación de la delegación de un orden superior se reitera la cimentación de la jerarquización y las suposiciones de rangos y autoridad.

Su posición implica una diferencia en cómo se experimenta la virilidad, pues el elemento sexual está excluido. No obstante, no deja de manejarse desde los criterios de la masculinidad hegemónica haciendo énfasis en el mando. Su poder se privilegia socialmente y obtiene un reconocimiento casi divino. Luberza y su prostíbulo entorpecen su misión moral de conducir un pueblo por el camino del bien. Es la vil pecadora que incita al mal y descarrila a la gente “inocente y primitiva” (312) de la religión. En la misa que da el obispo en la archidiócesis, al percatarse de la presencia de ésta, decide embestir verbalmente contra ella como parte de su sermón: “Tan sólo una manzana podrida puede apestar la cosecha de almas” (312).

Luberza, a pesar de conocer muchas influencias, es mujer dentro de una sociedad patriarcal. El dinero y las conexiones que puede tener no son suficientes para evitar el silenciamiento erigido desde una configuración misógina, sexista y etnocéntrica. Por el contrario, aunque Esteban podría enfrentar la ley si es descubierto en su trampa, la estructuración social lo favorece por ser varón y pertenecer a cierta clase social. La idea de desposesión lo perturba grandemente y decide confabular para aturdir a Luberza: “Al contrincante hay que desestabilizarlo para que no vea por donde viene el ataque. Obispo MacManus... peón para desestabilizar a La Negra” (143). De esta manera, nuevamente mueve sus fichas para facilitar

sus asuntos masculinos. Sus ardidés son parte de los requisitos exigidos por la competencia dentro de los códigos hegemónicos y él se ha hecho un experto en ese sentido.

Al darse otra investigación sobre las tierras cerca del río Portugués podrían ponerse al descubierto muchos trámites ilícitos ejercidos por Esteban y sus tíos. La mayoría de éstos fueron otorgados por medio de confabulaciones con funcionarios públicos a cambio de dinero. Pero, su mayor preocupación estriba en la inversión que ya había hecho para la canalización del río:

Los negocios se le caerán al piso si no se da la construcción del nuevo cauce. Porque lo malo no son las tierras, ni la investigación ni la vaina de los tomates. Lo malo es que ya compró maquinaria nueva, y compró sindicatos, y compró senadores. Y esta investigación abre la caja de Pandora. (144)

Sumido en la conspiración, Esteban asume una actitud violenta como parte del condicionamiento que procura su virilidad. Se ve forzado a silenciar a Luberza para así no delatar la fraudulencia en otros proyectos anteriores como las canteras, la reconstrucción del aeropuerto y el tramo de una carretera: “Esta hija de puta me las paga... Juro que me las paga. Deja que termine de salir de este atolladero” (125).

Su reacción parece surgir del coraje que experimenta consigo mismo. Según él, la había subestimado, “y ahora iba a tener que mover influencias, comprar más funcionarios para detener esa investigación” (145). Además de la cólera que le genera el perder dinero, se ve más afectado por la proporción de la confrontación. Los preceptos recalcados y replicados en el nicho familiar de los Ferráns nunca reconocieron a las mujeres como posibles contrincantes. Ni siquiera las imaginan más allá de una relación de subordinación: “Pero yo recuerdo bien, que no se crea. Cuando era niño, ella era la que venía a buscar mi ropa sucia, los calzoncillos sudados de mi padre, los refajos manchados para poder comer...No podía sostenernos la mirada” (139). En la escena de la biblioteca donde se adoctrina a Esteban con relación al comportamiento masculino, las mujeres carecen de representación. Ni tan siquiera se sabe de la madre o de alguna otra

fémica. Ese espacio se dio exclusivamente para aquéllos con voz y presencia en el plano público, no para ninguna mujer. Entonces, esto explica la intolerancia, el coraje y el miedo de Esteban, pues esta situación es una especie de emasculación pública.

Las relaciones deficientes de igualdad que mantiene Esteban con las mujeres se desarrolla partiendo del escalonamiento que la sociedad le adjudica como varón. Por ejemplo, su esposa Ángela Castañer, a pesar de su gran capital, se aferra a él como administrador de bienes. Él, por su parte, sólo se interesa en su poderío descartándola como ser capacitado para administrarlo. La propia conformación social se encarga de incrustar tales juicios por medio de sus instituciones y agencias insistiendo en la distinción genérica. La propia Ángela se define como inhábil; no porque lo haya experimentado, sino porque así se había condicionado culturalmente:

[P]ara eso la habían criado, pagado a monjas, a tutores y a chaperonas, a maestras de refinamiento y educación; para limpiar a Ángela de toda decisión, enseñarle a ceder el derecho, a colgarse del brazo varonil, inofensiva ella... porque ella era la señora de la casa, como señora de la casa se comportaba. (140)

Hubo una preparación paulatina y consistente que influyó en la manera de ésta identificarse y de otros percibirla. Es por ello que esa repetición tenaz termina consintiéndose como un fenómeno natural que recuerda los límites de los roles sociales.

Luberza, por el contrario, constituye una amenaza contundente para la prescripción viril. En el caso de Esteban, ella atenta contra su estatus de varón triunfador. Bajo las premisas de la masculinidad hegemónica, tal disposición es verdaderamente una humillación. La castración simbólica que constituye tal situación lo degrada. Esto explica su ansiedad y apuro en solucionar este asunto. Al mismo tiempo, siente la presión de no demostrar miedo. Debe proyectar que está en control de las circunstancias aunque fallezca por dentro.

Las consideraciones de lo que significa ser un hombre victorioso lo llevan a desligarse completamente del aspecto sentimental. De ahí proviene la repetida frase que recomienda

siempre: ser frío. Conducirse impávido e insensible le permite centrarse en sí y en su dominio. En el aspecto amoroso, sólo se limita a ser proveedor y manejador. Su matrimonio con Ángela tiene un interés, la riqueza de la familia Castañer y lo que ese vínculo significa para él: “Él nunca la amó tanto como en esos momentos en que ella le cedió toda potestad... Lo que nunca recibí de los tíos, del padre, lo viene a recibir de esa novia” (140). Esteban, sólo busca posicionarse como un vencedor célebre y ser distinguido como uno sin importar vínculos sentimentales o a quién tenga que pisotear.

Luberza, a pesar de desenvolverse en el plano de los negocios, se retrae de tratos que replican o sustentan la masculinidad hegemónica. En su burdel, las dinámicas que imperan son las que se fueron nutriendo de las interacciones que ella sostuvo con Demetrio y el licenciado Fernando Fornarís. Ambos experimentan su masculinidad desde palestras inclusivas y equitativas y eso impacta a Luberza en diferentes etapas de su vida. El trato que ellos aseguran parte desde la equidad como generadora de relaciones interactivas. Así, se relacionan con ella alejados del escalonamiento impositivo tradicional que siempre mantiene a las mujeres en una posición de dependencia y sometimiento.

En el caso de Demetrio, éste estipuló el diálogo como instrumento esencial de enseñanza desde que ella era muy chica. Se dispuso a derrocar la noción de autoridad que se establece en la educación primaria tradicional. Las experiencias de Luberza junto al maestro sindicalista contrastan con las que experimentó, por ejemplo, Ángela Castañer con las monjas. El sugirió lecturas que enriquecieron su visión de mundo y la ayudaron a entender otras dinámicas presentes en la lucha obrera y de clase. Demetrio la introdujo a las ideas anarquistas de Luisa Capetillo¹³⁰ lo que le sirvió de brújula para conducirse alejada de la sumisión y especialmente del maltrato emocional al que están sujetas las jóvenes. Con estas ideas como sustrato, pudo

¹³⁰ Una anarquista de principios del siglo XX pionera del feminismo y el sindicalismo en Puerto Rico.

forjarse un panorama diferente al de la lavandera que la crió: “Mujer de medios, pensó Isabel mientras se alejaba de San Antón” (99). También, cuando se encontró con el licenciado pudo relacionarse de manera diferente. Entonces no tenía que bajar la cara ante él: “La miraba de frente, sin ademanes de patrono, y ella se encontraba devolviéndole la mirada de igual a igual” (220).

La oportunidad de interrelacionarse con sujetos que respetan su subjetividad y no la limitan desde los binomios de la construcción genérica y sexista le ofrece apoyo para erigirse propiamente y autopotenciarse. Demetrio, el licenciado y Luberza sustentan nuevas configuraciones donde la sistematización socializadora normativa queda como componente nulo y desacertado. Entre ellos sobresale una inclinación al convenio partiendo del reconocimiento valorativo del Otro/a como elemento básico.

Llama la atención que Jaime Pujols, un hombre de negocios que conoce en Panamá, de cierta manera también asienta un vínculo desprovisto de preponderancia para con ella. Lo conoce cuando acompaña a dos amigas al extranjero. Es él quien la orienta sobre cómo manejar sus cuentas de negocios. Éste no tiene intención de lucro o de obtener alguna gratificación excepto la de compartir un conocimiento. De éste haber visto a Luberza como una amenaza, o un ser incompetente, no hubiera dedicado su tiempo a familiarizarla con las estrategias adecuadas para maniobrar con las finanzas:

Después de la tercera botella de champán, le dio el consejo de su vida. “Lo que tienes que hacer es abrir varias cuentas en bancos diferentes aquí en Panamá, donde te permiten guardar dinero en dólares. Ni se te ocurra dejarlos en tu país, que lo pierdes todo si entras en litigios con el fisco...” (315)

Pujol la asesora sobre la administración de su dinero. Con esta pequeña lección, le ofrece las herramientas adecuadas para prevenir la presencia minuciosa, pero también controladora del gobierno.

La importancia de la colaboración y el apoyo entre ciertos personajes quedan muy resaltados en la novela. No sólo hay varones que encarnan sus masculinidades alejados de la vertiente imperativa, sino que también hay mujeres que constantemente maniobran para respaldarse y potenciarse entre sí. A pesar de la prescripción normativa y homogenizadora, también coexiste el intento de reaccionar ante la sistematización. El enfrentamiento a la norma en algunos casos proveniente del hastío o de la repulsión a la exclusividad de validar la experiencia varonil meramente desde la masculinidad hegemónica. En otras instancias, hay una simple inclinación a la colaboración y participación colectiva exenta de antagonismos. En esencia, ésta contrarresta el sentido de rivalidad fomentado como criterio necesario. Muchos de los personajes que circundan a Luberza ponen en práctica esta conducta.

En el Elizabeth's Dancing Place, se fomenta la igualdad. Las chicas que trabajan allí tienden a cuidar unas de otras y a tratarse con respeto sin excepciones. La propia Luberza interactúa con ellas de forma solidaria. No hay tratos de servidumbre, sino de colaboración inclusiva lo cual contrasta con la práctica de las instituciones y agencias socializadoras. El burdel no deja de ser otro espacio que influye socialmente. Su distanciamiento de la configuración estratificada redundante en un contradiscurso. Se erige como espacio amenazante por establecer la viabilidad de interacción y la sustentación de otros tipos de dinámicas entre las subjetividades.

La primera escena que se desarrolla en el prostíbulo es cuando Luis Arsenio Fornarís y sus amigos llegan allí para iniciarse como adultos. Ésta es una práctica habitual como parte de las expectativas para con los adolescentes varones y en especial para los que poseen los medios económicos para sufragar tales exigencias. La configuración heteronormativa les exige de una mujer para cumplir con el criterio establecido. Activarse sexualmente es el punto trascendental

que los ubica en otra dimensión dentro de su propia noción de hombría, pero también de la colectiva. De igual manera, se demanda la divulgación de la iniciación entre amigos y así ser reconocido como hombres.

El joven Fornarís, no está ajeno al protocolo requerido, lo cual también explica la visita en grupo al prostíbulo. A pesar de su interés e intención de cumplir con el ritual, experimenta un poco de sobresalto por la conmoción del momento. No obstante, logra controlarse: “El zarpazo de la mirada de Mae Lin lo puso nervioso de entrada. Pero Luis Arsenio Fornarís sabía que llevaba las de ganar” (25). Se maneja poniendo en práctica el condicionamiento masculino al que ha estado expuesto y que le asegura que un hombre siempre debe tener el control de la situación. Esto explica que, a pesar de la vacilación inicial, se sienta seguro ante su manejo de las circunstancias. Esa confianza ha estado en gestación por años. Desde que tiene uso de razón, se le ha fomentado en la casa, en la escuela y en los medios de comunicación. Distinguirse como varón en el binomio genérico lo lleva a concluir inmediatamente que forma parte del bando favorecido. Asimismo, sus amigos venían por el camino aludiendo a la facilidad que tendría Luis Arsenio en llamar la atención de las chicas. Lo cual se suma para hacerlo sentir más confiado.

Para sus compañeros, él poseía las características observadas por los parámetros de belleza de la época incitando otro tipo de competencia en el grupo: “-¿Por qué no dejamos a Luis Arsenio? Con esa barba de viejo, nos va a ganar las muchachas más hermosas” (26). La continua alusión a la rivalidad no desfallece en ningún momento. Cualquier evento parece idóneo para entablar un reto y encarar a un contrincante. Estos jóvenes reaccionan automáticamente al mínimo estímulo que conlleve a un enfrentamiento, pues para ellos es una oportunidad de exponer su predominio sobre y ante los demás. A pesar de originarse una

interacción jocosa entre ellos sobre el aspecto físico de Luis Arsenio, no deja de existir la noción de desafío y de cómo salir airoso ante tal escenario.

Una vez visitan el burdel, todos son considerados como “hombres de verdad” entre ellos mismos. Ninguno quiere ser identificado por los compañeros como afeminado, por eso les es imprescindible comportarse como rige la norma. Aunque durante los días escolares efectuaron acciones en busca de tal reconocimiento, sólo al iniciarse sexualmente es que pueden sustentar sus acciones previas según exigen los criterios de la masculinidad hegemónica. :

A partir de esa noche, la fuma de Tiparillos en los patios del colegio, el traguito de ron robado de la licorería familiar, las erecciones imprevistas en medio de los cursos de matemáticas tomarían peso y cordura. Estarían respondiendo a estímulos concretos... (26)

La sensación de estar cerca de ese momento considerado cumbre los emociona. Llenos de júbilo organizan un plan sobre lo que harán al entrar al lugar y también comentan lo satisfecho que se sentirían sus padres al saber que ellos están allí. Una vez más, se hace hincapié sobre la importancia de ventilar la heteronormatividad junto con la noción de conquista: “Ojalá me tope con mi padre en el Elizabeth’s. ¿Te imaginas lo orgulloso que se va a sentir?” (30).

La constante alusión a la heterosexualidad como elemento para determinar la virilidad en la sociedad ubica el prostíbulo como parte de la maquinaria socializadora. No obstante, en el burdel de Luberza las dinámicas no están constituidas para excluir o imponer roles genéricos específicos. A pesar de que los chicos llegan allí y encuentran lo que buscan también se topan con la idea de inclusión que se fomenta aquí: “Al Elizabeth’s Dancing Place entraba todo el mundo. No había miramientos de edad, color, procedencia o pecas en la piel” (25).

No se puede olvidar que estos chicos se están criando expuestos a ámbitos donde la pigmentación corporal se estratifica, pero también el comportamiento femenino se clasifica como apropiado o inadecuado. Aislar a las mujeres dentro de parámetros restrictivos basados en el decoro es una maniobra que parte del empeño de someterlas. Irónicamente a las que no son

blancas, y que por lo general están forzadas al trabajo riguroso, se les considera como fáciles, obscenas y sucias. Repetidas veces, diferentes personajes utilizan la noción de tizne para denominar a alguna mujer negra: “Esas negras son un tizón” (27); “-Suelta, que lo vas a ensuciar con esas manos de tiznada” (102); “...en la piel la mancha del hollín...” (117). Esto ilustra las clasificaciones y apreciaciones hacia los negros y los mulatos en específico. En el prostíbulo, por el contrario, están expuestos a una gran diversidad de mujeres dispuestas a “hablar y a regalar su presencia toda la noche”. De igual forma, éstas están comprometidas “a romper la tirantez de los machos” (34), esa que reina en las afueras del Elizabeth’s y hace tan miserable tanto a mujeres como a hombres.

El espectáculo toma control en el burdel descargando la pesadez de la cotidianidad y “las amarras de [la] decencia” (34). Luis Arsenio se entrega a la coreografía del cuerpo sin miramientos. A pesar de que llega allí con una noción básica de lo que se espera, improvisa resuelto a conocer los misterios de la carne. Explora los rincones corpóreos sobrepasando su interpretación de la construcción social de la sexualidad: “...Arsenio lamió tranquilo sin saber lo que hacía, sin saber, incluso, que lo que hacía era posible, correcto, aconsejable; sin preguntárselo siquiera” (36). Las agencias externas al burdel ofrecen unas ideas sobre la sexualidad como parte de la agenda heteronormativa donde se vuelve a reforzar la centralización de la figura del varón. Pero, en el prostíbulo, Luis Arsenio pierde ese compás y termina adscrito a nuevos parámetros.

Para sorpresa del joven, en el Elizabeth’s descubre mucho más de lo que llega buscando impulsado por la heteronormatividad circundante. El montaje hegemónico que lo ciñe a desplegar su virilidad por medio del coito sirve sólo como pretexto que lo conduce realmente

hasta los laberintos del deseo y del cuerpo de forma significativa. Es sólo aquí y por primera vez que tiene la oportunidad de mirarse internamente y activar unas emociones desconocidas:

Cerró los ojos y se vio por dentro igual, pero distinto, entre las piernas de otra mujer pero la misma, ahogándose en un llanto que no era suyo pero que lo invadía de un sentimiento de nostalgia que no se pudo explicar. (39)

En fin, no está seguro de lo que ha experimentado. Irónicamente, recuerda la mirada perdida y melancólica de su padre. La piel le arde y lo que quiere es llegar a su casa con la vana ilusión de que una ducha lo limpiará de aquella amalgama de sensaciones que aún le laten profusamente.

En cuestión de minutos, había aprendido por sí solo sobre el aspecto contradictorio de la piel ante la configuración de la masculinidad hegemónica. No puede evitar sentir coraje hacia su padre porque no le explicó antes esos desatinos que le inundaban el cuerpo de sensaciones profundas: “¿Por qué romper el silencio ahora, sino pudo advertirle antes lo que se pierde y lo que se gana entre aquellos muslos, entre aquellos cuerpos aparentemente diversos pero que repiten a la misma mujer? (42). Luis Arsenio había quedado descentralizado de sí y del eje de la masculinidad hegemónica. Mientras sus compañeros se preparan para narrar sus aventuras, él se hunde de sí mismo. Los demás nuevamente se enfrascan en la intención de contraponerse; en esta ocasión, para declarar quién adquiere el sitio de ganador. Se limitan a dilucidar sobre el tiempo de duración del acto como parte del ritual que están obligados a perpetrar al salir del burdel, pues regresan al espacio exterior, donde sólo rige la competencia.

La virilidad que se disemina como baluarte de hombría fuera del Elizabeth's enfrasca a los amigos de Luis Arsenio únicamente en identificar una victoria atribuida a reforzar la imagen normativa. Aunque intentan persuadir a éste para que participe y declare su experiencia, él se retrae. Para tranquilizarlos, les advierte que luego lo haría. Su experiencia había sido muy intensa y se aleja de la simpleza de una erección y de introducir su miembro repetidas veces por cierto tiempo.

Todavía, al retornar a su casa, se sentía desdoblado y ajeno Aunque quiso escapar de esta encrucijada, no pudo. Nunca volvió a ser el mismo:

Se deslizó entre las sábanas de su cama, pero el roce de la fibra lo hizo sentirse en otra parte. Y ya estaba bueno de no estar donde debía. Tenía que regresar a su casa y a su cama y a su cuerpo; dormir olvidado de la noche, recobrar la cordura de sus pasos y volver a ser Luis Arsenio Fornarís... (42)

Al contrario, éste es sólo el principio de su devenir. Su manera de experimentar su masculinidad se distancia considerablemente del modo de sus compañeros. Luis Arsenio acarreó en su piel y su recuerdo las interacciones que se ofrecen en el burdel sin saber que ellas serán elemento crucial en la reconfiguración de sí. Los amigos, por el contrario, al salir del prostíbulo retornan a los preceptos de los cuales están hechos, pues no se han dado la oportunidad de cuestionar el sistema que los mantiene sumidos en una lucha constante contra ellos mismos. Además, tienen mentores y agencias que continuamente les recuerdan que para ser valorados como hombres exitosos tienen que dejar a un lado su sensibilidad y emociones. En el caso de Arsenio, su padre que es su figura referencial, no emula la hostilidad e indolencia que rige, por ejemplo, en la casa de los Ferráns. De cierto modo, esto ha favorecido al joven, pues no lo fuerza a ejercer un tipo de conducta que lo inhiba en su propio hogar.

La experiencia del prostíbulo ha sido para Luis Arsenio un proceso de expansión anímica. Mientras los demás jóvenes se integran inmediatamente al ámbito cotidiano, él lidia con las exaltaciones que suscitaron casi un mes atrás. A pesar del tiempo, lo único que ansía es enredarse nuevamente en Minerva. Ese deseo, que a su vez es una sabiduría para Santos Febres, se representa onírica y hasta ineludiblemente:

Despertó sabiendo que la había soñado. El olor se lo advertía, un olor a sudor maduro, como si toda la noche la hubiera pasado revolcándose dentro de una calabaza gigantesca cuya pulpa lo acaricia centímetro a centímetro de piel... El sueño se repetía, llevaba varias noches persiguiéndolo. (73)

La añoranza de entregarse nuevamente y de revivir esas sensaciones se le hacen insoportables. Esa necesidad incorpora múltiples elementos sensoriales en la dimensión onírica. Altera las configuraciones de la cotidianidad y sitúa una extensión de posibilidades que pueden interpolarse a la realidad como parte de un proceso de cognición. La gravitación de olores sumada a la madurez del sudor avisa las nuevas disposiciones que van tomando posición en Luis Arsenio.

En su sueño, también aparece una voz de mujer que lo llama como si estuviera perdido, pero él, está resuelto a ignorarla adentrándose en dirección contraria. Ese llamado evoca la tutela de Cristina Rangel que representa la figura defensora de las tradiciones y del paternalismo cultural. Luis Arsenio está determinado a alejarse de la madre y de su sobreprotección para adentrarse en la maleza de sí. Ésta, en su empeño por sostener la imagen de la familia perfecta, reproduce las efemérides que continuamente definen la norma y se asignan como elementos fundamentales de la clase social a la que pertenecen. Este engranaje aporta en la confección y reafirmación de costumbres facilitando una ilusión de estabilidad dentro de su realidad.

Todo eso que ofrece sensación de fijeza, se establece por medio de un proceso complejo. Requiere tiempo de preparación, así como compromiso. Cristina, como producto de una sociedad patriarcal, lucha acérrimamente por ejecutar el rol que se le ha impuesto. Asume que es de gran importancia y se encarga de dar instrucciones para que los detalles más mínimos tengan lugar. El encargarse de esos pormenores y tener la potestad de asignarle algunos a sus sirvientas le da la falsa noción de control cuando en sí todo es parte de un montaje. Precisamente, de eso se trata cada vez que viene su familia a celebrar la Navidad; de aparentar ante ellos que su pequeña unidad es un arquetipo perfecto. El propio hijo se percata del mecanismo ficticio al que están sumidos: “Luis Arsenio se sabía el libreto de memoria. Desde que se reconoce con vida lo había visto repetirse una y otra vez” (75).

Mientras él se embriaga con olor a calabaza y se pierde en pastizales ensoñadores llenos de mariposas, su madre se tortura con la ausencia del padre y se intoxica con ron para disipar su pena. A pesar de asumir que tiene un papel importante que ejecutar, de creerse en dominio de sí y de su casa, en el fondo, Cristina sabe que hay algo que se tambalea. Ingenuamente pasa años intentando presentar la falsa idea de perfección que le han vendido. Su realidad es otra, sin embargo, la estampa que proyecta ante todos es impecable sólo para los espectadores. Su mundo se ha tornado un constante teatro que requiere de gran esfuerzo para ser representando. Su fuerte convicción, la cual probablemente surge a partir de otros simulacros análogos que ha visto en otros hogares, la hace esclava. Sufre porque no encuentra lo que idealizó y esa es su única añoranza. Por el contrario, en su casa, son muy pocos los momentos domésticos que se pueden clasificar como placenteros. Cuando los tienen, lo ejecutan respondiendo a las imposiciones de la tradición:

En Nochebuena, Fernando Fornarís hizo un amago de llegar temprano de la oficina. Cenó con la mesa dispuesta y la familia presente... En un momento dado, le pasó el brazo por los hombros a su mujer y hasta le hizo leves caricias por la espalda. Luis Arsenio contempló la escena sorprendido. Ese día parecieron una familia feliz. (121)

Una vez que pasa el momento, retornan a la cotidianidad y a la infelicidad.

Como señora de la casa, entiende que es su obligación mantener la unión del hogar como núcleo institucional, o por lo menos aparentar que todo marcha debidamente aunque falten caricias y atenciones. Fernando siempre le ofreció una mirada vacía junto a un desamor que la torturó y la trastornó. Ella no encontró una razón para justificar su docilidad y sacrificio como pretendía o, más bien, como se le exigía. Desde el primer momento se sintió utilizada: “Esa noche me desnudé ante la voluntad del Amado y el Amado me penetró mientras yo cerraba los ojos, me ardió la carne, sangré dolida y rumorosa, esperando los besos que me premiaran mi obediencia” (113). Su primer encuentro íntimo más bien parece traumático. Siente que es su

obligación experimentar tanta calamidad y que un beso como compensación reconoce su gran sacrificio. En su diálogo con la Virgen, y en gran medida consigo misma, reprocha la aspereza y brutalidad del coito. Al estar exento de pasión, cariño o delicadeza confirma la ingratitud de Fernando de su labor y eso la destroza. A pesar de que éste enfrenta un descontento con la normatividad, no se le hace fácil distinguir el daño emocional que le hace a Cristina con su falta de arrojo para reclamar lo que realmente quiere. No le presta atención porque está muy ofuscado con su propio torbellino. No obstante, eso no fue suficiente para hacerla desentenderse de su papel de esposa consagrada. No quiere más desestimación y mucho menos pública. Eso aclara el porqué de fingir que se vive el cuadro familiar prescriptivo.

El error de Cristina estriba en su visión de mundo, pues es muy elitista y etnocéntrica. Basándose en esos valores, ella crea un cosmos y lo impone en su hogar. Asume que ella es merecedora de una mejor vida a la que ha sido constreñida. Piensa que su sacrificio por la estabilidad de su matrimonio ha ido más allá de lo que debe ser. Sin embargo, ese coraje no lo canaliza efectivamente. En vez de rebelarse contra el sistema opresor que la asfixia, reacciona contra Luberza. Al igual que María Candelaria, Cristina mantiene un diálogo con la Virgen y en ocasiones le reprocha su abandono. Se siente relegada y hasta menospreciada pues según ella, Luberza no es representativa de la imagen estandarizada por la Iglesia: “Yo hija de María. Ella no, imposible... ¿No podía ser otra la autora de mi desgracia?” (117). Las alusiones que inundan los confines parroquiales hacen que sus argumentos ostenten de peso, pues en el discurso normativo la Otredad carece de representación, pero sobre todo de validez.

Ella establece un criterio valorativo partiendo de las referencias a las que ha estado expuesta. El proceso de homogenización y de exclusión no amerita de expresiones verbales directas para ser efectiva. Por medio de la iconografía eclesiástica y del imaginario, también se

fijan posturas y se promueven conceptos que eventualmente se orientan para vigorizar un discurso arbitrario. La legitimidad que Cristina se autoproclama en demérito de otros/as, está arraigada al mismo proceso de socialización del que proviene. A ella, como a las mujeres de su estirpe, se le ciñe a un dogma, a una rutina que pasa de generaciones. Las enseñanzas que recibe en el hogar y las impartidas en el colegio religioso están dirigidas a establecer distinciones entre unos cuerpos y otros autoproclamándose como superior y hasta casi divina:

[Yo] era pura y pálida como tú, Madre, envuelta en tules, como las estampas tuyas que me dieron en los colegios de monjas donde me encerraron a adorarte. No querían que me juntara con gentuza, no querían que me tiznaran las pieles que podían mancillarme... (113)

La primera disciplina que le imponen es la de ser abnegada y estar dispuesta a entregarse al Señor; considerarse una esclava. Esa subyugación que se le impone no la ayuda a identificar tal acto como una agresión o un atropello a su libertad. Ella misma está convencida y dispuesta a ejercer ese sometimiento: “Yo le repetí tus palabras, ‘he aquí la esclava del Señor’. Me lo enseñaron las monjas. Me lo enseñó la madre de mi madre. Me lo enseñaste tú con tu ejemplo...” (113). Las mujeres que le sirven de referencia a Cristina estiman el proceso de entrega como parte de un gran diseño místico, además de considerarlo como un deber. Había que servirles a la religión y al esposo como parte de su encomienda. La idea de servidumbre se naturaliza y se incorpora en todos los estratos, pero en diferentes magnitudes redundando en la fundamentación del patriarcado. De esta manera, no se le hace fácil discernir con relación a su posición y determinar hasta qué punto es víctima o parte del sistema opresor. Como madre, se espera que ella difunda y propicie ideas junto con comportamientos similares a los que presencié en el colegio de monjas, en su hogar y hasta en la iglesia. Y esto, es justamente a lo que ella se dedica.

Como señora de la casa, Cristina se dedica a cosificar a sus empleadas dando por sentado el escalonamiento como parte vital de la interacción entre ellas; las desestima como le enseñaron

desde pequeña. El trato de inferioridad siempre es enfatizado por medio de adjetivos que denotan suciedad. La repetición de este tipo de conducta en otros contextos demuestra la continuidad discursiva que prevalece en la esfera social. La iglesia, el hogar y la organización cultural se inclinan a ratificar sus posturas entre sí. De igual manera, la formación militar colabora en este aspecto, además de infundir sus ideas de cómo debe ser un varón.

Por un lado, la iglesia se encarga de adoctrinar a la mujer para que ésta ejecute un papel sumiso: “La mujer debe ser cuna de virtud, espejo de moral, sostén de la familia. Esposas, ayuden a sus maridos a no desviarse por las sendas de la carne. Maridos, sean fieles a sus esposas y a las promesas que hicieron de rendirles el respeto que les deben” (307). Por otro, el ejército se dispone a forjar hombres productivos, fuertes y valerosos. En fin, terminan reforzando la heteronormatividad, la desigualdad en los roles genéricos y perpetuando la distinción entre la tonalidad de piel.

Ambas agencias marcan diferencias raciales y se inscriben en el patriarcado como modelo regulador. Isaac Lowell, el primer novio de Luberza, y Roberto Fornarís son víctimas de esta discriminación. En el caso de Lowell, él quiso entrar a la escuela de aviación, pero no se le permitió; lo trasladaron sin ofrecerle explicaciones. También sufre el atropello infligido por el sargento de su regimiento: “Cuando supo que era ‘de las islas’ quiso enseñarme cómo se hacían las cosas en su territorio” (187). El propósito del superior era evitar que “se le subieran los humos a la cabeza” (187) al isleño humillándolo por la pigmentación de su epidermis. A pesar de que el joven busca cada oportunidad para destacarse, aquéllos con autoridad emplean su privilegio para establecerle límites y suministrar la idea de que en esencia él vale menos. Este mensaje se intenta llevar por diferentes medios. Si es preciso, se utiliza la violencia con el fin de amedrentar y evitar cualquier tipo de sublevación. Eso se revela cuando se comenta sobre las

muerdes por motivos raciales que han acaecido en Loosey Points: “Cincuenta y ocho linchamientos el año pasado” (218). Se busca infundir el terror e inhibir la autovaloración. Así se condiciona a la población en general a pensar que existe una diferencia real entre Unos y Otros, entorpeciendo la acción política al mismo tiempo: “-Porque no dejan que ninguno sea un verdadero peligro. Lavanderas, costureras, revendones. No servimos ni de competencia” (218).

La gestión oficial que se fomenta es la de un adiestramiento básico para edificar instalaciones y hacer expansiones de bases militares. Cuando llega el periodo bélico, entonces sirven de “carne de cañón” (287). En ambas situaciones lo que se busca es sacar provecho de la mano de obra a cambio de una ilusión de independencia económica. Roberto le comenta a María Candelaria las habilidades que está desarrollando bajo la tutela de esta agencia. Al principio parece sentirse a gusto con el proceso, pues de cierta manera se considera realizado: “‘Fíjate, Madrina, no es tan malo.’ Le enseñan un oficio. ‘Construimos una base naval. Ya aprendí a montar tubos de cables y a conectar tomas de electricidad’” (265). Ante la penuria, la posibilidad de generar un sueldo fijo seduce grandemente. La precariedad, la presión de posicionarse como proveedor o como hombre exitoso según los criterios de la masculinidad hegemónica son motivaciones suficientes que revelan las razones por las cuales “[l]a mitad de los braceros del puerto ya están alistados” (287). Así como ellos, muchos otros provenientes del bajo estrato social se inclinan a hacer lo mismo.

Roberto Fornarís se ve forzado a ingresar en el ejército. Allí, al igual que Lowell, experimenta la marginación por parte de un entorno hostil que lo desestima. Lo agreden física y psicológicamente: “*Dirty nigger*, a la gente como tú hay que degollarlas como cerdos...” (299). La afrodescendencia de Roberto es vista como elemento irritante para aquellos que han asimilado la distinción y exclusión impulsada por la normatividad. El ataque que enfrenta es

uno que involucra no sólo a los tres que ejecutaron la acción en Manila, sino a un componente mucho más amplio. La responsabilidad de tal acto de violencia recae en la estructuración social en sí, la cual con sus instituciones y agencias promueven discursos que rechazan la humanidad de ciertos individuos. Constantemente se está impulsando y reproduciendo un menosprecio como estrategia solapada. Al debilitar su auto-valor, los hacen más vulnerables, pero sobretodo más maleables. Roberto y Lowell han estado expuestos a un ultraje psicológico avasallador que los borra como entidad políticamente.

Por un lado, se saca provecho de la mano de obra, por otro, se enclaustra a estos hombres dentro de un círculo discursivo por el cual se sustenta su marginalidad. Se cautivan con la falsa ilusión de que reivindicarán esa imagen masculina la cual se les exige socialmente al ingresar en una agencia que provee las herramientas para ser hombres productivos e independientes. La noción de agencialidad que promete esta acción es mera ofuscación, pues queda tronchada por los criterios calificativos que despersonifica a aquellos que no cumplen con los estándares que reclama la masculinidad hegemónica: hombres blancos, de clase media.

Si como arguye Toro Alfonso, "...el sentido de aislamiento social, la ausencia de apoyo social, la fragilidad o inexistencia de organización política y empoderamiento social [es] lo que provoca la vulnerabilidad" (123), se podría argumentar que la agencia militar además de servir como institución que fomenta un modelo de masculinidad específico, por otro es responsable de fomentar una disparidad entre individuos. Tal divergencia pasa desapercibida justamente por el modelo jerarquizado en el que se rige. Se entiende que para tener notoriedad aquí hay que subyugarse ante los superiores y hacer todo lo requerido. Es parte del proceso disciplinado al que hay que someterse. Por ejemplo, las insignias de Luis Arsenio le confieren superioridad ante soldados como Roberto. Su grado universitario lo coloca automáticamente sobre su medio

hermano. Cuando Roberto tiene que declarar frente a Luis Arsenio y el *major* Humbell, el saludo inicial refleja la pleitesía que acostumbran para reiterar tales distinciones entre sí. De igual forma, Luis Arsenio se limita ante el otro superior y se dedica a tomar notas. En cierto momento sintió el impulso de ayudar como intérprete ante la insistencia de Humbell de que Roberto repitiera la declaración, pero “decidió que no era su lugar” (299).

Esta estructuración es una réplica de la autoridad del padre la cual no se cuestiona. En este espacio homosocial, la interacción se regula por primacía y está destinada a mantenerse de esa forma para tener éxito. Los comportamientos que se esperan aquí responden a la implementación de los criterios de la masculinidad hegemónica, pero sobre todo a la noción de avasallamiento. Aquellos que quedan en la baja esfera son los designados a ser manejados precisamente por la inmovilidad a la que los limitan.

En esta obra hay un sinnúmero de instituciones y relaciones las cuales muestran las interacciones que sustentan y replican el escalonamiento, la heteronormatividad, la masculinidad hegemónica, la preponderancia, el discrimen y el sexismo. Muchos de los personajes se suman al proceso inconscientemente, pues han sido moldeados por unos discursos que han definido su espacio cultural mucho antes de ellos haber existido. Por tal razón, estas posturas se adquieren con naturalidad y sin cuestionarse como parte de la necesidad colectiva para subsistir ya que son enfatizadas de muchas maneras simultáneamente. Sin embargo, el burdel presenta una desestabilización a ese orden. Por un lado, es el medio que le proporciona a Luberza adentrarse a un espacio regido sólo por hombres. Por otro, le facilita a Luis Arsenio descubrir una conexión especial con su cuerpo. Mientras los espacios públicos y la esfera privada de los hogares fomentan la masculinidad hegemónica, es aquí donde el joven se agencia como subjetividad y aprende a disfrutar de la sexualidad lejos del dictamen normativo.

3.4 Otras subjetividades frente a la construcción de la masculinidad: *Sirena Selena vestida de pena*

Imaginar espacios divergentes es parte de una tarea necesaria para establecer mejores relaciones entre las subjetividades. Sin embargo, atentar en contra de la heteronormatividad es una tarea espinosa por lo riguroso de su imposición. Las tendencias que no acatan el modelo genérico están sujetas a sufrir la amenaza de exclusión y de reconocimiento humano. Son proyectadas como anomalías y su comportamiento es patologizado. Entonces, ¿cómo lidiar con un orden basado en la imposición de géneros y de identidad como fórmula para reconocer sujetos?

En esta novela, Santos Febres trabaja con el travesti, el mundo del espectáculo y la realidad desestabilizada por el planteamiento transgresor que afirma esta transformación en sí. Se rompe con la rigidez infundida socialmente. Los parámetros divisorios de comportamiento y apariencias exigidos por la norma pierden la esencia y la naturalidad atribuidas mostrando así la construcción de identidad y su vulnerabilidad. Al respecto, Severo Sarduy¹³¹ explica que el travestirse trata de hacer una simulación de lo femenino. Pero también él agrega que lo femenino a la vez es una imitación, que no existe mujer alguna¹³². Ese concepto de mujer, u hombre, es uno creado como tantos otros como parte del condicionamiento cultural. En el caso del travesti, éste “se precipita en la persecución de una irrealidad infinita” (1982, 14). En la búsqueda por fijar esa ilusión, el personaje principal, Sirena, encarna en sí una idea preconcebida socialmente de lo que debe ser una mujer, pero, al mismo tiempo, perfeccionada intentando

¹³¹ Ver *La simulación* donde se expande el concepto de transformarse y camuflarse. Para él, la finalidad es desaparecer para dar paso a una materialización. El concepto de mujer es una creación, una apariencia que se simula, pues no existe la noción de una identidad esencial. La incorporación de la fijeza dentro del simulacro es un vehículo para desaparecer. El travestismo procura la verosimilitud sobrepasando la propia concepción de lo idealizado. La materialización busca perturbar el modelo para que la imitación parezca real. Sin embargo, se parte del vacío según explica Sarduy y lo ve como principio generador: “Es el vacío, o el cero inicial, el que en su mimesis y simulacro de forma proyecta un uno del cual partirá toda la serie de los números y de las cosas, estallido inicial no de un átomo de hipermateria... sino de una pura no-presencia que se traviste en pura energía, engendrando lo visible con su simulacro” (20).

¹³² Judith Butler en *Gender Trouble* también explica que la categorización entre hombre y mujer es parte de esa construcción social que adjudica diferencias más allá del aspecto fisiológico con la intención de jerarquizar.

conseguir el efecto que sobrepasa la perfección. “Todas queríamos ser otra cosa, estar en otro lugar...” (31) comenta otro personaje encapsulando las propuestas de estas subjetividades. La tarea específica de cómo manejar su cuerpo es una coreografía que sólo amerita tiempo, observación y entrenamiento¹³³. Se parte de estas especificaciones como bases para de ahí encarnar un simulacro.

El personaje hace una incorporación de aquellos elementos que le favorecen o convienen en su proceso por subsistir. Ésta es su motivación primordial, pues ha enfrentado la vida desde la precariedad y ha sido víctima de su aspecto nefasto. Vive en “una cajita de fósforo” con su abuela materna hasta que ésta fallece (38). La señora se dedica a limpiar casas. Lo poco que gana apenas alcanza para ambos: “Había miseria, a veces teníamos que comer noche tras noche Chez Boyardees¹³⁴ fríos y pan. Pero éramos felices” (16). Cuando ella muere, el chico queda automáticamente bajo la custodia del Estado. Decide escaparse y evadir la policía y los trabajadores de la agencia de Servicios Sociales. Termina vagabundeando por las calles, pues no quiere que abusen de él. Eventualmente da con Valentina Frenesí y más tarde con Martha Divine. Es entonces que acepta vivir con cada una de ellas en momentos diferentes considerándose parte de una familia. Con ambas y en periodos distintos, aprende a sobrevivir la hostilidad y la inopia.

Todos estos pormenores se van presentando paulatinamente según se va desarrollando la acción principal que es un viaje a Santo Domingo con Martha Divine para ofrecer su espectáculo en un hotel de lujo. En el transcurso del viaje y la estadía se va contextualizando la vida de Sirena y comparándola con la de Leocadio, un joven dominicano que es asediado por otros chicos por su supuesta fragilidad. Ambos quinceañeros poseen una belleza que descontrola a los

¹³³ Sarduy alude a la noción de “autoplástica” cuando el hombre puede recrear o pintar su cuerpo como si éste fuese un lienzo (p. 15).

¹³⁴ La alusión es a los espaguetis enlatados de marca Chef Boyardee.

hombres y, por otro lado, enfrentan la precariedad económica. Se ven forzados a encontrar nuevas relaciones familiares con gente extraña que los comprende y los ampara. Es solamente bajo estas nuevas configuraciones que ambos pueden conseguir tranquilidad y cierta estabilidad.

Cuando Sirena se aferra a la compañía y guía de Valentina, lo hace para evitar el atropello que incurriría en un hogar asignado por el Estado: “Allí abusarían de él los más fuertes, le darían palizas, lo violarían a la fuerza para luego dejarlo tirado...” (9). Valentina, travesti que se sacrifica por el bienestar de Sirena, lo cobija, le sirve de mentora y lo ayuda a potenciarse por medio de espacios que exigen y permiten la modificación de la norma. Ella sabía a lo que Sirena se enfrentaría de caer en manos de las agencias gubernamentales. Lo había experimentado por sí misma y estaba conciente de la agresión que se padecía en estos lugares: “Tener un simulacro de familia que te trata mal y por cobrar es peor que no tener a nadie” (89). La hermandad y aplomo que ella provee le sirven de brújula para madurar y hacerse valer por sí mismo al Sirenito. Cuando Valentina aparece muerta por una sobre dosis de narcóticos, se encuentra con Martha Divene. Ésta se autodenomina como la madre y auxilia a Sirena y termina de prepararla para que pueda sobrevivir por su cuenta.

Si bien la primera mentora fue su abuela que le enseñó letras de boleros, luego se encontró con Valentina la cual le enseñó a “hacer la calle”¹³⁵ y a “profesionalizarse”. Con ésta aprende a usar su cuerpo como una especie de sistema económico. Su inversión laboral desde el plano sexual y establecimiento de regulaciones le ayudan a abordar los problemas monetarios en unas ocasiones más efectivamente que en otras. Por ejemplo, Valentina le sugiere que trabaje de bugarrón¹³⁶, lo instruye con relación a los profilácticos y los precios por labor: “No te dejes

¹³⁵ Entiéndase por practicar la prostitución.

¹³⁶ La palabra adquiere una connotación interesante. Describe a un hombre que penetra a otro. Sin embargo, algunos que disfrutan la sexualidad con otros varones y no quieren ser percibidos como homosexuales prefieren mantener la reputación de bugarrón porque correlacionan ese rol con la heterosexualidad. Quieren mantener el

regatear de más. Tú controlas este juego. El plástico va por la casa” (78). Cuando Sirena es atacada y violada, Valentina lo obliga a prometerle que nunca más iba a permitir que lo penetraran. Aún después de la muerte de Valentina, Sirena mantiene sus códigos de restricciones y sigue lidiando con el impacto emocional que el ultraje produjo:

Anoche tuvo pesadillas. No recuerda sino retazos. La cara de su Valentina, azulosa y medio hinchada, la obliga a prometer que nunca más se dejará clavar por ningún hombre. Entonces aparecen sus propias manos dando zarpazos desesperados, y la cara de aquel tipo que ha intentado olvidar desde hace tiempo (235).

Finalmente, Martha con sus destrezas de empresaria lo introduce al espectáculo y el mundo de la apariencia como medio de lucro. Ese era uno de los aspectos que más le intrigaba de Valentina y siempre quiso adquirir esa sabiduría: “Trabajando la esquina opuesta a donde la diva hacía pasarela, Sirena quiso saber cómo Tina lograba su perfecto simulacro” (79). No es hasta que llega a toparse con la propietaria de El Danubio Azul que logra satisfacer ese interés. El aceptar ser su hijo la coloca en posición aventajada, pues, aparte de poseer una voz impresionante, la mentalidad productora de Martha lo enseña a encarnar personajes. Parte de las destrezas que adquiere junto a la empresaria es negociar presentaciones lucrativas. Una vez alcanza tales destrezas, quiere ponerlas en práctica y demostrar su potencial.

Después de finalizar su compromiso original en Santo Domingo, Sirena se aventura a aceptar una propuesta para una actividad privada que le hace el Sr. Graubel: “Si hacía esto sola, podría comprobar que ella en verdad tiene facultades para dirigirse, promoverse y administrarse” (66). Aunque el propósito oficial del viaje era vender un espectáculo, a Sirena se le presenta la oportunidad de probarse a sí misma. El empresario y accionista de farmacéuticas y hoteles queda impactado por Sirena y hace todo lo posible porque éste se quede en su propiedad. Ha planeado cuidadosamente acercársele y conquistarlo. Piensa que el Sirenito es “la mujer de sus

estatus de penetrador, asumiendo así la postura del activo y por consiguiente del macho dominante reforzando las imposiciones de la heteronormatividad. Se les hace muy difícil desvincular las nociones de lo femenino y lo masculino de las de activo y pasivo.

sueños” (59-60) y se propone amarla como nunca lo había hecho: “-Te amaré, Selena, como siempre quise amar a una mujer...” (60)

Hugo, al igual que Sirena, vive con un vacío por dentro. Busca como saciarse con su esposa Solange, pero se desencanta cuando ella quiere establecer las relaciones íntimas partiendo de la mentalidad heteronormativa y la veneración de la penetración como máxima forma de la sexualidad. Ella se siente incómoda con el sexo oral que su esposo le ofrece y disfruta tanto. Así que le pide suplantarle por penetraciones:

Después de varias insistencias, la niña le confesó a su marido que se sentía avergonzada de tanta lamidera¹³⁷. Le preguntó que por qué no la montaba, como era debido entre hombre y mujer (145-146).

Al Hugo encontrarse con Selena siente que es el momento ideal para satisfacer “el hambre que lo carcomía” (146). Nunca había logrado experimentar lo que imaginaba que su cuerpo podía sentir. La primera vez que tuvo una relación sexual fue con una mujer que su padre contrató. La intensidad de la experiencia de verse por dentro y poder palpar todo como si estuviera detrás de una pantalla lo sobrecogió en aquel momento: “... el terror fue tan grande que de espanto se ahogo en un mar” (134). Pero, el intimar con Sirena lo hace revivir y sentir que rescata esa parte de él que quedó perdida hace mucho tiempo. Hugo le promete ayudarlo y dice ser capaz de poner todo a sus pies: “Se deja tocar, se dejaría matar por el chamaquito aquel, a ver si así le prueba su compromiso, a ver si así lo convence de que algún día lo deje entrar hasta donde está escondido, muerto de miedo” (255).

Con apenas quince años el Sirenito, ya cuenta con un fuerte peso emocional encima. También, con un cuadro de referencias que le advierten constantemente precaución. No quiere terminar como Valentina o Martha ni depender de nadie. Se siente vulnerable porque Hugo la ha trastocado emocionalmente. Entonces intenta escapar con los boleros para mantenerse a

¹³⁷ Nótese que en el lenguaje popular dominicano se sustantiva de esta forma el verbo “lamer”.

distancia como en otras tantas ocasiones ha hecho y liberarse del hechizo. Después del acto, sale de la habitación dejando a Hugo dormido y abandonando la posibilidad de poder aferrarse nuevamente a esos brazos que la han hecho sentir confiada. Ha decidido renunciar a todo eso y proseguir. Siente que está listo para manejar el deseo y convertirlo en lucro; no quiere exponerse a caer en alguna trampa: “De alguna forma se tiene que proteger de esa promesa de amor” (238).

La continua amenaza y exposición a “fieras”, como denomina Leocadio a esos hombres que demuestran su masculinidad por medio del avasallamiento sexual, lo pone en advertencia. El estar ahogado en su pena y su soledad, además de estar acostumbrado a las mentiras, lo predispone y no se da cuenta de que Hugo Graubel también gravita en una pesadumbre. Esa parece ser la motivación que lo lleva a prometerle amor por siempre y amarla como ha deseado. Intenta salir de los estándares que rigen su sexualidad. Él sabe que hay otras maneras de concebir la intimidad. Intuye que es un camino repleto de sensaciones recónditas que requieren abrirse a ellas. Sin embargo, en un país como el suyo esta búsqueda se hace escabrosa por la manera en que se sustenta y patrocina la masculinidad hegemónica.

La convergencia entre travestis puertorriqueños y empresarios dominicanos ofrece luz sobre las configuraciones que disciplinan y presionan para mantener la posición de la norma como baluarte. Los negocios de Martha y Sirena sólo pueden darse clandestinamente de lo contrario se atenta contra la Ley. La oferta original que le hacen al Sr. Contreras no es aceptada por la administración del hotel. El espectáculo que Martha logra vender posteriormente en un hotel pequeño puede provocar el cierre de éste si el Estado se percata de los espectáculos. La policía representa una amenaza violenta para éstos como lo fue en Puerto Rico. Esa es precisamente una de las quejas más mencionadas por Martha Divine cada vez que cuenta

anécdotas de su juventud. El estar en las calles es motivo suficiente para ser agredidos y poner en práctica un trato despectivo y punitivo:

“Martha salió del Danubio, preparándose para lo peor. Pensaba que iba a tener que pelear con algún policía, buscando propinas extras, pateaba a las muchachas, o le caía a macanazos a algún cliente” (11).

“En aquella época exponerse a la policía no era ningún chistecito. De seguro te ganas una paliza” (35-36).

“...corrían rumores de redada. Y nosotras allí tan bellas, a pique que llegara la patrulla policiaca a hacernos pasar vergüenzas en el cuartel de Puerta de Tierra (73).

“Adentro de la patrulla olía a guardia violento buscando estrenar macana (115).

“Los policías iban a asustarnos, las más veces nos corrían, nos daban algunos palos ‘pa enseñarnos a ser hombres’, o nos llevaban al cuartel. Por joder, aunque se les cayera el caso. La cosa era fastidiarnos la noche (137).

Se quiere purgar el espacio público de todo lo considerado como aberrante ya que hay que sustentar en gran medida la disciplina de género impuesta tanto en el núcleo familiar como en la calle.

En las dinámicas entre Leocadio y Migueles, compañero de vivienda y trabajo, se palpa cómo los preceptos que identifican la virilidad se acogen, se promueven y también se modifican para dar cabida a otras disposiciones. Si bien Leocadio enfrenta cambios en su vida por tal de evadir “las fieras” sin importarle mucho lo que piensen de sí, Migueles lucha por hacer un balance entre lo que significa ser hombre y otros códigos que le permiten saciar su necesidad económica inmediata. Migueles siempre mantiene un trato de cordialidad y respeto hacia Leocadio. Es este detalle el que resalta Leocadio porque siente que por primera vez lo valoran por lo que es en vez de por lo que debería ser.

En contraste, Alfonso lo compara con una niña. Éste insiste en imponerle a Leocadio un rol sexual para justificar su acercamiento y curiosidad por tocarlo. Lo desestima por ser pequeño. El hecho de que no puede comenzar a trabajar lo frustra, pero más lo desestabiliza que Alfonso no lo respete. Para este último, se llega a ser hombre por medio del miembro sexual. La

penetración constituye la medida establecida para determinar tal estatus sin importar a quién se penetre. Al denominar a Leocadio como “una leoncita” lo que hace es reforzar la distinción entre unos cuerpos y otros para posicionarse como el poderoso.

Leocadio, por su parte, se pierde entre la cólera y los estímulos que experimenta su cuerpo mientras forcejea con Alfonso. La imposición que éste establece por medio de la fuerza es lo que realmente repudia Leocadio:

Se me forma una tormenta en los ojos. Siempre es igual, el agua se me empoza en los ojos, me delata... Se ríe, corre hasta la maleza. Yo lo persigo. Él se da un vuelco y me atrapa, me agarra los brazos, por detrás... Entonces un caliente de abrazos, carne que se arrima por la espalda... Miro las manos que agarran las mías, amarillas. Las de él, chocolate espeso. Van bajando ambas, hasta eso que una vez agarró... Me voy poniendo duro como piedra, duro como animal que va a cazar pajaritos... (101-102)

No hay una conexión directa entre la imagen corporal y el comportamiento sexual como socialmente se asigna y como Alfonso intenta hacer para autorizar su conducta.

Para Migueles, el hacerse hombre requiere de valerse por sí mismo. Aunque reconoce que Leocadio es muy joven todavía, lo aconseja y lo insita a pensarse como uno, pues el estar solo lo valida y lo lleva a buscar cómo generar dinero para sustentarse. Las conversaciones entre ambos llevan a Leocadio a contemplar las concepciones desde otros parámetros; especialmente las que le impusieron otras personas a su imagen y que él se las adjudicó como si fuese imprescindible hacerlo: “Su mamá le aconsejaba que se protegiera, que él era diferente, frágil, vulnerable, y Leocadio le creyó. Andaba por la calle con miedo, tratando de no provocar a nadie en el vecindario. Nunca tuvo éxito” (196). La institución familiar cala en el chico y en cómo el debe proyectarse. De cierta manera, su madre lo constriñe y él termina encarnando una representación que lo encarcela en su propio cuerpo y lo desarma psicológicamente. No es hasta que se relaciona con Migueles que cambia su concepción sobre sí mismo.

El afrontar su vida en un nuevo espacio, junto a otras personas y bajo unas exigencias diferentes a las que tenía junto a su madre lo lleva a recapacitar y a redefinirse. Adquiere un

trabajo en el pequeño hotel de Stan, donde eventualmente los travestis de Martha harán su espectáculo. Allí comienza a desvestirse de tapujos y a desafiar imposiciones. A pesar de que se le prohíbe que visite el bar, él está listo a infringir las reglas: “Él siempre se había preciado a ser niño obediente, callado, formal. Pero su obediencia terminaba donde empezaban las escaleras de aquel bar” (223). De igual manera, reconsidera lo que es ser hombre y encuentra su lugar dentro de tal concepto. Ha crecido y entendido que esa posición no se la da el ser alto, fuerte o tener cierto órgano sexual: “Hay muchas maneras de mandar, muchas formas de ser hombre o ser mujer, una decide. A veces se puede ser ambas sin tener que dejar de ser lo uno ni lo otro” (258).

Leocadio disfruta la compañía de Migueles porque lo trata como a un hermano y lo respeta. Junto a éste ha visto otra perspectiva. Leocadio, al igual que Sirena, ha tenido que alejarse de su origen para recrearse. Ambos han incorporado a otras personas como familia en sus vidas y se han reinstalado en el mundo cargados de nuevos saberes. Al potenciarse se han hecho fuertes e invulnerables en una sociedad que se empeña en encapsularlos y en regir su conducta. Al final de la novela, están preparados para enfrentar las desavenencias sin perder su norte concientes de que los estándares no determinan absolutamente nada: “¿Y si el más listo no es el más forzado, y si quien dirige no es el que tiene los cheles, sino quien los consigue siendo el más listo?” (259). Ambos se han probado a sí mismos como ingeniosos, que es lo que en realidad importa para lidiar, como dice Martha Divine, en “[e]sta vida moderna [que] le saca el monstruo a cualquiera” (263).

3.5 *Fe en disfraz*, la historia occidental, la esclavitud y la masculinidad

En *Fe en disfraz*, Santos Febres trabaja temas y conceptos que aunque ya los había insertado en otras obras, aquí cobran un nuevo relieve. El relato erótico, la valoración del placer

y el deseo, junto con la plasticidad retórica se suman a los vínculos entre el blanco y el negro, el amo y el esclavo, el jefe y el subalterno, el sadismo y el masoquismo, además de incorporar el fetichismo. La integración de estos binomios hace de esta novela una compleja que además de deleitar y cumplir el objetivo estético propone una revisión de estas relaciones partiendo del aspecto étnico sin dejar a un lado el rol de la historia en las construcciones de la masculinidad.

La narración está a cargo de Martín Tirado, un joven historiador puertorriqueño, blanco que trabaja a cargo de los archivos electrónicos en la Universidad de Chicago. Él se prepara para un encuentro erótico como parte de un rito establecido por su jefa y amante, Fe Verdejo, en “Sam Hain”. Fe es una distinguida historiadora venezolana, museógrafa, negra y con una preparación académica muy destacada. Antes de efectuarse el encuentro entre éstos, se dan a conocer todos los detalles pertinentes para comprender la relación íntima y la conexión con la historia. Termina la novela cuando ambos conmemorando el final y comienzo de un ciclo, que más que histórico, refleja la vida misma.

Martín se ha dado a la tarea de redactar su historia junto a Fe donde explica cómo termina colaborando con Fe en su investigación sobre esclavas manumisas en Latinoamérica. Cuenta que Fe, en su búsqueda de archivos y documentos, da con un traje de época que perteneció a Xica da Silva¹³⁸ en la Hermandad de las Mercedes en Brasil. La primera noche que Martín la visita en su casa, precisamente el 31 de octubre, terminan en una habitación donde hay sólo un diván y una caja grande. Ella se pone el traje y comienzan los ritos entre ambos. Martín confiesa que el arnés que lleva por dentro del vestido lacera a Fe al más mínimo movimiento de su cuerpo, pero eso lo excita: “Yo, preso del rito, no hacía más que jadear, sabiendo que, con cada caricia, la piel de Fe recibía un mordisco del arnés, que levantaba en una nueva herida” (57).

¹³⁸ Xica da Silva fue una negra esclava brasileña.

El joven entra en una fogosidad cuando ve o imagina el cuerpo de Fe, pero también cuando lee los documentos sobre las esclavas y termina masturbándose. Estos escritos están redactados de cierta forma que tienden a proyectar un carácter pornográfico. Martín, lejos de una mirada crítica a estos documentos, inicialmente cae dentro de lo esperado en una sociedad donde se venera la sexualidad que cosifica a la mujer, especialmente cuando es negra. No hay juegos sensuales ni posturas más allá de la satisfacción inmediata que produce una descripción simple. Paulatinamente, Martín llega a reconocer esto.

Por medio de la sexualidad que disfruta con su jefa, establece un criterio erótico que va tonificando gradualmente. Identifica una dualidad en sí que va documentando como parte de sus escritos. Comienza a nombrar su miembro como algo independiente que reacciona con furor a los atropellos de las esclavas:

Me ponía a leer recuentos de esclavas, sus desventuras a manos de amos disolutos. Respondía mi obelisco henchido ante el relato de sus carnes, recibiendo azotes, abultándose bajo los cueros del castigo. Entonces, como en medio de una revelación, veía a las esclavas siendo poseídas por dedos, lenguas, vergas metidas entre piernas abiertas, tiznadas apenas por un brillo de humedad sobre un rosa profundo. Tiradas entre un montón de paja, dejaban entrar el cuerpo del amo o el del capataz, hasta que ardían ella, él, ellos, el asco y el deseo, la repulsión el odio y un gemir, todo unido. (45-46)

En sus descripciones, va figurando una inclinación a humanizar esos personajes de la historia. A pesar de la posición de sumisión de las mujeres que imagina a partir de su lectura, en su mente, ellas son las que dejan entrar al poseedor a sus cuerpos y terminan sumidas en placer al igual que ellos. Contrario a las descripciones de los registros de pleitos legales, en Martín se van gestando otras reacciones y otras negociaciones que sólo aprende sumergiéndose en la propuesta sexual del uso del disfraz que le propone Fe.

El tono y el estilo que se utilizan en los documentos que relatan el caso de dos esclavas que fueron violadas en varias ocasiones por un mismo grupo de hombres contrastan con los de

Martín. En los papeles legales las particularidades son toscas y simples. No hay matices, ni revaloración de la vida, del amor o el aspecto existencial desde un plano filosófico:

El primer día –cuenta Petrona- tres gendarmes entraron en María, uno por delante y otro por detrás, mientras otro le ponía su vergüenza en la boca hasta casi ahogarla. A mí me sujetaron dos y me hicieron mirar lo que hacían. Uno me tenía de las greñas y me forzaba a tomarlo con mi boca. Los otros dos tomaban turnos para entrar. Los siguientes días nos usaron para sosegar, mientras competían entre sí, midiendo sus virilidades y haciendo luchas a cuerpo desnudo entre ellos. Estaban como poseídos. No paraban de aullar ni de montársenos encima. (39-40)

La disparidad estriba mayoritariamente en la cosificación de éstas y en el dominio del discurso masculino. A pesar de que se incorpora la voz de una de las víctimas, y se le da la oportunidad de narrar el acontecimiento, el expediente termina impregnado por el punto de vista de quien tiene el poder dentro de la institución del Estado.

Los alegatos que lee Martín reflejan la imposición suprema del hombre blanco frente a las mujeres negras. En otros documentos, son las mujeres blancas las que refuerzan el sistema patriarcal denunciando a las esclavas y estableciendo una distinción entre sí. A las negras se les describe como hipersexuales y se explica que su esencia maligna incita al hombre blanco a la lujuria y a un estado animal. También se intenta justificar ‘racionalmente’ el doble estándar que favorece a los hombres. A éstos se le atribuye un mero impulso masculino el cual es responsable de su conducta y responde a la sexualidad obsesiva de las negras: “...ella gritando como las callejeras de la calle, como acostumbran las que son de su clase [...] ¹³⁹ las negras, personas sujetas a servidumbre, viles, de baja suerte, atrevidas y desvergonzadas...” (28). Los atributos impuestos socialmente a mujeres de tez oscura se establecen partiendo de una vinculación con lo primitivo y lo salvaje como parte de su esencia. Así se argumenta que tienen una predisposición para lo carnal. La deshumanización que se le impone las margina con relación a las otras mujeres, pero también, se usan como juguete sexual por parte de los patrones.

¹³⁹ Nótese que incluyo esta parte como tal aparece en la novela.

La sustentación de la masculinidad hegemónica no sólo se ve impulsada en la obra por los documentos históricos, sino también por la madre del joven historiador. La progenitora asume el papel de mentora con respecto a la formación masculina cuando su padre fallece. Martín tenía nueve años cuando ésta lo ajora para que compita y se comporte como un hombre, mientras que a él lo que le importaba era leer los libros que su padre le dejó como herencia. Cuando crece un poco más entonces incorpora la masturbación a sus intereses. Martín no se define como el prototipo de macho alfa que se menciona una que otra vez en la obra. Tampoco quiere asumir tal papel. Al contrario, está abierto al cambio y a reconfigurarse. Progresivamente ha ido experimentando una sexualidad distinta al igual que Fe.

Ahora ha entrado en un proceso de autoconocimiento, lo cual queda plasmado en su escrito. Experimenta un proceso de madurez paulatino y atinado por medio de la sexualidad. Fe y esa relación íntima le han permitido a Martín el identificarse como dos personas:

Me dividía en dos: uno era el que leía y sentía aquella vergonzosa hambre. Otro Martín, insumiso, se mantenía a raya... Ese Martín es quien hoy me hace comprender: la Historia está llena de mujeres anónimas que lograron sobrevivir al deseo del amo desplegándose ante su mirada. Pero nunca se abrieron completas. (46)

Aquél Martín que se sumerge en la sexualidad como proyecto de vida es el que realmente le da la oportunidad de desvestirse del disfraz que impone la historia oficial y las pautas sociales que exigen comportamientos específicos para manifestar la virilidad. A Martín no le interesa dominar el cuerpo de Fe, no le interesa posicionarse como su dueño. Él sabe que cada vez que disfruta un coito experimenta una derrota lo cual se proyecta como el comienzo de algo completamente diferente. Por eso es que se dirige a la casa de Fe con tanto afán. Ese someterse es parte de su ritual de desnudarse de la propia piel y de las fuertes connotaciones que ésta carga socialmente. Es así como único puede verse y sentirse a sí mismo.

Desligados de las cargas y presiones que les imponen la sociedad, ambos pueden distanciarse y disfrutar de una nueva sexualidad. Es por tal razón que se entregan al ritual de enmascararse. Se potencian al reconocer que la realidad está compuesta de disfraces¹⁴⁰ y que esos conceptos de ‘subordinado’ y ‘opresor’ aniquilan y destruyen cuando se toman en serio. Ambos, como historiadores, se aferran a disfrutar de los procesos cíclicos del tiempo, especialmente de los hábitos de tribus paganas que se trasmudan en “poderosas bestias” por medio del chamanismo (13). Personificar los animales vistiéndose con las pieles, además de ofrecer el culto de agradecimiento, ayuda a revestirse de otras fuerzas.

Martín y Fe aprovechan su conocimiento sobre estos rituales no sólo como reverencia al pasado de unas esclavas manumisas, sino para engalanarse con la fortaleza que les permitía a ellas entregarles el cuerpo a los amos, pero no el alma. Ataviarse con el traje amarillo y el arnés le ofrece a Fe la oportunidad de reproducir el sacrificio que exigía el sistema esclavista de parecer ser la sometida. Sin embargo, el ritual que cierra la obra pretende hacer el juego erótico y culminar desvestidos de todo atuendo y prejuicio social para romper con toda esa institucionalización de roles sociales y abrirse a otras expresiones del ser.

3.6 Remedios para una sobredosis de masculinidad

En el año 2011, salió la última publicación de Santos Febres de la editorial Agentes Catalíticos, *Tratado de medicina natural para hombres melancólicos*. Aquí, la escritora redacta consejos dirigidos directa, pero no exclusivamente, a los varones. Consta de 32 melancolías con sus reflexiones. El libro se divide en tres partes tituladas: “Males de duplicidad”, “Males de insignificancia” y “Brevísimo tratado acerca de la sabiduría en la mujer”. La obra se forja desde

¹⁴⁰ En *Sobre piel y papel* (2005), Santos Febres puntualiza en varias ocasiones la idea de que las identidades tienen carácter performativo.

el humor, la filosofía y la psicología para llevar su poesía a acoger un giro un tanto paródico. Sin embargo, el aspecto risible y la crítica a la exclusión del conocimiento de la mujer no son el único propósito del libro.

Santos Febres entiende que hay una necesidad ante la crisis actual de los hombres y que eso propicia una alta incidencia de criminalidad y atropello en la sociedad contemporánea. En entrevista con el periódico *El Nuevo Día*, explica lo siguiente: “Mi percepción es que una de las razones por las que hay tanta violencia en el país es por la alta incidencia de hombres melancólicos¹⁴¹, que han perdido su trabajo, que no saben bregar con sus emociones y recurren a la violencia” (Díaz, 2011). El no poder lidiar con las exigencias de la masculinidad hegemónica contemporánea, los deprime en algunos casos, y en otros, entran en la sobrevaloración de alguna característica, lo cual produce disturbio. En general, todo redunda en agresión y hasta en la autodestrucción del individuo.

Dentro de las concepciones patriarcales tradicionales, a los varones se les exigía ser proveedores. Eso era parte vital de su rol masculino, pero hoy día esa responsabilidad no es exclusiva de ellos. Hay un sinnúmero de mujeres proveedoras, jefas de familia o que colaboran con el ingreso de la familia lo cual desliga a muchos hombres de esa exclusividad. El continuo desarrollo económico e industrial a partir de las guerras mundiales de principios del siglo XX que se han ido generando en las grandes urbes ha facilitado estas transformaciones. También han impactado la socialización de hombres y mujeres dando oportunidad a que éstas se adentren al espacio público por la necesidad de levantar la economía. Si bien es cierto que sustentar la familia provocaba respeto, también es evidente que esto estaba ceñido al poder adquisitivo y por

¹⁴¹ La escritora define la melancolía como un estado en el cual “las pasiones desmadejan el cuerpo, lo dejan laxo, sin ganas de nada, deshabitado y a la vez violento. El melancólico se aparta de los demás, destruye cuanto ama, ataca lo que le besa. La soledad se lo va comiendo, rumiándole en la cabeza hasta dejarlo irreconocible” (Santos-Febres 2011, 9).

consiguiente al éxito. Entonces, según Santos Febres, cuando los varones se reconocen incomparables frente a sus padres o abuelos por el cambio de “paradigma de la sociedad patriarcal” se genera angustia, frustración y melancolía (Díaz, 2011). Sin embargo, ésta es sola una parte de esa ansiedad.

En la primera sección del libro llaman la atención los diferentes temas que atienden quejas de falta de superación, pero también apuntan a la sexualidad, la impotencia, la paternidad, la atracción hacia otros hombres, el engaño en las relaciones, el desapego, el matrimonio¹⁴². En la segunda parte, se discuten otros males y a su vez se van incorporando a las mujeres. Entre éstos se encuentran el de la mujer como trofeo, el abandono, los penes pequeños, el temor, la abundancia frente a la plenitud, los achaques del alma y el hombre afeminado¹⁴³. El último segmento del libro se lo dedica solamente a la misoginia, no sin antes hacer una buena exposición de una amalgama de tópicos muy variados en las dos partes anteriores.

En cada melancolía, explica con detalles las trabas que se pueden enfrentar. Expone los síntomas y concluye con sugerencias en casi todas con una que otra excepción donde les dice que no hay remedio alguno para su situación. Las soluciones que propone surgen de sus experiencias como mujer que ha lidiado con hombres. Sus relaciones de noviazgo o sus tres matrimonios le han servido como marco para darse cuenta de cómo sufren los hombres y cómo no pueden salir de su tribulación hasta que no se desligan de las trabas sociales que les suprimen sus emociones:

Son consejos de una mujer vieja que mucho ha amado a los hombres melancólicos. Tres veces en mi vida los he desposado. Los he visto irse y retornar portando otro cuerpo, otra faz. Los he visto morder la cola de las lágrimas como si fueran cometas explosivos. Los he visto quererse morir y renacer en el cuerpo de la amada. Y los he sobrevivido. (10)

¹⁴² La incorporación de la atracción de hombres hacia otros hombres entre las melancolías no intenta presentarse como mal, sino su negación. Señala que el sufrimiento de algunos varones surge por no aceptar y estigmatizar como negativa esa atracción que sienten hacia otros varones.

¹⁴³ Santos Febres trata de señalar la melancolía que sufren algunos varones por seguir el modelo hegemónico.

Entre las recomendaciones que ofrece están el llorar, desahogarse, aprender a amarse, conocerse, hacer lo que les apasiona, amar a otros hombres, dejarse amar, salir de situaciones asfixiantes, salirse de la rutina, recomponer su sexualidad para su deleite, saber cuándo deshacerse de una relación tóxica, evitar la incertidumbre. En adición, incluye brebajes, infusiones, rituales chamanísticos, o simplemente entregarse a un baño de mar: “Una de las terapias más efectivas para cualquier mal que aqueje el cuerpo o el alma son los baños de mar” (75).

Entre pócimas y risas, Santos Febres confronta el conocimiento regido por los hombres y las posturas masculinas ofreciendo caminos alternos. Se define como compañera y amiga dispuesta a colaborar desde esos saberes que han ido adquiriendo las mujeres con el pasar del tiempo y que son proscritos precisamente por provenir de éstas. Advierte que a la mayoría de los hombres se les hace muy difícil socorrerse entre sí porque están muy sumidos en los atavíos que les impone rigurosamente la sociedad. Muchas mujeres, según la autora, están más preparadas para lidiar con la melancolía. No están condicionadas a conquistar ni a librar guerras sangrientas para imponerse; tampoco tienen sueños de grandeza. Al contrario, su desarrollo emocional, el cual es cultivado desde la infancia, les facilita el manejo del desasosiego. Estas mujeres sabias, las cuales se perciben como una amenaza según los hombres, complementan su bagaje de lectura, con sus experiencias:

Se sientan ellos a narrarnos informaciones que manejamos al dedillo, a explicarnos procedimientos que hemos repetido veinte veces veinte y que ya hemos superado, a pesar, con malicia o sin ella, que somos seres inocentes, salvaguardados del mundo gracias a la virtud que nos mantiene ingravidas, sin asidero, eternamente balbuceantes. (121)

Las mujeres sabias están dispuestas a compartir su conocimiento en un afán por minimizar tanta calamidad.

Santos Febres arguye que la construcción social está sustentada en la misoginia. La define como “un mal cultural” que es recalado en todo momento porque “es toda la cultura en la que has crecido, la que te ha nutrido desde el vientre de tu madre” (122). Entonces, ¿cómo lidiar con tanta hostilidad y tanta falta de reconocimiento? Este libro infunde una importante expectativa para hombres y mujeres porque para la autora el alejamiento no es la opción requerida para lograr un cambio de paradigma:

Pero, la historia lo ha probado así, solas no podemos erradicar el mal. Haces falta tú, es decir, hacen falta hombres como tú, que reconozcan que tanto odio no es normal. Que algo raro está pasando. Que dicho mal no es individual...
Nos hacen falta hombres que quieran atreverse a acercarse a nosotras no para la subyugación ni para la curiosidad. Porque creen que quizás sea posible imaginarse junto a nosotras otro tipo de Humanidad. (124)

A pesar del sentido satírico y jocoso de esta obra, hay una intención tenaz en establecer sobre el tablero unas nociones: la soledad destructiva a la que se aferran los hombres sin poder identificar cuál es el origen de sus síntomas, el sufrimiento que este aislamiento significa no sólo para ellos, sino para todas las personas que los rodean y la infelicidad e insatisfacción que se genera. Creo que es una atinada continuación de su arduo compromiso con la equidad y desarticulación de la masculinidad hegemónica, lo cual ya ha sabido desplegar en otras obras anteriores. Es hora de atender esas instituciones y agencias sociales que exigen rigurosas formaciones de seres melancólicos. Darse cuenta del impacto de todas éstas es el comienzo necesario para reedificar la humanidad.

Conclusión

El propósito de esta investigación ha sido estudiar la obra de la escritora puertorriqueña Mayra Santos Febres para identificar en qué sentido desmantela la masculinidad hegemónica. Con tal objetivo, presté particular atención al aspecto étnico y a la clase social. Ambos me parecieron relevantes dentro del contexto neo-colonial que experimenta Puerto Rico y el Caribe en la actualidad. La proliferación de giros temáticos en su obra amerita una lectura que reconozca cómo ocurren las rupturas de las posturas conservadoras con relación a la masculinidad. Además, de cómo se fomenta y sustenta el sentido de equidad necesario en una sociedad.

Como es sabido, en la literatura hay unos temas consagrados que forman parte del criterio cultural. Otros, paradójicamente, no gozan de popularidad por su enfrentamiento con tradiciones y costumbres fundamentadas en una estructura patriarcal. Es por esto que personajes como el travesti, el homosexual o el hombre sensible que aparecen en Santos Febres suelen desestabilizar la proyección acostumbrada. Éstos poseen profundidad y tienden a ser figuras protagónicas o de gran relevancia. De igual manera, estos personajes ponen en tela de juicio la concepción social tradicional de la masculinidad y de cómo ésta debe proyectarse.

Pero, ¿por qué esto tendría trascendencia en un campo como el de las letras donde la preocupación básica responde a la estética como máxima expresión artística? Los mecanismos e instituciones sociales refuerzan y auspician un modelo de masculinidad que regula el comportamiento colectivo, que a su vez sustenta un sistema machista y homofóbico. Como bien alude el estudioso Mike Donaldson¹⁴⁴, la conducta representativa que define lo que significa ser

¹⁴⁴ Nótese que precisamente, el trabajo de Donaldson es la referencia de muchos investigadores que trabajan la masculinidad hegemónica. Entre ellos están Rafael Ramírez y R. W. Connell. Ver “What is Hegemonic Masculinity?” en *Theory and Society* (1993).

hombre también se difunde por medio de las artes. El problema que la sociedad enfrenta es precisamente la imposición de unas características específicas a los varones como por ejemplo: tener el control, ser el activo en una relación sexual, ser fuerte, no demostrar miedo, ser competitivo para exhibir su superioridad y no expresar emociones. Éstas redundan en mantener un rol de dominador y jefe. A su vez, exigen un ámbito exclusivamente heterosexual. No basta con asumir ciertas conductas y ejecutarlas; éstas tienen que ser expuestas abiertamente para conferir el estatus de varón exitoso. No obstante, el asumir la masculinidad hegemónica conlleva las dinámicas de reiteración y convalidación constante pues, como toda construcción social, está impactada por la temporalidad.

Otro aspecto de importancia que sobresale en este entramado es la competencia. Ésta tiende a ejecutarse como mecanismo imprescindible para sostener la imagen viril y potente que se requiere. La importancia que adquiere el reto para el varón se explica por varias situaciones. Primeramente, es la alternativa venerada que dispone la norma. Esa predilección está arraigada en la estructuración jerárquica. Por medio de la disciplina, se instaura un orden y un respeto hacia el escalonamiento que permite su continuidad y vigencia. Segundo, el enfrentamiento ofrece la oportunidad de ventilar una superioridad frente a otros y de repetirlo en caso de no obtener los resultados deseados. La manera de ostentar algún mérito como individuo dentro de tal disposición patriarcal se da por medio de la validación que ofrecen los demás.

Las manifestaciones varoniles exentas de antagonismo y de ambición de autoridad se desprecian. Constituyen lo abyecto, lo raro y por lo tanto, lo que se desplaza a la periferia. Se equiparan con lo femenino o lo grotesco como parte del insulto, pues un hombre que se asemeje a lo delicado en comportamiento o apariencia ejemplifica lo ignominioso. Los patrones de socialización se encargan de establecer la diferencia entre hombre y mujer atribuyendo unas

conductas específicas a cada uno. La constante reiteración las convierte en norma estableciendo ciertos criterios y dificultando el pleno disfrute y enriquecimiento de las subjetividades fuera de esos preceptos.

El abrir paso a personajes marginados, así como a temáticas diversas, incita a una aceptación colectiva de experimentar el género de diferentes maneras. Uno de los afanes que hay en la obra de Santos Febres es el de anular la relación establecida socialmente entre el género y los órganos sexuales también coincidiendo con las propuestas de la teoría feminista y de género. Para ella, como para las teóricas/os de género, el género es como un libreto que se interpreta; un simulacro que no tiene correlación intrínseca con la fisiología. En ese sentido, hay personajes específicos que ejemplifican su punto de vista y desmitifican la naturalidad del vínculo impuesto socialmente así, en su obra hay muchos personajes que presentan esta ruptura; ese es el caso de Leocadio, Sirena, Valentina y Martha en *Sirena Selena vestida de pena*, Julián en *Cualquier miércoles soy tuya*, Martín en *Fe en disfraz* o Luis Armando en *Nuestra señora de la Noche*. La correlación que hay entre sus personajes protagónicos o de gran relieve es que no se conducen desde una conducta varonil normativa. Al contrario, éstos desnaturalizan el asumido vínculo entre género y biología cuando se manejan contrario a lo esperado y proyectando otras tendencias. Estos individuos no se cohiben de expresar sus emociones ni de interactuar con el mundo. Más bien, exploran su profundidad individual y sus capacidades más allá de un rol social a pesar de la hostilidad a la que se enfrentan.

Si hubiera que señalar algún personaje como representativo de las posturas de Santos Febres, pensaría en Leocadio de *Sirena Selena*. En sus diálogos con Migueles busca descifrar lo que significa ser hombre. Ambos se envuelven profundamente en las pláticas. Migueles señala aspectos que le parecen importantes como, por ejemplo, cuando le dice a Leocadio: “Los

hombres no tenemos que impresionar a nadie. A las mujeres y va en coche” (196). Leocadio se mantiene escuchando los consejos de Migueles, pero al mismo tiempo sabe que hay muchas maneras de ser hombre o mujer. También sabe que se pueden ser los dos sin dejar de ser uno. Sin embargo, lo más interesante de este personaje es cómo se maneja para llevar sus ideas a la práctica. La propia Martha Divine lo pudo comprender al verlo de lejos:

¡Qué fuerte era ese muchachito! ¡Ni él mismo sabe cuán fuerte es! El otro que se prepare, que el chiquito se lo va comer de un bocado... Ella sabe de esas cosas, las huele en el aire... Es el peso de los pasos, las miradas, la densidad con que se viene al mundo. Lo supo ver tan pronto le presentaron a Sirena. Lo ve en ese muchacho tan chiquito que gira entre los brazos de un camarero. (260)

En su obra, también se advierte que la identidad puede ser una trampa en la que se cae de no tener presente cómo ésta funciona. Partiendo de esa idea, Santos Febres incorpora el tema de la etnicidad para centralizarlo desde una perspectiva basada en la noción del simulacro. Encontré que el uso de personajes afrodescendientes ayuda a poner en perspectiva cómo funciona la exclusividad de la masculinidad. No hay una intención de mitificar o vanagloriar ningún tipo en concreto. Más bien la autora contextualiza y refleja las dinámicas habituales de la sociedad basadas en la pigmentocracia como discutí en el capítulo tres. Es precisamente esto lo que permite percibir la jerarquía social desde el significante de la piel.

Algunas conductas de personajes afrodescendientes muestran la presión que sienten muchos de ellos con relación a la proyección de su masculinidad. La invisibilización social de que son víctimas los lleva, en ciertos casos, a manifestar su hombría de otras maneras. En el caso del Chino Pereira y el Bimbi de *Cualquier miércoles soy tuya*, éstos necesitan exhibir que poseen dinero como alternativa para asumirse viriles y exitosos ante ellos mismos y ante los demás. Su satisfacción estriba en ofrecer la imagen deseada para ser reconocidos en un ámbito donde el éxito se mide por poder adquisitivo. Usan la vestimenta, los accesorios y las posesiones materiales como elementos para ostentar y definirse como agentes de poder. También hay una

inclinación por subyugar a otros y exponerse al peligro. En el caso del padre de Yetsaida del cuento “Hebra rota”, éste siente que su masculinidad necesita reiterarse en el núcleo familiar por medio del rol autoritario. La violencia es un elemento que exhiben algunos de estos varones como forma de afirmación identitaria. Aunque no es una característica distintiva de las esferas de bajos recursos, sí se comprende el porqué de su presencia en tales espacios. El silenciamiento e invisibilidad que sufren los varones de clase no privilegiada los hace sentir frágiles y poco masculinos. La vulnerabilidad que experimentan y que no pueden identificar parece llevarlos a ejercer la fuerza física y exhibir una hipermasculinidad como vehículos gratificantes.

A pesar de las consecuencias negativas ligadas a la hipermasculinidad, la masculinidad hegemónica tiende a ser el modelo preocupante por varias razones; es el paradigma que se infunde en el hogar, en la escuela, y a su vez es el ejercido por el Estado. Es éste el que adquiere la distinción social de crear ‘hombres de verdad.’ Las agencias e instituciones socializadoras promueven figuras autoritarias al igual que el escalonamiento. También incitan la sumisión a esta estructura. Y por último, es responsable de la existencia de conductas hipermasculinas y violentas dirigidas a todo aquél o aquélla que discrepe, sostenga otro estilo de vida o que represente una amenaza.

Santos Febres integra algunos personajes que reaccionan a esto y se cuestionan abiertamente ciertos hábitos normativos. En otras ocasiones, ella incorpora situaciones donde se dan interacciones excluidas de la norma y así, la masculinidad se experimenta de varias maneras. Esto sirve de paradigma de una masculinidad exenta de privilegios o sentido de control sobre otros seres humanos. Esta idea básica se aleja radicalmente de una mentalidad patriarcal. A su vez, ella la apoya por medio de la propia composición literaria. En su obra, se observa una cantidad de voces narrativas que comparten en un mismo texto incluyendo puntos de vistas que

no luchan por imponerse, más bien por expandir perspectivas, complementarse y nutrirse. Su trabajo en prosa tampoco se limita a presentar una historia en orden cronológico. Esto muestra la disposición para desasirse de una forma determinada de contar. De este modo, deja claro su intención de alejarse de patrones y estandarizaciones. Pretende que sus cuentos y novelas fomenten una gran variedad de temas que se dejan explorar por los lectores/as. No hay imposiciones, aunque sí una intención de discutir e indagar. Este propósito es en sí un proyecto que contrarresta actitudes absolutas.

En cuanto a géneros literarios, Santos Febres es una escritora versátil. Trabaja tanto la poesía, como el cuento corto, la novela o el ensayo. Independientemente de lo que escriba lo hace desde una postura inclusivista, con un sentido de individualidad que a su vez le permite indagar un sinnúmero de aspectos. La sexualidad, la identidad y el género se profundizan como aspectos contruidos derogando la norma como elemento natural exclusivo de ciertos cuerpos. En conclusión, su obra es consistente con la intención de reconfigurar, reinscribir y minar la inscripción normativa de la masculinidad. Al desestabilizar el orden establecido, su obra favorece la redefinición de las masculinidades. También, auspicia la erradicación de la violencia física, verbal y emocional que se promociona en la sociedad.

Esta tesis doctoral me ha servido de inspiración para seguir investigando en los temas de la violencia, la etnicidad y el género. Me parece imprescindible seguir abriendo paso a posturas inclusivas que ayuden a imaginarse otro tipo de Humanidad y de amor como dice la propia escritora. Me interesa continuar explorando la nueva literatura que se está generando en el Caribe donde los temas y los espacios discursivos siguen abriéndose para incorporar sujetos a quienes se les ha excluido y silenciado tradicionalmente.

Bibliografía

- Acevedo, Rafael. "El límite (re)volcado: ¿la generación del ochenta?" *Claridad*, 29 de septiembre de 2000, p. 22-23.
- Adriaensen, B. (1999). "Postcolonialismo postmoderno' en América Latina: la posibilidad de una crítica radicalmente 'heterogénea'". <<http://www.vlrom.be/pdf/992postcol.pdf>> (citado el 31 de marzo de 2012).
- Alegría Ortega, Idsa E. y Palmira N. Ríos González. *Contrapunto de género y raza en Puerto Rico*. San Juan, Puerto Rico: Centro de Investigaciones Sociales Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras, 2005.
- Alsop, Rachel, et al. *Theorizing Gender*. Malden, MA: Polity, 2002.
- Arroyo, Jossiana. "Manuel Ramos Otero: Las narrativas del cuerpo más allá de *Insularismo*". *Revista de estudios hispánicos* 21 (1994): 303-24.
- _____. "Sirena canta boleros: travestismo y sujetos transcaribeños en *Sirena Selena vestida de pena*". *Centro Journal* 15.2 (2003): 39-51.
- Banton, Michael A. "The Idiom of Race: A Critique of Presentism." *Theories of Race and Racism: Reader*. John Solomos, Ed. Florence, KY: Routledge, 1999. 51-70.
- Barradas, Efraín. "*Sirena Selena vestida de pena* o el Caribe como travestí." *Centro Journal*. 15.1 (2003): 53-65.
- Berger, Maurice, et.al., eds. *Constructing Masculinities*. New York: Routledge, 1995.
- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2002.
- Birmingham-Pokorny, Elba D. "'Page on Which Life Writes Itself': A Conversation with Mayra Santos Febres." *Daughters of the Diaspora; Afro-Hispanic Writers*. Ed. Miriam DeCosta-Willis. Kingston and Miami: Ian Randle Publishers, 2003. 451-461.
- _____. "Postcolonial Discourse and the Re-Thinking of Gender, Identity, and Culture in Mayra Santos Febres's *Broken Strand*". *Diaspora: Journal of the AA-HLCC*. 10 (2000): 29-37.
- _____. "Reclaiming the Female Body, Culture, and Identity in Mayra Santos-Febres's *Broken Strand*." *Daughters of the Diaspora; Afro-Hispanic Writers*. Ed. Miriam Decosta-Willis. Kingston and Miami: Ian Randle Publishers, 2003. 462-468.
- Boscán Leal, Antonio Segundo. "Las nuevas masculinidades positivas". *Utopía y praxis latinoamericana: revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*. N°. 41, 2008, págs. 93-106.

- Brittan, Arthur. *Masculinity and Power*. Oxford, England: Blackwell, 1989.
- Brod, Harry, ed. *The Making of Masculinities: The New Men's Studies*. London: Allen and Unwin, 1987.
- Brod, Harry y Michael Kaufman, eds. *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, California: Sage Publications, 1994.
- Butler, Judith. *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "Sex"*. New York: Routledge, 1993.
- _____. "Críticamente subversiva." *Sexualidades transgresoras: Una antología de estudios queers*. Rafael Mérida Jiménez, ed. Barcelona: Editorial Icaria, 2002. 55-79.
- _____. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge, 2007.
- _____. *Undoing Gender*. New York: Routledge, 2004.
- Carabí, Ángel y Marta Segarra, eds. *Nuevas masculinidades*. España: Icaria editorial, 2000.
- Connell, R. W. *Masculinities*. California: University of California Press, 2005.
- Cosme, Wanda. "La pena de una sirena." *Diálogo*. Agosto (2000): 40.
- Cosme, Wanda. "Poesía negroide después de Palés." *Diálogo*, agosto de 2000, p. 41.
- Cruz Malavé, Arnaldo. "Toward an Art of Transvestism: Colonialism and Homosexuality in Puerto Rican Literature". *¿Entiendes?: Queer Readings, Hispanic Writings*. Emilie L. Bergmann y Paul Julian Smith, Eds. Durham: Duke University Press, 1995.
- Cuadra, Ivonne. "¿Quién canta? Bolero y ambigüedad genérica en *Sirena Selena vestida de pena de Mayra Santos-Febres*." *Revista de Estudios Hispánicos*. 30.1 (2003) 153-63
- Delgado Costa José. "Fredí Velásques le mete mano a *Sirena Selena vestida de pena de Mayra Santos Febres*." *Centro Journal*. 15.2 (2003): 67-77.
- Díaz, Carmen Graciela. "La melancolía como materia literaria." *El Nuevo Día* 2 de octubre 2011. 31 de mayo 2013 <<http://www.elnuevodia.com/lamelancoliacomomaterialliteraria-1081017.html>>
- Díaz, Luis Felipe. "La narrativa de Mayra Santos y el travestismo cultural." *Centro Journal*. 15.2 (2003): 25-37.
- Donaldson, Mike. "What is Hegemonic Masculinity?" *Theory and Society*. 22.5 (1993): 643-657.

- Dowsett, G.W. "I'll Show You Mine, if You'll Show Me Yours: Gay Men, Masculinity Research, Men's Studies, and Sex". *Theory and Society*. 22.5 (1993): 697-709.
- Fanon, Frantz. *Black Skin, White Mask*. Tran. Richard Philcox. New York: Grove Press, 2008.
- _____. "La cultura nacional." *Naciones Literarias*. Ed. Dolores Romero López. España: Anthropos Editorial, 2006.
- Fonerín, Miguel Ángel. *Ensayos sobre literatura puertorriqueña y dominicana*. República Dominicana: Ediciones Ferilibro, 2004.
- Fossé, Aldis Z. "El sueño de Mayra: peldaño a peldaño." *Diálogo*, Sept. (2000), 3.
- Foucault, Michel. *The History of Sexuality*. V 1-3, Trad. Robert Hurley. Vol. 1. New York: Random House, 1990.
- Frank, Blye. "Hegemonic Heterosexual Masculinity." *Studies in Political Economy*. 29 (1987):159-70.
- García Toro, Víctor, Rafael L. Ramírez y Luis Solano Castillo. *Los hombres no lloran: ensayos sobre las masculinidades*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 2007.
- Gelpí, Juan G. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan, Puerto Rico: La Editorial Universidad de Puerto Rico, 2005.
- Gilmore, David. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven: Yale University Press, 1990.
- Giusti Cordero, Juan A. "AfroPuerto Rican Cultural Studies: Beyond *culura negroide* and *antillanismo*." *Centro Journal of the Center for Puerto Rican Studies*. 8 (1996): 57-77.
- González, José Luis. *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 2007.
- González-Allende, Iker. "De la pasividad al poder sexual y económico: El sujeto activo en *Sirena Selena*." *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana*. 34.1 (2005) 51-64.
- González Rivera, Jeandelize B. *La humanización de lo perverso: erotismo y subversión en la obra de Mayra Santos Febres*. Dis. University of Massachusetts Amherst, 2006.
- Grau-Llevería, Elena. "*Sirena Selena vestida de pena* de Mayra Santos Febres: Economía, identidad y poder." *Hispanic Research Journal: Iberian and Latin American Studies*. 4.3 (Oct. 2003) 239-50.
- Grosz, Elizabeth. *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*. Bloomington: Indiana University Press, 1994.

- Haesendock, Kristian Van. "El arte de bregar en dos novelas puertorriqueñas contemporáneas: *Sirena Selena vestida de pena* y *Sol de medianoche*." *Revista de Estudios Hispánicos*. 30.1 (2003) 141-52.
- _____. *¿Encanto o espanto?: Identidad y nación en la novela puertorriqueña actual*. España: Iberoamericana, 2008.
- _____. "Enchantment or Fright? Identity and Postmodern Writing in Contemporary Puerto Rico." *Cultural Identity and Postmodern Writing*. Theo D' Haen y Pieter Vermeulen, eds. 7 (2006): 169-184.
- _____. "*Sirena Selena vestida de pena* de Mayra Santos Febres: ¿transgresiones de espacio o espacio de ansgresiones [sic]?" *Centro Journal*. 15.2 (2003): 79-96.
- Hagedorn, Katherine J. "Embodying the Sacred in Afro-Cuban Performance: Negotiating the Rules of Engagement." *Divine Utterances: The Performance of Afro-Cuban Santería*. Washington: Smithsonian Institution Press, 2001. 73-77.
- Hernández, Carmen Dolores. "Mayra Santos Febres". *A viva voz: Entrevistas a escritores puertorriqueños*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2007. 362-385.
- _____, ed. *Literatura puertorriqueña: visiones alternas*. San Juan, Puerto Rico: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 2005.
- Hierro, Graciela. "The Ethics of Pleasure." *Feminist philosophy in Latin America and Spain*. Amsterdam [Netherlands]; New York, NY: Rodopi, 2007. 197-209.
- hooks, bell. *Black Looks: Race and Representation*. Boston, MA: South End Press, 1992.
- _____. "Racism and Feminism: The issue of Accountability." *Theories of Race and Racism: Reader*. Eds. Les Back y John Solomos. New York: Routledge, 2009.
- _____. *We Real Cool: Black Men and Masculinity*. New York: Routledge, 2004.
- Hutcheon, Linda. "La cultura nacional." *Naciones Literarias*. Ed. Dolores Romero López. España: Anthropos Editorial, 2006.
- Jiménez, Luis A. "El relato de la abuela de color en la poesía de Mayra Santos Febres." *Diáspora: Journal of the Annual Afro-Hispanic Literature and Culture Conference*. 12 (2002): 26-35.
- Jiménez, Félix. *Las prácticas de la carne: construcción y representación de las masculinidades puertorriqueñas*. San Juan: Ediciones Vértigo, 2004.

- Jordan, Winthrop D. "First Impressions." *Theories of Race and Racism: Reader*. John Solomos, Ed. Florence, KY: Routledge, 1999. 34-50.
- Kempadoo, Kamala. *Sexing the Caribbean: Gender, Race, and Sexual Labor*. New York, N.Y.: Routledge, 2004.
- Kimmel, Michael S. *The Gendered Society*. 2da ed. New York: Oxford University Press, 2004.
- Kimmel, Michael, et. al., eds. *Handbook of Studies on Men and Masculinities*. Thousand Oaks, California: Sage Publications, 2005.
- Kimmel, Michael y Amy Aronson, eds. *The Gendered Society Reader*. New York: Oxford University Press, 2008.
- Krüs, Patricia. "Myth and Revolution in the Caribbean Postmodern Writing in Contemporary Puerto Rico." *Cultural Identity and Postmodern Writing*. Theo D' Haen y Pieter Vermeulen, eds. 7 (2006): 149-167.
- Larsen, Neil. "Postmodernity." *Reading North by South: On Latin American Literature, Culture and Politics*. Minneapolis, MN: University of Minnesota, 1995. 155-185.
- Lomas, Carlos, comp. *¿Todos los hombres son iguales?: Identidades masculinas y cambios sociales*. Barcelona: Paidós, 2003.
- Lugo Ortiz, Agnes. "Nationalism, Male Anxiety, and the Lesbian Body in Puerto Rico." *Hispanisms and Homosexualities*. Molloy e Irwin, Eds. Durham: Duke University Press, 1998.
- McClintock, Anne. "'No Longer in a Future Heaven': Gender, Race and Nationalism." *Dangerous Liaisons: Gender, Nation and Postcolonial Perspectives*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997.
- Maeseneer, Rita de y Kristian Van Haesendonck, Eds. *El artista caribeño como guerrero de lo imaginario*. Madrid: Iberoamericana, 2004.
- _____. "Los caminos torcidos en *Sirena Selena vestida de pena* de Mayra Santos-Febres." *Revista de Estudios Hispánicos*. 38.3 (2004): 533-53.
- Martín Casares, Aurelia. *Antropología del género: culturas, mitos y estereotipos sexuales*. España: Ediciones Cátedra, 2006.
- Memmi, Albert. *The Colonizer and the Colonized*. Tran. Howard Greenfeld. Boston: Beacon Press, 1991.

- Messner, Michael. *Politics of Masculinities*. Thousand Oaks, California: Sage Publications, 1997.
- Mirandé, Alfredo. *Hombres y Machos: Masculinity and Latino Culture*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1997.
- Moi, Toril. *Teoría literaria feminista*. España: Ediciones Cátedra, 1999.
- Morell, Hortensia. "Las paradojas de la masculinidad en *Sirena Selena vestida de pena*." *Caribe: Revista de Cultura y Literatura*. 8.2 (2005-2006): 7-18.
- _____. "Tuning in to Boleros in *Sirena Selena vestida de pena*: A Character's Flawed Defense Mechanism." *Into the Mainstream: Essays on Spanish American and Latino Literature and Culture*. Ed. Jorge Febles. Newcastle, UK: Cambridge Scholars, 2006.
- Morton, Adam David. "A Return to Gramsci: 'The Moment of Hegemony.'" *Unravelling Gramsci: Hegemony and Passive Revolution in the Global Political Economy*. London: Pluto Press, 2007. 76-108.
- Muñoz, Sara. "El travestismo como metáfora en *Sirena Selena vestida de pena* de Mayra Santos Febres." *Cuadernos del CILHA*. 7/8 (2005-2006): 71-80.
- Núñez Molina, Mario A. "Community healing Among Puerto Ricans: Espiritismo as a Therapy for the Soul." *Healing cultures: art and religion as curative practices in the Caribbean and its diaspora*. Eds. Margarite Fernández Olmos y Lizabeth Paravisini-Gebert. New York: Palgrave, 2001. 116-129.
- Pagán Velez, Alexandra. *La construcción del travesti en Sirena Selena vestida de pena*. Dis. (M.A.). Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez, 2005.
- Palaversich, Diana. "Postmodernismo, postcolonialismo y la recuperación de la historia subalterna." *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana* 24.1 (1995): 3-15.
- Parrillo, Vincent. *Understanding race and ethnic relations*. Boston: Allyn and Bacon, 2002.
- Peña-Jordán, Teresa. "Romper la verja, meterse por los poros, infectar: una entrevista con Mayra Santos Febres". *Centro Journal*. 15.2 (2003): 117-125.
- Peres Alós, Anselmo y Andrea Cristiane Kahmann. "La ruptura con el continuum sexo-género-deseo: Algunos apuntes acerca de la obra *Sirena Selena vestida de pena*, de Mayra Santos-Febres." *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*. 29. (2005). 21 marzo 2008 <www.ucm.es/info/especulo/numero29/sirena.html>.
- Picó, Fernando. "Mano dura contra la mano dura." *80 grados*, 14 Dic. 2012. Web. 14 Dic. 2012. <<http://www.80grados.net/mano-dura-contra-la-mano-dura/>>

- Ramírez, Rafael L. *Dime capitán: Reflexiones sobre la masculinidad*. Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1993.
- _____. "Masculinidades." *Revista de Ciencias Sociales*. Enero (1998): 314-327.
- Ramírez, Rafael L. y Víctor I. García Toro. "Masculinidad hegemónica, sexualidad y trasgresión." *Centro Journal*. 14.1 (2002): 5-25.
- Ramos Otero, Manuel. "De la colonización a la culonización." *Cupey* 8 (1991): 63-78.
- Ramos Rosado, Marie. *La mujer negra en la literatura puertorriqueña: cuentística de los setenta*. San Juan, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1999.
- Ríos Ávila, Rubén. *La raza cómica del sujeto en Puerto Rico*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2002.
- Rivera, Juan Pablo. "Lenguas madrinas: Nuestra Señora de la noche y el bilingüismo de *Sirena Selena*." *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*. 16 (2007). Lehman Collage. 16 feb. 2008 <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v16/rivera.html>>
- Rivera Villegas, Carmen M. "La celebración de la identidad negra en 'Marina y su olor' de Mayra Santos Febres." *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*. 27 (2004). Universidad Complutense. 21 mar. 2008 <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/marina.html>>
- Rodríguez Castro, María Elena. "Las casas del porvenir: Nación y narración en el ensayo puertorriqueño." *Revista Iberoamericana* 59, 162-63 (1993): 33-54.
- Rodríguez Jiménez, Rubén. "Escritura transexual y borrón de identidad en *Sirena Selena vestida de pena*." *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*. 9 (2003). Lehman Collage. 16 feb. 2008 <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/rodriguezjimenez.html>>
- Rodríguez Morazzani, Roberto P. "Beyond the Rainbow: Mapping the Discourse on Puerto Ricans and 'Race'." *Centro Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 8.1 & 2 (1996).
- Roy Fequierre, Magali. "Negar lo negro sería gazmoñería: Luis Palés Matos, Margot Arce, and the Black Poetry Debate." *Centro Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 8 (1996): 82-91.
- Rubin, Gayle. "El tráfico de las mujeres: Notas sobre la 'economía política' del sexo." *Revista Nueva Antropología* VIII.030 (1986): 95-145.
- Rubin, Gayle, with Judith Butler. "Sexual Traffic." *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 6.2/3 (1994): 62-99.

- _____. "Blood Under the Bridge: Reflections on 'Thinking Sex'." *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 17.1 (2011): 15-48.
- Said, Edward W. *Culture and Imperialism*. New York: Vintage Books, 1993.
- _____. *Orientalismo*. Trad. María Luisa Fuentes. España: Debolsillo, 2007.
- Sandoval Sánchez, Alberto. "Sirena Selena vestida de pena: A Novel for the New Millenium and for New Critical Practices in Puerto Rican Literary and Cultural Studies." *Centro Journal*. 15.2 (2003): 5-23.
- Santos Febres, Mayra. *Anamú y manigua*. Puerto Rico: Editorial la iguana dorada, 1991.
- _____. *Boat People*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2005.
- _____. "Caribe y travestismo." *El artista caribeño como guerrero de lo imaginario*. Eds. Rita de Maeseneer y An Van Hecke. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2004. 37-44.
- _____. *Cualquier miércoles soy tuya*. Barcelona: Mondadori, 2002.
- _____. *El cuerpo correcto*. San Juan, Puerto Rico: R&R Editoras, 1998.
- _____. "Ensayos ardientes." *Cupez*. 10 (1993): 189-92.
- _____. *Fe en disfraz*. Doral, Fl: Alfaguara, 2009.
- _____. "Literatura, ideología, Shaitán." *Diálogo (U.P.R.)* Enero de 2000. p. 18-19 il.
- _____. "Más mujer que nadie: Los retos de las mujeres en el nuevo milenio." *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*. 11 (2004). Lehman College. 21 mar. 2008 <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/santos-febres.html>>
- _____. *Nuestra Señora de la Noche*. Madrid: Editorial Espasa Calpe, 2006.
- _____. *El orden escapado*. Puerto Rico: Editorial Tríptico, Inc, 1991.
- _____. *Pez de vidrio*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 2008.
- _____. *Sirena Selena vestida de pena*. Barcelona: Mondadori, 2000.
- _____. *Sobre piel y papel*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, 2005.
- _____. *Tratado de medicina natural para hombres melancólicos*. San Juan, Puerto Rico: Agentes Catalíticos, 2011.
- _____. *Tercer mundo*. México: Trilce Ediciones, 2000.

- Sarduy, Severo. *Escrito sobre un cuerpo: ensayos de crítica*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana: 1969.
- _____. *La simulación*. Venezuela: Monte Ávila Editores, 1982.
- Schöning, Udo. “La cultura nacional.” *Naciones Literarias*. Ed. Dolores Romero López. España: Anthropos Editorial, 2006.
- Sedgwick, Eve Kosofsky. *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire*. New York: Columbia University Press, 1985.
- Sherrod, Druy. “The Bonds of Men: Problems and Possibilities in Close Male Relationships.” *The Making of Masculinities: The New Men’s Studies*. Ed. Harry Brod. New York: Routledge, 1992.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. “Estudios de la subalternidad: Deconstruyendo la historiografía.” *Estudios postcoloniales: Ensayos fundamentales*. Madrid: Traficantes de sueños, 2008. 33-68.
- Strongman, Roberto. “Syncretic Religion and Dissident Sexualities.” *Queer Globalizations: Citizenship and the Afterlife of Colonialism*. Arnaldo Cruz Malavé y Martin F. Manalansan, Eds. New York: New York University Press, 2002.
- Toro Alfonso, José. *Masculinidades subordinadas: investigaciones hacia la transformación del género*. Puerto Rico: Publicaciones Puertorriqueñas, 2008.
- Torres, Daniel. “La erótica de Mayra Santos-Febres.” *Centro Journal*. 15.2 (2003): 99-105.
- Torres, Víctor Federico. “Mayra Santos Febres: Bio-bibliografía.” *Revista de Estudios Hispánicos*. 27.2 (2000): 471-478.
- Valdés, Teresa y José Olavarría, eds. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Chile: FLASCO, 1998.
- _____. *Masculinidad/es, poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional y FLASCO, 1997.
- Vance, Carole S. “Thinking Trafficking, Thinking Sex.” *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 17.1 (2011): 135-143.
- Yúdice, George. “El asalto a la marginalidad.” *Hispanamérica* 15.45 (1986): 45-52.
- _____. “We Are Not the World.” *Social Text* 31/32 (1992): 202-216.
- Zenón Cruz, Isabelo. *Narciso descubre su trasero: el negro en la cultura puertorriqueña*. Humacao, Puerto Rico: Editorial Furidi, 1974.

Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo Veintiuno Editores, 2001.

_____. "Enjoy Your Nation as Yourself." *Theories of Race and Racism: Reader*. John Solomos, Ed. Florence, KY: Routledge, 1999. 594-606.